



SERIE ESPINAS DE OMERTÀ

ESPINAS DE AMOR

EVA WINNERS

SERIE ESPINAS DE OMERTÀ

ESPINAS DE AMOR



EVA WINNERS

DERECHOS DE AUTOR

Copyright © 2023 por Winners Publishing LLC y Eva Winners
Diseñador de la imagen de portada: Eve Graphic Design LLC
Modelo: Elise Natalie: Fotógrafo: Wander Aguiar
Traducción, edición y corrección al español: Sirena Audiobooks, LLC
Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visita www.evawinners.com y suscríbete a nuestro newsletter.

Grupo FB: <https://bit.ly/3gHEe0e>

Página FB: <https://bit.ly/30DzP8Q>

Instagram: <http://Instagram.com/evawinners>

BookBub: <https://www.bookbub.com/authors/eva-winners>

Amazon: <http://amazon.com/author/evawinners>

Goodreads: <http://goodreads.com/evawinners>

TikTok: <https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/>

ÍNDICE

[Lista De Reproducción](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[Glosario](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta Y Uno](#)

[Capítulo Treinta Y Dos](#)

[Capítulo Treinta Y Tres](#)

[Capítulo Treinta Y Cuatro](#)

[Capítulo Treinta Y Cinco](#)

[Capítulo Treinta Y Seis](#)

[Capítulo Treinta Y Siete](#)

[Capítulo Treinta Y Ocho](#)

[Capítulo Treinta Y Nueve](#)

[Capítulo Cuarenta](#)

[Epílogo - Konstantin](#)

[Epílogo - Tatiana](#)

[Fin](#)

[Avance De Espinas De Muerte](#)

[¿Qué Sigue?](#)

[Sobre La Autora](#)

*A mis hijas, mi marido, mi familia, mis amigos y mis lectores.
Por favor, hijas, sáltense las escenas de sexo y enfóquense en la trama. ¡Son las mejores! Las
amo.
A todos los demás, gracias por leer mis historias.*

SERIE ESPINAS DE OMERTÀ

Cada libro de la serie *Espinas de Omertà* puede leerse por separado, a excepción de *Espinas de Lujuria* y *Espinas de Amor*, que es la historia de Tatiana Nikolaev.

Si deseas obtener un avance del próximo libro independiente de esta serie, *Espinas de Muerte*, sigue leyendo después de esta biología.

LISTA DE REPRODUCCIÓN

<https://spoti.fi/3mp6fBl>

NOTA DE LA AUTORA

Hola, lectores.

Espinas de Lujuria es el primer libro de una bilogía y NO es independiente. La historia de Tatiana Nikolaev se completa en *Espinas de Amor*.

Además, tengan en cuenta que este libro contiene elementos para adultos y escenas perturbadoras. Procedan con precaución. No es para los débiles de corazón.

No olvides suscribirte al boletín de Eva Winners (www.evawinners.com) para recibir noticias sobre futuros lanzamientos.

SINOPSIS

Mi esposo.

Sus secretos.

Nuestra tragedia.

Creía que lo conocía. No fue así. Pensé que era digno de confiar. No lo era.

Sin embargo, nada en este mundo es lo que parece.

Llamé la atención del hombre más notorio del bajo mundo.

Konstantin no era del tipo que pasa desapercibido. Lideraba su imperio criminal con puño de hierro, no obstante, tenía sus propios secretos.

Pero yo era Tatiana Nikolaev. Nunca me doblegaría a la voluntad de un hombre o sería utilizada como un peón. No otra vez.

En el momento en que tenté al destino y jugué con fuego, la vida se descontroló.

Mi única forma de sobrevivir era confiar de nuevo.

Pero, ¿podría hacerlo?

GLOSARIO

- **Kroshka:** Termino en ruso que significa pequeña o chiquita.
- **Papa:** Papá en ruso
- **Mama:** Mamá en ruso
- **Omertà:** Ley del silencio. Código de honor siciliano que prohíbe informar sobre las actividades ilegales que incumben a las personas implicadas.
- **Moya luna:** Mi luna en ruso.
- **¿Va bene?:** Pregunta en italiano que significa *¿está bien?*
- **Dolcezza:** Dulzura en italiano.
- **Vok tak:** Significa *así es* en ruso.
- **Sestra:** Hermana en ruso.
- **Ty v poryadke?:** Significa *¿estás bien?* en ruso.
- **Yakuza:** Es el nombre por el que se conoce al crimen organizado o mafia en Japón.
- **Stronzo:** Imbécil en italiano.
- **Moy Brat:** Mi hermano en ruso.
- **Porca puttana:** Maldita sea en italiano.

CAPÍTULO UNO

TATIANA



No me presiones, moya luna, si no, apagaré ese bonito infierno azul de tus ojos.

Las palabras se repetían en mi mente. ¿Era una amenaza? Todo lo que tenía que hacer era pronunciar una sola palabra a Vasili y la guerra volvería.

Excepto que mi hermano pretendía usarme como su ofrenda de "paz".

Me temblaban los dedos al intentar tirar de la cremallera. Miré fijamente mi reflejo en el largo espejo. No podía reconocermé. Mi cabello rubio claro me caía en cascada por los hombros. Mis ojos eran claros, de un turquesa tan azul que la gente a veces lo etiquetaba como su propio color. El extraño azul pálido de los Nikolaev.

El hermoso vestido, lila pálido, escondía mi figura. El escote del vestido me caía por los hombros, acentuando mi clavícula. Poco a poco iba recuperando el peso que había perdido en los meses transcurridos desde la muerte de Adrian. Mis curvas se iban rellenando poco a poco, la pequeña vida que crecía en mi interior seguía siendo imperceptible.

Las náuseas me golpearon de repente, habían ido y venido. Me toqué el estómago, pero sabía que su contenido estaba a punto de salir.

Me di la vuelta y corrí hacia el baño. Mi vestido colgaba medio desabrochado, cayendo de mis hombros mientras me abrazaba al retrete y vomitaba, pero esa vez no había manos fuertes acariciándome la espalda. Unas violentas arcadas sacudieron mi cuerpo.

—Tatiana. —Mi nombre sonaba lejano, ahogado por el zumbido de mis oídos y los feos sonidos que emitía mi cuerpo. Una mano se posó en mi espalda, recorriéndola con suaves caricias—. No pasa nada. Sácalo todo.

Un gemido doloroso salió de mis labios mientras volvía a arrodillarme.

—No voy a aguantar la boda de Sasha —gemí, con el estómago revuelto.

Aunque no estaba segura de si era por el embarazo o por pensar en la recepción de Sasha y Branka en *La Cueva del Pecado*. Ese lugar guardaba demasiados malditos recuerdos.

Fue donde Adrian finalmente cedió. Recordé aquella noche. Parecía una vida diferente. Una yo diferente.

Me vi reflejada en el espejo. Un sexy traje de sirvienta apenas cubría las redondas curvas de mi trasero. El tejido negro contrastaba con el encaje blanco, y mis largos mechones rubios me hacían parecer una estrella porno. O tal vez fuera el sujetador push up incorporado que me

proporcionaba un escote excesivo. Mis mejillas estaban sonrojadas, probablemente por los tragos que nos habíamos tomado antes de salir de casa.

Desplazando mi peso de un lado a otro entre mis pies, dejé que mi mirada recorriera la habitación. Mi hermano mayor tenía un extraño sentido del humor. Se enteró del nombre que Isabella y yo le habíamos asignado a nuestro dormitorio y decidió llamar a su bar en su honor. **La Cueva del Pecado.**

—Ahí está Adrian —susurró Isabella y seguí su mirada. El corazón me dio un vuelco en el pecho. El hombre de la máscara oscura. Sofisticado. Muy elegante. James Bond en su máxima expresión. El traje se ajustaba perfectamente a su musculoso cuerpo y ni siquiera sus tatuajes podían arruinar su pulcro aspecto.

Quería ir con él, pero no me parecía bien dejar atrás a Isabella. Como si leyera mis pensamientos, me dijo:

—Adelante. Estaré por aquí. Mándame un mensaje cuando termines y podemos vernos en el bar.

Sonreí y corrí hacia el hombre de mis sueños. Estaba deseando que se repitiera nuestro último encuentro. El sexo, la lujuria y el alcohol saturaron el ambiente. Atravesé el gran salón y me paré frente a Adrián.

—Señor Bond —lo saludé—. ¿Qué está bebiendo?

—Vesper martini.

Mis labios se curvaron. No me gustaban las películas de James Bond, aunque sabía lo que bebía el hombre de ficción. El Vesper. Agitado, no revuelto.

—En ese caso, Señor Bond, ¿va a invitar a esta chica una copa?

Le hizo una seña al camarero y la bebida apareció delante de mí en un santiamén. El camarero la deslizó por el bar y la tomé sin derramar ni una gota.

—Impresionante —elogió Adrian.

Me encogí de hombros.

—Soy un tipo de chica impresionante.

Aquellos ojos verdes me estudiaron y deseé que se deshiciera de la máscara. Era más fácil leerlo sin ella. En algún momento, Adrian se volvió difícil de leer. Distante.

Era la peor pesadilla de una chica. Acostarse con un hombre y que, de repente, se volviera frío y distante. Cada vez que intentaba acercarme, él levantaba muros o me daba respuestas vagas. La frustración me subía por la garganta y me la tragaba rápidamente, dando un trago a mi elegante martini.

Esperé a que dijera algo. Cualquier cosa.

Entonces ya no pude contenerlo más. Necesitaba saberlo. Había estado detrás de ese hombre durante años, años, demonios. Yo era Tatiana Nikolaev, maldita sea. Chicos y hombres me perseguían durante todo la escuela y la universidad. Y allí estaba yo, reservándome para ese hombre que ni siquiera sabía si me quería.

—Adrian, si te estás arrepintiendo de lo que pasó en la pérgola, por favor, sé sincero y dilo —solté—. No está bien que me ignores. Soy adulta —espeté—. Puedo soportar el rechazo. Solo sé honesto y ambos seguiremos adelante.

Adrian se levantó y su pecho rozó el mío. Sus ojos se clavaron en mí, hirviendo con una ira que me confundió. Mis mejillas se calentaron, pero su furia me enfrió la piel acalorada.

Durante un segundo nos mirábamos fijamente, la tensión se extendía y envolvía mis pulmones. No lo entendía. Sentía como si me faltara una pieza clave, aunque no podía entenderlo. Aquella noche en la pérgola lo fue todo y mucho más.

Su mirada descendió por mi cuerpo. Se me hizo un nudo en la garganta y respiré con dificultad.

—Vamos —expresó.

Parpadeé. Me tomó de la mano y, confusa, lo seguí. Mi piel se encendió como un faro, consciente en algún lugar profundo de mi mente de que, si esto fuera un escenario normal, le daría un puñetazo en la cara al tipo y le diría que se explicara.

Sin embargo, allí estaba yo, siguiéndolo como un cachorro obediente.

Ya estábamos fuera del club, con el Maserati negro de Adrian estacionado en el callejón. Mis tacones repiqueteaban contra el pavimento. Clac. Clac. Clac. Hasta que nos detuvimos delante de su coche.

Se quitó la máscara, mostrando su hermoso rostro.

—¿Así que has estado pensando en la pégola? —preguntó, con voz casi amarga.

Vacilé. Algo en la forma en que me miraba me molestaba. El corazón me latía rápido y con fuerza. Las alarmas sonaron en mi cerebro, pero no tenían sentido. Se trataba de Adrian Morozov, el mejor amigo de mi hermano mayor. El chico que había estado a mi lado prácticamente toda mi vida.

Abrió la puerta del pasajero de su Maserati y me hizo una señal para que entrara. Mis hermanos siempre me advertían de que hiciera caso a mi sexto sentido. Siempre. Esa vez, mi sexto sentido se había ido de vacaciones.

Me agarró por la nuca y se tragó mi siguiente respiración en su boca, junto con todo mi sentido común. No había tenido sexo desde aquella noche. Sentí un hormigueo en el cuerpo, un fuego que me consumía por completo. La sangre me chisporroteaba y el estómago me daba un vuelco.

—Sube, Tatiana —ordenó, contra mis labios.

Sus manos eran distintas a como las recordaba. Su beso se sentía diferente.

—¿Cambiaste tu perfume? —Respiré contra sus labios. Asintió con la cabeza—. Vuelve al de cítricos y sándalo —murmuré, rodeándole el cuello con las manos.

El calor de su cuerpo abrasaba el mío. Me froté contra él. La abstinencia era una maldita tortura ahora que sabía lo que me había estado perdiendo. No duraría mucho. En el fondo de mi mente, seguía comparándolo todo con el primer encuentro, pero en la neblina, mi lujurioso cerebro no lo procesó.

Sus dedos se deslizaron por mis piernas, su tacto áspero. Me puse de puntillas y lo besé. Un rugido resonó en su pecho y me aparté.

—¿Qué? —cuestioné con voz entrecortada. Se quedó quieto, con una mirada tortuosa y conflictiva—. ¿Qué pasa, Adrian? —repetí, con las mejillas enrojecidas.

Me tiró del cabello hacia un lado y apretó su cara contra mi cuello. Un escalofrío brotó bajo mi piel, frío por la energía volátil que emanaba de él. Tal vez, también se había abstenido del sexo desde aquella noche y apenas aguantaba. Sus labios me rozaron la piel.

—Ese vestido. —Su tono era ronco. Su mirada se encendió al recorrer mi cuerpo. El calor floreció entre mis muslos—. Te hace ver increíblemente sexy.

Se me puso la piel de gallina. Un temblor sacudió mi cuerpo.

—Al auto. Ahora —gruñó.

Escuché su orden sin protestar. Le hice caso, ignorando la sensación que seguía atormentándome en el fondo de mi mente.

En cuanto cerró la puerta, me colocó a horcajadas sobre él. Nuestras bocas se encontraron. Sus dedos se clavaron en mis caderas, acercándome para sentarme sobre su erección. Era algo

nuevo. Diferente. Desconocido.

Me mecí contra él.

—¿Por qué nos hiciste esperar tantos años?

Mis ojos, entrecerrados y borrosos, se encontraron con los suyos.

—Eres la hermana pequeña de mi amigo —afirmó—. Nunca debí haberte tocado en la pérgola.

Debería estar decepcionada porque dejó que mi hermano nos separara. No habría dejado que nadie me alejara de la persona que amaba. Pero eso era lo que pasaba con el enamoramiento. Te volvía estúpido y loco.

Tiré de su labio inferior entre mis dientes y lo besé. Incluso sabía distinto a como lo recordaba. Lo miré a los ojos y le quité la chaqueta de sus hombros. Luego desabroché los botones de su camisa, ansiosa por tocarlo. La última vez no pude hacerlo. La última vez, me dio placer. Esta vez, yo le daría placer.

Presioné su piel con los dedos y le rasguñé el pecho con mis uñas. La tinta marcaba su piel, revelando al Adrian despreocupado que había llegado a conocer a lo largo de los años. Me moví sobre su erección, balanceando las caderas y frotándome, desesperada por liberarme.

Eso era mucho mejor que todas las noches a lo largo de los años en las que tuve que encargarme yo misma de darme placer. Estaba hambrienta por que un hombre me tocara. Delirando con la necesidad de ello.

En un movimiento rápido, un sonido desgarrador llenó el aire. Se me escapó un suspiro tembloroso cuando me encontré con su mirada.

—La pérgola no fue nada comparado con esto, Tatiana —gruñó.

La afirmación no tenía sentido. Quería decirle que aquella noche en ese sitio había sido el combustible que me hizo seguir adelante, sin embargo, antes de que pudiera responder, tiró de los tirantes de mi vestido hacia abajo y capturó un pezón en su boca. Una luz blanca se disparó detrás de mis ojos. Su mano me apretó el pecho mientras chupaba el otro.

Mis ojos se desenfocaron, mi pulso estaba enloquecido y supe que pronto llegaría al orgasmo. El eco seductor de una cremallera. El crujido de un condón. Y me penetró con un siseo.

Jadeé, mis ojos ardían de lágrimas. Se sentía diferente. Esa vez dolía. Más que la última vez. «Quizá después de tantos años sin sexo, mi virginidad había vuelto». Estúpido pensamiento. Todo era estúpido.

Me temblaban los muslos. Nuestros ojos se conectaron.

—¿No más juego previo y palabras bonitas? —Carraspeé sin aliento. Tenía que adaptarme, quedarme quieta para que el ardor disminuyera.

—Los dos somos demasiado viejos para eso, pero tal vez tú serás mi rosa.

Me agarró con fuerza por las caderas y empezó a penetrarme.

Jadeé. Él gimió. Me quejé. Él gruñó.

Como si estuviera demostrando algo. Me agarró de las caderas, haciéndome rebotar sobre su erección. Me ardían los ojos. No era cómodo. Pensé que podría haber confundido mis quejidos con gemidos. Necesitaba que fuera más despacio, sin embargo, hizo lo contrario, fue más rápido. La confusión ante la enorme diferencia entre mi primer encuentro sexual con él y ese me dejó atónita.

Se corrió. Yo no.

Decepción.

¿Por qué me decepcioné aquella noche? Por fin tenía al hombre por el que había soñado y por el que babeaba durante años, mas solo me quedé con la decepción.

Se había sentido tan diferente de aquella noche en la pérgola, pero, finalmente había conseguido mi deseo esa noche. Adrian finalmente me eligió. Se casó conmigo unas semanas después. Yo era feliz. ¿Era él feliz? ¿Por qué me estaba cuestionando todo ahora?

Solté un fuerte suspiro. No podía con los recuerdos. No podía lidiar con los recuerdos que me ocasionaba ese club, pero mi hermano me quería allí. Por él y por Branka. Se merecía su felicidad.

—Tienes que decirle a Vasili que estás embarazada —susurró Isabella en voz baja—. El padre de ese bebé es... —Se interrumpió. Dios, si ella se había dado cuenta de quién era el padre del bebé, seguro que Vasili lo descubriría en cuanto supiera que estaba embarazada—. Es importante. Lo sabes tan bien como yo, Tatiana. No sé si tendremos alguna oportunidad contra él.

Eso fue un eufemismo. Konstantin tenía los recursos y el respaldo para derribar varios imperios, por no hablar de nuestras familias. ¿Me mataría como a la mujer del video? Tal vez se llevaría a mi bebé y luego me mataría. Lo peor, las palabras de Illias me perseguían. *Te olvidaste de mí, Tatiana.*

Sonaba tan enfadado cuando las pronunció. Jadeé ante las imágenes que se formaban en mi cabeza, imaginé cómo me mataba justo después de llevarse a mi bebé. La bilis se me subió a la garganta, amenazando con vaciarme el estómago de nuevo. ¿Encontraría a otra mujer para criar a mi hijo? Jesucristo, las hormonas me ponían paranoica en lugar de apacible. No sabía qué era peor.

—Yo... —Se me quebró la voz.

Illias no sería tan cruel. ¿Verdad?

—¿Tatiana?

Tragué con fuerza, las palabras me fallaban. Me ardía el fondo de los ojos, pero parpadeé con fuerza. Una vez. Dos veces. Tres veces.

«*No hay tiempo para llorar*», susurró la voz de Vasili en mi mente. Nunca era momento de llorar.

Inhalé y luego exhalé. Llorar no servía de nada. No arreglaba nada. Las lágrimas que gasté con Adrian no lo trajeron de vuelta y, desde luego, no me salvaron. Podía ser que me hubiera sacado del coche, como afirmaron mis hermanos, pero dejó atrás un torbellino de secretos y peligro. Y ninguna advertencia.

No pude evitar acordarme del accidente. Si Adrian me salvó, entonces por qué no se salvó a sí mismo.

Las imágenes del accidente bailaban ante mis ojos. Los ojos muertos de Adrian. Él me sacó del vehículo, así que ¿cómo murió?

Voces distorsionadas. Aquella noche escuché susurros que me hicieron seguir adelante.

Volveré, моя luna. Volveré cuando estés lista para mí.

Esa voz. Profunda. Oscura. Me recordaba a la voz de Illias, pero debía de ser una ilusión. No confiaba en mi mente. Mi memoria no era fiable cuando se trataba de esa noche. Todavía me faltaban partes clave de aquel suceso.

Traición. Balas. Oscuridad.

A veces un villano se convertía en héroe. Ese nunca sería su caso. Illias Konstantin era una raza diferente de monstruo. Sin embargo, sentí como si hubiera vendido mi alma al diablo y él me hubiera entregado lo que más había deseado.

Un bebé.

Algo que Adrian se había negado a aceptar. Una y otra vez.

La adrenalina me golpeó como un tsunami, arrasándome hasta que la emoción se marchitó, dejando nada más que vacío a su paso.

Empecé a temblar de nuevo. Mis dedos, temblorosos como una hoja contra el viento, se acercaron a mi frente. Allí no había nada. Ni siquiera una cicatriz. Debería de haber quedado algo de aquella noche.

No obstante, era un lienzo en blanco. Vacío. Oscuro.

Respirar por la nariz. Exhalar por la boca. Repetir.

Un sentimiento sardónico me tiró del pecho. Al menos tenía unos siete meses para solucionarlo todo: el padre del bebé, sus exigencias, las de mi hermano. Podía mandarlos a todos a la mierda y esconderme en algún lugar donde nunca me encontrarían. Tenía recursos y fondos.

—Tatiana, por favor, háblame. —La suave voz de Isabella me trajo de vuelta a la realidad. Por un segundo, olvidé que estaba allí. Sus cejas fruncidas y su mirada llena de preocupación se negaban a dejarlo ir.

—No hay nada que decir. —Mi voz no demostraba ni una pizca de la agitación que había en mi interior. Mis hermanos e Illias aprenderían si llegaran a intentarme joder, su temperamento palidecería comparado con el mío.

—Te queremos. —Ronroneó en voz baja.

—Yo también los quiero. —«*Pero quería más a mi bebé*», pensé mientras me tocaba suavemente el vientre.

Traería el infierno a la tierra con tal de mantener a mi pequeño protegido.

CAPÍTULO DOS

KONSTANTIN



Tatiana Nikolaev estaba unida a mí de por vida, le gustara o no.

Tan solo necesitaba hacerla mi esposa. Siempre estuvimos destinados a terminar así.

Los dos, casados y con niños correteando a nuestro alrededor. Tal vez debería haberlo hecho de otra manera, pero ¡a la mierda!

Me había cansado de esperar. Mi plan se estaba desarrollando. El objetivo siempre fue preñarla y verla hincharse con mi hijo. Así, ella sería mía.

Había estado planeando aquello desde la muerte de Adrian. Observándola. Esperando mi momento. A decir verdad, la *Yakuza* me hizo un favor, porque solo aceleró mis planes. Maxim intentando matar al hermano de Nikolaev y haciendo que lo mataran no era parte del plan, pero, a decir verdad, usaría eso a mi favor también.

Los Nikolaev sabían que la habían jodido cuando mataron a Maxim. Si tuviera que hacerlo, los mataría a todos para conseguir a Tatiana. Aunque, la idea de ver dolor en sus ojos hizo que se me retorcieran las entrañas. Al igual que verla la noche que murió Adrian.

Ese dolor agonizante que desgarraba su mirada azul cristalina y su voz mientras intentaba salvar a su difunto esposo.

Quería protegerla de todo el dolor, incluso del que le causó él. De la *Omertà*. De todos. Y la única forma que conocía para hacerlo era poniéndola bajo mi protección. Como mi esposa y madre de mis hijos.

Se había convertido en un objetivo, pero mientras la tuviera a la vista en todo momento, podría mantenerla a salvo. Mi amor por ella no conocía límites. Y era amor, no solo necesidad u obsesión. No sabía que era capaz de eso y ser consciente de que la amaba debería haberme asustado muchísimo, aunque no fue así. Solamente me hizo desearla más. Lo supiera o no, era *mía*. Su cabello resplandeciente como la luna era la única luz en mi oscuridad.

Nadie había tenido una segunda oportunidad en mi vida. Excepto ella y su familia, pero nada más porque yo le *había* dado mi fe. Ni siquiera mi hermano gemelo obtuvo tanto de mí.

Un hecho que debería haber sido alarmante. Siempre había creído que no se podía confiar en otro ser humano, familia o no. Era una pérdida de tiempo, energía y fe. Solamente para decepcionarme al final. Bastaba con mirar a mi madre.

Sin embargo, no podía concebir un día en la tierra si ella no caminaba en ella. Tatiana era mi anomalía. Mi deseo. Mi destino.

No podía comprender del todo el alcance de mi obsesión, pero había estado allí desde el

momento en que la vi por primera vez. Cuando me miró fijamente con los ojos desorbitados del tono del cielo más azul, invitando a mi bestia furiosa e insaciable a poseerla.

Una oscura obsesión me arañaba el pecho, insistiendo en que me llevara a la mujer ya.

Pero la dejaría tener ese día para celebrar la boda de su querido hermano.

Entonces sería mía. Jodidamente *mía*. Para siempre.

Otro edificio adquirido.

Me senté en mi nueva oficina, con la vista panorámica del French Quarter extendiéndose frente a mí. Esperando. Ansiando. Anticipando.

Mi teléfono zumbó con un mensaje entrante. El nombre de Amon parpadeó en la pantalla. Lo abrí para leerlo.

Amon: La Yakuza atacará a Tatiana. En la boda de su hermano.

Este sería el cuarto ataque en el lapso de un año. No fue un ataque al azar, pero todos los demás siguieron mi orden y se mantuvieron alejados de ella. La *Yakuza*, por otro lado, siguió yendo tras ella. Incluso en la madre patria, en mi territorio, lo que era estúpido. Aquello solo demostró su desesperación por conseguir ese chip.

Si Tatiana no hubiera matado a ese bastardo, yo lo habría hecho y mis métodos habrían sido más tortuosos que una bala.

No fue difícil deshacerse del cadáver que quedó en la habitación del hotel de Moscú. Después de todo, era el dueño de casi toda la ciudad, incluida la policía. Aunque tenía que decir que estaba impresionado. La foto del cadáver mostraba la bala alojada en el pecho del hombre con precisión. Directo al corazón.

Reforcé la seguridad en torno a Tatiana, porque mis fuentes, en concreto Yan y Yuri, que ahora estaban en mi nómina, me contaron que Tatiana les había dado instrucciones para que mantuvieran en secreto ante su familia todos los ataques contra ella. Si sus hermanos no lo sabían, la dejaban vulnerable. Era inaceptable.

Una conmoción frente a mi despacho llegó justo a tiempo. Los tres hombres Nikolaev irrumpieron por la puerta abriéndose paso entre mis hombres. No fue una gran lucha, ya que los esperaba y les había ordenado que no opusieran demasiada resistencia. Sabía que Vasili no estaría contento con mi expansión en su ciudad.

Tan predecible, joder.

Nikita se limitó a entrar detrás de ellos, sin molestarse siquiera en obstaculizarles el paso.

—Te diría que entraras, pero ya estás aquí.

No es que esperara algo diferente. No de los Nikolaev. Tatiana era su hermana sobreprotegida. En ese momento más que nunca. Relacionarían mi adquisición de propiedades con su resistencia a darme a *moya luna*.

—Hijo de puta —siseó Sasha—. Voy a destrozarte tu puto cuerpo en pedazos. ¿Qué carajo estás haciendo en New Orleans? ¿Cuál es el problema? No puedes tener a Tatiana, así que ahora estás robando nuestro territorio. No importa lo que hagas, nunca la tendrás. Prefiero ver tu bonita cara en el ataúd junto a tu maldito hermano.

Dejé escapar un suspiro sardónico.

—Me alegro de que hayas mencionado a mi hermano.

Ya había tenido suficiente de los Nikolaev. La única razón por la que los dejé vivir fue por el

bien de Tatiana. Así de sencillo. Me recosté en la silla, estudiando a los tres hermanos. La mandíbula de Vasili estaba a punto de romperse si no se calmaba. Alexei estaba con su habitual máscara inexpresiva. Y Sasha era el mismo impulsivo y desquiciado de siempre.

—En nuestro mundo es mujer por mujer y lo sabes —le recordé, llevándome la bebida a los labios.

Nos sostuvimos la mirada y Vasili se frotó la mandíbula, con un gesto pensativo.

—¡A la mierda esa tontería de mujer por mujer! —espetó Sasha, con su habitual mal genio encendido. Él y Tatiana eran similares en ese aspecto—. El loco de tu hermano casi mata a mi esposa.

Levanté una ceja.

—Pensé que te casabas hoy en el juzgado. Y luego harías una fiesta en *La Cueva del Pecado* —. Me reí por el extraño nombre. Según los rumores, la mujer de Vasili y Tatiana habían bautizado su dormitorio como *La Cueva del Pecado*. Quedaba por ver cuánto pecaban en aquel lugar.

Sasha me sacó el dedo del medio, tan maduro el hijo de puta. No me molesté en responderle. Si lo hacía, sería en forma de su bonita cara aplastada contra mi pared. Y yo no estaba listo para manchar mis paredes con sangre todavía.

—Volviendo al tema que nos ocupa —continué en tono aburrido.

—Tatiana no está en venta —gruñó Vasili—. Te dije que lo consultaría con ella y su respuesta fue clara. No se casará contigo.

—Sus deseos no importan aquí. —Maldita mentira. Quería cumplir todos sus caprichos, anhelos y deseos, pero sus hermanos no necesitaban saber eso.

—No queremos tener problemas contigo, Konstantin. —Encantador, de nuevo de vuelta al tema de la guerra. Una que ellos no podían ganar—. Tu hermano le disparó a Branka, casi la mata.

—Y su padre mató a la mujer de Maxim —respondí fríamente—. Tú mataste a mi hermano. De alguna manera la balanza se inclina a favor de Russo y el tuyo. Mi hermano y su mujer están muertos.

—Yo maté al viejo Russo —admitió Sasha, esperando que eso los exonerara de alguna manera por la muerte de mi hermano—. Toma eso como pago. *Ojo por ojo y vete*.

La expresión de su hermano mayor se volvió asesina y lanzó una mirada de advertencia a Sasha.

—Dinos por qué la quieres —exigió saber Sasha.

Al parecer, la pequeña Nikolaev guardaba secretos a sus hermanos. El embarazo era uno de ellos.

—Tiene algo que me pertenece —concreté con calma. El chip era solo una pequeña parte. El bebé que llevaba en su vientre era la pieza más grande y la única que me importaba. Me senté, me arreglé las mangas y di por terminada la reunión—. Espero su respuesta definitiva para el final del día. Mis hombres los acompañarán a la salida.

Mis hombres empezaron a escoltar a los hermanos a la salida cuando Vasili se detuvo y se dio la vuelta.

—Iré detrás de ustedes —les avisó—. Quiero hablar con Konstantin a solas.

Sasha refunfuñó algo, pero se marchó. Nikita me miró para pedirme permiso y yo asentí.

Cuando todos se fueron, Vasili entrecerró los ojos y me miró.

—¿Qué tiene ella que sea tuyo? —preguntó.

El chip. Mi bebé creciendo en su vientre. Mi maldito corazón. *Elige, joder*.

Me senté detrás de mi escritorio y me recosté, estudiando al hombre que crio a sus hermanos mientras su padre vagaba por la tierra en busca de su próxima amante. No pude evitar notar similitudes y diferencias entre nosotros. Tras la muerte de mi madre, mi padre se volvió loco y yo tuve que guiar a Maxim a lo largo de los años. Luego, cuando nació Isla, tuve que criarla.

Suponía que la única diferencia fue que mi padre mató a mi madre. Su padre no lo hizo.

—Vasili, tú y yo sabemos que el camino ha llegado a su fin —respondí vagamente. Era evidente que Tatiana les ocultaba información a sus hermanos mayores, pero Vasili era un hombre inteligente. Tenía que haber adivinado que estaba embarazada. Él también tenía hijos—. No sé si estás ciego o simplemente eliges estarlo. —El maldito gruñó. Como si eso fuera a ayudar a su hermana.

—Le prometí cuando era pequeña que elegiría a su propio marido —explicó, cansado—. Y que nunca formaría parte de un matrimonio concertado. No puedo romper mis promesas a mi hermana pequeña, Konstantin.

—No es exactamente un matrimonio arreglado, ¿verdad? —señalé, sarcásticamente.

—Déjame hablar con ella otra vez —intentó—. Si está embarazada de ti...

—No hay peros que valgan —gruñí. Si insinuaba siquiera que se había acostado con otro, le cortarían el cuello y le sacarían el corazón del pecho.

Sacudió la cabeza.

—Sigo sin entender cómo ocurrió. —Dejé escapar un suspiro incrédulo. Esperaba que no quisiera que le explicara que me la había follado y la había dejado embarazada con mi semen. ¿No? Se pasó la mano por el cabello—. Sinceramente, no me gusta que me oculte secretos y no me gusta que se haya involucrado contigo.

—Pero te pareció bien que se metiera con Adrian —espeté—. El tipo que la puso en el radar de todas las putas familias poderosas del crimen del planeta.

—Francamente, yo tampoco quería que se liara con él —admitió a regañadientes—. Preferiría que mi hermana pequeña no se involucrara con ningún hombre.

—Ella está esperando un hijo mío. —No había nada más que discutir. Por supuesto, no le admitiría que era mi plan desde el principio poner un bebé en su vientre. Por lo cual, debía follarla sin condón.

Me balanceé en la silla, estudiándolo. Tenía la mandíbula apretada, lo que indicaba que estaba enfadado.

—No la obligaré a casarse contigo —concluyó finalmente y se dio la vuelta, dirigiéndose a la puerta—. Y tampoco dejaré que tú la obligues.

Desapareció por la puerta y mis pensamientos se trasladaron instantáneamente a la mujer con la que estaba a punto de casarme. Tanto si aceptaban mis condiciones como si no, Tatiana Nikolaev sería arrancada de su hábitat natural y obligada a entrar en mi mundo y en mi vida. Para siempre.

Era cuestión de tiempo antes de que recordara todo el incidente. Antes de que alguien le pusiera las manos encima o encontrara ese chip.

Podía marchitarse bajo mi dominio, pero ya no podía permitirse el lujo de su libertad.

Tarde o temprano, conseguiría que la mataran. Y si los federales ponían sus manos en ese chip, ella arrastraría a todo el bajo mundo. Y la mujer ni siquiera lo sabía.

Le había dado tiempo para curarse después del accidente. Me comprometí por ella. Comprendí los riesgos. Comprendía el peligro. ¿Me importaba? No, no me importaba. La *Omertà* tenía mi juramento, pero ella tenía mi corazón. Se trataba de su vida y la de nuestro hijo.

La había dejado ir una vez, ahora nada la salvaría de mí. Éramos dos almas que se cruzaron

estúpidamente, varias veces, para acabar así. O más bien, donde pronto estaríamos.

En mi reino. En mi país. En mi casa. En mi cama.

Exactamente donde debería haber estado todo el tiempo.

Había sido mía durante casi una década, no obstante, el destino nos separó. En ese momento, era yo quien controlaba nuestro destino.

Era hora de que Tatiana Nikolaev recordara a quién le pertenecía.

CAPÍTULO TRES

TATIANA



Y mi último hermano se casó.

Observé a Sasha y Branka, de pie junto a mi vehículo. No faltaron abrazos y besos, susurros de promesas y amor. Luego esos dos irían juntos en motocicleta hacia el atardecer.

O al salón de tatuajes.

No era mi idea de romance, pero eran felices. Era lo único que me importaba. Sasha merecía su felicidad y Branka también. Los dos se veían bien juntos. No había duda de que Branka quería a mi hermano, no después de recibir una bala por él.

Envidiaba su amor. Envidiaba su conexión. Sin embargo, la amargura no me consumió. Sí, quería lo que ellos tenían, pero, también tenía un bultito de alegría que había creado yo sola y que aliviaba cualquier sensación de tristeza.

De acuerdo, técnicamente no lo creé yo sola, pero eran detalles sin importancia. Ya había empezado a imaginar nuestra vida juntos. Quizá tendríamos que escondernos, sin embargo, mantendría a mi bebé feliz y protegido.

El sol de octubre brillaba, calentándome la piel. New Orleans siempre había sido mi hogar. Hasta que dejó de serlo, ya que dondequiera que estuviera mi bebé sería mi hogar. Mis hermanos siempre fueron mi roca en la tormenta. Hasta que dejaron de serlo. Tal vez era el ciclo de la vida. Crecer y todo eso.

Empecé más tarde, porque siempre me habían resguardado. Aunque no había nada ni nadie en el planeta que me protegiera de Illias Konstantin. No estaba muy segura de querer que me protegieran de él. Tendría que arreglármelas yo sola.

Cuánta ironía. Un año entero después de la muerte de Adrian, me enteré de esa nueva vida que crecía dentro de mí. Había incertidumbre, mas la alegría lo superaba todo.

Sentí la presencia de Vasili detrás de mí. Protectora. Cálida. Abrigadora.

Desafortunadamente, no podía ayudarme con la situación en la que me encontraba. No con Illias Konstantin. Nunca me perdonaría si mi familia salía lastimada por mi culpa. Así que esa vez, los protegería, como ellos siempre lo habían hecho conmigo.

—Enemistarse con Konstantin es una mala jugada, Tatiana —advirtió Vasili—. Todos en el mundo del crimen, de hecho, cualquiera que se cruce con él, no quiere caerle mal. Y nosotros ya estamos en la cuerda floja.

Me encogí de hombros, sin responderle. De acuerdo, quizá fingí un poco de despreocupación. Fingir hasta conseguirlo y todas esas frases. Mientras tuviera a ese bebé en mi

vientre, era intocable. Y mi familia también.

Por un tiempo limitado.

—¿Me estás escuchando, *Sestra*? —refunfuñó Vasili.

—Sí.

—Konstantin tiene la capacidad de infligir un daño irrevocable en todos nosotros —advirtió. No era nada nuevo—. Puede parecer silencioso, pero su ira es letal. Conoce tu debilidad y la explota. Créeme, Tatiana, ahora mismo tenemos muchas de esas. En nuestros hijos. Son una bendición, no obstante, también nos hacen vulnerables. Más que nunca necesitamos aliados.

Mi mirada se desvió hacia las calles, observando cómo la ciudad bullía de vida. Por primera vez en mucho tiempo, pude respirar. La esperanza y el amor florecieron en mi pecho y en mi vientre. Tendría que andar con cuidado y asegurarme de que mi bebé estuviera a salvo.

Mi bebé y nuestra familia.

Cuadré los hombros, mi decisión estaba tomada.

—No te pasará nada. —Tranquilité a mi hermano mayor. Por primera vez, era yo quien protegería a mi familia—. Ni a nuestra familia y especialmente a mis sobrinos.

Me di la vuelta y me enfrenté a la cara de duda de mi hermano. Estaba acostumbrado a hacer el papel de protector, sin embargo, ahora sería yo quien los protegiera a ellos.

—¿Confías en mí, Vasili? —cuestioné.

Nuestras miradas se cruzaron y, por primera vez, no me sentí como su hermana pequeña. Era su igual, jugando al ajedrez con uno de los hombres más despiadados del mundo.

—Te confío mi vida y la de mis hijos —declaró.

El orgullo y el amor por mi familia me llenaron el corazón. Pasara lo que pasara, siempre los querría. Siempre estaría ahí para ellos como sabía que ellos estarían ahí para mí.

—Entonces, confía en mí para que te proteja. —Lo abracé—. Para protegernos.

Vasili suspiró.

—La única manera de evitar la guerra con el *Pakhan* es estando de acuerdo con sus términos. Que te cases con él.

Observé a mi hermano mayor, que había sido mucho más que eso en toda mi vida. Sasha había sido mi protector y mi hermano, pero Vasili lo era todo. Y se tomaba la responsabilidad muy en serio. Nunca me había faltado nada gracias a su protección y su amor.

—Quieres que yo sea el peón —murmuré.

—Peón hoy. Reina mañana.

Asentí con la cabeza.

—Excepto que yo tengo algo que él quiere —pronuncié—. Así que, qué tal si nos saltamos toda la mierda del peón, y voy directamente a ocupar el trono de la reina.

Los labios de Vasili se curvaron en una sonrisa y el orgullo inundó su expresión.

—Ahí está mi hermana. —Lo abracé una vez más.

Yo era una reina. La pieza más poderosa del tablero de ajedrez. Era hora de que empezara a actuar como tal.

CAPÍTULO CUATRO

TATIANA



Mi valentía debió de quedarse en la acera de enfrente del juzgado donde se casaron Sasha y Branka, porque a medida que me acercaba a *La Cueva del Pecado* todas mis emociones se agitaban en mi interior. Entre ellas, pavor.

Era la primera vez que pisaba ese lugar desde la muerte de Adrian. Me llevé los dedos al collar y giré nerviosamente el colgante de la rosa con espinas. Ya nunca me lo quitaba. No sabía si era para no olvidar el amor o la traición de mi marido.

Había pasado un año desde aquel maldito accidente. Desde la explosión que arrasó con todo. Restos de su cuerpo. Restos de su vehículo. Restos de mis recuerdos.

Me quedé con un vacío. Una mente fracturada. Sentimientos asfixiantes que no podía entender.

Me llevé la mano al estómago.

Era ridículo sentir ese pavor a medida que me acercaba a *La Cueva del Pecado*, el club que Vasili bautizó en honor al nombre del dormitorio de Bella y mío. Nuestros días salvajes cuando las cosas parecían más simples. Bella se enrolló con Vasili la misma noche que Adrian finalmente cedió.

Fue la noche en que por fin comenzó nuestra historia. Oficialmente.

Ese último año de universidad, lo llamó un error. Yo no. Lo llamé la mejor noche de mi vida.

Yan abrió la puerta del coche, esperando a que saliera. Permanecí inmóvil durante dos latidos de más. Inhalé hondo y lo solté lentamente. Me obligué a salir del auto y pisé la concurrida calle del corazón de New Orleans. El bullicio de la ciudad estaba en pleno apogeo. Una gota de sudor recorrió mi espalda. El sol quemaba con fuerza. Por una vez, la risa de los lugareños y los turistas no me hizo querer arañarme el cerebro.

Estaba a punto de dar un paso cuando sentí unos ojos sobre mí, observándome. Me detuve y miré a mi alrededor. Había turistas, familias, los guardias de mis hermanos. Todos hablaban en tono apresurado y alegre. Nada fuera de lo común.

Estaba a punto de atribuir la sensación a mi estado de ánimo, pero la piel se me erizó de nuevo, y un escalofrío recorrió mi espalda.

Mis ojos se desviaron al otro lado de la calle. Allí estaba el edificio más antiguo de New Orleans. Un bar local. Los hombres fumaban y charlaban. Cada uno de ellos tenía una copa en la mano.

Excepto uno.

Una sombra oscura y familiar se alzaba en silencio, más alta que todos los demás hombres. No pasaba desapercibido, tampoco lo intentaba. Llevaba camisa y pantalones negros, a juego con su cabello, dando esas vibras de hombre de negocios. Dios, su cara era hermosa. Pertenecía a las vallas publicitarias. Rasgos afilados y angulosos. Pómulos altos. Mandíbula gruesa.

Y esos ojos que podrían enviarte en espiral hacia su oscuridad.

Me observaba, burlándose con promesas de lo que estaba por venir. Como si me estuviera descifrando, pieza a pieza, antes de destrozarme.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Mis costillas apretaban mis pulmones, o posiblemente mi corazón, dificultando la entrada de aire. No intentaría nada allí. ¿Cierto?

Mi teléfono zumbó en mi bolso. Un mensaje de Illias.

Konstantin: Estás lista para mí, moya luna.

CAPÍTULO CINCO

KONSTANTIN



Todo estaba resultando como quería.

Tatiana sería mía después de ese evento.

Mis ojos le avisaban que no habría más retrasos. Luego, para que no hubiera malentendidos, le envié un mensaje. Repetí las palabras que le había dicho cuando la dejé en el hospital. Le prometí que volvería cuando estuviera lista para mí.

¡Y ya lo estaba!

Su cuerpo estaba rígido, con su grácil espalda a la vista mientras entraba en *La Cueva del Pecado*. El vestido le quedaba perfecto, ya no estaba demasiado delgada. Realzaba su elegancia. Su belleza. Y la forma que tenía de moverse era propia de una reina.

Sí, fue un peón en la venganza de Adrian, pero salió de ella como una reina.

Cuando desapareció, vi a Amon por el rabillo del ojo. Sus ojos no estaban puestos en mí, sino en el edificio contiguo a la recepción de la boda. Empezó a caminar, sin apartar los ojos de ese sitio, mientras yo mantenía los míos fijos en *La Cueva del Pecado*.

Amon casi me alcanzó. Se detuvo frente a mí, se arrodilló y fingió atarse los cordones. No me dirigió la mirada mientras murmuraba en voz baja:

—Irán tras ella cuando salga.

Sobre mi cadáver.

—Asegúrate de que no pase antes —siseé.

Tatiana se merecía ese momento con su hermano. Sasha podía ser un imbécil arrogante y psicópata, pero los dos eran muy unidos. Esa era una ocasión familiar. ¿Hirieron mis sentimientos porque no me invitaron?

Joder, no.

¿Me colaría en el evento para no perder de vista a *moya luna*? Diablos, sí.

Amon se levantó, dejando un *ticket* de entrada en el suelo. Se marchó sin decir nada más mientras yo les escribía un mensaje a mis hombres para asegurarme de que todo estaba en su sitio. Luego, recogí el *ticket* del suelo y me dirigí al evento.

Entré en el local, y dejé un cheque de un millón de dólares como regalo a los novios y lo firmé como Illias y Tatiana Konstantin. Llevaría a los hermanos Nikolaev directamente a mi puerta, pero a la mierda.

Cuando mi anillo estuviera en su dedo, no habría nada que pudieran hacer.

Vasili me vio primero. Sin dejar de sonreír, avanzó hacia mí. Podía engañar a la mayoría de

la gente haciéndoles creer que era un anfitrión feliz, no obstante, el hielo de sus ojos azul pálido era una advertencia para cualquiera que tuviera cerebro.

—Konstantin, yo no...

Su mujer debió de captar las vibras de Vasili, porque se apresuró hacia nosotros con su niña en brazos antes incluso de que Vasili pudiera terminar su declaración.

—Oye, cariño, ¿puedes ayudarme con Marietta? —Antes de que su marido pudiera siquiera responder, ella prácticamente empujó a la niña a sus brazos. Vasili bajó los ojos y al instante se derritió el hielo. *Interesante*.

Su mujer sonrió con suficiencia y luego me lanzó una mirada cautelosa.

—Puedes quedarte, pero seamos civilizados. Incluido tú, Vasili. ¿De acuerdo?

No creía que Isabella Nikolaev fuera una manipuladora, pero estaba claro que sabía cómo manejar a su esposo.

—Como desee, señora Nikolaev —acordé. No me importaba nada más que vigilar a Tatiana y mantenerla a salvo. Sí, ella estaría a salvo dentro de *La Cueva del Pecado*, pero lo cierto era que, si Amon era capaz de conseguir un *ticket* de entrada, también podía hacerlo el enemigo.

—Soy demasiado viejo para esta mierda —murmuró Vasili—. ¿Verdad, Marietta? No le harás pasar un mal rato a *Papa* como tu *Mama* y tu tía.

Isabella resopló, aunque sonrió suavemente a su marido.

—Sabes que nuestros hijos serán aún peores de lo que fuimos nosotros, ¿verdad?

Suspiró y le dio un beso a la pequeña Marietta, quien parecía tener un año. La niña lucía como una muñeca de trapo en brazos de Vasili, pero sonreía abiertamente, claramente contenta de estar en brazos de su padre. Me pregunté si mi bebé me miraría *así*.

Mi padre fue mi héroe hasta que dejó de serlo. Después del día en que ejecutó a mi madre, él era el *Pakhan* y nada más. Era difícil formar y mantener un vínculo con un hombre que nunca estuvo ahí para ti después de haberte arrebatado a tu madre. Andaba de mujer en mujer, les hacía pagar a todas, puta o no, por los pecados de la mujer que lo traicionó...

Así que, mientras él se revolcaba, yo observaba y estudiaba. Aprendí qué tecnología funcionaba y cuál no. Había aprendido los puntos débiles de los enemigos y los explotaba. Amplié nuestro territorio y nuestro portafolio de negocios hasta convertirlo en uno de los más grandes de todos.

Busqué a Tatiana, gracias a que sobresalía por encima de la mayoría de los invitados, la encontré de pie junto a su hermano y su novia en la esquina más alejada de la sala. Sonreía mientras la nueva señora Nikolaev hablaba con mucho ánimo y luego señaló el pecho de Sasha. Hizo la mímica de apuñalar a su marido.

¿Nuestro bebé se parecería a su mamá? Eso esperaba. No podía decidir si había soñado primero con un niño o una niña. Tal vez un niño para que mantuviera a todos alejados de su hermanita. Aunque era tentador ver a Tatiana con nuestra pequeña. La vestiría a la última moda y la pasearía por todo el mundo.

—Por el amor de Dios, Konstantin. —El gruñido de Vasili me apartó de mirar embobado a mi mujer favorita—. Te juro que si la obligas a casarse contigo o...

—Vasili, cariño, ¿puedes ir a ver al personal de cocina? —Vasili alzó las cejas. Imaginé que nunca antes había tenido que controlar al personal de la cocina—. Por favor, amor. Después, comprobemos el cuarto trasero para asegurarnos de que está intacto.

Me guiñó un ojo y Vasili ya se daba la vuelta, dirigiéndose hacia donde fuera. Entonces, como si recordara algo, entrecerró los ojos y me miró.

—Lo digo en serio, Konstantin. —Intercaló la mirada entre Tatiana y yo. Me observó con

dureza—. Ella está fuera de los límites.

Me apoyé en el talón.

—Seguro les funcionó bastante bien a ti y a tus hermanos —repliqué secamente—. Si mal no recuerdo, sobornaste al novio de tu mujer y luego lo echaste de la ciudad. Tu hermano secuestró a su novia.

—Tal vez la case hoy —me provocó.

—Puedes intentarlo. —Mi voz era oscura y apreté los dientes—. Y verás lo rápido que se desmorona tu imperio.

Vasili abrió la boca, sin embargo, su mujer lo detuvo antes de que pudiera decir otra palabra.

—Vasili, hoy no. —Su voz era suave mientras empujaba a su marido hacia delante.

No obstante, ella se quedó atrás y yo alcé una ceja, esperando a que dijera lo que claramente quería decir.

Cuando su marido ya estaba fuera del radar, se volvió hacia mí. Ladeó la cabeza mientras me estudiaba.

Le sostuve la mirada. Era curioso que ella y Tatiana fueran mejores amigas, teniendo en cuenta lo diferentes que eran. Pero quizás ese era el motivo de que se llevaran bien.

—Estás tentando al destino —dijo Isabella en voz baja, ladeando la cabeza—. Pero eso ya lo sabes.

Mi mirada se desvió hacia la rubia. El grupo que la rodeaba crecía. Debía de estar entretenida con una historia, porque la multitud se hizo más ruidosa y alborotada.

—Siempre ha sido una mariposa social —comentó Isabella—. *Miss Popularidad*. Incluso ganó el título en Georgetown.

—Notable —observé con ironía. Ojalá los hombres se alejaran de ella. Reflexioné si sería muy exagerado matar a cualquier hombre que estuviera cerca de ella, a excepción de la familia. No lo creía, pero mi idea podía estar sesgada cuando se trataba de la mujer que llevaba a mi bebé.

—¿Cómo va su embarazo? —pregunté—. ¿Está sano el bebé?

Isabella se puso rígida y me miró con cautela, pero la verdad persistía en aquellos ojos marrones.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —comentó lentamente—. Y, aunque la tuviera, existe la confidencialidad médico-paciente y todo eso.

Una comisura de mis labios se levantó y la satisfacción corrió caliente por mi sangre. Se me hinchó el pecho al pensar que pronto sería padre. Carajo, ya quería tenerlo en brazos

Sonreí.

—Gracias, Isabella.

—¿Por qué?

—Acabas de darme todas las respuestas que necesitaba.

CAPÍTULO SEIS

TATIANA



Salí y miré hacia donde había visto a Konstantin por última vez. Ya no estaba allí. Tampoco era como si esperara que permaneciera allí todo ese tiempo.

Sacudiendo la cabeza por mi idiotez, di un paso adelante y me fijé en una Land Rover negra que pasaba y, por el rabillo del ojo, vi que bajaba la ventanilla. El cañón de una pistola me apuntaba. Se me paró el corazón. El mundo dejó de girar durante una fracción de segundo.

Bang.

Estalló el cristal de la ventana cercana a mi izquierda, haciendo saltar fragmentos de vidrio por todas partes. Me quedé paralizada, tan aturdida que ni siquiera sentí el cristal clavándose en mi brazo desnudo. Los gritos llegaron primero a mis oídos. La adrenalina inundó mis venas y mi cerebro empezó a funcionar de nuevo.

Me estaban disparando.

Entonces lo vi. El jefe de la *Yakuza*. ¡Demonios! Ese chip debía tener alguna mierda importante si venía por mí personalmente. Otro coche negro, una Expedition, frenó detrás de él. Observé horrorizada cómo bajaba su ventanilla, aunque para mi alivio las balas apuntaban a quienes me atacaron.

Mis pies reaccionaron y empecé a correr justo cuando sonó otro disparo detrás de mí. Estuvo a nada de darme. El terror me inundó. Sabía a sangre y cobre. ¿Me habían disparado?

Los latidos de mi corazón retumban en mis oídos como el rugido de un motor estridente. Los gritos, los chillidos y el chirrido de los neumáticos sonaban como un ruido lejano, pero aún continuaba con vida. Podía sentir el ardor en mis músculos mientras seguía corriendo. Era muy difícil hacerlo con mis tacones de doce centímetros, pero ni muerta bajaba el ritmo.

Por fin estaba embarazada y por nada del mundo permitiría que algo le pasara a mi bebé.

Mis dedos agarraron mi vestido, sin importarme cuánta piel estaba mostrando. Mi vida valía más que un vistazo a mis piernas desnudas. Tenía que seguir viva.

Giré bruscamente a la derecha y corrí por una estrecha calle lateral donde sabía que Vasili guardaba su vehículo de repuesto para emergencias.

Pues, aquella era una maldita emergencia. Por encima de mi hombro, vislumbré a dos hombres que corrían detrás de mí a toda velocidad. Tenían ventaja sobre mí, no llevaban tacones. Mis pulmones pedían aire a gritos, los músculos de mis piernas temblaban, amenazando con ceder, pero lo ignoré todo.

Esforzándome más, aceleré calle abajo y me metí por un callejón lateral. Al final, había una

alambrada de dos metros que me separaba del auto de Vasili. Sin preocuparme de mi vestido Chanel ni de mis zapatos, me los quité rápidamente, los recogí, sería una blasfemia deshacerme de unos tacones de Christian Louboutin, y trepé por la valla. La adrenalina que corría por mis venas me hacía rápida, fuerte y ágil.

Una vez calmada, suspiré de alivio, un sollozo me sofocó.

«Corre, Tatiana. Corre. Tú puedes».

Con cada paso, repetía una y otra vez las mismas palabras. Aspirando aire desesperadamente, corrí calle abajo hacia el discreto coche. Un sencillito Honda Pilot negro. Uno que tendría cualquier familia normal.

Mis dedos teclearon frenéticamente el código de la manilla de la puerta. Era el cumpleaños de Nikola, sin embargo, me temblaban tanto los dedos que me equivocaba de dígito. Y justo cuando di con los números correctos, una mano me rodeó la boca.

—Suéltame. —Mi voz sonaba sofocada por su palma. Ni siquiera sabía si salía lo bastante clara como para que me entendieran. Luché contra el agarre, aunque mis fuerzas menguaron lentamente. Entonces, lo mordí. Con fuerza.

Un gruñido. Una vibración contra mi pecho.

—No más juegos, *moya luna*.

Me quedé quieta. ¿Konstantin? Parecía la voz de Konstantin. Mi cuerpo se relajó, volví a caer sobre su pecho duro, masculino, y sus brazos se apretaron a mi alrededor como una banda de acero. Una cuerda encadenada. Su aroma se filtró lentamente en mis pulmones: cítricos, sándalo y especias.

En un último y débil intento de mostrarme desafiante, intenté clavarle el codo en el estómago y me agaché contra él.

Su cálido aliento me hizo cosquillas en el lóbulo de la oreja mientras se reía.

—¿Te vienes por voluntad propia o prefieres que te fuerce? —Sus labios se acercaron al borde de mi oído—. Cualquiera de las dos me gusta —gruñó, mordisqueándome el lóbulo de la oreja.

Dios, algo tenía que estar mal en mi cuerpo, porque me calenté. Mis pezones se tensaron y mis muslos temblaron sabiendo exactamente lo buena que era su boca cuando quería. El lado lujurioso de mi cerebro gritaba: «*me voy voluntariamente*», pero opté por algo menos efusivo.

—¡Imbécil! —siseé, molesta más por mi reacción que por otra cosa. El tipo me estaba amenazando y yo me excitaba. Mal movimiento.

Intenté apartarme de él de nuevo, aunque fracasé. Dos de sus hombres estaban detrás de él. Uno corpulento y rubio y el otro moreno, con algo raro en él. Lo había visto antes.

Como no hice ningún movimiento, soltó otra risita suave.

—O puedo cargarte sobre mi hombro.

—Cavernícola —murmuré—. Al menos déjame ponerme los zapatos —añadí a regañadientes.

Mientras lo hacía, un Mercedes G-Benz negro se detuvo delante de nosotros. Illias me acompañó al interior, se deslizó a mi lado y el vehículo abandonó el callejón. Me quedé mirando por la ventanilla, intentando ver si los *Yakuza* seguían rondándonos. O si mis hermanos se habían enterado del ataque fuera de *La Cueva del Pecado*, pero solo había turistas frenéticos, cristales rotos y tiendas dañadas.

Suspiré aliviada. No había heridos ni muertos en la calle. Quizá debería haber vuelto corriendo al club de mi hermano cuando empezó el tiroteo, pero en ese momento no estaba pensando. Mi primer instinto fue correr, así que lo hice.

—¿Has encontrado el chip? —Las tranquilas palabras de Illias me sacaron de mi análisis y giré la cabeza para encontrarme con su mirada. Me observó con curiosidad e interés.

—No, no lo he hecho. Sabes que mi vida no gira en torno a ese maldito chip —reviré—. Además, yo no he empezado esto. No suelo meterme en asuntos de la mafia y ahora me siento metida hasta el cuello en esta mierda. Y ni siquiera sé qué demonios es. ¡Al menos no todo! —Era la verdad. Aparte de mis hermanos, no tenía nada que ver con el bajo mundo—. De todos modos, puedes dejarme en la propiedad de Vasili. Allí estaré a salvo.

Sabía la respuesta antes de que la pronunciara.

—No lo creo. Tú vienes conmigo.

Jadeé ante su respuesta y mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Me... me estás secuestrando?

Me observó con cara de exasperación.

—Imagina que son nuestras minivacaciones. Estamos atrasados.

—¿Te has vuelto loco? —siseé—. Si no quieres recibir toda la ira de mis hermanos, llévame a casa de Vasili y le diré que me has salvado. Eso podría darte algunos puntos.

Me tomó la barbilla entre sus dedos y acercó mi cara a la suya.

—Tus hermanos son los que necesitan puntos si quieren vivir. No al revés. No lo olvides. Yo soy el *Pakhan* aquí, no ellos.

Puede que tuviera razón, pero mi terquedad se negaba a ceder. Así que solté un *pfft* y me encogí de hombros, con las caras aún juntas.

Luego, sonrió, el gesto era oscuro y amenazador.

—Considera esto como el pago por todos los errores de tu familia. Hacia el *Pakhan* y adivina quién es.

—¿Un imbécil? —pregunté inocentemente, parpadeando. No reaccionó, sin embargo, el contacto de su mirada me hizo querer retorcerme. Me mantuve firme, aunque mi lengua decidió burlarse—. El *Pakhan* me parece un título tan aburrido. A lo único que suena es a cabrón resentido —comenté con tono impasible. Levantó la comisura de sus labios—. Me refiero a que ¿qué diablos significa eso?

—Significa que puedo desmoronar el imperio de tus hermanos en cuestión de días —aclaró, perezosamente, aunque no se me escapó el trasfondo de amenaza.

—¿Qué te detiene? —suspiré, con el corazón laténdome con fuerza contra el pecho—. Quizás el hecho de que mi cuñada trabaja para el FBI e irá tras de ti.

Soné tan infantil que mi amenaza perdió todo su valor. Konstantin no parecía preocupado en absoluto. De hecho, su mirada era desafiante.

—No, Tatiana —confesó—. Tú eres la única que me detiene.

Efectivamente, el *Pakhan* me estaba secuestrando. Ni siquiera estábamos en New Orleans.

Vi cómo la ciudad desaparecía a nuestras espaldas y aparecía de la nada un pequeño aeropuerto privado. Un avión ya estaba allí, listo para despegar. Estudié la zona, el edificio donde probablemente encontraría guardias de seguridad.

El coche se detuvo y la puerta se abrió.

—Después de ti —agregó Illias, indicándome que saliera del vehículo.

—¿Te das cuenta de que no he hecho la maleta? —expliqué con ironía—. No llevaré esto mientras dure mi encarcelamiento. Tengo una reputación que mantener.

Una media sonrisa se dibujó en sus besables labios. Lo único que deseaba era inclinarme y lamerlos o sentir su lengua en mi piel. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Tendría que mantenerme alerta. Tenía que seguir recordándome que Konstantin no era como mis hermanos, que mantenían un cierto código de honor. Nunca lastimes a las mujeres. Nunca dañes a los niños. Nada de tráfico de personas. Dios mío, ¿acaso participaba en el tráfico de personas?

—Lo que quieras y necesites, lo conseguiremos en el camino.

Desvié mi mirada hacia él, mientras la pregunta rondaba mi mente.

—Me aseguraré de darte una larga lista de los artículos más caros que se me ocurran.

Illias sonrió.

—Cuento con ello.

Sacudí la cabeza y estaba a punto de salir del auto, cuando no pude aguantarme más.

—¿Tienes prostíbulos? —cuestioné. Illias se mostró sorprendido—. ¿Participas en el tráfico de personas? ¿Fuerzas a las mujeres a trabajar en ellos?

—Sí y no. —Entrecerré los ojos, exigiendo más detalles—. No, no tengo un prostíbulo. No, no obligo a las mujeres a nada ni participo en el tráfico de personas. Tengo un socio o dos que son dueños de prostíbulos y estamos trabajando para deshacernos de ellos.

—Démosle una medalla —musité en voz baja. Un comportamiento inmaduro por mi parte, sin duda. Aunque fue un pequeño alivio en ese aspecto. Mientras luchaba contra él, sabía que el bebé acabaría cambiando la dinámica entre Illias y yo. Suponiendo que no me matara y secuestrara a mi hijo.

Puede intentarlo, pero fracasará.

—Ahora, vámonos antes de que aparezcan tus hermanos y tenga que dispararles.

—No te atreverías —siseé.

Sin embargo, por sus ojos pasó un destello que me dijo que lo haría. Sus siguientes palabras lo confirmaron.

—Me gustaría. Me haría la vida más fácil, pero sé cuánto quieres a tus hermanos, así que los dejaré vivir. Por ti.

Nos miramos en silencio. Se sentía electricidad en el aire y cada vez que respiraba me producía pequeños temblores. El hecho de que dijera algo así debería ser alarmante. Sin embargo, me pareció tan dulce maldición, que mantuviera vivos a mis hermanos por mí.

Alguien tenía que abofetearme para que recuperara el sentido. «*Hola, es el enemigo. Él es el enemigo*». Era lo que necesitaba recordar, pero resultaba tan difícil cuando decía palabras tan dulces.

—Pero si se les ocurre alejarte de mí, no dudaré en ponerlos a dos metros bajo tierra —añadió. No se contuvo y *tuvo* que arruinar el momento. El hombre era exasperante.

Salí del vehículo sin dedicarle una sola mirada. Estaba justo detrás de mí con la mano en la parte baja de la espalda y empujándome hacia el avión. Sabía que, si subía a la aeronave, las posibilidades de escapar de él serían menores.

Tenía que intentar escapar. Me negué a ser una prisionera sumisa o, en cualquier caso, una prisionera, en absoluto. Incluso si se trataba de unas vacaciones ridículas.

Así que, recordando cómo se anticipó fácilmente en Washington antes incluso de que tuviera la oportunidad de correr, mantuve el cuerpo relajado y me acerqué hacia el avión privado como si estuviera en la pasarela. Incluso moví un poco las caderas, esperando que me estuviera mirando el trasero.

Otros dos pasos y vi mi oportunidad. El piloto se acercó a Konstantin y no perdí el tiempo.

Eché a correr, quitándome los tacones sobre la marcha mientras me despedía en silencio de mis bonitos zapatos. Una retahíla de maldiciones se escuchó a mis espaldas y unos pasos me siguieron, mas no me detuve a mirar detrás de mí. No me molesté en observar por encima del hombro. Aquello me costaría un tiempo precioso.

Me ardían los pulmones. Yo no era una corredora como Aurora. Estaba loca por someter su cuerpo y pulmones a esa locura. «*Dios, si lo consigo, correré todos los días*», le mentí a él y a mí misma. «*También iré a la iglesia todos los domingos*».

Ya casi llegaba al edificio. Solo un poco más y estaría allí. Cuando llegué, mis palmas aterrizaron planas contra el cristal y empecé a golpearlo.

—¡Déjenme entrar! —grité sin aliento.

Los hombres me observaron como si estuviera loca y luego compartieron una mirada entre ellos. Lentamente, uno de los guardias se levantó y se dirigió a la puerta. Un paso. Dos pasos. Dios, era tan lento que apostaría a que yo corrí la distancia desde el avión hasta aquí más rápido que él a metro y medio de distancia.

Por fin se abrió la puerta.

—¡Déjame entrar! —supliqué—. Ese loco idiota me está secuestrando y tengo que llamar a mis hermanos.

Sus ojos parpadearon detrás de mí y sonrió. Qué demonios...

—Señor Konstantin —saludó y se me encogió el corazón—. Perdió su cargamento.

Me giré lentamente, como si estuviera viviendo un sueño, o más bien una pesadilla, y vi a Illias caminando despreocupadamente con una sonrisa en su cara y las manos en los bolsillos. ¡Joder! Caminaba de lo más tranquilo como si fuera un personaje de serie de televisión.

—Hola, Daniel —respondió amablemente Konstantin—. Tienes razón, perdí mi cargamento. Es un poco salvaje y tuvimos una pequeña disputa prematrimonial, pero lo resolveremos antes de que acabe el día.

Se me cayó la boca. *Ese hijo de puta...*

—Vete a la mierda tú y tu mierda prematrimonial —reviré—. Estás loco si crees que me casaré contigo.

Apreté los dientes. ¿No podía un maldito hombre arrodillarse y pedirlo de la forma correcta? La proposición de Adrian, posiblemente aún menos romántica que esa, pasó por mi mente, burlándose de mí.

Illias despidió al guardia de seguridad con una inclinación de cabeza y este desapareció rápidamente en el interior, la puerta se cerró detrás de mí con un firme clic poniendo fin a mi débil plan de huida. *Traidor*. Desde luego, no era un héroe para una damisela en apuros.

Los dos nos miramos en silencio. Illias se metió las manos en los bolsillos y dio un paso hacia mí, con el aroma cítrico llenándome los pulmones. Aquello bastó para que me temblaran los muslos. Podría culpar a mis hormonas, pero sería una mentira. Ese hombre tenía una forma de atraer mi cuerpo hacia él y luego dominarlo con una simple mirada.

—Nos casaremos, *moya luna*. —Sus ojos me atraparon, prometiendo oscuros placeres, y mi pulso se agitó—. Antes de lo que crees.

Mi mandíbula se apretó.

—No.

—Sí.

—Konstantin, llévame de vuelta a la ciudad —exigí, con la voz baja.

—Te lo dije, dime Illias. —Su voz era ronca mientras daba otro paso adelante. El más mínimo músculo se tensó en su mandíbula y di un paso atrás—. O tu amado. —Se me escapó un

suave bufido—. Tu marido. Tu amor. Tu alma gemela. Elige lo que quieras, pero deja de llamarme Konstantin.

Dio otro paso adelante. Yo di uno hacia atrás.

—Oblígame.

Unos ojos oscuros se clavaron en mí y, sin previo aviso, me tomó en brazos.

—Tienes suerte de que estás embarazada o te pondría sobre mi hombro y te llevaría como un saco de papas.

Mis manos rodearon su cuello instintivamente. Mis dedos traidores empujaron el cabello corto de su nuca.

—¿Quién dice que estoy embarazada? —desafié. Mi pulso se aceleró cuando sus ojos se desviaron hacia mí brevemente. La mirada loca y posesiva que permanecía en esas profundidades oscuras era suficiente para hacer que una mujer perdiera las bragas. O tal vez la cabeza—. ¿Quizá sea de otra persona?

Su expresión se volvió fría y se paró en seco.

—Aclaremos algo —gruñó. Sus palabras eran más ásperas que de costumbre—. Deja que otro hombre te toque y lo destruiré. Cuando acabe con él, no quedará ni rastro de él en la tierra.

Me sacó de quicio y debió notarlo, porque sus siguientes palabras fueron dichas en voz baja. Vehementemente.

—Te arruinaré, Tatiana. Te romperé y luego te recompondré.

El aire se me escapó de golpe cuando acercó sus labios a unos centímetros de los míos.

—¿Sabes por qué? —preguntó, con voz ronca y aquel acento ruso más marcado que nunca. Negué con la cabeza—. Porque eres mía. Eres mía desde hace mucho tiempo.

Con eso, reanudó la marcha hacia el avión.

—Además, *moya luna* —retomó—. Sé que nadie te ha tocado, porque he sido tu sombra todo el tiempo.

Esa sí que era una forma de callarme.

CAPÍTULO SIETE

KONSTANTIN



Nada más entrar en la cabina, los ojos de Tatiana se posaron en el cura con Boris y Nikita a su lado.

Era difícil no ver a un sacerdote ortodoxo ruso con su elaborada indumentaria sacerdotal. No tenía ni idea de por qué tenía que desfilar con esa ropa, pero no importaba. Lo único que interesaba era que estaba allí y que celebraría el servicio.

—No, Illias. —Los ojos de Tatiana permanecían clavados en el sacerdote mientras negaba con la cabeza—. No, no, no. —Entonces su mirada se dirigió hacia mí. La expresión de asombro de sus ojos no me gustó, pero aun así decidí seguir adelante—. De ninguna manera. Lo digo en serio, Illias. Hemos terminado.

Agarrándola de la barbilla, la acerqué más a mí.

—Tú y yo, *moya luna*... Nunca terminaremos.

Acorté la distancia y sellé mis palabras con un beso fugaz. Su cuerpo estaba tenso, pero su boca se amoldó a la mía. Su respuesta fue estimulante. Nunca había entendido la adicción hasta que me crucé con esa mujer.

—Puede empezar la ceremonia —le avisé al cura—. En cuanto nos case, uno de mis hombres lo llevará a su rectoría.

—¿Y el pago?

Respiré irónicamente. Los sacerdotes adoraban sus cheques.

—También le pagarán.

Sus ojos parpadearon hacia mi futura esposa.

—¿Desea ponerse un vestido de novia?

—No, maldición —siseó Tatiana, fulminándolo con la mirada—. ¿Está sordo? No voy a casarme con él.

El cura soltó una risita. La oyó, aunque le dio igual.

—Con ese bollito en el horno, tienes que casarte. No querrás que tu bebé arda en el infierno, ¿verdad?

Los ojos de Tatiana brillaron como llamas azules y dio un paso hacia el sacerdote.

—Casada o no, mi bebé no arderá en el infierno —reviró, con el ceño fruncido—. Pero tú sí, si no retiras esas palabras.

—La Biblia dice...

—Ya basta. —Lo corté—. Tatiana, hay un vestido en la parte trasera de la cabina. —Mis ojos

viajaron sobre ella. Estaba preciosa con lo que llevaba, pero yo quería que tuviera un vestido especial para este día.

Ella cruzó los brazos delante de su pecho, empujando sus senos hacia arriba.

—No me lo voy a poner.

—O te lo pones tú o te lo pongo yo —advertí, fríamente. Apretó la mandíbula y de sus ojos salieron dagas. Si las miradas mataran, estaría dos metros bajo tierra—. Piensa en tus hermanos mientras te cambias. Si te niegas a casarte conmigo por nuestro bebé, hazlo por tus hermanos.

La haría *mía*. Tanto a la madre como al bebé. Allí era donde deberíamos haber estado siete años atrás. Podía ver su pulso latir rápidamente y sentir sus ojos obstinados en mí. Di un paso adelante y rodeé su esbelto cuello con la mano.

—Última vez, Tatiana. No me presiones. Ve a ponerte ese vestido o lo haré yo por ti. Y no voy a ser tan amable al respecto.

—Así no se trata a la mamá de tu bebé —replicó en tono aburrido, no obstante, al menos sus pies empezaron a moverse hacia la parte trasera de la cabina, donde estaba el dormitorio. Al menos admitió que estaba embarazada. *La mamá de tu bebé*.

Sonaba perfecto, joder.

—Dos minutos y luego iré a *ayudarte* —advertí. Me hizo un gesto con el dedo del medio por encima del hombro y cerró la puerta del dormitorio.

—La novia parece *dispuesta* —comentó el sacerdote.

Lo miré fríamente, sabiendo exactamente lo que estaba insinuando. Más dinero. Hijo de puta codicioso.

—¿Cuánto? —pregunté en tono frío.

—Doscientos mil. —*Hijo de puta*. Eso hacía su cheque de cuatrocientos mil solo para leer unos párrafos de algunas escrituras y proclamarnos marido y mujer. La puerta del fondo de la cabina se abrió y juré que me quitó el maldito aliento.

Mi mirada recorrió su larga melena rubia, su piel suave y pálida y sus labios rojo rubí. Incluso había un atisbo de sonrisa. Sus manos se deslizaron por los suaves hilos de seda de su vestido.

—Es un Oscar de la Renta —murmuró suavemente, bajando los ojos hacia el vestido como si quisiera asegurarse de que era real. Le quedaba perfecto. Era elegante, pero sencillo. Sin embargo, inolvidable.

El vestido, sin tirantes, estaba confeccionado con seda italiana blanca y delicados capullos de amapola de seda que caían en cascada por el corpiño y la falda. Algunos pétalos y estambres se levantaban y salían del vestido aquí y allá para añadir dimensión, mientras que la parte superior sin tirantes se asemejaba a una flor festoneada.

—El material es tan suave y elegante. —Su voz era casi reverente y mis labios se curvaron hacia arriba. Tatiana Nikolaev tenía un gusto costoso. Nada más había que mirarla.

—Pensé que te gustaría. —Puso los ojos en blanco, pero su sonrisa seguía ahí mientras seguía tocando la tela—. Ahora, casémonos. Estoy ansioso por llegar a la noche de bodas.

Vi cómo se sonrojaba del cuello hasta las mejillas. Maldición, me excitaba tanto verla sonrojarse. Nunca pasaría de moda, sin embargo la mirada que me lanzó me dijo que no me gustarían sus siguientes palabras.

—No quiero casarme. —La obstinada inclinación de su barbilla era bonita.

—Sí, si quieres.

—No, no quiero —replicó—. Me niego a ser un peón en tus planes contra mis hermanos.

Dejé escapar un suspiro irónico, odiando que ella no estuviera tan entusiasmada por casarse

conmigo como yo con ella. Llevaba más de siete putos años soñando con eso. Tenía un sacerdote. Ella tenía un vestido de novia. Nos casaríamos, aunque tuviera que pronunciar las palabras por ella.

—En primer lugar, tú y peón no pertenecen a la misma frase.

—Estoy de acuerdo —musitó en voz baja.

La mujer sin duda sabía lo que valía.

—En segundo lugar, puedes casarte conmigo voluntariamente. Aquí mismo. Ahora mismo. O puedo llamar a uno de mis hombres y decirle que apriete el gatillo que actualmente tiene apuntado a uno de los miembros de tu familia.

—Hijo de pu...

—Cuidado con lo que dirás —advertí—. Ahora, ¿qué camino quieres tomar?

Un relámpago brilló en sus ojos azules.

—Aclaremos una cosa, Illias. —La determinación cruzó su expresión y su atención estaba puesta en mí—. Quieres que me case contigo, bien. Tú eres el *Pakhan*. —Antes de que pudiera siquiera saborear la sensación de victoria, ella la apagó—. Sin embargo, no olvidemos una cosa. En realidad, varias cosas. —Alcé una ceja. Tatiana tenía pelotas, lo reconocía—. Me parece que tengo más poder que usted actualmente, señor *Pakhan*.

Su boca descarada necesitaba un castigo y mi polla reaccionó inmediatamente mientras mi mente se ponía a imaginar: Tatiana desnuda en mi cama, de rodillas, mirándome con esos preciosos ojos. Sentí una oleada de calor en la entrepierna y los oídos me zumbaron de adrenalina.

—¿Y por qué?

Su mirada me desafiaba y el pulso le latía en la vena del cuello. Quería rodearle el cuello con la mano y sentirlo en mis dedos. Ver cómo sus ojos se empañaban de lujuria. Quizá de amor algún día.

—Tengo el chip —me recordó.

—Lástima que no sabes dónde está —repliqué—. Salvo que me lo hayas ocultado.

Hizo un gesto con la mano, ignorándome.

—Un obstáculo menor. Al final lo encontraré. Y no olvides que la embarazada soy yo. No tú. —Dios, esta mujer. Me costaría mi cordura—. Sin mí, no hay bebé ni chip. Me parece que deberías hacer lo que digo.

—Tatiana —advertí en voz baja.

—Sin embargo, me doy cuenta de que casarse contigo tiene sus ventajas. Puedes protegerme de la *Yakuza*. —Hizo una pausa y me invadió el pavor—. Pero también quiero que me digas quién mató a Adrian.

—¿Qué te hace pensar que lo sé? —inquirí con calma.

—Confío en mi instinto —comentó—. Quiero saber qué sucedió.

No debería sorprenderme. Después de todo, no era una mujer sumisa. A pesar de lo que pasó, salió más fuerte que nunca.

—Vasili me advirtió que no compartiera información contigo —mentí. No me sentí culpable. Si se lo decía, preferiría derribar el avión antes que casarse conmigo—. Tus médicos indicaron que tienes que recordar en tus propios términos.

Era una verdad a medias. Vasili no dijo nada, pero obtuve las notas de su terapeuta. Estaba claro que los recuerdos de Tatiana de esa noche eran demasiado traumáticos para recordarlos. Los recuperaría cuando estuviera preparada.

—Eso es mentira.

Me encogí de hombros.

—Órdenes del médico. Y de tu hermano.

Ella se burló, dejando escapar un suspiro frustrado.

—Como si escucharas a alguno de ellos.

—Cuando llegue el momento de recordar, te ayudaré a hacerlo —prometí seriamente—. Te contaré todo lo que quieras saber. —La sorpresa brilló en aquellos ojos de pálido zafiro—. Ahora, no más retrasos.

Tictac. Tictac.

—Bien. —Concordó.

Se levantó el vestido, mostrando sus zapatos rojos de Christian Louboutin. Diablos, era sexy ver unos zapatos rojos bajo ese vestido blanco. No estaba planeado. Estaba tan concentrado en los anillos de boda y el sacerdote que me olvidé de los putos zapatos.

—Te olvidaste de comprar los zapatos a juego —se quejó, y luego se acercó a la parte delantera del avión. Y todo el tiempo el cura miraba de un lado al otro, casi divertido. Apuesto a que se le ocurrirían otros cientos de miles para añadir al precio.

En cuanto la tuve a mi alcance, rodeé su delgada cintura con el brazo y tiré de ella. Sus ojos brillaron con cierto desafío y juré que se me paró. No cabía duda de que nuestro matrimonio tendría muchos dimes y diretes, pero siempre nos encontraríamos en el punto medio. Ella sería mía y yo sería suyo.

Mis ojos se clavaron en los suyos, perdiéndose en esas profundidades y sintiendo tronar mi corazón bajo el pecho.

—Deja de mirarme así —susurró en voz baja.

—¿Así cómo?

—Como si fuera tuya. Hay una loca posesión carnal acechando en tus ojos. No soy posesión de nadie.

Mis labios se curvaron.

—Bien entonces, yo seré tu posesión. —Aunque ella también era mía; solo que no lo sabía.

Sin mirar al sacerdote, ordené:

—Empiece.

El marcado acento ruso del clérigo llenó la cabina cuando empezó a hablar del matrimonio y del valor de los votos. Incliné la cabeza y mis labios rozaron los de Tatiana.

—Te protegeré a ti y a nuestros hijos. Adoraré tu cuerpo cada día y

cada noche —musité en voz baja para que solo ella pudiera oírme. Mis labios rozaron el lóbulo de su oreja y el aroma a rosas inundó todos mis sentidos. Observé complacido cómo un escalofrío recorría su cuerpo—. Te haré sufrir y gritar, pero siempre de placer. A partir de hoy, soy tuyo y tú eres mía. Te lo juro.

Su delicado cuello se movió al tragar, no obstante, se esforzó en no perder su máscara inexpresiva. Demasiado tarde. Se le caía cada día. La haría pedazos. Nada más quería a su verdadera yo. Con todas sus alegrías. Todas sus penas. Toda ella.

—¿Tú, Illias Konstantin, tomas a Tatiana Nikolaev como tu legítima esposa para vivir juntos en santo matrimonio, para estar siempre contigo, en la salud y en la enfermedad, renunciando a todas las demás, hasta que la muerte los separe?

—Sí, acepto. —Mi respuesta fue rápida y firme. Siempre supe que era a ella a quien quería. Después de todo, había permanecido en las sombras durante años hasta que pude reclamarla de nuevo.

El sacerdote se volvió hacia Tatiana, con los ojos clavados en ella, y me dieron ganas de

arrancarle los ojos. ¡Cabrón! Debería ordenarle que apartara la mirada y obligarla a dar el “sí, acepto” para que no cambiara de opinión.

Apreté los dientes, controlando mi posesividad y las ganas de matar. Después de todo, era un sacerdote.

—¿Tatiana Nikolaev, tomas a Illias Konstantin como tu legítimo esposo para vivir juntos en santo matrimonio, para estar siempre contigo, en la salud y en la enfermedad, renunciando a todos los demás, hasta que la muerte los separe?

Me observó fijamente, con la promesa de desafío y represalia en su pálida mirada azul, sin embargo, sabía que no había salida. El bebé en su vientre fue lo decisivo.

—Sí, acepto —respondió a regañadientes, pero la promesa de que me haría pagar por ello estaba dibujada en su bello y furioso rostro.

Sonreí, totalmente dispuesto al desafío. Aún tenía que aprender que yo siempre ganaba. A diferencia de mi padre, yo nunca renunciaría a nuestra familia.

Me giré hacia Boris y tomé dos cajitas. Abrí la primera revelando la alianza de oro blanco con diamantes de eternidad de *Blue Nile*. Tomé la mano de Tatiana entre las mías y le coloqué el anillo en su elegante dedo.

—Me queda perfecto —musitó, con los ojos clavados en la elegante pieza.

—Porque encajamos perfectamente. —Sus ojos parpadearon hacia mí, con algo en ellos que no pude leer. Casi como si estuviera gratamente sorprendida. Aunque, conociendo a Tatiana, probablemente estaba intentando que bajara la guardia para poder atacar y volver con sus hermanos.

Nunca. Estábamos a una última frase de ser marido y mujer.

Le puse el otro anillo, una sencilla alianza de oro blanco en la palma de la mano, y luego la vi deslizarlo en mi dedo.

—Los declaro marido y mujer —dijo el sacerdote—. Puede besar a la novia.

Antes incluso de que terminara el enunciado, la atraje contra mi pecho y la agarré por la nuca.

Apreté mi boca contra la suya, la suavidad de sus labios siempre me sorprendía. Me encantaba besarla. Sus pequeños suspiros y gemidos podían volver loco a un hombre.

—Mi amor no conoce fronteras, señora Konstantin —susurré contra sus labios—. Recuerda siempre que soy tuyo, pero tú también eres mía.

—¡Amor! —Se rio—. Esto no es amor, es lujuria. Deberías ser capaz de diferenciarlo.

—*Touché* —repliqué con ironía.

—Además, el secuestro no es amor —continuó, con los labios curvados en señal de disgusto—. Y a la primera oportunidad que tenga, te dejaré por los suelos. Imbécil.

Me invadió la rabia de que pensara en dejarme. Llevaba años obsesionado con ella y lo único de lo que hablaba y pensaba era en separarse de mí.

—¿Quieres escapar? —pregunté. Ella asintió con la cabeza, sus ojos me miraban con desconfianza—. Hazlo. Me encantará cada segundo de perseguirte. —Sonreí salvajemente—. Y atraparte será la mejor parte.

Le siguió su ceño fruncido.

—Eres un monstruo —formuló con voz temblorosa, con los labios hinchados por mi beso.

Las comisuras de mis labios se tensaron.

—Si yo soy un monstruo, tú eres mi presa. Y adivina qué, *moya luna*. —Rocé mis labios con los suyos y luego hundí mis dientes en su labio inferior—. Acabo de atraparte.

Veinte minutos después, por fin me había librado del sacerdote y tenía quinientos mil dólares

menos, ya que me cobró otros cien mil por las molestias.

Pero vaya que valía la pena. Me di unos golpecitos en el bolsillo interior del traje, donde estaba guardada la licencia de matrimonio. Para mí, era el papel más valioso que poseía. A la mierda todo lo demás. Podía reconstruir mi imperio, mas no conseguir otra *Tatiana*.

La azafata puso la mesa con nuestro banquete de bodas y luego desapareció. Nikita y Boris hicieron lo mismo, dejándome solo con mi esposa.

Mi mujer.

Eso sonaba tan jodidamente bien. Tatiana era mía. ¡Finalmente! Estaba atado a ella y ella estaba atada a mí. De por vida. Que Dios ayudara a cualquier hombre que intentara arrebatármela. No había rincón en la tierra donde pudieran esconderse sin que yo los encontrara.

La estudié, sentada en su asiento como una reina y mirándome fijamente. Yo también podría ser su súbdito. Me trataba como tal.

Aunque, no me hacía ilusiones de que ella hubiera aceptado plenamente nuestro matrimonio. Probablemente, estaba maquinando cómo salir de él mientras estábamos allí sentados, pero tarde o temprano, se daría cuenta de que no había escapatoria.

Casarnos era la mejor manera de mantenerla protegida. Nadie se atrevería a arrebatármela. Ya le había avisado al bajo mundo que era mi esposa, incluso antes de pronunciar nuestros votos. Solo mi apellido impediría que ciertas personas fueran tras ella.

La mantendría a ella y a nuestros hijos a salvo. Sí, en plural, porque planeaba tener muchos. Con suerte, mi mujer estaría de acuerdo, pero al menos dos estaría bien.

—¿Cuántos hijos quieres tener? —curioseé, como un maldito adolescente derritiéndose por su primer amor. A la mierda. Le había dicho que estaba completamente comprometido.

Era mi mujer. Maldición, *mía*.

Una oscura obsesión recorrió mis venas. La lujuria y el amor se unieron y me instaban a arrancarle el vestido para poder penetrarla y conquistarla. Una y otra vez. Sí, ese vestido era hermoso en ella, pero era aún más hermosa sin él.

—Me sorprende que te molestes en preguntarme —se burló, tomando el vaso de agua y llevandoselo a los labios—. Me obligaste a casarme. ¿Por qué no obligarme también a tener hijos?

Me tensé.

—¿No quieres tener hijos?

—Yo no he dicho eso —respondió.

—Entonces, ¿cuántos hijos quieres? —Volví a preguntar, manteniendo el tono uniforme.

Dio otro trago a su bebida y dejó caer el vaso sobre la mesa con un fuerte golpe. Esa fuerza que formaba parte de su ADN hizo que su columna se enderezara y me observara fijamente. Siempre me intrigó por qué no me temía. Por lo general, las mujeres se acobardaban ante mí, bajaban la cabeza y rara vez me miraban a los ojos.

Tatiana siempre me hacía frente. En el dormitorio se ablandaba bajo mis caricias, pero fuera de él, era una mujer feroz dispuesta a enfrentarse a cualquiera.

—Illias Konstantin, no contemplaré tener bebés contigo hasta que aclaremos ciertas cosas —pronunció con voz clara y truenos en sus ojos.

—Pero, mi amor, ya tenemos un hijo en camino —señalé.

—Sí, uno solo —explicó—. Estoy hablando de bebés, en plural. Hasta que no cambies algunos aspectos cuestionables, me niego a tener más criaturas contigo.

—¿A qué aspectos te refieres exactamente? —indagué con curiosidad, admirando la forma en que su cabello reflejaba la luz. Era tan claro que casi le daba un aspecto angelical, cegándome;

sin embargo, su boca y su cerebro me fascinaban aún más.

—¡Malditos hombres! —siseó, mientras unos mechones de cabello le caían por la frente—. Averígualo si eres tan listo.

Hice un gesto con la mano.

—No importa. Tenemos el resto de nuestras vidas para solucionarlo. —Mis labios se curvaron ante su expresión estruendosa—. Ahora come, *moya luna*. Recuerda que comes por dos. Y me aseguré de que el cocinero preparara solo la comida sana que te sienta bien.

—¿Y cómo...? —Se detuvo, la mirada en sus ojos estaba llena de terquedad e indignación—. Maldito acosador.

Era hora de darle a mi mujer su primera lección.

CAPÍTULO OCHO

TATIANA



Mi expresión era asesina.
A veces un villano se convierte en héroe. Como mis hermanos. Ese nunca será su caso.

¡Demonios!

De algún modo, no me sorprendió que el imbécil fuera mi acosador, pero aun así me dio rabia saberlo. El silencio que siguió fue casi asfixiante, pero también cargado de tanta frustración sexual que podía tocarme y excitarme en una fracción de segundo.

Nada mejor que dos sentimientos completamente opuestos: matarlo o dormir con él. Bueno, honestamente, tuve que admitir que no iba a dormir mucho.

Quitó la tapa de la bandeja y todo el ambiente se impregnó con olor a comida haciendo que mi estómago rugiera de inmediato. En la recepción de Sasha no pude digerir nada debido al olor a carne, pero fiel a las palabras de Illias, solamente tenía alimentos que me sentaban bien: frutas, verduras, galletas saladas y sopa de verduras.

Sin preguntar, me preparó un plato con un poco de todo y me lo puso adelante. Luego, hizo lo mismo para él. Comimos en silencio, Illias tecleaba enérgicamente en su teléfono y no me daba ni la hora.

—Me gustaría recuperar mi teléfono. —Rompí el silencio. Me había quitado mi pequeño bolso estilo *clutch* cuando se había acercado sigilosamente por detrás.

Apenas me dedicó una mirada.

—Ya veremos —respondió crípticamente.

La ira hervía en mi interior y apreté los dientes con tanta fuerza que me dolía la mandíbula. Me obligué a respirar hondo y luego solté el aire lentamente. Tendría que ser inteligente si quería ganar mis batallas con él. Así que, en lugar de discutir, me metí una zanahoria fresca en la boca, deleitándome con su crujido al masticarla e imaginando que aplastaba a mi marido de la misma manera.

Aunque no para asesinarlo. La idea de Illias muerto no me gustaba. Tal vez se pondría de rodillas y me rogaría que perdonara todas sus ofensas. Sí, eso me gustaba. Él de rodillas.

Inmediatamente le siguió otra imagen y era mucho más triple equis. De repente, sentí que el vestido me pesaba demasiado. Mis muslos se apretaron y, para mi horror, la excitación se apoderó de mí y empapó mi ropa interior. Me froté los muslos y moví las caderas, lo que empeoró las cosas.

O las mejoré. Dependiendo de cómo se mirara.

Se me escapó un pequeño gemido y los ojos de Illias se clavaron en mí. Su mirada recorrió mi cuerpo y su calor atravesó el material como si me hubiera tocado.

—¿Has comido suficiente, *moya luna*?

No debía ceder a ese deseo carnal. Esta maldita lujuria estaba atada por espinas que acabarían haciéndome sangrar. No obstante, me encontré asintiendo y lo siguiente que supe fue que me levantaba y me llevaba a la parte trasera del avión como si fuera el umbral de su casa.

Me acostó en la cama casi con reverencia. Vi cómo se iba quitando el saco de sus anchos hombros y lo arrojaba al sofá cercano. Le siguieron los gemelos. Luego, se desabrochó la camisa y, cada vez que quitaba un botón, su musculoso pecho quedaba más y más a la vista.

Maldita sea, su torso estaba definido y su abdomen marcado, haciéndome agua la boca. Su belleza física te atraía hasta que estabas tan dentro de su telaraña que no podías salir. Debería ser ilegal estar tan jodidamente atractivo.

Podría culpar de toda esa atracción por él a mis hormonas, pero en el fondo sabía que no era así. Observé descaradamente cómo se quitaba el cinturón y se despojaba de los pantalones y los calcetines, quedándose solamente en un sedoso bóxer negro.

—Date la vuelta —ordenó.

—No me gusta que me des órdenes —reviré secamente, pero ya estaba a medio camino de obedecerle.

El sonido de la cremallera inundó la parte trasera del avión en un eco seductor, llenando de anticipación enloquecedora mis venas. Dios, nunca había deseado tanto el sexo en toda mi vida. Y yo no era del tipo tímido ni reservado. El sexo con ese hombre, mi marido, era algo totalmente distinto.

Me quitó el vestido, dejándome en tacones y ropa interior. Y no tardó nada en arrancarme las bragas y tirarlas junto con el vestido de novia, pero cuando quise quitarme los tacones, me detuvo.

—Déjatelos puestos. —La profunda aspereza de su voz y ese acento ruso me licuaron las entrañas.

Me rodeó la cintura con las dos manos y me puso en cuatro, con su cuerpo caliente contra mi espalda. Cuando se separó de mí, miré por encima del hombro y vi que se había quitado los bóxers.

Ya estaba completamente erecto y la punta de su pene brillaba con líquido preseminal. Sus dedos rodeaban su miembro mientras sus ojos se clavaban en mi trasero.

—Todavía no hemos hablado del tema del *plug* anal. —Empezó con indiferencia, su mirada en mi trasero me excitaba aún más—. Lo discutiremos mañana.

Mi centro se apretó, aunque no estaba segura de si era por sus palabras o por la forma en que su mirada me quemaba mientras mi sexo y mi trasero se tensaban.

Se acercó un paso y se arrodilló en la cama, justo detrás de mí. Arrastró su longitud por mi entrada húmeda y jadeé, empujando mi culo contra él para que se deslizara dentro de mí.

Al recordar su comentario, me sentí obligada a responderle.

—No voy a hablar del *plug* anal contigo ni hoy... ni mañana...

ni nunca —suspiré, aunque mis gemidos entre mis palabras arruinaron el efecto.

Soltó una risita sombría, con el fuego ardiendo en sus ojos, deritiéndolo todo a su paso.

—Tú y yo sabemos que te gustará. Quieres ser mía para coger en todas las posiciones. Tu cuerpo anhela mi polla en todos tus agujeros. —El muy traicionero de mi cuerpo se estremeció, pero pareció gustarle en lugar de burlarse. Arrastró la palma de la mano por mi espalda, sus

dedos recorriendo mi columna como si estuviera tocando un piano—. Quieres que te posea y te controle para que te desmorones. —Me agarró del cabello y tiró de él sin piedad—. No obstante, solo conmigo. Asesinaré a cualquier hombre que te vea así, por no hablar de que te toque.

Entonces su mano callosa aterrizó en mi trasero con una fuerte nalgada, como si necesitara castigarme por algo que aún no había hecho. *Nalgada*. El ardor estalló en la piel de mi culo y llegó directamente a mi sexo.

No tenía sentido quejarse, porque un chorro de jugos se deslizó por el interior de mis muslos y un gemido rompió el aire. La química que teníamos era alucinante. De las que solo se leían en los libros. Sin embargo, allí estaba. En esa habitación. En esa cama.

Illias sabía cómo adueñarse de mi cuerpo. Cada caricia, cada palabra suya, nunca dejaban de excitarme, pero prefería morir antes que admitirlo. Con ello solo le daría munición contra mí. Aunque me temía que no la necesitaba. La evidencia de ello se arrastraba por mis piernas.

Mis jadeos y gemidos se mezclaban con el fuerte martilleo de mi corazón que temí que me rompiera las costillas. Sin embargo, nunca se me ocurrió pedirle que parara.

Su mano separó lentamente mis muslos, todo lo que pudo y, en cuanto sus dedos rozaron mi coño empapado, un violento escalofrío recorrió mi cuerpo.

—Esa es mi buena esposa —gimió, luego bajó su cara a mi centro desde atrás y, para mi horror, inhaló profundamente—. Mierda, qué bien hueles. Eres... —Su lengua caliente recorrió mi cuerpo, desde el clítoris hasta mi ano—. Eres mi adicción.

Enterré la cara en la almohada, cada centímetro de mi piel ardía debido a la lujuria que corría por mis venas, amenazando con romperme.

Mi respiración era errática, como si hubiera acabado de correr una maratón. Respiraciones entrecortadas. Latidos acelerados.

—¿Estás lista, *moya luna*? —Su voz era ronca. Profunda. Una pizca de control aferrándose a su acento ruso.

Me rodeó la garganta con una mano y me jaló hacia arriba, de modo que su pecho quedó contra mi espalda. Luego, me obligó a girar la cara por encima del hombro. La inquietante oscuridad y la posesión de sus ojos me sobrecogieron, me dejaron jadeando y con el corazón golpeándome el pecho como un martillo.

—Voy a cogerte ahora. —Sus palabras vibraron en su pecho y contra mi espalda. Sus labios rozaron los míos; luego, me tomó el lóbulo de la oreja entre los dientes y me lo mordió. Con fuerza—. Voy a follarte como mi esposa, consumando nuestro matrimonio. Y tú... gritarás mi nombre.

Plantó su rodilla entre mis piernas y me penetró por detrás sin previo aviso.

—*Ahhh...*

Eché la cabeza hacia atrás y me apoyé en su hombro. Se retiró y volvió a penetrarme mientras rodeaba mi cuerpo para retorcerme el clítoris hinchado.

—*Ohhh...* sí.

—Eso es. Dame todos tus gritos —murmuró contra mi oído. Mis párpados se abrieron ante un cuadro que colgaba sobre la cama de la cabina del avión. No distinguía nada porque lo único que podía hacer era mirar el reflejo de nosotros contra el cristal oscuro que protegía el cuadro.

Illias tenía los ojos entrecerrados y una expresión en el rostro que nunca había visto en un hombre. Aumentó el ritmo. Con sus dientes en mi cuello. El golpe de piel contra piel. Los sonidos resbaladizos de mi excitación resonaban en el aire y perfumaban la habitación.

De repente, sus ojos se desviaron hacia el cuadro y nuestras miradas se cruzaron.

Se adueñó de mi cuerpo, empujando con fuerza a un ritmo rápido que me acercaba cada vez

más a la cima.

—Mi esposa tiene un coño tan necesitado —gruñó en mi oído—. Yo me ocuparé de él.

Y lo hizo.

Illias golpeó dentro de mí y temí que me destrozara. Me rompiera. Pero prometió recomponerme. Sus embestidas eran tan bruscas que mi cuerpo amenazaba con caer hacia delante, mas su mano me sujetaba. Con la otra mano jugueteó con mis pezones sensibles, los hizo rodar, los pellizcó y me amasó los pechos.

Un cosquilleo floreció en lo más profundo de mi vientre. Respiraba entrecortadamente. Mis gemidos en una sinfonía más fuerte.

Estaba tan cerca... tan, tan cerca.

—Illias, voy a...

El timbre de una llamada entrante interrumpió el momento y nuestra erótica mezcla de gruñidos y gemidos.

—Konstantin.

Abrí los ojos de par en par. Miré por encima del hombro y me quedé boquiabierta. Realmente había contestado al teléfono. La mirada seductora y carnal de sus ojos fue sustituida por una expresión asesina.

—Qué diablos —dije. Estábamos teniendo sexo. No podía estar contestando llamadas mientras estaba enterrado dentro de mí, sobre todo, porque estaba tan cerca del orgasmo. Así que tomé cartas en el asunto.

Volví a ponerme de perrito, desnudando cada centímetro de mí ante él, y empecé a mover las caderas hacia delante y hacia atrás, frotándome contra su erección. La satisfacción se apoderó de mi vientre cuando su pesada respiración llenó el aire.

—Sí, estoy aquí.

Observé por encima de mi hombro y descubrí que me miraba con ojos brillantes, pero no me detuvo mientras empujaba mi culo contra él y su erección entraba y salía. Sus dedos se clavaron en mis caderas y empujó con más fuerza. Me pesaban los párpados y me palpitaba el coño. Me invadió la lujuria y empezó a follarme de nuevo.

Dentro y fuera. Fuerte y profundo. Su respiración agitada. Mi jadeo.

Sus embestidas se intensificaron. Mis pechos colgaban pesados y llenos mientras estaba a cuatro patas, y todo el tiempo miraba a Illias por encima de mi hombro mientras me follaba como un dios decidido a demostrar algo. Me llevé una mano a los pezones, mientras aumentaba mi placer.

—Tatiana está a salvo —afirmó, manteniendo la voz uniforme—. De hecho, si quieres hablar con ella, está delante de mí.

Su expresión mostraba una brutal satisfacción, mientras en mi interior cundía el pánico. Intenté apartarme de él, pero su mano me rodeó con fuerza y no me dejó ni un centímetro de respiro. Su longitud seguía dura dentro de mí y vi con horror cómo ponía el teléfono en el altavoz.

—Por favor, saluda a mi esposa —añadió, manteniendo la voz fría. Tiró el teléfono sobre el colchón, boca arriba—. O incluso podríamos hacer *facetime* si quieres estar convencido de que está a salvo. Verás que cuido muy bien de mi mujer.

Negué con la cabeza, asustada, pero un nuevo gemido se escapó de mis labios cuando me penetró hasta el fondo, golpeando mi punto más dulce. Me mordí el labio y me aparté de él para encontrarme con mi reflejo, lo que era aún peor. Una mujer lasciva y sonrojada me devolvía la mirada. Mi larga melena parecía despeinada, lo que indicaba lo que habíamos estado haciendo.

Aunque mi cuerpo desnudo y mis pechos agitándose con cada embestida eran prueba suficiente.

—¿Tatiana? —La voz de Vasili estaba cargada de preocupación mientras yo luchaba contra la lujuria con cada brutal embestida de Illias.

—S-sí.

Illias me apretaba el trasero, mientras con la otra mano seguía entrando y saliendo de mí. Las llamas del deseo ardían cada vez más. Mis caderas respondían a sus embestidas por voluntad propia. Enterré la cara en la almohada y la mordí, ahogando mis gemidos.

La voz de Sasha llenó el aire.

—¿Estás bien? —*Nunca he estado mejor*—. Juro por Dios que ese cabrón pagará si te ha hecho daño. *Pakhan* o no.

El ritmo de Illias aumentó a una velocidad enloquecedora. Me tomó como a una muñeca de trapo. Llegó a ese punto que hizo que mi mente se quedara en blanco y mi espalda se arquease.

—¿Tatiana?

Dios, no podía pensar cuando me follaba así. Tomó un puñado de mi cabello y tiró de mi cabeza hacia atrás hasta que su pecho volvió a estar contra mi espalda. Me mordió el lóbulo de la oreja.

—Diles que todo va bien y te daré el placer que deseas.

Hablo tan bajo que apenas pude oírlo.

—S-sí. —Esperaba que mi voz no los hiciera sospechar—. Estoy bien. Todo está bien.

—¿Quieres que lo mate?

—¡No! —*Primero necesito terminar y nada más él puede darme un orgasmo en ese momento*—. Todavía no —añadí, porque no podía dejar que Illias se saliera con la suya. Su mano rodeó mi garganta, apretándola en castigo, aunque eso no hizo más que aumentar mi placer. Arquee la espalda, empujando el cuello contra su agarre, y él ahogó su gemido mordiéndome el omóplato.

—¿Dónde estás? —*En el paraíso*.

—Gime para mí —murmuró contra mi oído para que solo yo pudiera escucharlo—. Desmorónate por mí.

La mano de Illias me rozó el clítoris y esparció toda mi humedad. Mi cuerpo se estremeció cuando me retorció el clítoris ya hinchado. Seguía empujándose dentro de mí; la fricción y el placer carnal amenazaban con abrumarme.

—No se preocupen por mí —respiré—. Los llamaré.

Le rogué a Illias en silencio que colgara. Necesitaba más. Sus embestidas aumentaban de velocidad, seguía golpeando mi punto G y, con la tensión de su mano áspera alrededor de mi garganta, estaba jodidamente cerca de gritar mi orgasmo.

—Ya escucharon a mi mujer. —Gracias a Dios por las pequeñas misericordias—. No nos llamen, nosotros los llamaremos.

—Hijo de... —*Pip*.

Entonces empezó a moverse a un ritmo enloquecedor, follándome más fuerte, más profundo. El colchón gritó con protestas junto con mis gemidos y jadeos.

—Lo coges jodidamente bien, Tatiana —alabó, y un sollozo de placer salió de mis labios mientras un orgasmo me atravesaba. Mi cuerpo se estremeció con la fuerza del éxtasis. Illias me pellizcó los pezones, uno y otro, arrancándome gemidos guturales.

—¿Eres mía?

—N-no. —Jadeé, desesperada por seguir disfrutando de aquella increíble sensación mientras mi marido empezaba a follarme con más fuerza, profundidad y rapidez, pero el hecho de que me

encantara cómo me tocaba no significaba que me dejara llevar y le dijera que era suya.

Su mano rodeó mi garganta y mi cuerpo traidor se inclinó hacia el maldito contacto. ¡Qué jodida mierda me sucedía...!

—Incorrecto. —Ronroneó, sus labios contra mi oreja. Me penetró —.

Eres mía. —Me embistió—. Tu coño. —Me la clavó—. Tu culo. —Me la metió—. Toda tú.

—¡Dios mío! —gemí.

—Así es. —Mis rodillas cedieron, aunque eso no detuvo a Illias. Siguió cogiéndome, el ritmo me empujaba hacia otro orgasmo. Se apartó de mí y volvió a penetrarme con tanta fuerza que un grito salió de mi garganta. Me estaba clavando tan profundamente que estaría dispuesta a cualquier cosa con tal de sentir ese placer recorriendo mis venas—. No olvides nunca que eres mía. ¿Sientes cómo tu coño se aprieta alrededor de mi polla?

Sus gemidos y mis jadeos bailaban en el aire mientras ambos nos estremecíamos el uno contra el otro, al borde de la liberación. Perdí el sentido mientras disfrutaba viendo a mi esposo perder el control.

—¡Vamos a tener muchos bebés! —bramó contra mi cuello—. Porque nunca tendré suficiente de esto. De ti.

Me agarró con más fuerza y se detuvo cuando eyaculó dentro de mí. El cálido líquido se deslizó por mis muslos y el cansancio me tiró de los músculos. Los dos respirábamos con dificultad y nuestros corazones latían al unísono.

Con mi marido aún dentro de mí, su fuerte corazón latiendo contra mi espalda, me permití relajarme mientras sus labios recorrían mi piel. Suaves. Como plumas. Tan diferente a la rudeza con la que me follaba. Sus manos viajaron por cada centímetro de mi piel, acariciándome y abrazándome, hasta que empecé a frotarme contra él. Necesitándolo de nuevo. Y después otra vez.

La lujuria carnal que compartíamos llenó los cielos hasta que nuestros cuerpos cedieron al agotamiento. Con sus brazos rodeándome y unas suaves palabras en ruso en mi oído, fui arrastrada por el sueño.

El aroma a cítricos y sándalo me envolvió como una manta protectora.

CAPÍTULO NUEVE

TATIANA



Un cálido pecho me acunaba. Nos estábamos moviendo. Sonaron palabras en un idioma que no me interesaba. Después escuché el pesado movimiento de las puertas y me envolvió el aire frío, y sentí otro tipo de escalofrío. Mis ojos se abrieron y se posaron en un paisaje de kilómetros de tierra cubierta de nieve.

Mis ojos se movieron confusos.

—¿Dónde estamos? —Carraspeé, con la garganta seca por el sueño—. ¿Y por qué no me has despertado? —Era la tónica habitual. Cada vez que me daba la vuelta, Konstantin me levantaba y me llevaba en brazos como a su amada novia.

Se encontraba en lo alto de la escalerilla de aterrizaje de su avión, preparándose para salir de él.

Miré hacia abajo y me encontré con su camisa de vestir y el abrigo largo de lana negra de alguien.

—Es mi abrigo. Pensé que te cubriría el cuerpo y te mantendría caliente. —El profundo timbre de su voz me calentó el pecho. Cuando me pasó el pulgar por la mejilla, ese calor me llegó al corazón—. No tenía botas que te sirvieran. —Sentí el frío en los dedos de los pies y los moví. Estaba descalza, pero Illias se las arregló para meter el dobladillo de su abrigo bajo mis pies—. Te encargué ropa nueva y te la entregarán en *nuestra* casa. —Hizo énfasis en la palabra y, de algún modo, relacionó el mensaje que no estaba segura de estar preparada para oír. No hasta que supiera exactamente la historia detrás del asesinato de la mujer en su video y detrás de lo que le sucedió a Adrian. Lo dejé pasar, sin embargo, necesitaba descubrir el misterio que había allí.

Entonces, recordé que no había respondido a mi pregunta.

—¿Dónde estamos? —repetí.

—En casa.

Fruncí el ceño.

—Tu casa es California. Los Angeles. No creo que Los Angeles haya estado nunca cubierta por metro y medio de nieve.

—Rusia.

Intenté apartarme de él, aunque no lo conseguí.

—¿Rusia? —siseé, enojada porque me hubiera llevado hasta allí. Odiaba los inviernos en Rusia. Odiaba el frío. Y punto. Y ese tipo me *llevó* a este país.

Debía tratarse de una pesadilla. Me dormí con la dicha en los huesos y en el alma, y me desperté en la madre patria helada. Eso era lo que pasaba cuando jugabas con la persona equivocada. Te despertabas casada y completamente jodida en Rusia, y lo mejor de todo congelada hasta los huesos. Encadenada al diablo.

¡Dios mío!

—¿Esta es tu idea de una luna de miel? —Negué con la cabeza—. Puta madre, odio Rusia. Sobre todo, en invierno.

No prestó atención a mis quejas mientras bajaba las escaleras hacia una Land Rover que nos esperaba.

—Naciste en Rusia.

—Sí, pero crecí en New Orleans. Clima cálido. —Un escalofrío me recorrió. Odiaba el frío y según yo los cuarenta y tantos eran demasiado fríos. Estaban bajo cero en ese lugar, por el amor de Dios—. Exijo que nos lleves de vuelta. Puedo lidiar con California, pero no con Rusia.

Me ignoró mientras continuaba hacia el coche.

—¡Konstantin! —protesté—. En serio, llévanos de vuelta a los Estados Unidos o a Fiji. A cualquier lugar, pero no a esta tundra helada.

Cuando llegamos, la puerta trasera de la Land Rover ya estaba abierta, se deslizó en el asiento y me sentó en su regazo. Hice el amago de bajarme, pero me agarró con más fuerza.

—No.

—No soy una cría —murmuré en voz baja mientras dos de sus hombres subían al asiento delantero—. No me digas lo que tengo que hacer.

—Menos mal que no eres una *niñita* —respondió irónicamente—. Pero eres mi mujer y te quiero cerca de mí.

Puse los ojos en blanco, no obstante, mantuve la boca cerrada durante el resto del trayecto. Si algo había aprendido al crecer con mis hermanos era a no discutir ni reñir nunca con el jefe de la familia delante de sus hombres.

Así que me centré en el paisaje o en la falta de él.

El polvo blanco se extendía sin cesar durante kilómetros. Illias no dijo ni una palabra durante el trayecto por las carreteras secundarias, manteniendo la atención en su teléfono. Sus hombres mantuvieron la postura rígida y la mirada fija en el frente, aunque vi a Nikita desviar los ojos por el retrovisor una o dos veces, aunque enseguida volvió a ver hacia delante.

Fruncí el ceño. Intenté localizar algún punto de referencia que me diera una idea de en qué parte exacta de Rusia nos encontrábamos, pero no había ninguno. En un momento dado, pasamos junto a un muro de piedra con una alta valla de hierro encima y una puerta metálica que se abrió con un fuerte crujido. El vehículo aminoró la marcha y pensé que estábamos en casa.

En *casa*.

Me resultaba extraño pronunciar esa palabra en un país extranjero. A diferencia de Vasili y Sasha, yo nunca consideré Rusia mi hogar. Incluso Alexei pasaba más tiempo en ese sitio, pero su odio hacia el país coincidía con el mío.

¿Estaba bien?

No lo sabía, pero asociaba mi hogar con la felicidad y nunca fui especialmente feliz en Rusia. En New Orleans era muy feliz. Me encantaba la gente, la cocina y que mis hermanos estuvieran allí conmigo. *Papa* rara vez había estado allí con nosotros cuando era niña, ya que siempre estaba persiguiendo a Marietta Taylor, su amante perdida. La madre de Isabella.

Sí, nuestra familia era complicada.

Mi atención volvió al paisaje blanco. Me pareció una eternidad hasta que el vehículo se detuvo frente a una gran mansión. No, no una mansión, sino un maldito castillo.

Me quedé con la boca abierta. Había visto mucha opulencia, pero juraba que nunca había contemplado nada *igual*. Parecía uno de esos lujosos palacios del siglo XVIII que pertenecieron a la familia imperial rusa. Los Romanov y su caída a principios del siglo XX eran conocidos por todas las chicas de ascendencia rusa. Y yo no era la excepción.

—¿Vives aquí? —pregunté, asombrada.

—Tengo un sitio más cerca de la ciudad, pero este es más seguro —comentó. Incliné la cabeza y moví el cuerpo para verlo a la cara.

—¿No estamos a salvo?

—*Moya luna*, nunca estamos demasiado seguros.

—¿Crees que la *Yakuza* aún intentará algo? —indagué. Tenía mucho más que perder en ese momento. Ambos lo teníamos. Ya no se trataba solo de mi vida. Se trataba de la del bebé también.

—La *Yakuza* intentará mierdas mientras el jefe de su organización siga siendo el mismo.

Y con eso, salió del coche y rápidamente me tomó en sus brazos. Abrí la boca, pero me detuvo rápidamente.

—Te voy a llevar a través de todos los umbrales de nuestra casa. Así que acostúmbrate.

No protesté. No pude evitarlo. Mi corazón se agitó y la calidez se filtró en mi alma y se abrió paso hasta mi corazón. Mis manos se enroscaron alrededor de su cuello, mis dedos empujando su espeso y oscuro cabello, mientras traspasaba el umbral de su casa.

—Bienvenida a casa —susurró, con su boca en mi mejilla—. Pasaremos más tiempo en California, lo prometo, pero este también es nuestro hogar. —Sonreí a pesar de todo—. No quiero que mi joven esposa se muera de frío aquí. Envié un mensaje de texto por adelantado y ordené al personal que encendiera las chimeneas en todas las habitaciones para que podamos mantenerte caliente.

Se me apretó el pecho. Y las mariposas salieron volando. Había sido un gesto tan sencillo, pero tan considerado. Si seguía así, corría el riesgo de enamorarme de él. No podía permitirlo.

Mis ideas infantiles y mi romanticismo me llevaron por mal camino con Adrian, y a él lo conocía desde hacía mucho más tiempo que a mi marido. Había secretos en torno a Illias, por no mencionar que tenía todo en su contra después de aquel video que lo dejaba muy mal parado en el que ejecutaba a una joven.

Sabiendo aquello, no podía ceder a esos sentimientos. Le vendí mi alma al diablo, y pese a que luché contra él en todo momento, perdí el juego. Me casé con él, aunque realmente no tuve elección, aun así, tenía su lado bueno. No firmamos un acuerdo prenupcial, así que la mitad de todo lo que él poseía era mío, incluyendo la mitad de mi alma. ¿Verdad?

«*La mitad de todo lo que posees también es suyo*», susurró mi mente. Apagué inmediatamente la razón. No había motivo para la negatividad en mi vida en ese momento.

—Dios mío —susurré con la boca entreabierta mientras echaba la cabeza hacia atrás para admirar el techo. Me quedé mirando la decoración de mosaico de siglos de antigüedad pintada en los techos—. Los techos abovedados no tienen nada que ver con esto.

Un fuerte chillido rompió el aire. Los ojos de Illias y los míos siguieron el sonido.

¿Qué demonios...?

La joven a la que había ejecutado Illias nos miraba con una amplia sonrisa, sus ojos iban y venían entre él y yo, emocionados.

—Isla, ¿qué haces aquí? —inquirió Illias, con las cejas fruncidas—. Creí que estabas en París, asistiendo al desfile de modas de tu amiga.

¿Isla? ¿Quién carajos era Isla?

Un atractivo rubor coloreó las mejillas de Isla mientras las preguntas me quemaban el cerebro. Era guapa. De contextura menuda. Sus suaves rizos pelirrojos contrastaban con su tez cremosa, pero juraba que las tenues pecas de su nariz hacían juego con el color de su cabello.

—Eso fue la semana pasada —contestó, mirándome con curiosidad. ¿Quién era esa chica? El video mostraba a Illias ejecutándola. Parecía demasiado real para ser falso—. Si quieres que me vaya, puedo irme —añadió burlona.

Lo observé con curiosidad. Su mirada era suave hacia la mujer y un poco de celos se encendieron en mi pecho. Me invadió la confusión. No me gustaba sentir celos, ni amargura. Me aparté de él, intentando poner distancia entre nosotros, lo cual era difícil teniendo en cuenta que me llevaba en brazos.

—¿Adónde vas? —me gruñó.

—¡Bájame! —exigí.

—No. —Dios, odiaba esa palabra.

—Estamos dentro. Ya puedo caminar —protesté, empujando en vano contra él. Solo me acercó más a su pecho, aferrándose a mí como si fuera su carga más preciada.

Illias devolvió la atención a la belleza pelirroja, ignorando mi protesta.

—Isla, te presento a Tatiana. Mi esposa. —Los ojos de la chica se abrieron de par en par, prácticamente saliéndosele de las cuencas.

—¡¡Dios mío!! —chilló tan fuerte que casi salto de los brazos de Illias—. Me alegro mucho por ti, hermano. ¿Cuándo te casaste? ¿dónde? ¿Por qué no me invitaron?

Espera, espera. ¿Qué tanto dijo? ¿Dijo *hermano*? ¡Así que los rumores eran ciertos! ¡Mierda! Illias tenía una hermana, pero... fruncí el ceño. No se parecía en nada a él. La miré fijamente, estudiando cada rasgo de su rostro.

«Quizá su nariz», pensé. Sacudí la cabeza. No, definitivamente la nariz no. «¿La frente?».

—Nos casamos justo antes de que despegara mi avión —le contestó, mientras las dos seguíamos observándonos fijamente. Ahora que estaba más cerca, pude ver que no era tan joven como la mujer del video. Tal vez armó toda esa farsa cuando era más joven y así la había mantenido oculta. Había cosas más locas que pasaban en el bajo mundo—. Te habría invitado, pero era una emergencia.

—Podría haberlo dejado todo y haber venido a verte —comentó, ligeramente dolida.

Illias tiró de ella para abrazarla, sin dejar de tenerme en brazos, por lo que resultó ser un abrazo de tres personas un poco incómodo. Con su cara a un palmo de mí, pude ver aún mejor sus pecas. Diablos, era preciosa, con pecas o sin ellas.

—No te preocupes —dije suavemente—. Como que me secuestró y luego me obligó a casarme con él, así que realmente fue una emergencia.

Parpadeó confundida. Illias gimió.

—¿La secuestraste? —Su voz se agudizó y su cara se retorció de pánico—. Dios mío, vamos a ir a la cárcel. —Miró a su hermano y luego me lanzó una mirada de disculpa—. Lo siento mucho. T-todavía podemos arreglarlo. Illias no lo hizo en serio. Probablemente es porque eres tan... tan hermosa.

Hice un gesto con la mano, compadeciéndome de ella.

—No te preocupes. Mi hermano secuestró a Branka el verano pasado. En medio de su camino hacia el altar para casarse con otra persona. Pasa más de lo que crees.

Se hizo un silencio incómodo. Su mirada se desvió hacia su hermano, la cual claramente indicaba que algo estaba mal, ya sea conmigo o con él. Ya sabía, tal vez mi respuesta no fue la mejor. La postura rígida de Illias me alertó de que no había ningún "tal vez".

—Encantada de conocerte —añadí, intentando al menos terminar nuestra conversación amistosamente—. Espero que no te vayas porque estoy aquí. Odio estar atrapada en Rusia en invierno.

Volvió a parpadear, y habría sido cómico si la sospecha no me hubiera crecido en el pecho. Konstantin mantuvo a su hermana en la oscuridad acerca de su trabajo. ¿Cómo era posible?

Illias besó a su hermana en la mejilla mientras se dirigía a la gran escalera.

—Hablares contigo mañana, *Sestra*. —La chica abrió la boca, pero él añadió inmediatamente—: Mañana.

Me miró a mí, luego a su hermano y después a mí. Le ofrecí una sonrisa reconfortante y asentí.

—Mañana —pronuncié.

—*Uh-oh...* De acuerdo.

Permaneció pegada a su sitio mientras Illias subía las escaleras a grandes zancadas. Una vez fuera de su alcance, no pude contenerme.

—Ella no sabe que eres el *Pakhan* —susurré con rabia. Sus hombros se tensaron. Su mandíbula se apretó y sus ojos se volvieron asesinos—. Por favor, no me digas que has dejado a tu hermana sin saber nada del bajo mundo. —Guardó silencio. Un músculo de su mandíbula se tensó—. Sé que eres más inteligente que eso. La dejaste vulnerable y en la ignorancia.

Sus ojos se oscurecieron.

—No quedó en la ignorancia. —Le dirigí una mirada mordaz—. Sabe que no la quiero cerca de mis asuntos. Tiene una vida normal y amigos normales. —Arqué una ceja. ¿De verdad acababa de decir eso?

—Dime, por favor, ¿cómo puede ser normal nacer en una familia que pertenece al bajo mundo? —Siguió avanzando a grandes pasos, por los elaborados pasillos. A la izquierda. A la derecha. A la izquierda.

Así que intenté un enfoque diferente.

—¿Eso significa que mi... *nuestro* bebé también tendrá una vida normal?

Era la primera vez que me refería a mi bultito de alegría como nuestro, pero quería que entendiera a qué me refería.

Su paso vaciló y tomó mi barbilla entre sus dedos.

—Nuestro bebé será criado para hacerse cargo de todos mis negocios.

Mis ojos brillaron victoriosos.

—¿Entonces por qué mantienes a tu hermana en la oscuridad?

Apretó los dientes con tanta fuerza que pude oír cómo le rechinaban.

—Es mi media hermana. *Ilegítima*. Eso la pone en una categoría completamente diferente.

No podía discutir exactamente ese punto. Alexei e Isabella eran hijos ilegítimos. Alexei no se escondió del bajo mundo, y eso le costó su infancia. Casi toda su vida. Isabella no supo durante sus primeros veinticinco años que era hija ilegítima de Lombardo Santos. El viejo Santos no supo que tenía una hija durante mucho tiempo. La salvó de ese mundo. Así que tal vez Illias tenía razón.

—Sabes muy bien que las hijas ilegítimas suelen ser secuestradas —recalcó, fríamente.

—A veces también secuestran a las hijas legítimas —repliqué secamente.

—Y son arrastradas a prostíbulos para utilizarlas en la venta y el comercio de trata de

blancas.

Asentí con la cabeza. Por desgracia, tenía razón.

—Prometo no hablarle a nadie de ella —prometí, sorprendiéndome incluso a mí misma. Me había obligado a casarme, pero sería cruel utilizarla para vengarme de él. Isla *era* inocente—. Ni siquiera a mis hermanos.

Sus ojos encontraron los míos, con algo suave en ellos, haciendo que mi corazón se acelerara. Me atrapó en sus profundidades y le sostuve la mirada.

—Gracias.

Una simple palabra. Una simple promesa.

CAPÍTULO DIEZ

KONSTANTIN



Quemaría el mundo y a cualquiera que intentara acercarse a mi mujer y a nuestro bebé. Su promesa significaba más de lo que ella creía. No la necesitaba para saber que protegería a Isla como si fuera suya y apenas se había enterado de su existencia. Tatiana era así de corazón. Era igual de protectora con la gente que le importaba.

—Nuestro dormitorio —anuncié—. Bienvenida a casa.

Se apartó de mí y se soltó de mis brazos. Luego tiró el abrigo al suelo y lo pisoteó mientras estudiaba la habitación.

Sus pies descalzos se deslizaban silenciosamente sobre la madera y la alfombra. Las brillantes uñas rojas de sus pies se iluminaban de vez en cuando al moverse por el suelo.

—No es nuestra casa —expresó, recorriendo con la mirada el lugar. Hice que renovaran las habitaciones el año pasado. Mis padres tenían dormitorios separados pero contiguos. Yo no tenía intención de dormir alejado de mi mujer.

—Nuestra casa —insistí.

La sola idea de que se fuera me convertía en una maldita bestia enloquecida. Temía que Tatiana se metiera tanto en mi piel que me convirtiera en mi padre. No quería eso. Sería un mal final tanto para Tatiana como para mí. Para nuestros hijos. Para nuestra familia.

Mi mujer me miró juguetonamente por encima del hombro.

—Así que todo lo que tú tienes es mío. —Asentí y sus labios se curvaron con esa sonrisa que prometía problemas—. Es bueno saberlo.

Tatiana lo sabía tan bien como cualquier otra persona de nuestro mundo. El matrimonio era para toda la vida, de ahí que no hubiera razón para un acuerdo prenupcial. Además, no era exactamente como si ella estuviera sin un centavo.

—¿Dónde está el armario? —indagó, y luego siguió mis ojos hasta la esquina de la habitación. Se acercó y empujó la puerta—. Ah, un vestidor. Qué bien. —Entró y yo la seguí—. Es un poco pequeño —comentó.

—Podemos hacerlo más grande.

Me miró a los ojos.

—Estaba siendo sarcástica —bromeó suavemente. Joder, me encantaba cuando era dulce. Flexible. Me encantaba cada una de sus facetas. Todavía no había encontrado nada que no me gustara de mi esposa—. Wow, veo que no bromeabas cuando dijiste que lo tendrías todo aquí.

Sus elegantes dedos recorrieron la ropa. Chanel. Burberry. Armani. Valentino. Hermès. Dior.

Gucci. Prada. Deberían ser todas sus marcas favoritas.

—Rara vez bromeo.

—Sí, no eres exactamente del tipo cómico.

—Lo que haga falta, puedes pedirlo. En el cajón de arriba de tu lado hay una Amex negra con tu nombre. Y algo de efectivo.

Se dio la vuelta lentamente y se apoyó en el armario, apoyando los codos en él.

—Sabes, tengo mi propio dinero y mi propia Amex negra. Todo lo que tienes que hacer es devolverme mi bolso.

Un sentimiento sarcástico me tiró del pecho. Cualquier otra mujer se arrodillaría y me daría las gracias. Tatiana no. Ella prefería señalar que lo tenía todo.

—A partir de ahora, usarás mi dinero para tus necesidades.

Sus dedos golpearon ligeramente la superficie plana del mueble sobre el que apoyaba los codos. Sus uñas de manicura francesa chasqueaban contra la madera. La vena de su cuello mostraba su pulso latiendo desenfrenadamente. Mantuvo la máscara en su lugar, fría, sin embargo, estaba nerviosa.

No me gustaba. Quería su confianza. Su amor. Su devoción.

Los sentimientos que la rodeaban eran viscerales. Carnales. Un hambre que rugía en mi pecho crecía con cada bocado de ella. Sin saberlo, ella alimentaba mi obsesión.

—¿O qué? ¿Me castigarás? —Su voz era sensual. Ligeramente jadeante. Descarada.

En tres largas zancadas, acorté la distancia que nos separaba y la agarré en brazos.

—Los dos sabemos que te excita ser castigada —pronuncié, mientras la llevaba al dormitorio. Los delicados dedos de Tatiana se aferraron a mí, con una sonrisa cómplice en sus labios.

—Y a ti te excita hacerlo. —Ronroneó—. Entonces, ¿por qué privarnos a los dos de ello?

Entré en el cuarto de baño y cerré la puerta de una patada. Al instante, los ojos de Tatiana se empañaron de lujuria y sus mejillas se sonrojaron. El azul de sus ojos resaltaba aún más sobre el mármol negro del cuarto de baño.

—Bájame —exigió suavemente. Sus labios estaban a pocos centímetros de los míos, tentándome. Quería prepararle un baño y dejarla descansar esta noche, pero era imposible resistirse a ella. Tomé su boca y esta se entreabrió con un suave gemido brotando de ellos. Perdí el control.

Reclamé sus labios como si fuera lo último que haría antes de que el mundo explotara. Su cuerpo se amoldó al mío, sus dedos se metieron en mi cabello y sus uñas rozaron mi cuero cabelludo. La satisfacción me recorrió la sangre.

Y la determinación.

Haría que mi esposa me amara. Así de esa manera, cuando supiera la verdad, no me dejaría.

CAPÍTULO ONCE

TATIANA



Illias me observaba con una mirada peculiar.

Nos admiré a los dos en el espejo. Yo, solamente con su camisa y mis piernas desnudas a la vista. Él, trajeado, haciéndole honor a su título de *Pakhan*. Mi cabello era un desastre, mientras que el aspecto de mi esposo era impecable.

Me sentó en la encimera y lo vi moverse rápidamente por el cuarto de baño. Abrió el grifo y el sonido llenó el cuarto de baño. Illias se acercó y tomó una botella.

Justo cuando iba a verterla, lo detuve.

—¿De quién es ese producto? —pregunté, señalando a lo que tenía en la mano.

—Es tuyo. —Sacudió la cabeza como si le divertiera la muestra de celos. No estaba celosa, pero ni en mis peores sueños usaría el gel de baño de otra mujer—. Me lo entregaron junto con la ropa. Todo es nuevo... y tuyo, Tatiana.

—Pues bien. Puedes continuar. —Empecé a desabrocharme la camisa, tirándola al suelo. El calor de su mirada se encendió y mi cuerpo respondió al instante.

—Debiste de ser una reina en tu vida anterior —murmuró, vertiendo todo el contenido en la bañera. El aroma a rosas flotaba en el aire. Varios grifos llenaron la gran tina en la que cabrían fácilmente diez personas y ambos observamos en silencio cómo se llenaba.

—¿No vas a quitarte la ropa? —inquirí descaradamente. Me di cuenta de que sonaba un poco desesperada, pero bueno. También podría disfrutar de las ventajas de estar casada.

—No.

No quise darle más vueltas a ese hundimiento en la boca del estómago. Así que me bajé de la encimera y balanceé las caderas mientras me dirigía a la bañera.

—Tú te lo pierdes —musité al pasar a su lado.

Su mano golpeó ligeramente mi trasero.

—Es broma. Métete ya.

Me ayudó a bajar a la bañera y en cuanto estuve sumergida un profundo suspiro me abandonó.

—Esto se siente bien. —Exhalé. Se inclinó y por un momento esperé que se uniera a mí, no obstante, se limitó a meter la mano por detrás y cerrar el grifo. Luego se sentó al borde de la bañera mientras me sumergía en las burbujas.

El silencio fue abrupto tras el torrente constante de agua. Algo abrumador, aunque no incómodo. Después de meses de andar como perros y gatos, seguía pareciéndome extraño

encontrarme allí. En su casa. En Rusia. Casada con él.

De alguna manera no era repulsiva la idea de nuestro matrimonio. Tenía que deberse al gran sexo. No era la mejor base para ser marido y mujer, pero al menos era algo. Bueno, también había un bebé creciendo en mi vientre.

Se me calentó el pecho. Nuestro bebé no fue exactamente planeado, sin embargo, ya sentía una conexión con él o con ella. No importaba, mientras estuviera sano. Me puse la mano en el bajo vientre y me lo froté suavemente. Ya había comprado libros sobre el embarazo y había empezado a leer sobre todo lo relacionado a ese proceso y el primer año de vida de nuestro bebé.

Illias se quitó la chaqueta y la colgó en el perchero de las toallas, luego se desabrochó los puños y se remangó dejando al descubierto sus antebrazos. Me encantaban sus manos. Eran tan fuertes y venosas. Ásperas y tan capaces de proporcionar tanto placer.

Se agachó junto a mí y metió la mano en el agua.

—¿Qué estás haciendo? —No contestó mientras sus dedos empezaban a masajearme los hombros. Sus fuertes dedos me frotaban en círculos por la espalda y luego volvían a subir, aflojando la tensión de la parte superior y mis hombros.

Incliné la cabeza hacia un lado para permitirle un mejor acceso y un gemido bajo llenó el aire. Con horror me di cuenta de que era mío, pero no pude evitar lo bien que me sentía.

—Leí que los masajes son buenos durante el embarazo —comentó con voz grave.

Suspiré de placer.

—Ciertamente estoy de acuerdo —murmuré—. ¿Dónde leíste eso?

—En La Asociación Americana del Embarazo. —Se me cerraban los ojos mientras mis músculos se aflojaban con cada segundo que sus dedos trabajaban sobre mí—. Advirtieron sobre masajear el vientre, pero indicaron que la terapia de masaje prenatal puede ayudar a reducir la ansiedad y el estrés.

Masajeó mediante largos círculos, con ternura, movimientos seguros y firmes.

—Bien, Illias. Si alguna vez quieres abandonar tu carrera como *Pakhan*, triunfarás como masajista.

Lo observé a través de mis pesados párpados y capté la comisura de sus labios levantada. Era guapísimo cuando esbozaba una media sonrisa. Temía que cuando sonriera de verdad, me haría caer en la locura.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Qué más has leído? —curioseé.

—Necesitas dormir mucho en el primer trimestre. —Su mano se acercó y recorrió lentamente mi cuello—. Sin estrés. —Apoyó la palma de la mano sobre mi corazón, que respiraba con dificultad—. Nada de alcohol.

Me puse rígida y lo miré fijamente.

—Hace meses que no tomo.

Asintió con la cabeza.

—Lo sé.

—Olvidé que eres un acosador —agregué en voz baja.

—Solo contigo. —Creí oírle decir, pero no estaba segura. Mis ojos recorrieron el lujoso cuarto de baño. El mármol negro contrastaba con las paredes y los accesorios blancos.

—¿Cuándo volveremos a Estados Unidos? —inquirí, sin dejar de estudiar cada rincón del cuarto de baño. No había mucho que ver, pero evitaba que me ahogara en la oscuridad de Illias. Me estaba hundiendo lentamente y temía adónde me llevaría.

Aún había muchos secretos entre nosotros. Por muy jodido que fuera, estaba de acuerdo con

ciertos métodos moralmente bajos de nuestro mundo, pero no estaba de acuerdo con matar inocentes. Matar mujeres y niños. Vasili siempre dijo que había situaciones donde teníamos que trazar una línea.

—Acabamos de llegar —respondió mientras se ponía en pie. Sacó una toalla limpia y se secó las manos con movimientos firmes.

Fruncí el ceño, pero entonces recordé lo que le había preguntado. Si bien no esperaba que me diera una fecha concreta, me hubiera gustado escuchar un plazo general. No importaba. No conseguiría mantenerme cautiva, siendo su esposa o no.

—La mujer del video... ¿es tu hermana? —Cambié de tema, abordando el elefante en la habitación. En algún momento tendríamos que hablar de ello. Mejor hacerlo en ese instante—. ¿Montaste esa farsa por alguna razón?

—No.

La respuesta de una sola palabra me irritaba los nervios, mas lo que me preocupó fue su expresión. Prácticamente podía ver cómo comenzaba a cerrarse. La calma y frialdad de su expresión harían temblar a un novato en ese mundo. Sabía muy bien que Illias era peligroso, un asesino despiadado.

Aunque él quería a nuestro bebé. Me quería a mí. Al menos en ese momento.

—¿Sabes que el privilegio del testimonio conyugal impide a uno de los cónyuges declarar contra el otro en un proceso penal?

Sus ojos oscurecidos encerraron los míos en una jaula.

—Ya lo sabía. —Por supuesto que sí—. Pero ese video nunca fue para que lo vieras.

—Y, sin embargo, lo he visto. —La frustración brotó dentro de mí, aunque a diferencia de Sasha, no siempre era impulsiva. De vez en cuando, elegía mis palabras con cuidado—. Si vamos a confiar el uno en el otro, deberíamos empezar por algún sitio. ¿No lo crees?

Dado el silencio que se formó entre nosotros, casi pude escuchar ese *sonido* del video cuando apretó el gatillo sonando en mi mente.

—Era la madre de Isla. —Contuve la respiración y el corazón me retumbó contra las costillas—. Mi padre se la llevó de algún sitio, de algún prostíbulo. Apenas tenía dieciséis años. La trajo aquí porque estaba embarazada de Isla. Una noche fue a su habitación dispuesto a golpearla y luego a violarla, y enloquecí.

—¿Lo mataste? —Carraspeé, con los oídos zumbándome.

—Lo hice —admitió, apoyándose en la columna que estaba más cerca de la bañera—. Eres la única persona viva que lo sabe. Boris lo sospecha, pero no está seguro. Desde la muerte de mi madre, no estaba en sus cabales. —Se dio un golpecito en la sien y cruzó los brazos sobre el pecho—. Bueno, la madre de Isla tampoco estaba bien de la cabeza. No sé si mi padre la rompió o algo más.

—Jesucristo —murmuré.

—Cuando dio a luz, esperaba que se centrara en la bebé —continuó Illias—. Pero no lo hizo. No se molestó en ponerle nombre. No se molestó en alimentarla, mas intentó matar a mi hermana. —Jadeé, con el corazón apretado al escuchar aquellas palabras. Me hizo sentir más lástima por Isla. No me extrañaba que la mantuviera en la ignorancia y protegida—. Una vez la encontré intentando asfixiar a mi hermanita. En otra ocasión, intentó ahogarla. Se puso tan mal que no podía dejarla sola en la habitación con Isla. Llegué a mi límite cuando tomó la pistola de Maxim e intentó dispararle.

Me incliné sobre la bañera y tomé su mano entre las mías.

—No me extraña que la mataras.

—La maté esa misma noche.

Si bien la historia me conmocionó, también sentí alivio de saber la verdad. Era prueba del código de Illias. Después de todo, salvó a su hermana. Aunque mis hermanos no mataron a nuestra madre, ciertamente tampoco la salvaron. De hecho, no me cabía duda de que si Vasili hubiera sido quien sorprendió a nuestra madre intentando matarme junto con ella, también la habría asesinado.

—¿Ella sabe? —susurré la pregunta, pero en el fondo sabía la respuesta. Él la había protegido de todo. Estaba segura de que también la protegería de esa verdad. Igual que Sasha me protegía a mí de la mía.

—No.

Su admisión llenó el aire.

—Hace un tiempo me enviaron un teléfono. —Empecé en voz baja—. No sé quién lo envió, pero cuando lo abrí empezó a reproducirse un video.

Illias se puso visiblemente rígido.

—¿De qué trataba el video?

Su voz estaba ligeramente apagada. Casi preocupado, aunque su expresión no cambió.

Tragué saliva.

—El video mostraba a Sasha matando a alguien. Estrangulando a un hombre. Ni idea de quién era, pero me asustó. —Tomé una bocanada de aire y luego exhalé lentamente—. Esa no fue la peor parte. Al final, Adrian hizo un comentario sobre borrar el video. Sin embargo, ahí estaba. El maldito video reproduciéndose delante de mí. —Sacudí la cabeza—. Creo que mintió acerca de borrarlo, pero no sé por qué. Él y mis hermanos eran muy unidos.

Nuestras confesiones inundaron la atmósfera, acercándonos por lazos invisibles. Y poco a poco mi confianza en ese hombre creció un poco más. Al menos en lo que a protección se refería. Sabía que Illias resguardaría a nuestra familia a toda costa. Todo lo que tenía que hacer era mirar a Isla y saber que era cierto.

Le debía la vida a su hermano mayor. Así como yo se la debía al mío. Sasha me salvó de mi madre, pero Vasili y Sasha me dieron una vida. Una infancia estable y saludable.

Me puse de pie, con el agua cayéndome por el cuerpo, y giré una pierna y luego la otra para salir de la bañera. Me miraba, sus ojos recorrían mi cuerpo con esa oscura lujuria que esperaba de él. Una lujuria que, si era sincera conmigo misma, me excitaba, pero se limitó a tomar otra toalla y envolverse con ella. Mantuve las manos en alto y me giré lentamente hasta que estuvimos cara a cara.

No era una mujer bajita, pero tampoco era exactamente alta. A su lado, me sentía como una cosita frágil, aunque protegida. Acerqué la mano al pecho de Illias y tuve que estirar el cuello para mantener el contacto visual.

Su silencio tocó mi piel. Su oscuridad me tentaba. Su obsesión me abrumaba.

Y poco a poco unos hilos invisibles nos unieron, entretejiéndose a través de las espinas de nuestro mundo.

Me temblaban los muslos. Se me aceleró el pulso. Me zumbaban los oídos. Esperé a que me tocara. Mi sexo palpitaba de anticipación. Cada célula de mi cuerpo se encendió, esperando, mientras tronaba mi corazón. Tal vez fue el hecho de que nuestro bebé creciera en mi vientre lo que tejió esa conexión o tal vez algo totalmente distinto. No estaba segura. Lo único que sabía era que nunca había sentido nada parecido con Adrian.

—Vete a la cama —me dijo en voz baja, rozándome la mejilla con los nudillos—. Necesitas dormir.

Dormir era lo último que necesitaba en ese momento.

—¿Y tú? —Diablos, necesitaba que me tocara, que me llevara al éxtasis. Todo mi cuerpo ardía, hormigueaba con sensaciones que temía fueran más allá de la atracción física.

—Voy a meterme en la ducha.

Se dio la vuelta y se dirigió al lado opuesto de la habitación, donde estaba la ducha detrás de una pared de cristal, y abrió el grifo.

—Tal vez debería verte ducharte ya que me viste bañarme —bromeé a medias—. Pagarme con la misma moneda.

No contestó, pero aquellos labios besables se inclinaron hacia arriba, tentándome a ir hacia él.

Ah, bueno. Tal vez estaba agotado.

Me di la vuelta para tomar el cepillo de dientes nuevo, sin dejar de echar un par de miradas furtivas al magnífico cuerpo de mi marido mientras se desnudaba. Dios mío, tenía la apariencia de un dios griego. El tono bronceado de su piel cubría sus músculos y mostraba su fuerza.

Acabé rápidamente de lavarme los dientes, me di la vuelta y salí del baño echando un último vistazo a Illias por encima del hombro. Una vez en el dormitorio, me dirigí al vestidor en busca de una pijama.

—Quizá lencería sexy —pensé en voz alta.

Aunque no había ninguna. Así que tomé un par de bragas azul celeste de encaje y, justo cuando estaba a punto de sacar una camiseta, mis ojos se posaron en la fila de camisas organizadas de Illias. Elegí una y me la puse, dejándola desabrochada. Luego, busqué entre las filas y filas de corbatas hasta encontrar la perfecta. Sedosa. Azul. A juego con mis bragas.

Me la puse, dejándola caer entre mis pechos.

El agua seguía corriendo en la ducha, así que me subí encima de la cama y me puse cómoda. Esperé, mientras el aire frío rozaba mis pezones sensibles. Mis muslos desnudos. Mis caderas más redondas, apenas perceptibles.

Mis dedos bajaron por mi clavícula, pasaron por mis pezones y los pellizcaron con fuerza, como lo hacía Illias. Arqueé la espalda mientras mis párpados se cerraban. Un suave gemido se escapó de mis labios. Luego, me pellizqué el otro pezón, prestándole la misma atención.

—Diablos —gruñí. Se sentía bien.

Mi centro palpitaba por la misma atención. Mis muslos temblaban. La humedad se acumulaba, lista para el miembro de mi esposo. «*Salvo que quiera que descanse*», pensé irónicamente. Mi mano bajó por mi cuerpo hasta mi ropa interior. En el momento en que mi dedo tocó mi clítoris, una respiración estremecedora me abandonó. La sangre corrió por mis venas y zumbó en mis oídos, iluminando cada centímetro de mi piel.

Me froté el clítoris, provocándome escalofríos. Extendí mi humedad hasta la entrada y empujé un dedo dentro de mí. Un estremecimiento decepcionante me hizo respirar. No sentía nada parecido a cuando Illias lo hacía.

Así que volví a centrarme en mi clítoris palpitante. Lo froté, y moví mis caderas contra mi mano. Fingí que era la mano áspera de mi marido rodeando mi clítoris, ejercí presión sobre él. Lo pellizqué. Mi espalda se arqueó sobre la cama. Mis movimientos se volvieron erráticos. Sin dejar de acariciarme ese dulce punto, la felicidad floreció en la boca del estómago.

Recordé lo que sentía cuando Illias me penetraba con aquellas embestidas poderosas y despiadadas. Su ingle golpeaba mi carne con salvajismo, castigándome y dándome placer al mismo tiempo.

Sus oscuras y sucias palabras resonaron en mi cerebro.

Mis paredes se apretaron. Me dolía el coño. Una electricidad se acumuló en lo más profundo de mi ser y se extendió lentamente por mi columna vertebral. Un gemido recorrió el aire, pero solo lo escuché como si estuviera sumergida en el agua.

Estaba tan cerca. Casi.

Mi corazón latía vigorosamente. Erráticamente. Me frotaba desesperadamente mi sexo adolorido, en busca de aquel placer único, hasta que una mano me rodeó la muñeca y me detuvo.

Mis ojos se abrieron de golpe.

Los ojos oscuros de mi esposo, llenos de llamas de lujuria, me observaban. Solo llevaba bóxer y el dolor entre mis muslos se multiplicó por diez. Nos miramos fijamente, mis mejillas se sonrojaron, pero no me avergoncé.

No tenía sentido.

Sus antebrazos tensos y aquellos dedos gráciles y gruesos estaban tan cerca de mi centro adolorido. Y sabía el placer que podían proporcionarme.

—¿No podías haberme esperado?

Abrí los ojos de par en par.

—Dijiste que me fuera a dormir. Supuse que no te interesaba tener sexo.

La suave luz del cuarto de baño llegaba desde un rincón de la habitación. Sus rasgos fuertes, casi duros, hablaban de oscura lujuria. Su mirada era de posesión y obsesión.

Inhaló profundamente, dejando que el aroma de mi excitación penetrara en sus pulmones. Me observó con los ojos entrecerrados.

—¿En quién pensabas mientras te tocabas?

—En ti.

La respuesta pareció complacerle, porque su sonrisa me desarmó e hizo que mi corazón retumbara contra mi pecho a un ritmo completamente nuevo.

—Buena chica. —Sujetándome la muñeca, me sacó la mano de las bragas, luego me agarró la otra muñeca, tomando las dos juntas con su gran mano—. Por eso, no te daré correazos en el culo.

Mierda.

Mi excitación aumentó. Mi sangre bombeaba más rápido.

Sus palabras deberían horrorizarme. Nadie me había dado nalgadas nunca, y mucho menos me había golpeado con un cinturón en mi trasero. Entonces, por qué demonios sonaba tan caliente, maldición. Tal vez era hora de visitar a un médico.

Me pasó la corbata por la cabeza y me la puso tranquilamente alrededor de las muñecas.

—Mi querida esposa, esta es tu primera lección —explicó, con voz áspera. Profunda. Oscura—. Nadie... nadie te excita, excepto yo. —Un escalofrío me recorrió. Aquello era más que una locura. Diablos, me gustaba. Sin esfuerzo me ató las muñecas delante de mí con la sedosa corbata azul. Luego, con una mano, me abrió las piernas.

—Estás empapada —gimió, sus ojos se detuvieron en mi coño cubierto como si pudiera ver a través de mis bragas. Seguí su mirada y vi la mancha húmeda de mi excitación en mi ropa interior. *De acuerdo*, eso fue un poco embarazoso.

Palmada.

Su mano azotó mi coño. Un cosquilleo recorrió mi interior y se extendió con necesidad de más.

—Tu excitación me pertenece, Tatiana —gruñó. *Palmada*. Dios, podría llegar al orgasmo y no creía que eso le gustara. Me estaba castigando, no recompensando. Sin embargo, me calentaba y me producía un cosquilleo palpitante—. ¿Entiendes?

Cerré las piernas, aún con su mano atrapada entre mis muslos y asentí frenéticamente. Una palmada más y el placer estallaría en mí. No podía controlarlo.

Desplacé la parte superior de mi cuerpo hacia él y acerqué mi cara a la suya. Su mano entre mis muslos me quemaba, tentándome a apretarme contra él, pero lo ignoré. Quería darle placer. Después, le suplicaría que me follara.

—Déjame compensarte —murmuré, contra sus labios. Recorrí su labio inferior con la lengua. Su boca se abrió, dejándome entrar, y aproveché la oportunidad para deslizarla dentro. Nuestros labios se moldearon. Gemí contra él y mis caderas se arquearon sin mi permiso contra su mano, que seguía entre mis muslos.

Nuestros besos eran frenéticos. Desesperados. Necesitados. Demonios, hacía tanto calor que temí derretirme.

Rompió el beso, con la respiración agitada. Sus ojos parecían piscinas negras y oscuras con la promesa de un placer del que no habría vuelta atrás.

—Quítate el bóxer —supliqué, deslizándome fuera de la cama.

Me miró desconcertado, un poco sarcástico.

—Yo pongo las reglas aquí, *moya luna*.

Me puse de rodillas y ahí se dio cuenta de mis intenciones.

—Por favor, Illias. Quiero probarte. Puedes hacerme lo que quieras. Con mi boca. Con mi culo. Con mi coño. Con todo mi cuerpo.

Su mano buscó mi mejilla y su pulgar la rozó suavemente. Casi con reverencia, mientras sus ojos me miraban con absoluta devoción.

¿Me lo estaba imaginando?

En cualquier caso, me di cuenta de mi poder mientras estaba de rodillas frente a él.

Yo *era* su reina.

CAPÍTULO DOCE

KONSTANTIN



Mi esposa se arrodilló a mis pies, con los ojos clavados en mí, suplicándome por mi polla.
Jesucristo.

Tenía que estar soñando. Cuando salí del baño, casi me vengo en mis bóxers viéndola en nada más que mi camisa, corbata, y esas diminutas bragas. Su mano dentro de ellas mientras se daba placer.

Por un momento, la furia me abrumó, pensando que imaginaba a alguien más entre sus piernas. En ese coño apretado. Pero era a mí a quien imaginaba. Suplicó por *mi* verga.

Un gruñido brotó de mis labios y una sensación carnal de lujuria endureció mi polla, aunque era mucho más que deseo. Era una jodida obsesión. Amor. Devoción.

Ella era mía y yo era suyo.

Levantándome y bajándome los bóxers, vi cómo los pálidos ojos de Tatiana se oscurecían un poco y se empañaban de deseo. La única vez que me la había chupado fue aquel día en Washington y desde entonces había fantaseado con repetirlo. Era una batalla constante no empujarla sobre sus rodillas y hacer que se llevara mi polla hasta el fondo de su garganta. Me encantaba su boca y su descaro, pero me gustaba aún más que me la chupara.

Sin embargo; necesitaba que ella lo quisiera. Que me deseara.

—Por favor, Illias, dame tu pene. —La suave voz de Tatiana era una melodía para mis oídos. Como si leyera mis pensamientos y supiera exactamente lo que quería.

Sacó la lengua, se lamió los labios y sus ojos se clavaron en mi verga dura como una roca. Se inclinó y pasó la lengua por la punta de mi polla, lamiendo el líquido preseminal.

Mis dedos se clavaron en su cabello rubio, agarrándolo con fuerza, mientras gemía en lo más profundo de mi garganta.

—Demonios, *moya luna*.

—¿Te parece bien? —Me observó con esos ojos, como si no hubiera nada más que quisiera hacer que complacerme.

—Sí, carajo.

Movió la lengua alrededor de la corona, lamiendo las gotas de semen, pero mi perdición fueron sus ruidos. Como si chupar y lamer mi longitud fuera lo mejor para ella. Como si le gustara tanto como a mí.

—*Mmmm*. Me encanta tu sabor. —*Santo cielo*. Podría venirme dentro de su boca antes de llegar a penetrar más profundo su garganta—. Fóllame la boca, Illias.

Estuve a punto de correrme allí mismo. Amaba a mi esposa, joder. La había amado durante tanto tiempo que sabía que no había vuelta atrás con Tatiana. Y, en ese momento, por fin la tenía. Su mirada y sus palabras podían ponerme de rodillas y ella ni siquiera lo sabía.

Abrió más la boca y me llevó hasta el fondo de su garganta. Gimió, sus ojos se cerraron y fue el afrodisíaco más fuerte que jamás había probado. El hecho de que disfrutara haciéndolo. Que quisiera hacerlo.

Los rincones oscuros de mi mente y mi alma se llenaron de la luz que solo ella podía darme.

A la mierda el chip. A la mierda la *Omertà*. Ellos tenían mi juramento, pero ella tenía mi corazón. Mi mujer siempre estaría por encima de todo y de todos. Sin que importara nada.

—Mírame mientras chupas mi polla —ordené con voz ronca. Tatiana abrió esos bonitos ojos azules, mirándome a través de sus pesados párpados. Su cabeza se balanceaba, chupándome y absorbiendo cada vez más de mi longitud. Le agarré el cabello y empujé hasta el fondo de su garganta.

Tuvo una ligera arcada.

—Relaja la garganta. Déjame poseerla. Así como tú eres mi dueña.

Obedeció. Mi pequeña esposa rebelde tenía algo que decir sobre todo, pero era sumisa y obediente en el dormitorio. Relajó su garganta y me dejó usar su boca caliente. Entré y salí de su calor húmedo. Se le llenaron los ojos de lágrimas, sin embargo, siguió succionándome.

Aceptó mis embestidas, mis golpecitos contra su coño, mis palmadas contra su culo. La confianza en sus ojos me destripó. Era como si confiara ciegamente en mí para romperla y luego recomponerla.

Mi mujer gemía con mi polla en lo más profundo de su garganta, su suavidad en esos momentos robaba cada pedazo de mí. Mi rudeza encajaba perfectamente con ella en el dormitorio, pero para el mundo exterior, ella siempre sería la reina lista para gobernar a mi lado y para castigar a quienes se atrevieran a perseguirnos.

La saqué de su húmedo calor y le di un respiro. Aspiró hondo, sin embargo, luego sacó la lengua lamiendo el semen que goteaba de mi miembro. Carajo. Quería más. Agarrándola del cabello con más fuerza, la penetré sin piedad, aumentando el ritmo.

—¿Quieres la polla de tu marido? —Empujé.

—*Mmmm* —baluceó alrededor de mi dura polla, con los ojos nublados.

—¿Te gusta que te folle la boca? —Dejó escapar otro seductor "mmm", frotándose los muslos—. ¿Te gusta ser mía?

Ella asintió frenéticamente, moviendo la cabeza y temblándole las rodillas. Sus arcadas eran música. Sus ojos eran notas y su cuerpo era un instrumento.

—¿Estás mojada porque estoy usando tu boca tan bruscamente? —Sus gemidos fueron mi respuesta—. Llévame más profundo.

Sus pechos rebotaban con cada embestida, su mandíbula se ensanchaba y su lengua se arremolinaba alrededor de mi polla dolorosamente dura.

—Eso es —animé—. Mírame, *moya luna*.

Mi verga palpitaba. Mis caderas la bombearon, penetrando más profundamente en su garganta. Las lágrimas brillaban como diamantes en sus largas y pálidas pestañas. Era el espectáculo más hermoso. Mi mujer. Sentía el orgasmo crecer, mis pelotas se tensaban y se ponían pesadas. La sujeté por su hermoso cabello rubio y le metí la polla hasta la garganta. Dentro y fuera. Profundo y rápido.

Ella succionaba. Una vez. Dos veces. Chupando mi verga como si su vida dependiera de ello. Aunque la suya no, la mía sí. Me follé su boca como un hombre poseído, mientras su lengua

frotaba la parte inferior de mi pene.

—Te lo tragarás todo. —Jadeé—. Hasta la última gota.

Asintió con otro gemido en la garganta y el sonido vibró a lo largo de mi cuerpo. Perdí el control y el orgasmo me hizo estallar las pelotas.

Saqué la mitad de mi polla y la apreté con el puño mientras el semen salía a chorros. Fiel a su palabra, tragó y siguió tragando, con las gotas de mi excitación en la barbilla y las comisuras de los labios.

—¡Mierda! —dije con un gemido animal—. Perteneces ahí, a mis pies, con mi semen chorreando por tu barbilla.

Sonriendo, sacó la lengua, se lamió los labios y, fiel a su palabra, se tragó hasta la última gota. Era el espectáculo más erótico que jamás había visto.

—Solo en el dormitorio y porque quiero —respondió un poco engreída.

Con un gruñido, la levanté y estampé mi boca contra la suya. Ella rompió el beso, los dos jadeando, y la arrojé sobre la cama. Cayó de espaldas con un chillido de placer y sus pechos rebotaron. Aún llevaba mi camisa y sus senos estaban a la vista. Me encantaba verla con mi ropa, envuelta en mi aroma.

Se dio la vuelta y forcejeó arrastrándose por la cama, dándome una visión completa de su trasero, y lamenté que aquellas putas bragas me bloquearan la vista. Meneó las caderas y se colocó boca arriba contra las almohadas.

Le arranqué las bragas de su hinchado coño.

—Mi turno para el postre. Abre las piernas —ordené.

Tatiana ni siquiera dudó. Separó los muslos, dejándome ver su brillante coño. La carne estaba hinchada y rosada, tentándome. Me la comería hasta que gritara.

Con las muñecas aún atadas con la sedosa corbata azul, se llevó la punta a su coño y dejó que se deslizara por su humedad. La seda rozó sus pliegues rosados y palpitantes y su espalda se arqueó, pero sus ojos permanecieron fijos en mi cara.

Mis ojos se desorbitaron. Mi polla ya empezaba a endurecerse, ansiosa por estar dentro de su apretado calor.

—¿Qué te dije sobre tocarte? —gruñí, dispuesto a castigarla.

Su sonrisa era pura petulancia.

—No me estoy tocando. Tu corbata sí.

Pequeña descarada. Tomé sus muñecas atadas, arrancándolas de su coño.

—Mi corbata tampoco puede tocarte —exigí, con celos en mi voz.

Riéndose, sus ojos se iluminaron con picardía. Me encantaba esa faceta suya. Juguetona. Sexy. Me recordaba a la chica de la pérgola. Antes de Adrian. Antes de toda la mierda que nos separó.

Me rodeó el cuello con las muñecas atadas.

—Entonces, señor Konstantin, será mejor que se ponga a trabajar —sugirió seductoramente—. Y haz que esta luna de miel sea memorable.

Una risita oscura vibró en mi pecho. No sabía si castigarla o hacerla gritar mi nombre.

Arrodillado en el colchón, contemplé su coño abierto para que lo tomara. Tentándome con su aroma y sus jugos que me hacían agua la boca.

Acuné su sexo con dureza.

—¿De quién es este coño?

—Tuyo. —Sin vacilaciones. Sin resistencia—. Ahora, me follarás.

Duro. —Diablos, quizás mi mujer era tan depravada como yo.

—Así es —gruñí, su excitación cubriendo mis dedos.

Me acomodé entre sus muslos, bajé hasta que mi estómago tocó el colchón y procedí a lamerla desde la entrada hasta el clítoris. Se estremeció, arqueó la espalda y apretó su calor contra mi cara.

—Me encanta lo rasposo de tu barba contra mi sexo —suspiró, hundiendo los dedos en mi cabello y esa maldita corbata en mi cuello. Tendría que comprar mejores ataduras. Intuía muchas lecciones para mi esposa en el futuro.

Sin piedad, me di un festín con su coño, lamiéndolo con dureza. Enganchando sus piernas sobre mis hombros, hundí mi cara más profundamente en su centro, donde solo existía ella y aquel aroma a rosas. Le mordisqueé el clítoris, castigándola por hacerme perder toda apariencia de control. Con ella, era inútil retenerlo.

Se metió en mi alma y bajo mi piel. Se convirtió en parte de mi corazón y de mis huesos. No había forma de extraerla. Era embriagadora, el aroma de su excitación me hacía agua la boca. Mi pecho se agitó con mi boca sobre su suave piel.

Le penetré el coño, acariciando su clítoris palpitante. Sus dedos se enredaron en mi cabello, agarrando mis mechones. Juntos éramos fuego. Los dos lo deseábamos. La cuestión era si cuando la verdad saliera a la luz nos convertiríamos en cenizas.

Al meterle la lengua, su espalda se arqueó sobre el colchón y sus senos se elevaron. Mierda, eran perfectos. Podría sonar algo jodido, pero ya quería verlos llenarse de leche para nuestro bebé y contemplar su vientre hincharse con nuestro hijo. Si tenía que hacerlo, la mantendría embarazada para que nunca me dejara.

Un gruñido de satisfacción vibró a través de mí y contra su sexo.

—Mierda, Illias —gimió—. ¡Sí, sí. *Ohhh...!*

Volví a pellizcarle el clítoris, masajeándolo con la lengua, luego me lo llevé a la boca y chupé el sensible nódulo hinchado. Sus muslos temblaron. Sus caderas chocaban contra mi boca, con movimientos acelerados. Metí y saqué la lengua, follándola.

—¡Ay Dios mío! —suspiró—. No pares, por favor. Voy a... *Ah, ah, ah...*

Su grito de placer atravesó el aire, empujando su centro hacia mi boca mientras sus dedos me agarraban del cabello. Si hubiera una forma de morir, esta sería perfecta. Asfixiado por su sexo.

El chorro de sus jugos empapó mi lengua, la lamí hasta dejarla limpia y ella se estremeció mientras sus esbeltas y largas piernas me rodeaban el cuello. Su reacción, esos pequeños temblores me decían que aquello le afectaba tanto como a mí.

Me levanté sobre ella, colocándonos en la posición del misionero.

—¿Lista para otra ronda, *moya luna*? —gemí contra sus labios, con mi polla demasiado dura.

Sin darle tiempo a responder, la penetré con un fuerte movimiento.

—*Ahhhh...* —Se esforzó por respirar y me calmé.

—¿Estás bien? —Acaricié su rostro, aquellos ojos brillaban como zafiros. Abrió más las piernas y las plantas de sus pies se clavaron en la parte posterior de mis muslos.

Se arqueó sobre la cama y sus labios buscaron los míos. Demonios, se sentía tan bien. Su coño se aferró a mi verga y se sentía como el cielo. Cada parte de ella se sentía como en casa.

—No pares —respiró contra mis labios—. T-te a-amó... —Se me paró el corazón. Se me hinchó el pecho. Me zumbaban los oídos—... dentro de mí.

La decepción se apoderó de mí rápidamente. Tenía un sabor amargo, pero lo aparté. Era demasiado pronto. Con el tiempo, llegaría.

Así que le hice el amor a mi mujer. Su resbaladizo cuerpo me acogió. Sus caderas se arqueaban contra mí. Me moví dentro y fuera de su apretado calor que estrangulaba mi polla.

Mantuve un ritmo lento y sin prisas. Cada embestida dentro de ella era como volver a casa.

—*Oh, Illias...* —Sus ojos se nublaron. Sus labios se entreabrieron.

Me introduje en su cuerpo con embestidas largas y profundas. Giré las caderas para que sintiera cada movimiento, golpeando su punto G. Mis manos estaban sobre ella. Le apretaba los pechos. Le agarraba el culo. Hundí los dedos en sus suaves caderas y me retiré, dejando la punta de mi polla en su caliente entrada.

Nuestros labios se rozaron, mi lengua se deslizó dentro de su boca. La besé con el mismo ritmo de mis embestidas, mi lengua dentro y fuera de su boca. Para luego recorrer su barbilla, mordisqueando y marcando. Besé su delicado cuello, chupando su tierna piel.

Me deleité con sus duros pezones, sin dejar de entrar y salir de ella. Sus gemidos sensuales y guturales me animaban a avanzar mientras sus músculos internos me ordeñaban, estrangulando mi erección.

—*Illias... oh, Dios...* —Jadeó—. Por favor, desátame. Quiero tocarte.

En un movimiento rápido, le quité las ataduras y sus manos me rodearon. Sus uñas me arañaron. Empujé dentro de ella, perdiendo el control. Cada embestida era más fuerte que la anterior. Entré y salí de ella sin piedad mientras sus paredes palpitaban a mi alrededor.

Mi sangre corrió por mis venas, saboreando su calor mientras me ordeñaba. Cerró los ojos, entreabrió la boca y chilló mientras se deshacía. La emoción de oír sus gritos de placer hizo que mi sangre viajara por mis venas hasta la ingle.

Sentí sus uñas arañándome la espalda, provocando mi propio orgasmo. Mi gemido resonó en toda la habitación cuando eyaculé dentro de ella. Le llené el coño, y lo que me quedaba goteó sobre ella. El zumbido se extendió por mis venas, entró en mi cerebro y me sacó de mis casillas con ese sentido animal posesivo.

Tatiana era la única que sacaba esa parte de mí. La conexión entre nosotros era profunda, oscura y tan jodidamente abrumadora que me sacudió hasta lo más profundo.

Un largo suspiro de satisfacción se escapó de los labios de mi mujer y se acurrucó contra mí, con mi verga aún enterrada dentro de ella.

Era donde tenía que estar todo el tiempo.

Veía dormir a mi mujer mientras los primeros rayos del alba se colaban por las ventanas, brillando sobre su cabello dorado. Parecía un delicado ángel cuando dormía, pero despierta podía ser una reina vengativa.

Tatiana entendía la unidad familiar.

Lo había vivido. Lo había respirado. Formaba parte de su ADN.

Quizá fueron esos hilos invisibles los que nos conectaron. Sí, había atracción física, pero iba más allá. Podía ser la hermana pequeña de los Nikolaev, sin embargo, tenía esa fuerza. Debajo de su naturaleza rebelde. Debajo de esa forma ligeramente desquiciada de los Nikolaev.

Incluso rodeada de pistolas y hombres que hacían que la mayoría de la gente adulta se meara encima, los había amenazado mientras intentaba reanimar a Adrian.

La noche de su muerte resonaba en mi mente mientras la veía dormir, con aquel cabello rubio claro extendido sobre mi pecho como un halo. Era la combinación más peculiar de ángel, luchadora y rebelde. A veces me dolía mirarla, sobre todo así. Cuando dormía. Me recordaba la noche en que la llevé al hospital. Cuando pensé que la había perdido.

En toda mi vida, nunca había experimentado ese tipo de miedo. Fui testigo de cómo mataban

a mi madre a los seis años, y eso no era ni una pizca del terror que tenía de perder a Tatiana.

Recordé cómo sentía cada latido del corazón como un cuchillo en el pecho mientras el coche atravesaba a toda velocidad Louisiana hasta donde estaba Marchetti.

—¡Acelera! —le espeté a Nikita en tono frío.

Las oscuras calles de los suburbios de New Orleans eran ominosas y me recordaron a aquella otra noche fatal de hace tantos años. La noche que lo empezó todo. El odio de Adrian hacia nosotros.

Si Marchetti llegaba a ellos antes que nosotros, Tatiana estaría muerta junto a Adrian. Solo por estar con él. Marchetti nunca dejaba cabos sueltos e independientemente de lo que Tatiana supiera o no, ella era uno.

Nikita pisó a fondo el acelerador y el motor rugió con más fuerza a medida que avanzábamos por la autopista. Ni siquiera la luna era nuestra amiga. Era una noche de Halloween perfecta.

El primer parpadeo de luces en la distancia hizo que me saltara el pulso.

—Allí. —Señalé al lado de la carretera. Joder, Marchetti ya estaba allí. El coche estaba boca abajo. ¿Dónde diablos estaba Tatiana?

El vehículo se detuvo chirriando, y yo estaba fuera antes incluso de que se parara el motor.

—Mátalo —ordenó Marchetti. Adrian estaba todo ensangrentado frente a él, pero vivo. Solo moretones superficiales. Entonces, ¿de quién era la sangre? Mis ojos buscaron frenéticamente a su alrededor hasta que un destello de ligeros hilos dorados contra la ventanilla del auto me llamó la atención.

—¡Los dos tienen que morir! —afirmó Marchetti con aquella voz impasible y expresión sombría. Valoraba su trabajo desde las sombras por encima de todo. Mantenía protegida a su familia, aunque durante generaciones las mujeres de Marchetti acababan muertas.

—No —interrumpí y sus ojos por fin se posaron en los míos—. Si la tocas, estoy fuera. —Sus ojos se entrecerraron. Era un riesgo, pero lo correría. Por ella, maldición—. Y no te olvides de sus hermanos desquiciados.

—Puedes controlarlos —respondió, poniéndose la mano en el traje.

—Pero no lo haré —dije fríamente—. Si la matas, por mí ellos pueden ir a cazarlos a todos. Adrian se rio. Maniáticamente. Sarcásticamente.

Escupió al suelo, sangre y saliva mezclándose en su boca.

—Ustedes los malditos Konstantin siempre tienen que salirse con la suya.

—Y tú, hijo de puta, nunca deberías haber venido tras nosotros —gruñí—. Tuviste que arrastrar a tu esposa en esto.

—Mi esposa —siseó—. Recuérdalo.

La niebla roja entró en mi visión. La sangre me rugió en los oídos. Reaccioné y le di un puñetazo en la cara. Con fuerza.

—Acaba con él —reviré.

Bang.

Así de sencillo. El cuerpo de Adrian cayó al suelo, la sangre se filtró a través de su camisa, extendiéndose como un lago rojo.

—Joder, respondo por ella, Marchetti. —La ira vibró a través de mi voz, mis venas se electrizaron con ella. Si tuviera que matar a cada miembro de la Omertà yo mismo, lo haría. Por ella, haría cualquier cosa—. Si ella tiene el chip, lo recuperaré. Si ella era parte de sus juegos, yo me encargaré.

Adrian sangraba en el suelo. Podría estar muerto ya, me importaba una mierda. Tatiana Nikolaev era mi única preocupación.

—Bien. —La cuerda invisible alrededor de mi pecho se aflojó y el oxígeno volvió a inundar mi cerebro. Menos mal. Pelear contra Marchetti no estaba en mis planes. Tenía que llevar a Tatiana al hospital.

Corrí hacia el coche volcado. Ya había matado bastante. La sangre nunca fue un problema, pero ver la sangre manchando el cabello rubio pálido de Tatiana por la herida abierta en su frente era algo totalmente distinto. Estaba a punto de perder la maldita cabeza al verla en ese estado.

Arrodillado sobre la grava sucia, extendí la mano para alcanzarla.

—Agarra mi mano —la insté.

La mirada de sus ojos, llena de confianza y desesperación, fue como un puñetazo en las tripas. La luchadora y rebelde desapareció ante mí, siendo sustituida por el miedo.

Se movió y me tomó la mano. Hizo fuerza contra la bolsa de aire.

Sin energías, se desplomó, con la cara manchada de sangre, tierra y lágrimas.

—Puedes hacerlo. No te rindas, demonios.

Era una cosa que esta mujer nunca hacía. No era de las que se rendían.

Me incliné más cerca y gruñí:

—Dame la mano, moya luna. No te rindas, joder.

Su hombro también estaba jodido. Maldita sea. Estaba en mal estado. Me tendió la mano de nuevo. Siguió intentándolo, un grito frustrado salió de sus labios.

—No quiero morir —gimoteó.

Las palabras me atravesaron el pecho. Su dolor se sentía como el mío. Mi puto corazón y mi alma estaban tan en sintonía con los suyos. Sí, apenas le cruzaba por su mente, pero ella siempre estaba en la mía.

—No te vas a morir —siseé con determinación. Cazaría a Dios si se atrevía a apartarla de mí—. Solo un centímetro más y te tengo.

Se empujó a sí misma, con una mueca de dolor. Parecía jodidamente maltratada y la furia volvió a hincharse en mi pecho. Quería castigar a Adrian por haberla puesto en esa situación. Debería haberla dejado y luego haberse vengado.

Nuestros dedos se rozaron y su exhalación rompió la tensión de mis huesos. Envolví sus dedos con los míos. Luego me aferré a ella.

Por ella. Por mí. Por nosotros.

Porque siempre estuvimos destinados a ser nosotros.

—Te voy a sacar —aseguré con determinación—. Puede que te duela. Hagas lo que hagas, no te sueltes. ¿Entendido?

Asintió, apretando los dientes. Le dolía, pero tenía que hacerlo antes de que el vehículo ardiera en llamas.

—Lo estás haciendo bien —elogié, apretando los dientes cuando un trozo de cristal se me clavó en el antebrazo. Intenté mover el brazo para asegurarme de que no la cortara.

—Estás sangrando —musitó.

—No te preocupes por eso. —La tranquilicé—. Estoy bien. Vamos a sacarte.

Solté una sarta de maldiciones al ver cómo un trozo de cristal le cortaba el brazo a Tatiana. Había demasiados vidrios por todas partes como para alejarlos de ella. Le cortó la piel y le brotó sangre del antebrazo. ¿O era mi sangre la que goteaba sobre ella? Esperaba que fuera lo segundo, no obstante, la forma en que apretaba los dientes, ahogando su gemido de dolor, me

decía que era su herida y su propia sangre.

—¡Vamos, moya luna! —exclamé, tirando de su cuerpo. Me aterrorizaba que pudiera tener heridas internas mortales que yo no podía ver. Tenía que llevarla al hospital.

Se arrastró hacia arriba, con el cristal cortándole las rodillas, pero me permitió acceder a ella lo suficiente. La agarré por la cintura y la saqué del auto en llamas.

El aroma a rosas y a cenizas llenó mis pulmones, mezclándose con el terror de casi perderla. La rodeé con mis brazos. Ella enterró la cara en mi pecho, permitiéndome ver esa mezcla de cabellos dorados pálidos manchados de sangre rozando mi traje de tres piezas. Sus dedos se enroscaron en mi chaqueta, agarrándola con fuerza.

—Gracias —murmuró contra mi pecho. Su cuerpo se estremeció y mis palmas recorrieron su espalda con la esperanza de calmarla. Me desgarraba verla tan conmovida.

Apartó su rostro de mi pecho mientras sus manos permanecían en él, agarrando mi traje como si fuera su salvavidas. Lentamente, sus ojos se desviaron. Marchetti. Agosti. Nuestros hombres. Nikita. Boris.

Luego miró al suelo.

—¡Adrian! —bramó.

Le tomé la barbilla.

—No mires.

Me empujó con tanta fuerza que casi tropieza y se habría caído si no la hubiera agarrado. Me apartó la mano de un golpe y retrocedió otro paso.

—¡No me toques, demonios! —gritó, con los ojos clavados en el cuerpo de Adrian en el suelo.

Luego cayó de rodillas. Sus dedos ensangrentados temblaban mientras se arrastraba por la grava, acercándose al cadáver.

Sus dedos buscaron frenéticamente su pulso, presionando contra la vena de su cuello. Luego en la muñeca.

—¡Adrian, por favor! —vociferó, y mierda si no me dolía verla así. No me gustaba verla alterada. Sí, el bastardo merecía la muerte, pero ella no merecía tal dolor. Se inclinó sobre él, sus labios presionando los suyos. Demonios, odiaba verla así. Mis manos se cerraron en puños y necesité todo mi control para no apartarla de él—. Por favor, por favor, por favor.

»Despierta —supliqué, tocándole cabeza. Sus lágrimas, mezcla de sangre y suciedad, manchaban su rostro—. Despierta.

Sacudió su cuerpo, aunque no había forma de despertarlo. Estaba muerto. Las palabras de mi padre pasaron por mi mente mientras el viento se levantaba.

«Los niños crecen y se convierten en hombres. Regresan a buscarte y, de repente, el cazador se convierte en la presa».

Tenía razón. Si hubiera dejado a mi padre hacer lo que necesitaba, Adrian nunca habría existido. Nos habría ahorrado toda esa mierda y a Tatiana su dolor.

Se inclinó y empezó a practicar la reanimación cardiopulmonar. Uno. Dos. Tres. Le dio respiración boca a boca. Uno. Dos. Tres.

—¡Respira! —clamó. Repitió el procedimiento. Una y otra vez.

Levantó los ojos y los recorrió desesperadamente. Frenéticamente.

—Por favor, ¡ayúdame! —gritó su súplica—. Por favor. Solo un respiro y entonces podré salvarlo.

Sollozó y le presionó el pecho con la palma de la mano, donde le habían disparado hacía unos minutos. Intentó detener la hemorragia. Era inútil, pero se negaba a rendirse.

—Adrian, por favor, despierta —murmuró, presionando su frente contra la de él—. Por favor, despierta. P-P-Por favor. Vuelve conmi-igo —titubeó con voz sofocada.

Fue en vano. El fuego del coche se expandía, pero cuando Tatiana levantó los ojos, no tenía nada que ver con el infierno que ardía en su mirada. Gritó, con la devastación vibrando a través de ella y viajando por el aire. Levantó las manos ensangrentadas y se agarró el cabello, ignorando su hombro herido.

Di un paso hacia ella, sin embargo, el odio de sus ojos me detuvo. Había rabia cruda y estaba dirigida a mí. A nosotros.

Se puso de pie. Su cuerpo estaba en mal estado. Los cortes, los moretones y quién sabe qué más, le habían hecho tambalearse. Acorté distancias y la sujeté por el codo. Se apartó de un tirón y sus pequeños puños se acercaron a mi pecho. Me golpeó. Luego me dio otro puñetazo. Sus pequeños puños empezaron a golpearme el torso. Una y otra vez.

—¡Tú lo mataste! —acusó, con lágrimas cayendo por su hermoso rostro golpeado—. Tú lo hiciste.

La agarré del antebrazo y la sacudí, tirando de ella hacia mí. No parecía inmutarse, su rabia alimentaba sus acciones y sus siguientes palabras. Sus puños se enroscaron en mi chaqueta.

—Te voy a matar por esto —juró con tanta calma que temí que lo dijera en serio. Su mirada nos recorrió a todos. Sus ojos estaban desenfocados. Parpadeaba con fuerza. Estaba perdiendo energía rápidamente—. Los voy a matar a todos por esto.

Su cuerpo se desplomó y la levanté. El fuego que rodeaba el vehículo se extendió.

—Tenemos que irnos —ordené—. El coche está a punto de estallar.

Todos corrimos hacia nuestros respectivos autos. El mío estaba estacionado justo al lado del de Marchetti, y cuando Boris abrió mi puerta, la voz de Marchetti me detuvo.

—¿Estás seguro de que es inteligente mantenerla con vida? —preguntó, su voz era relajada—. No dudo de que lo dijera en serio.

En ese mismo momento me di cuenta de que, aunque trabajara con Adrian en mi contra, yo la protegería.

La vida sin ella sería horrible.

Un cuerpo cálido se apretó contra mí, casi acurrucándose, y me sacó de los recuerdos. La observé, fijándome en sus delicados rasgos cuando dormía. Sus labios carnosos estaban relajados, y tenía una pequeña sonrisa casi como si estuviera feliz.

¿Era feliz?

Con Tatiana era difícil saberlo. Era una contradicción hasta lo más profundo de su ser. Fuerza y bondad. Rebelde y diplomática. Pretendía diseccionar cada centímetro de ella y comprender todo lo que la impulsaba.

Sus mejillas sonrojadas me tentaban. Me encantaba ver ese color contra la palidez de su piel. El aroma de las rosas se convirtió en una asociación permanente con ella. Ya no representaba traición. Ya no representaba a mi madre.

Solamente a Tatiana.

Desde la traición de mi madre, el niño se vio obligado a crecer y convertirse en un hombre. La verdad era que no estaba preparado, pero me quitaron la elección. Una cosa que tenía y que mi padre no, era la cabeza fría. Carecía de la irracionalidad y la impulsividad de mi padre.

Hasta Tatiana.

Mis ojos recorrieron sus suaves curvas. Mi hijo crecía en su vientre. Solo eso llevó mi oscura obsesión a la locura.

Tomé un mechón de su cabello entre mis dedos y lo aspiré como si fuera mi propio afrodisíaco. El aroma a rosas penetró en mis pulmones y se hizo un lugar permanente en ellos. Ella y nuestro hijo formarían parte de mí para siempre.

Nuestro hijo.

Dos simples palabras, pero que tenían el poder de reconstruirme y romperme. También había otra afirmación que me causaría lo mismo:

Escuchar a Tatiana pronunciar esas dos palabritas que hicieron rotar el mundo.

CAPÍTULO TRECE

TATIANA



Una luz brillante se filtró en la habitación, un rayo blanco que se reflejaba en la nieve me despertó de mi profundo sueño. Comprobé la hora en los dígitos rojos del reloj y me sorprendí al verla.

Once de la mañana.

Pero entonces recordé. Estaba en Rusia. Siempre me llevaba varios días adaptarme a la diferencia horaria. A diferencia de mis hermanos.

Rodé sobre mi espalda, con cada músculo de mi cuerpo adolorido, y busqué a Illias, nada más para encontrar una cama vacía. Las sábanas estaban frías. Suspiré ligeramente decepcionada, aunque apostarí a que mi esposo no era un hombre que se pasara medio día en la cama.

Suspirando, estiré las manos y estudié el techo. El mismo que la realeza estudió durante siglos. ¿Cuántos príncipes y princesas habían mirado el mismo techo?

La emoción se apoderó de mí. Estaba impaciente por explorar el castillo.

Salté de la cama y me dirigí a la ducha. Veinte minutos más tarde, estaba vestida con un sujetador y unas bragas de La Perla y un vestido de lana blanco. Me calcé unos *flats* negros de Chanel y salí de la habitación.

El castillo estaba tranquilo. El frío presente en el aire.

No importaba cuántas chimeneas prendidas tuvieran ni lo bueno que fuera el sistema de calefacción central, no había forma de calentar una casa rusa. Especialmente una de este tamaño. Lo había experimentado en nuestra propia casa en Siberia. Incluso en los hoteles rusos. Así eran las cosas.

Me dirigí por el pasillo, estudiando los cuadros. Aivazovsky. Repin. Malevich. Para terminar con Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, Monet...

Mi paso vaciló y mis ojos se abrieron de par en par. Un cuadro de tamaño diez por diez de un retrato familiar. Reconocí a los hermanos gemelos, ambos parecidos a su padre. Aunque fue la hermosa mujer la que captó mi interés. Cabello rubio. Tristes ojos verdes. La había visto antes. Con otra familia.

Era la misma mujer de la foto de Adrian que desenterré del estacionamiento. ¡Qué demonios! Quizá debería preguntarme cómo mierda era posible. Rebusqué en mi memoria, intentando recordar lo que sabía de la esposa del difunto *Pakhan*.

La respuesta fue nula. No encontré nada.

Me quedé mirando a la mujer, la conexión inesperada. Tendría que creer que esa mujer era la madre de Illias. Si no, ¿por qué el retrato familiar? Mierda, quizá la otra foto que me dejó Adrian no era de su familia, pero aquel hombre que estaba con ella era la viva imagen de él a excepción de los ojos.

Un grito ahogado salió de mis labios y me incliné hacia el cuadro. Los ojos de Adrián eran verdes, del mismo tono que los de esa mujer. Fruncí el ceño y me palpitaban las sienes. *P-podría ser...* Sacudí la cabeza. No podía ser. De ninguna maldita manera.

Apartando los pensamientos, me dirigí a la gran escalera, pero el cuadro nunca abandonó mi mente.

El olor a panecillos horneados entró en mis pulmones mientras empezaba a bajar las escaleras, sin dejar de pensar en esa extraña revelación.

Me rugió el estómago. Me moría de hambre y rogaba que Illias tuviera el suficiente sentido común para no hacer que su cocinero preparara platos tradicionales rusos. Normalmente llevaban carne y era algo que aún no podía digerir.

El sonido de las voces viajaba por el aire, distrayéndome de la comida. Desviándome hacia la izquierda, las voces se hacían más fuertes y más altas.

—¿Estás ciego, maldición? —La voz de Illias retumbó—. La *Yakuza* debe querer el poder. Amon podría ser la solución a todo esto. Si permites que Dante se case con esa chica, lo alejarás de las Espinas de *Omertà*. Perderemos su apoyo, Marchetti.

Fruncí el ceño. ¿Por qué Enrico Marchetti se preocuparía por la *Yakuza*? ¿O cualquier cosa relacionada con *Omertà*?

—Ya di mi aprobación. —Marchetti tenía que estar al teléfono—. Ya se fijó la fecha de la boda.

De ninguna manera. ¿Marchetti estaba involucrado en el bajo mundo? Bueno, eso fue... inesperado.

—¡A la mierda con eso, Enrico! —Estaba muy molesto por lo que parecía—. Que su otra hija tome su lugar.

—Quiere a Reina. Deberías haberme dicho antes que Amon tenía sus ojos puestos en ella. ¿Cómo demonios iba a saberlo?

—Joder, Marchetti. Pues termina con esto —exigió—. La *Yakuza* ha intentado acabar con nosotros demasiadas veces. Con ese chip, lo conseguirían. —El tono de Illias era grave y oscuro. Mortal—. Con Amon, lo lograrán.

¿Amon Leone? ¿Trabajaba para Illias? Realmente necesitaba la estructura de su organización. Era demasiado confusa.

—Lo hecho, hecho está. —Fue la respuesta de Marchetti—. Se acabó. —Por el tono igualmente oscuro de su voz, estaba claro que la conversación había terminado—. Hablando de bodas, estuvo bien pensado por tu parte casarte con Tatiana Nikolaev. Apuesto a que planeaste dejarla embarazada. Tatiana preñada te da ventaja con este último descubrimiento y sobre sus hermanos psicópatas.

Mi pecho se resquebrajó y un dolor insoportable me acuchilló. Una quemadura apareció en algún lugar profundo de mi corazón y se extendió hasta que no tuvo adónde ir. Hasta que abrasó los frágiles e invisibles hilos que habían empezado a tejerse entre nosotros y no dejó más que espinas.

Ventaja. Planeaba dejarme embarazada.

Las palabras resonaban en mi cerebro una y otra vez. Me utilizó. *Era una ventaja*. Me zumbaron los oídos, ahogando los latidos de mi corazón. La piel se me puso caliente y luego fría.

Me dolía el alma, pero no lloré. Me negué a llorar por un hijo de puta embustero y mentiroso.

«*Voy a asesinar a ese hijo de puta. Espera y verás*».

Todo lo que tenía que hacer era llamar a Sasha y él me ayudaría a derribar a Illias. *Pakhan* o no. Sin embargo, la idea de verlo muerto no me sentaba bien. Imaginar cómo la vida dejaba sus ojos envió un frío escalofrío por mis venas.

¡Diablos!

Tal vez alguna tortura. Tendría que pensar en algo bueno. Quizá le mordería el pene cuando se lo chupara. Me reí. Eso sí que sería divertido.

Un fuerte golpe vibró en el aire, despertándome de mi estupor.

—Hola, Tatiana. —Una voz alegre vino de detrás de mí al mismo tiempo y me giré para encontrar a Isla bajando las escaleras—. ¿Estás buscando el comedor?

«*No, estoy buscando una manera de matar a tu hermano traidor*». Afortunadamente, me guardé esas palabras para mí misma.

—En realidad, estaba pensando en dar una vuelta en coche. —Logré responder, ocultando todas mis emociones—. Tal vez comprar algo en la panadería cercana. ¿Quieres venir?

La mirada que me echó me dijo que le parecía una locura querer salir a conducir en la nieve cuando había pasteles perfectamente buenos en el castillo.

—Claro. —Su respuesta me sorprendió, pero no lo demostré.

—Entonces, indícame el camino hacia el garaje.

Caminamos en silencio. Ambas agarramos un abrigo y continuamos por el pasillo. Parecía que habíamos caminado kilómetros, con muchas vueltas y revueltas, aunque solo eran unos pasos. Estaba desesperada por acallar las palabras que había escuchado. Se repetían una y otra vez en mi cabeza, pero no se me ocurría ni una sola pregunta que hacerle a Isla para distraerme.

—¿Qué tal tu primera noche aquí? —indagó Isla mientras caminábamos por el pasillo. Mis ojos se posaron en ella. Parecía aún más joven con unos *jeans* y un *jersey* esmeralda de gran tamaño que hacía que sus ojos resaltaran aún más.

—Estuvo bien, gracias. —La miré de reojo. Su sonrisa era suave, aunque había una fuerza silenciosa en ella. Sin embargo, mi mente me susurraba que no me acercara demasiado. Su hermano me manipulaba. *Ventaja*. Esa maldita palabra—. ¿Vives aquí?

Se rio entre dientes.

—Dios, no. Hace mucho frío en Rusia durante los meses de invierno y esos meses son jodidamente largos. Divido la mayor parte del tiempo entre París, Londres y California.

Fue una lástima. Me caía bien. Tenía una calidez que me recordaba a mi mejor amiga. Isabella era tan cariñosa y atenta, pero debajo de todo eso, había una fuerza silenciosa que era difícil no notar.

—¿No te interesa Rusia? —curioseó Isla. Aún no sabía qué pensar de mí, y no podía culparla. Probablemente nunca había oído hablar de mí y de repente... era su cuñada.

Aunque no por mucho tiempo.

Me encogí de hombros, atenta a todas las vueltas para saber cómo salir del castillo.

—Nací aquí, pero me crié en New Orleans. Prefiero quedarme allí. Es mi hogar.

Ella asintió.

—¿Illias y tú se conocen desde hace tiempo?

—Depende de lo que consideres mucho tiempo —comenté—. Nos cruzamos hace muchos años. —Se hizo el silencio mientras recordaba aquel fugaz momento en California en el que almorcé con mi hermano. Él y su hermano se marcharon minutos después—. No me dejó ninguna impresión.

Era mentira. Sí, lo había olvidado, mas recordaba aquel primer momento en que clavé mis ojos en los suyos. Su mirada penetró en la mía durante unos segundos, llenos de una intensa oscuridad.

Isla se rio entre dientes.

—Sin embargo, aquí estás.

—Sin embargo, aquí estoy —coincidí. Mierda, mi voz sonaba un poco amarga—. Tu hermano es persistente.

—Así es. —Aceptó—. Aunque me sorprende que haya tardado años en cautivarte. Normalmente las mujeres caen rendidas a sus pies.

Me vino un recuerdo. Mis pasos se detuvieron y mis cejas se fruncieron mientras la confusión me invadía. Era el recuerdo de Adrian. Mi primera vez con mi difunto esposo.

Pero, ¿por qué pensaba en ello y lo asociaba con Illias?

Adrian desapareció por la entrada agarrando a los gemelos por el cuello. Frustrada, garabateé una nota en un trozo de servilleta y se la entregué al camarero.

—¿Puede darle esta nota al caballero cuando entre por la puerta?

Me di la vuelta y salí por la puerta del patio hacia la pérgola que había en el otro extremo de la propiedad, con vistas al río Patapsco.

Era mi último año de universidad. Si no conseguía un hombre en ese momento, nunca lo haría. Apreciaba a mis hermanos, pero gruñían cuando un chico me miraba, por no hablar de otra cosa. Los espantaban a todos.

Así que exigí lo que quería. Lo que necesitaba. Nunca había sido tímida y sabía que Adrian podía darme lo que me había faltado toda la vida.

Decidí aprovechar el momento. Debería sentirme mal porque los gemelos se metieran en líos, pero la verdad era que no eran mi tipo. Y dejar que me besaran los dos a la vez no me había hecho mucho efecto. Debí haberme excitado más allá de mis sueños más salvajes, sin embargo, encontré mis bragas secas.

Adrian probablemente seguía ocupado maltratando a los gemelos, pero esperaba que viera el mensaje.

Pronto.

Seguí dando vueltas, impaciente por que empezara la velada. Unas fuertes pisadas sonaron detrás de mí y me detuve. Me quedé mirando la única parte cerrada de la pérgola, con el corazón desbocado. Mis pezones se tensaron. Mis muslos se apretaron y la excitación me recorrió por dentro. Dios, ni siquiera me había tocado y ya estaba empapada.

Una mano se posó sobre mi hombro desnudo e intenté darme la vuelta cuando su otra mano me rodeó la cintura y me empujó hacia la pared.

—Te haré gemir. Sigue mis reglas.

Un escalofrío brotó bajo mi piel, caliente por su contacto. Su cuerpo duro me presionaba la espalda y su aliento caliente me rozaba la oreja.

—¿Estás de acuerdo? —Su voz tenía acento y era oscura y pesada. Nunca había escuchado el ruso de Adrian tan prominente.

—Sí. —Cualquiera en su sano juicio consentiría una voz tan sensual y seductora. Ya me estaba atando las manos con algo suave.

Su olor me envolvió. Debía de haber cambiado de perfume porque su olor a cuero había sido sustituido por el de un perfume único, probablemente personalizado. Olía a cítricos mezclados con especias y sándalo.

Era como si tuviera un afrodisíaco. Aumentó mi deseo y empapó mis bragas con mi excitación. Su mano en mi cintura agarró la falda de mi vestido y tiró de ella hacia arriba. Se me puso la piel de gallina cuando el aire frío tocó mi piel. Mi tanga dejaba poco a la imaginación.

Su gemido vibró contra mi espalda mientras sus dedos me acariciaban el trasero y lo apretaban con fuerza. Su tacto era dominante y seguro. Se sentía tan bien.

Sentí sus labios contra la curva de mi cuello, marcándome. Giré la cabeza para verle la cara, pero él me rodeó el cuello con una mano y apretó su pecho contra mi espalda. Su olor me inundó y su longitud me presionó la espalda. Si eso era un indicio de su tamaño, era grande.

Respiraba entrecortadamente. Gemí y me quejé. Me soltó la garganta, me agarró el cabello con los dedos y me obligó a inclinarme unos centímetros.

—Ábrete para mí, moya luna.

Apenas terminó la frase, separé las piernas para él. Con impaciencia.

—¡Por favor! —gemí.

Me soltó el cabello y su mano se deslizó entre mis muslos.

—Tan mojada —gruñó, provocándome un escalofrío en la espalda.

De un solo movimiento, me arrancó la tanga de las caderas y luego pasó el dedo por mi coño empapado. Cuando sus dedos rozaron mi clítoris, sentí un violento escalofrío.

—Ahhhh. —Apenas habíamos empezado y yo estaba a punto de desmoronarme. Su tacto experto seguía provocándome con lentos círculos sobre mi clítoris antes de hundir un grueso dedo en mi interior—. ¡Por favor! ¡¡Más!! —Exhalé con voz desesperada.

—¿Me quieres dentro de ti? —exigió saber con un gruñido.

—Sí —gemí—. Te necesito dentro de mí. Por favor.

Su gruñido de satisfacción vibró contra el lóbulo de mi oreja mientras seguía metiéndome el dedo, acariciándome el clítoris a la par que su dedo entraba y salía de mí. El inminente orgasmo no hizo más que avivar el fuego en mi interior.

Retiró la mano mientras mi cuerpo seguía estremeciéndose, pero solo durante un segundo. El ruido del envoltorio llegó a mis oídos cuando abrió un condón. Con la falda aún ceñida a la cintura, colocó la punta de su pene en mi caliente entrada. De un solo empujón se lanzó hacia delante y me penetró hasta el fondo.

Un grito me desgarró. Mi virginidad desapareció.

Respiré entrecortadamente mientras me estiraba, y el dolor se apoderó de mi placer.

—¡Joder! —gruñó.

—No te atrevas a parar —siseé. Pude notar su sorpresa en la forma en que se tensó—. Haz que se sienta bien.

—Tus deseos son órdenes —respondió con voz ronca.

Lentamente, se retiró para volver a introducirse. Al principio se movía despacio, dejando que me adaptara a su tamaño. Mis paredes se apretaron alrededor de su longitud, absorbiéndolo con avidez. Quería más de él. Quería su deseo desatado. Con cada embestida, mis gemidos se hacían más fuertes. Me soltó la cintura y me tapó la boca con la mano. Me folló con fuerza y rapidez. Cada embestida le permitía penetrarme más profundamente. Un grito brotó de mis labios y lo ahogué mordiéndole la mano, clavándole los dientes en la palma.

Sus dientes rasparon la suave piel de mi cuello y luego succionaron para aliviar el escozor. El dolor y el placer se mezclaron, difuminando las líneas y ya no supe dónde acababa uno y empezaba el otro. El orgasmo me sacudió como una avalancha, pero él no dejó de follarme. Siguió penetrándome durante el orgasmo y mis gritos se convirtieron en alaridos mientras me

cogía con más fuerza y más profundamente.

Mis músculos internos se cerraron alrededor de su gruesa polla y él se estremeció con un gruñido, encontrando su propia liberación. Era increíble. A la mierda la virginidad y a la mierda todo. Quería casarme con ese hombre y tener sexo así el resto de mi vida.

—Mía. —afirmó, con voz ronca—. Siempre serás mía.

Palabras sencillas. Simple afirmación. Simple verdad.

Siempre quise ser suya. Me apoyé en la pared con las piernas ligeramente inestables, mientras él se salía de mí. Tardé unos minutos en recomponerme, pero cuando me giré, se había ido.

—Tatiana, ¿estás bien? —La voz de Isla me alejó mientras el recuerdo bailaba ante mí y algo me daba un codazo en el fondo de la mente. Un pensamiento que no podía comprender—. ¿Tatiana?

Isla me estrechó ligeramente la mano, apretándome los dedos.

Parpadeé, captando su mirada preocupada. Forcé una sonrisa en mis labios, no quería asustarla.

—Sí, estoy bien —aseguré—. Lo siento. Acabo de recordar algo que me tomó por sorpresa.

Su mirada me estudió y, de repente, supe que esta chica veía y sabía más de lo que su hermano mayor le atribuía. La cuestión era cuánto más.

Dimos la última vuelta y llegamos al final del pasillo e Isla pulsó un botón.

—¿Un elevador? —pregunté incrédula.

Puso los ojos en blanco.

—Lo sé. Como si no tuviera suficiente espacio para hacer un garaje. Insistió en el estacionamiento subterráneo.

Lo que Illias quiere, Illias lo consigue. Aparentemente.

La puerta del elevador se abrió y ambas entramos en él. Pulsó otro botón y rápidamente nos llevaron dos pisos más abajo. Las puertas se abrieron y las dos salimos. Sacudí la cabeza. Todos los hombres del bajo mundo tenían un rasgo común.

A todos les encantaban sus estúpidos coches.

Filas e hileras de vehículos aparcados. Maserati. Range Rover. Land Rover Defender. Mercedes G-Benz. Bugatti.

—¿Se da cuenta de que la nieve y los vehículos deportivos no van juntos? —murmuré.

—Tiene uno de estos en cada continente —refunfuñó Isla. Al parecer, a ella tampoco le gustaba. Me llevó al Land Rover—. Este tiene ventanas a prueba de balas

—comentó.

—Bueno, supongo que estaremos a salvo comprando pasteles —repliqué secamente.

Justo cuando llegamos al vehículo y mi mano se posó en la manilla, una voz nos sobresaltó a los dos.

—¿A dónde van?

La interrogante nos hizo volvernos a los dos. Dos guardias estaban apoyados en la pared del otro lado. Mis ojos se movieron alrededor, preguntándome de dónde habían salido.

—Ahí está el ascensor que lleva al otro lado de la casa —explicó Isla en voz baja—. ¡Vamos a recoger algo y volvemos enseguida! —gritó a los guardias.

Ambos guardias se apartaron de la pared y se acercaron a nosotras. Los estudié, sorprendida al ver que parecían de ascendencia asiática, quizá mongoles. No podía distinguirlos. De algún modo, me pareció sorprendente. Hasta ese momento, solo había visto hombres rusos rodeando a Illias.

—El jefe dijo que lo esperaran —informó uno de ellos. Un cigarrillo colgaba de su boca y se movía mientras hablaba—. Nadie debe ir a ninguna parte sin él.

Observé el cigarrillo moverse arriba y abajo, sus ojos viajando sobre mí. Luego hizo lo mismo con Isla. Ella se removió incómoda, mirándome mientras el guardia seguía observándola lascivamente. No me gustaba.

Entornando los ojos hacia él, tomé la mano de Isla y la empujé detrás de mí.

—No somos cualquiera. No necesitamos que tu jefe dicte lo que hacemos —siseé con frialdad. Luego, como no pude resistirme, añadí—: No olvides que somos el jefe de tu jefe. Y más vale que tengas cuidado o perderás los ojos.

Hizo una mueca, luego avanzó más, cada paso lo acercaba más a nosotras. Al parecer, la tarjeta de jefe no pareció impresionarle.

—¿Quién es este imbécil? —reviré en voz baja.

—Nunca lo había visto antes —murmuró Isla—. Normalmente nunca son tan groseros.

Bloqueando la vista de Isla con mi cuerpo, mantuve mis ojos en él. Podía con él. Era delgado, tan alto como yo. Pómulos altos. Una cicatriz en la mejilla izquierda. Cabello oscuro como la medianoche. Pero sus ojos me desconcertaban. Eran azules.

A cada paso que se acercaba a nosotras, notaba que había algo raro en él.

—Vamos a llevarte con el jefe —ordenó, agarrándome del codo. Sus dedos se clavaron en mi piel hasta lastimarme. La expresión de su cara era asesina. Como si me culpaba de algo y yo no supiera de qué.

—No puedes tocarla —lo reprendió Isla, intentando maniobrar a mi alrededor y ponerse delante de mí. Le cerré el paso. El otro guardia murmuró algo en voz baja, pero no entendí el idioma. Casi parecía... ¿Japonés? No, no podía ser.

—Muévete —gruñó el imbécil, empujándome. Intenté devolverle el empujón. Sin éxito. Dios, podría ser delgado, pero era fuerte. Todo músculos. Definitivamente, su aspecto engañaba.

—¡Suéltame! —bramé, intentando zafarme de su agarre.

—¿O qué? —se burló.

Estaba a punto de abrir la boca cuando una voz azotó el aire.

—¡Quítale las manos de encima a mi esposa! —La dureza y el frío tenor de la voz de Illias me provocaron un escalofrío. Se me puso la piel de gallina. Mis ojos parpadearon sobre él, pero mantuvo la mirada fija en los dos guardias—. Si tengo que repetirlo, tu muerte será muy larga y dolorosa.

Los dos guardias compartieron una mirada y actué por instinto. Uno se lanzó hacia Isla, el otro ya me tenía agarrada. Empujé a Isla y ella se apartó a trompicones, con los ojos desorbitados de horror de que yo hiciera algo así. El guardia que fue tras ella no la atrapó.

Sin embargo, le dio a Illias tiempo suficiente para actuar. *Bang*.

Lo siguiente sucedió muy rápido, pero mi cerebro lo procesó en cámara lenta. El grito de Isla llenó el estacionamiento. El guardia cayó al suelo con un gruñido y la sangre se desparramó a su alrededor. Estaba herido, no muerto. El otro guardia me acercó a su cuerpo mientras luchaba contra él, con el pecho pegado a mi espalda y la pistola en mi sien.

Llegaron más guardias. El arma de Illias apuntaba al hombre que me tenía como rehén. Él dio un paso adelante, mi captor dio uno atrás.

—No saldrás vivo de esto. —Las palabras de Illias eran más frías que la temperatura exterior. Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas, amenazando con romperlas. Mis manos cubrieron mi bajo vientre instintivamente, preocupada por el bebé que apenas había cumplido unos meses de vida dentro de mí.

Mi marido no me miró. Sus ojos oscuros estaban fijos en el hombre que estaba detrás de mí. Su rostro era una máscara brutal y fría que nunca antes había visto. Ese era el *Pakhan* que los hombres temían. Era de quien Vasili me había advertido, pero nunca había visto esa faceta suya.

No hasta ese instante.

Me quedé tiesa esperando una señal. Cualquiera. No había ninguna posibilidad en el infierno de que no quedara atrapada en el fuego cruzado si Illias y el idiota detrás de mí empezaban a disparar.

Así que tomé cartas en el asunto.

Primero recé una oración, aunque no era especialmente religiosa. No hacía daño recibir un poco de ayuda extra de arriba. Sasha me había enseñado defensa personal desde que era pequeña. Por supuesto, la última vez que la usé contra el tipo de la *Yakuza* en el callejón, no funcionó tan bien, pero solo necesitaba una pequeña ventana e Illias se encargaría del resto.

Observando a mi marido, intenté transmitirle un mensaje sin palabras. Parpadeé y me tragué el nudo que tenía en la garganta con un movimiento de cabeza apenas perceptible. Relajé el cuerpo y mantuve la respiración uniforme. Necesitaba golpearle las costillas con suficiente fuerza y su agarre sobre mí se aflojaría lo suficiente para que pudiera alejarme de él. Respiré hondo. Exhalé.

Con todas mis fuerzas, le di un codazo en el costado de las costillas y luego me arrodillé en el suelo, protegiéndome el estómago con las rodillas y tapándome los oídos y apretando los ojos.

Bang. Bang.

Dos disparos. Un líquido caliente me salpicó la cara. Mantuve los ojos cerrados, rígida en mi posición. Asustada de moverme.

—*Moya luna.* —Esa voz profunda y familiar estaba cerca. Sentí un par de manos cálidas en mi cara—. Abre los ojos.

Lo hice, el mundo parecía rojo, así que parpadeé. Una gota de sangre resbaló por mis pestañas y se deslizó por mi mejilla. De pronto pensé, si quizá nuestra historia no hubiera empezado con sangre. Tal vez tampoco acabaría así.

Me sostuvo el rostro entre sus manos, con la preocupación grabada en su hermoso rostro de granito. Ya no sabía cuál lado era el verdadero. El que hacía que mi cuerpo se desmoronara por las noches. El que me salvó, dos veces ya. El que miraba al enemigo a los ojos. ¿O el que me utilizó como ventaja?

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —aseguré, separándome de él y poniéndome en pie. No podía mirarlo. Todavía no. No después de oír esas palabras entre él y Marchetti. No después de lo que acababa de ocurrir. Me trajo a Rusia para mantenerme a salvo y tenía enemigos en su propia casa.

¿Cómo iba a protegernos a mí y a nuestro hijo si no podía confiar en sus guardias?

Por mal que sonara, no me importaba que le hubiera disparado a alguien. En nuestro mundo, era matar o morir. A Isabella no le gustaba. A mí sí. Sin embargo, ser usada y manipulada no era de mi agrado.

Me alisé el vestido, manchándome las manos con la sangre que había en él. Mi vestido blanco de lana tenía sangre salpicada por todas partes. Mi respiración era agitada, pero extrañamente mi mente estaba en calma o tal vez fue el *shock*.

Mis ojos se desviaron hacia Isla, que estaba a metro y medio con dos hombres a su lado. Su rostro estaba pálido y su mirada ligeramente frenética.

—¿Parece que no iremos por pasteles hoy? —agregué, mi voz extraña a mis propios oídos.

Isla tragó saliva y asintió. Eché un vistazo a los dos hombres que estaban en el suelo y me

acerqué a mi cuñada sin volver a mirar a mi esposo.

Sabía lo que haría a continuación. Después de todo, no era tan impredecible.

CAPÍTULO CATORCE

KONSTANTIN



A puntó con un arma a la cabeza de mi mujer.

Era lo único en lo que podía pensar mientras el médico curaba al intruso que no había muerto. No trabajaban para mí. Conocía a cada uno de mis hombres, y estos dos no eran de los míos. Lo que me llevó a la única conclusión a la que podía llegar.

Tenía un traidor entre mis filas.

Mis nudillos estaban magullados y sangraban. No sentí dolor. Quizá fuera la adrenalina que corría por mis venas. O quizás estaba tan jodidamente entumecido por darme cuenta de que podía haberla perdido.

Un puto día después de casarme con ella.

Me remangué, ocultando las manchas de sangre de mi camisa.

—Eres un desastre y me estás manchando de sangre —espeté fríamente mientras me hervían las entrañas—. Ahora, quiero saber quién te dejó entrar y cuál era tu plan.

Un tipo ya estaba muerto, pero el que apuntó el arma a la sien de Tatiana tuvo el honor de que le prolongara la vida. Haría que se arrepintiera de haber puesto un pie cerca de un Konstantin.

Cada vez que imaginaba su pistola contra su cabeza y las manos de Tatiana cubriéndose el bajo vientre, protegiendo a nuestro bebé, la rabia me invadía. Tenía que castigarlo más. Así que volví a pegarle. Y otra vez. Y otra vez.

Boris y Nikita estaban detrás de mí, apoyados contra la pared. Sabían que este era un castigo que yo debía ejecutar.

—¿Quién te ha dejado entrar?

Me miró fijamente, con expresión furiosa bajo la sangre y los moretones. Estaba atado a una silla, con los brazos y las piernas amarrados con una cuerda. Debajo de mi estacionamiento, tenía un lugar especial para los que intentaban hacer daño a mi familia. Hacía mucho tiempo que no se utilizaba, pues nadie se atrevía a hacerlo.

—Por última vez, ¿quién te dejó entrar? —gruñí.

La sangre caía sobre el suelo de cemento en un goteo constante. Había mucha, arruinando mi traje y mis zapatos. Isla se aterrorizaría al verme en ese estado, pero Tatiana probablemente ni se inmutaría.

Estaba tan orgulloso de ella. La forma en que protegió a Isla. La manera en que luchó contra ese bastardo para darme la oportunidad de dispararle. Mientras ese imbécil le apuntaba a la

cabeza, no podía apretar el gatillo. Tenía una puntería excelente, pero saber que con un solo movimiento podría darle a ella me hizo sentir un frío terror en la sangre.

—Nunca lo diré. —El tipo escupió una bocanada de líquido rojo oscuro. Lo investigué. Ninguna identidad. Pero sus tatuajes me dijeron mucho. Era parte de la *Yakuza*. Pronto, sería uno muerto.

Estaba harto de que esos cabrones fueran por Tatiana.

—Te creo, ¿sabes? —respondí. Sonreí y volví a golpearlo—. Nadie, siendo mis guardias o no, tiene permitido tocar a mi familia. ¡Jamás!

Nikita y Boris asintieron. Se asegurarían de que todos recibieran el mensaje, fuerte y claro.

Su cabeza cayó hacia atrás y un aullido de dolor llenó el aire. El olor a cobre y sudor flotaba en el lugar. Llevaba horas así y el idiota se negaba a ceder. Tenía ganas de ir a ver cómo estaban Tatiana y mi hermana. El médico estaba en el castillo para examinarla y asegurarse de que el bebé estuviera bien.

Por supuesto, la testaruda mujer se negó a verlo y le cerró la puerta en las narices.

—¿Sabes lo que le pasa a la gente que le hace daño a mi familia? —exclamé, mientras un tsunami de rabia se apoderaba de mí. La ira era fresca y ardía como un puto infierno—. Les envió de vuelta sus cabezas a sus amos.

Sus ojos se abrieron de par en par y, un segundo después, un aullido de agonía surcó el aire.

La tortura medieval no tenía nada que envidiarle a mi ira.

—Ya te lo he dicho, no necesito un médico. Dile a Konstantin que puede hacer que un médico le revise su maldito trasero.

La voz de Tatiana se oyó claramente después de que llamara a la puerta de nuestro dormitorio. Se encerró. Me había duchado en una habitación disponible y me había puesto ropa limpia para asegurarme de no alarmar a ninguna de las dos mujeres con la cantidad de sangre que empapaba mi ropa.

Aunque por el tono de Tatiana, en ese momento no me quería ver ni en pintura.

Me aclaré la garganta.

—Hazlo por mí entonces, *moya luna*.

Siguió el silencio. *Clic*. La puerta se desbloqueó, empujé el picaporte. Casi esperaba que me recibiera un estallido. Sin embargo, no hubo nada. Solamente silencio. Miré por encima del hombro a mi médico, que me observaba con recelo.

—Dame un minuto —le pedí. Asintió, casi con cara de alivio.

Entré y encontré a Isla en sala, ella y Tatiana en el sofá, acurrucadas. Mi mujer abrazaba a Isla, murmurando algo que no pude escuchar, pero ninguna de las dos se molestó en mirarme.

En la mesita que tenían delante había bandejas de fruta, verdura y panecillos, a medio comer, lo que era buena señal de que Tatiana estaba comiendo. El silencio se prolongó, pesado y espeso, hasta que ambas me prestaron por fin atención.

Sin saber quién sería más fácil de manejar en ese momento, empecé con Tatiana. Fue un error.

—Supongo que se lo dijiste a Isla.

Sus ojos se encontraron con los míos, con rabia y algo más que no supe leer.

—¿Por qué iba a hacerlo y facilitarte las cosas? —reviró.

Sí, definitivamente habría sido más fácil empezar con Isla. La mirada de mi hermana también

se enfocó hacia mí.

—Y me ocultaste que voy a ser tía —me acusó.

Diablos, si las dos se confabulaban contra mí, nunca ganaría.

—Vas a ser tía —dije.

—¡Ahora lo sé! —Nunca había visto a mi hermana furiosa—. Y sé que no eres un hombre de negocios normal. —Así que Tatiana le había contado algo. Antes de que pudiera decir nada, Isla continuó—: Y no, ella no me lo dijo. Lo sospeché durante años. Quiero decir, ¿quién tiene guardias armados rodeando su casa? O siguiéndolos en todo momento. La única vez que tuve libertad fue en el internado y en la universidad.

Suspiré, sintiéndome cansado de repente. Quizá debería haberme dejado la ropa ensangrentada puesta para que mi hermana viera exactamente quién era. Un asesino. Un criminal.

Eso no significaba que dejaría de hacerlo.

—No lo entiendo —musitó Isla—. La ropa que llevas. La forma en que te comportas. Es como si fueras un hombre de negocios normal y luego... *Bang*. Matas a una persona sin pensarlo dos veces.

—Así es —afirmé—. Y lo volvería a hacer. Si se trata de ellos o de mi familia, los mataría a todos sin pensarlo dos veces.

Isla negó con la cabeza.

—Realmente no sé qué pensar de todo esto, hermano. Negocios ilegales. Chantaje. Me has dejado a oscuras y no sé cómo procesarlo todo. Necesito tiempo.

Y con eso, Isla besó a Tatiana en la mejilla y se levantó. El corazón se me apretó en el pecho. Siempre había tenido la sensación de que algún día sucedería eso. Y si se enteraba de que había matado a su madre, Isla me odiaría aún más.

Pasó junto a mí, pero se detuvo justo cuando puso la mano en la manija de la puerta y miró por encima del hombro.

—Te sigo queriendo, hermano —añadió, sus ojos se suavizaron, y fue como si me hubieran quitado una pesada roca del pecho. Podía ser mi hermana, pero yo la había criado. Era parte de mí, como lo sería mi futuro hijo—. Pase lo que pase.

—Y yo a ti, *Sestra*. —Asintió, las esmeraldas verdes brillando contra su tez pálida. Era un día estresante. Para los dos—. Por favor, dile al médico que venga.

Los ojos de Isla se desviaron hacia Tatiana, pidiéndole permiso, y esta asintió escuetamente. Solté un suspiro sarcástico. Ya podía intuir que las dos se me echarían encima, pero estaba preparado para ello. Mientras las tuviera en mi vida, estaba dispuesto a cualquier desafío.

Los ojos de mi mujer por fin se encontraron con los míos. Las estrellas que juré devolverle a los ojos hace meses estaban allí, pero más apagadas. También había algo más. *Aversión*. No creía que tuviera nada que ver con lo que había pasado en el estacionamiento. Tatiana había visto y oído muchas historias en las que los Nikolaev derramaban sangre.

—¿Qué te preocupa? —pregunté. El destello de su mirada podía encender una llama por sí sola. Estaba encabronada—. ¿No me digas que es por el médico? —Sus labios se afinaron—. No eres de las que se guardan las cosas —musité, dando un paso más hacia ella. Necesitaba el aroma de las rosas para asegurarme de que estaba allí y a salvo. Que era mía—. Suéltalo, *moya luna*. Será mejor que lo discutamos y lo resolvamos porque tengo la intención de estar dentro de tu apretado coño más tarde.

Puso los ojos en blanco.

—Eres un imbécil.

Me arrodillé y tomé su barbilla entre mis dedos. Ya no tenía sangre en su cara y se había puesto otro vestido. Esta vez negro.

—Cuidado. —Me incliné más hacia ella, mi boca a un centímetro de sus labios—. Tu boca me la pone dura. —Incliné la cabeza, pensativo—. A menos que quieras que te coja ahora.

No lo haría. No hasta que el médico la examinara y se asegurara de que ella y el bebé estaban bien.

La puerta se abrió detrás de mí y me puse en pie. Confiaba en mi médico, pero nunca le daba la espalda a alguien para que me clavara un puñal.

—Señor Konstantin. Señora Konstantin —nos saludó con respeto.

Tatiana se levantó rígida, con las manos detrás y estudió al médico.

—Tengo un médico en casa —le informó—. Dejaré que me revise una vez porque este tipo... —Inclinó la barbilla hacia mí—... es insoportable, pero no se repetirá. ¿Entendido?

Los ojos amables y sabios del doctor me miraron sorprendido. Estaba demasiado cansado para discutir, así que me limité a asentir. Solamente llevábamos un día casados y ya se sentía como si lleváramos años.

—Muy bien —contestó. La verdad era que habría preferido que la revisara una doctora, pero no tenía en nómina a ninguna de confianza. Así que, allí estábamos, un hombre tocaría a mi mujer. Al menos era viejo.

El médico recorrió la habitación con la mirada y, cuando vio la cama, le indicó que se recostara en ella. Se quitó las zapatillas y se dirigió al lecho. Yo la seguí. Ni loco dejaría que la viera un médico de sesenta años sin que yo estuviera presente.

Se tumbó y miró al doctor.

—¿Y ahora qué?

—Primero vamos a escuchar el corazón del bebé. —Empezó a explicar el médico, sosteniendo la mirada de Tatiana—. Nada invasivo.

Ella asintió.

—Manos a la obra.

CAPÍTULO QUINCE

TATIANA



La mirada de Illias me quemaba.

Tomó mi mano entre las suyas, supuse que era su forma de consolarme, no obstante, yo seguía enojada, en parte porque alguien acababa de intentar matarme. Pero, por sobre todo, porque parecía que mi marido me había utilizado. No estaba segura de quererlo cerca de mí en ese momento, mucho menos tocándome.

Me molestó muchísimo que mi pecho aún se calentara ante su muestra de apoyo. Algo estaba muy mal aquí. Un pequeño toque inocente y ya estaba flojita y cooperando. ¿Dónde estaba la mujer empoderada?

En mi vagina, ahí estaba.

Pero que me maldijeran si dejaba que Illias se saliera con la suya manipulándome. Iba a tener que domar mi corazón, aunque fuera lo último que hiciera. No me dejaría utilizar por nadie, ¡y menos por un hombre que me había dejado embarazada a propósito para tomar *ventaja*!

El médico abrió su bolsa negra y se puso un par de guantes de látex. Tomó sus instrumentos y empezó el examen.

La verdad era que quería volver a escuchar el corazón del bebé. No me importaría escucharlo todos los días. Después de estar finalmente embarazada, era difícil mantener a raya la paranoia. Si Konstantin me había dejado embarazada a propósito, ni siquiera podía decir que lo odiaba. Para nada.

Un bebé para mí era todo lo que siempre quise.

Al menos él pudo haber sido sincero al respecto.

El médico me pidió que me bajara la parte superior del vestido para poder comprobar mis latidos antes que los del bebé. Un gruñido vibró en la habitación. Era de Illias. Me llenó de satisfacción saber que no le hacía ninguna gracia. Me di la vuelta y le di la espalda al médico, sonriendo con suficiencia.

—¿Le importaría bajarme la cremallera del vestido? —pregunté dulcemente.

El pobre doctor palideció un poco incluso antes de que otro gruñido vibrara contra las paredes. Parecía que me había casado con un lobo, no con un hombre.

—Yo lo haré —rugió Illias, advirtiéndole con la mirada al doctor si intentaba siquiera tocarme la cremallera.

Parpadeé inocentemente mientras una parte de mí disfrutaba hacer sufrir a mi esposa. Al menos un poco. Parecía que no era de los que comparten, independientemente de la razón por la que se casó conmigo.

El sonido de la cremallera substituyó al gruñido.

El médico me auscultó, me tomó la presión y me sacó sangre. Y durante todo ese tiempo, las manos de Illias no se separaron de mí.

—Wow, nunca me habían tocado dos hombres a la vez —comenté despreocupadamente, manteniendo un tono ligero. Sabía que era mentira, pero Illias no necesitaba enterarse. Al fin y al cabo, dos hombres me besaron la noche en que Adrian me quitó la virginidad.

Sonó un siseo e Illias me acercó a él con una expresión asesina dirigida al pobre médico viejito. Las manos del doctor abandonaron inmediatamente mi piel y nos dio la espalda, rebuscando algo en su bolsa. Casi sentí lástima por él. No debería utilizarlo para vengarme del hijo de puta que me obligó a casarme con él.

—¿Y los gemelos de la fiesta que fueron expulsados? —inquirió Illias. Fruncí el ceño, preguntándome cómo demonios podía saber eso, no obstante, la voz del doctor ahuyentó todos los pensamientos de mi mente con sus siguientes palabras.

—Ahora escucharemos los latidos del bebé —anunció, con mano firme, aunque con voz temblorosa. Suspiré. No podía hacerle eso al pobre médico.

Agarró una cajita con un pequeño micrófono. Le entregó un tubo de gel a Illias.

—¿Podría poner eso en el bajo vientre de su esposa? —le preguntó.

Illias se lo arrebató de la mano y me subió el vestido para verme con unas *panties* rojas de encaje.

—¿Por qué llevas unas bragas tan reveladoras? —refunfuñó.

¡Oh, no lo hizo! No había nada menos revelador en las opciones que me compró.

—Lo siento, olvidé mis calzones de abuelita en casa —repliqué, secamente, levantándome para apoyarme en los codos y poder mirarlo mejor. Necesitaba que viera mi ira—. ¿Sabes?, no tuve oportunidad de empacar dado que me secuestraste, justo a la salida de la recepción de la boda de mi hermano.

—Te salvé el pellejo —reviró.

—¡Y luego me secuestraste! —espeté, fulminándolo con la mirada.

El médico se aclaró la garganta.

—E-el g-gel en su vientre —tartamudeó.

Volví a acostarme en la cama, sabiendo que probablemente el médico me veía como una mocosa, pero, en ese momento, no podía importarme menos. Tal vez lo fuera. Tal vez mis hermanos habían consentido mis caprichos con demasiada frecuencia en mi vida. O tal vez mi esposo era simplemente un cabrón. Elegía la segunda opción.

Illias retiró la parte superior del tubo y extendió una generosa cantidad del gel frío sobre mi vientre. Con sus dedos firmes y ásperos, frotó el espeso líquido frío sobre mi piel, me las arreglé para no responder a la sensación de sus dedos sobre mí. Era una mujer molesta y toda esa mierda.

Un carraspeo me despejó la cabeza de las múltiples formas en las que estaba pensando cómo matar a mi marido y volver a casa... sola.

—¿Puedo? —inquirió el médico, pero no me hablaba a mí. Le pedía permiso a Illias, con los ojos clavados en él, reflejando un poco de miedo. Debería preguntarme a mí, no a ese neandertal. Al fin y al cabo, era mi cuerpo. Los hombres, en general, empezaban a molestarme de verdad.

No importaba que quisiera a este hombre. A mi marido. Por qué razón, no tenía ni una maldita idea, pero mi cuerpo lo quería dentro de mí, encima de mí, detrás de mí. Sobre mí, aún más que eso, quería que fuéramos una pareja. Quería confiar en él y que él confiara en mí. No era en absoluto una flor frágil ni una mujer inocente. Me había criado con mis hermanos, sabía lo que tenían que hacer, aunque se guardaban los detalles escabrosos, y lo que habían hecho para mantenernos protegidos. No por eso los respetaba menos, ni los quería más.

Illias apretó la mandíbula y asintió. Unos segundos más tarde, escuchamos los rápidos latidos del corazón del bebé en mi interior y solté un suspiro de alivio. Sabía que seguía dentro de mí, sin embargo había algo tan emotivo en oír ese latido, que me tranquilizaba al saber que seguía bombeando sangre.

Sin pensarlo, tomé la mano de Illias y la apreté con fuerza, con las emociones llenando mi interior. En cuanto oí aquella prueba de vida, algo dentro de mí cambió. Mi corazón se aceleraba emocionado cada vez que lo escuchaba. Nunca me cansaría de escucharlo, pero hacerlo con el papá del bebé a mi lado era una emoción a otro nivel. Tenía que empezar a replantearme todo esto de "matar a Illias". Tal vez podría mutilarlo un poco.

—Es un latido fuerte —aseguró el médico con una sonrisa.

Entonces se puso rígido y mis ojos se abrieron de miedo.

—¿Qué? —exigí saber, con pánico en la voz.

—N-no estoy seguro... —balbució, y mis ojos se desviaron hacia Illias, dejándole ver el miedo en mi mirada. Quería que lo arreglara, fuera lo que fuera.

Los ojos de Illias no delataban sus preocupaciones. Su rostro era una máscara fría, aunque su mano agarró la mía y supe, por fin me di cuenta de una maldita vez, que deseaba esto tanto como yo. Se preocupaba tanto como yo.

—Habla —le ordenó bruscamente.

Miré a Illias confundida y luego al médico.

—¿Eh?

—Dos latidos —repitió el médico, sonriendo—. Van a tener dos bebés.

Sus palabras retumbaron en mí como un incendio. Se me abrió la boca. La sangre me corría a toda velocidad y me costaba pensar.

—Dos bebés —repetí.

—*Da* —confirmó en ruso—. Dos bebés con latidos muy fuertes.

Me invadió una explosión de felicidad. Sonreí, incapaz de creerlo. ¡Dos bebés! Illias y yo compartimos una mirada. La sonrisa que me dedicó casi me cegó. Parecía tan feliz como yo y, de repente, me pregunté si realmente me había utilizado como le había escuchado decir. Parecía demasiado feliz para ser solo un medio para un fin.

Quería destrozarlo. A la mierda todo lo demás, pero quería darle las gracias por esto. Estos bebés.

Fuera cual fuera *la ventaja* que quería, esperaba que la consiguiera porque yo había conseguido mucho más.

Volvió a prestar atención al doctor y le dio las gracias. Entonces el mismo salió de nuestra habitación, se oyó un suave chasquido detrás de él y estuve a punto de saltar sobre mi marido.

—¡Dos bebés! —exclamé.

Sentía humedad entre las piernas. Un dolor pulsaba en mí y palpitaba, exigiendo que me aliviara. Ni puta idea de si eso era normal después de los acontecimientos de ese día. Me importaba una mierda.

Todo lo que sabía era que sería madre. De dos preciosos bebés.

Me senté a horcajadas sobre él y pegué mi boca sobre la suya.

—Estoy muy caliente —murmuré contra sus labios, apretándome contra su dura erección. Me incliné hacia delante y le besé el cuello. Aún me debía una explicación sobre la llamada, pero por ese instante solo lo necesitaba a él—. Tú y yo tenemos cosas de que hablar, pero ahora, fóllame.

—¡Joder! —bramó.

Su mano me acarició la nuca, sus dedos se entrelazaron entre las hebras y las apretaron con fuerza. Y mientras tanto, yo le besaba la garganta, le lamía la piel, le chupaba el cuello.

Mis pezones estaban sensibles, rozaban el fino material de mi sujetador y me enviaban oleadas de placer. Me froté sobre su erección y mi frente se inclinó hacia delante, apoyándose en su hombro, mientras el placer me invadía.

Agarrándome del cabello, tiró de mi cabeza hacia atrás y me comió la boca. Separé los labios, dándole la bienvenida. Deslizó su lengua dentro y me perdí en él. La humedad y el calor. El deseo febril.

El sonido de mis bragas rasgadas llenó el aire. Nuestras bocas se separaron y, de un tirón, me quitó por la cabeza el vestido ya desabrochado, dejándome en sujetador, que desapareció en mi siguiente respiración.

Le quité el chaleco de los hombros, forcejeé con los botones y acabé rompiéndolos. Los botones salieron volando por toda la habitación, aterrizando con pequeños chasquidos.

—Demonios, necesito estar dentro de ti —expresó bruscamente.

Mis manos buscaron su cinturón, pero él fue más rápido. El tintineo del metal. Un eco seductor de la cremallera y me penetró de golpe.

Dos gemidos. Dos estremecimientos. Dos latidos.

Se inclinó hacia delante y capturó mi labio superior entre los suyos, besándome. Seduciéndome de nuevo. Un temblor me recorrió mientras nuestras lenguas bailaban juntas. Lamí el interior de su boca. Él chupó mi lengua. Nuestros gemidos se mezclaron. Sus manos apretaron mi agarre y luego me dio una palmada en el culo.

Rompiendo nuestro beso, susurró seductoramente:

—Fóllame, esposa. Muéstrame cómo te excitas con mi polla dentro de ti.

Giré las caderas, lenta y perezosamente. Lo sentía tan grande y profundo dentro de mí. Rodeé sus hombros con mis brazos y me aferré a él mientras lo cabalgaba. No aguantaría mucho. Un escalofrío me recorrió. Mi centro palpitaba con cada embestida que él controlaba. Sus manos me agarraron el trasero, apretándome más contra él. Haciéndome montarlo más rápido.

Subí un centímetro y volví a bajar. Y luego otra vez. Sus gemidos me guiaban. Estaba perdiendo el control. La sensación de tenerlo dentro de mí era embriagadora.

Sus dientes me mordisquearon el labio superior. Luego su boca bajó hasta mi cuello. Besando. Marcando. Después, subió por mi cuello y se acercó a mi oreja.

—Mataré a cualquiera que intente apartarte a ti y a nuestros bebés de mí.

—Sí. —Respiré, enloquecida de lujuria.

Me besó con fuerza. Posesivo. Salvaje y duro.

Sus manos agarraron mis caderas y empezaron a controlar mis movimientos. Me guio de arriba hacia abajo. Fuerte y rápido. Profundo y duro. Gemí en su boca. La presión aumentaba. Mi pecho rozaba el suyo.

Pero cuando bajó la cabeza y se metió un pezón en la boca, sentí un escalofrío y eché la cabeza hacia atrás. Dirigió su atención a mi otro pezón y mordió el pico sensible.

Gemí y la presión se disparó más allá del punto de no retorno. Me balanceó contra su dura longitud, golpeando todos los puntos correctos. Me estremecí como si las olas chocaran contra la orilla.

Un orgasmo se apoderó de mí y gemí su nombre como una plegaria. Mis paredes se cerraron en torno a su cuerpo y él siguió follándome durante el orgasmo hasta que se hundió tanto en mi interior que no supe dónde empezaba él y dónde acababa yo.

Se vino dentro de mí con un fuerte gemido y su boca en la mía.

Su corazón retumbaba con fuerza en su pecho, amenazando con romper el mío. Sus dedos se entrelazaron con los míos, sujetándome como si temiera que desapareciera.

—Mía —afirmó, con voz ronca—. Siempre serás mía, Tatiana.

Fue entonces cuando me di cuenta. Las palabras de Illias sobre mi olvido finalmente tuvieron sentido.

Illias Konstantin me había cogido en la pérgola, no Adrian.

CAPÍTULO DIECISÉIS

KONSTANTIN



Mis manos recorrieron su espalda desnuda, su piel suave bajo mis ásperas palmas. Su cabello era como la seda rozando mis nudillos. Ese cabrón podría haber acabado con su vida y se me hizo un nudo en la garganta.

Había estado enamorado de esa mujer durante casi una década.

No era lujuria. Era amor. Devoción. Ella era mi relámpago. Mi lluvia. Mi sol. Mi luna. No podía vivir sin ella.

Estaba enterrado profundamente dentro de ella y el miedo a perderla me hacía arder más la sangre, grabándome la palabra *mía* en el pecho. Quería gritárselo al mundo entero para que supieran contra la furia de quién se enfrentarían si se acercaban a ella.

La *Yakuza* sabía que me casé con Tatiana. Aun así, fueron tras ella. Ese chip tenía que ser encontrado o nunca se detendrían. Y si Amon le quitaba su lealtad a nuestra organización, perderíamos toda influencia sobre ellos.

Marchetti fue un idiota al dejar que la boda siguiera adelante.

¡Maldita sea!

Hacía semanas que no avanzábamos con ese chip. No había sido exactamente una prioridad. Estaba demasiado centrado en Tatiana y en acosarla, pero ya era tiempo, tenía que poner mi mente en el juego. Había más vidas en riesgo. Mi esposa y nuestros hijos.

—Illias. —La suave voz de Tatiana detuvo mis pensamientos. Su aliento era como una caricia contra mi cuello. Mis dedos recorrieron su cabello. Sus uñas se clavaron en mi nuca y las sentí contra mi cuero cabelludo—. Tenemos que hablar.

Me puse rígido. Las palabras *Tenemos que hablar* nunca eran un buen augurio para nadie. En nuestro mundo, lo normal era que le dispararan a alguien. Y conociendo a mi mujer, seguro que tenía una pistola a la mano en algún sitio.

—Habla, esposa.

—Necesito que empieces a ser sincero conmigo. —Se movió, fijando su mirada en la mía—. No soy una herramienta para que me uses o para que me use *cualquiera*. —Hizo énfasis en la palabra—. Hazme daño a mí o a los bebés o utilízanos de alguna manera, y verás lo que significa ser una Nikolaev.

Respiré irónicamente. De alguna manera no me sorprendía que me estuviera amenazando. La verdad era que jamás le querría cambiar algo. Y si alguna vez me volvía como el imbécil de mi padre, sabía que me mataría para proteger a nuestros hijos. Y mierda, esperaba que lo

consiguiera.

—Entendido, esposa —reconocí—. Y estoy de acuerdo. Tú y nuestros bebés son lo más importante.

Su expresión se suavizó. Mi feroz reina también necesitaba que la tranquilizaran.

Mis manos bajaron hasta sus caderas que pronto se ensancharían para permitirle dar a luz a nuestros bebés. Gemelos. El calor y el amor brotaron, extendiéndose por mi pecho.

—*Mmmm*. —Entonces, como no podía esperar a oírlo, inquirí—: ¿Estás feliz? —Sus ojos buscaron los míos confundidos—. ¿Por los gemelos?

Sonrió y las estrellas de sus ojos brillaron como los diamantes más relucientes. Verla me golpeó en el pecho. No quería nada más que sea feliz.

—Sí —susurró, inclinándose hacia atrás observándome la cara—. Muy feliz.

Mi polla empezó a endurecerse dentro de ella ante la visión que me ofrecía. Sus pechos perfectos que ya crecían con el embarazo.

—¿Cuántos hijos quieres? —Le hice la misma pregunta que el día anterior se había negado a contestar. Le mordí el labio inferior—. Quiero saberlo.

Dios, qué ganas tenía de ver a una angelita rubia correteando alrededor de su mamá con un vestido de Chanel a juego.

Su mirada se posó en la mía, con una pequeña arruga entre sus cejas.

—Eso depende de ti, Illias.

Le pasé un mechón de cabello por detrás de la oreja, bajé la boca por su mejilla e hice un recorrido a lo largo de la mandíbula.

—Muchos, *moya luna*. Quiero muchos hijos contigo.

Inclinó la cabeza, dándome mejor acceso. Sus suaves gemidos me volvían loco. Empujé mis caderas hacia arriba, sintiendo cómo sus paredes se apretaban con avidez alrededor de mi verga.

—Me malinterpretaste —musitó, todavía a horcajadas sobre mi regazo y meciendo las caderas superficialmente.

Joder, mi polla palpitaba, ansiosa por otra ronda en su apretado y húmedo coño. Mi semen goteó por sus muslos y pasé mis dedos hacia arriba y se lo llevé a los labios. Como una esposa obediente, abrió la boca y se la unté con mi semen. Sacó la lengua, lamió la punta de mi dedo y luego la mordió suavemente y verla lamerse el semen de los labios me llevó al borde de la locura.

—Lo que quise decir, Illias, es que a menos que seas honesto conmigo y seamos socios en esto, no tendré más hijos contigo. Y estos... —Se frotó el estómago cariñosamente—... nacerán con padres separados.

Un gruñido vibró en mi pecho.

—Sobre mi cadáver. Te lo dije, Tatiana, eres *mía*. Para toda la vida. No hay otro hombre para ti ni para nuestros bebés. Ni siquiera tus hermanos.

Sacudió la cabeza y sus labios se torcieron.

—Sé que eres *Pakhan* y todo eso, pero no olvides que yo crecí en este mundo. Y mis hermanos pueden dar tanto como reciben.

Se me escapó una risa sarcástica. Sus hermanos tenían su fidelidad incondicional y, de forma irracional, eso me ponía celoso. Quería todo de ella: su lealtad, su amor, su pasión. Todo, maldición.

—¿Qué quieres saber, Tatiana?

Sus pálidos ojos azules se encontraron con los míos. Éramos tan opuestos. Luz y oscuridad, a pesar de que ambos crecimos en esa vida. Algunas mujeres de nuestro mundo eran tímidas,

agachaban la cabeza y se ocupaban de sus asuntos, fingiendo ignorancia.

Ese nunca fue el destino de Tatiana. Independientemente del mundo en el que viviera.

Tomé su barbilla entre mis dedos.

—¿Qué quieres saber?

Tragó saliva con suavidad.

—¿Cuándo nos conocimos?

El silencio reinó entre nosotros. Sus dedos jugaban con el dije de rosa de su collar. Una rosa con espinas. En cierto modo me recordaba a una rosa llena de espinas. Florecía y brillaba, pero cuando se veía amenazada le salían las espinas.

—¿Cuándo nos conocimos, Illias? —repitió.

Mi instinto me advirtió que había empezado a desentrañar algunas cosas por su cuenta. Mis ojos se posaron en el extraño collar que colgaba de su cuello. Siempre lo llevaba. Era inusual. No era exactamente su estilo.

—Tu último año de universidad. Noche de *Halloween*. —Cerró los ojos un momento y, cuando los abrió, eran del azul más oscuro que había visto nunca—. Un camarero me dio una nota. De tu parte.

Su boca se entreabrió.

—¿Él te la dio?

Asentí con la cabeza.

—Me llamaste la atención en cuanto entraste con esos chicos —admití—. Así que, cuando recibí la nota, no pude resistirme a complacerte.

Se sonrojó y me quedé mirándola con incredulidad. Mierda, qué hermosa estaba cuando sus mejillas tomaban color.

Enterró su cara en mi cuello.

—¡Ay, Dios mío!

Mis labios se apretaron contra su oreja.

—No pareces sorprendida.

Sus manos recorrieron mi hombro, mi antebrazo hasta que nuestros dedos se entrelazaron. Sus elegantes dedos acariciaron los míos.

—Empecé a sospechar —explicó, su respiración abanicando mi cuello—. Con algo que dijiste anoche.

—¿Qué dije? —Le tomé la cabeza y la obligué a mirarme.

Un escalofrío la recorrió y sus ojos brillaron como los rayos del sol sobre el mar Caribe.

—Que soy tuya. Que siempre sería tuya —susurró suavemente. Rozó la punta de su nariz con la mía—. Durante todos los años que conocí a Adrian... —Me puse rígido, odiando el nombre del cabrón en sus labios—. Solo lo escuché una vez. Aquella noche en la pérgola.

Tiró de su labio inferior entre los dientes, y luego preguntó:

—¿Sabías quién era yo?

—Esa noche, no —admití—. Intenté encontrarte, no obstante, tu información era imposible de rastrear. No fue hasta que te vi acercándote a tu hermano en mi restaurante de Los Angeles que supe por qué.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Maxim estaba pasando por mierdas con las que tuve que lidiar —farfullé—. Cuando llegué a New Orleans, ya estabas casada. Eso me dejó con dos opciones. Matarlo o dejarte ser feliz. No quería repetir el error de mi padre.

Un grito ahogado llenó el espacio que nos separaba. Observé cómo movía el cuello mientras

tragaba y una lágrima rodaba por su mejilla. La atrapé con el pulgar.

—¿Qué sucede?

Hizo una pausa como si estuviera debatiéndose entre decirme o no. La agarré del cabello y tiré de su cabeza hacia atrás. Tenía los labios hinchados, las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes como estrellas.

—Dime —exigí—. Hay algo más que te preocupa.

—Illias, encontré algo. —Se quedó callada un momento, estudiándome. Esperé a que continuara—. Adrian dejó una foto. —Me tensé al oírla hablar de su difunto marido. Si pudiera borrar todo ese periodo de su vida, lo haría.

Respiró hondo.

—La mujer de su foto estaba en tu retrato familiar —soltó—. Creo que la madre de Adrian es tu madre.

CAPÍTULO DIECISIETE

TATIANA



Illias sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro irónico.

—No, Tatiana —pronunció—. Mi madre tuvo una aventura con el padre de Adrian. —Mi grito ahogado llenó el aire—. Por eso la mataron a ella y a su amante. Yo estaba allí esa noche, lo vi.

Me quedé mirando a Illias, estupefacta. Su revelación fue inesperada. Entonces tendría sentido que mi difunto esposo tuviera una foto de su padre con la madre de Illias, pero mi instinto me advirtió de que había algo más. Los ojos verdes eran muy raros, como si solo el dos por ciento de la población los tuviera, así que, ¿cuáles eran las probabilidades de que los ojos de Adrian fueran del mismo color que los de la madre de Illias?

—¿Cuántos años tienes? —pregunté. Conocía la ironía de no saber la edad de mi marido, pero no era como si nuestro noviazgo-matrimonio fuera normal.

—Cuarenta.

Adrian tendría cuarenta y dos años. Tal vez Illias tenía razón y su madre tuvo una aventura con un hombre casado.

—¿Qué pasó aquella noche? —inquirí en voz baja.

Apretó la mandíbula y sus ojos se oscurecieron hasta convertirse en pozos negros.

—Mi madre nos despertó a mi hermano y a mí en plena noche para huir con su amante. Nos encontramos con ellos en un estacionamiento a las afueras de Moscú. El tipo tenía otro hijo, sin embargo, mi padre conocía sus planes. Apareció allí con sus hombres. Lo mataron a él y luego a ella. Cuando llegó el momento de matar al pequeño, le rogué que le perdonara la vida.

Me tragué un nudo en la garganta.

—Si tú lo recordabas, también lo haría Adrian. —De hecho, no me cabía duda de que se acordaba. Me llevó a ese estacionamiento después de fugarnos. Me dejó una pista allí. Excepto, que no tenía idea de a dónde debía ir desde allí—. Él fue tras de ti.

Illias asintió.

—Lo hizo.

Buscaba algo en mi mente cuando un dolor de cabeza casi me parte las sienes. Aparecieron imágenes distorsionadas del accidente, pero no tenían sentido. Ninguna estaba relacionada. Los rostros eran irreconocibles.

En la parte posterior de mi cráneo, el dolor de cabeza se intensificaba por momentos. Cerré los ojos, buscando desesperadamente entre mis recuerdos, mas eso hizo que el dolor se

multiplicara por diez.

Cuando abrí los ojos, encontré a Illias observándome. Una oscuridad desconcertante y respuestas de las que no estaba segura acechaban en sus profundidades, asustándome.

—¿Por qué te casaste conmigo? —indagué, dejando en espera los recuerdos que se negaban a aparecer.

—Porque eres mía. —Su tono era frío. Oscuro. Posesivo. El tenor de su voz era tranquilo, pero había una dureza en ella.

—¿No para ganar *ventaja*? —Permaneció en silencio y entonces caí en cuenta. El vestido de novia que tenía preparado para mí. Estaba hecho a la medida. Estaba jodidamente hecho a la medida—. ¿Cuánto tiempo llevabas planeando casarte conmigo?

Nuestras miradas chocaron. Allí había secretos y algo parecido a la posesión carnal. Aunque mientras lo miraba fijamente, observé cómo sus muros se levantaban y sus rasgos se cerraban lentamente.

—¿Cuánto tiempo, Illias? —insistí, manteniendo mi ira a raya.

—Desde la pérgola. —Me quedé boquiabierta. No era la respuesta que esperaba.

—Pero... Pero eso son como siete, ocho años. —Tragué saliva. Me puse de pie y me envolví con una sábana—. ¿Me has estado acosando todos estos años? —Entrecerré los ojos—. Eso no es sano.

—Si tú lo dices.

—Dios mío, es como si estuviera hablando con mis hermanos. —Una mirada extraña pasó por sus ojos. Parpadeó y desapareció antes de que pudiera descifrarla—. Eso es todo —recalqué—. ¿Nada más qué decir?

Sin previo aviso, se levantó.

—Duerme un poco.

Di vueltas en la cama durante horas, esperando que Illias volviera a acostarse.

No lo hizo. Era casi medianoche, hora de Moscú, cuando mis párpados empezaron a caer y el sueño se apoderó de mí.

Las manos de Adrian agarraron el volante con mucha fuerza mientras nos alejábamos de casa de Vasili. Era su tradicional fiesta doble de aniversario y de Halloween. También era mi época favorita del año. Las festividades estaban a la vuelta de la esquina, sin embargo, ese año no podía reunir la energía necesaria para alegrarme.

Mis ojos se dirigieron hacia mi marido.

Estaba de un humor extraño.

Algo lo había molestado. Estaba irritable y, por la tensión en su mandíbula, no estaba de ánimo para hablar. ¿Fue mi comentario sobre querer un bebé? No quería tener hijos. Era otra cosa que me había ocultado. Tenía tantos malditos secretos que empecé a sentir que ni siquiera lo conocía.

¿O tal vez estaba pasando algo más grande?

Vi a Vasili, Sasha e incluso Alexei adentrarse en una acalorada discusión con Adrian, pero en cuanto me vieron, los cuatro dejaron de hablar abruptamente. Solo había una cosa que mis hermanos no compartían conmigo: los asuntos de la Bratva.

Adrian se dedicaba más a los negocios legales, aunque de vez en cuando se aventuraba en el lado ilegal. Sería una hipócrita si se lo reprochaba, teniendo en cuenta la procedencia de mi familia, pero había algo que no encajaba; había algo que se me estaba escapando.

Estudié la cara de mi esposo.

Su expresión era sombría. Tenía la mandíbula apretada y los nudillos blancos al agarrar el volante.

—¿Todavía estás enfadado por el comentario del bebé? —exigí saber. Se me encogió el corazón al recordar lo rápido que me hizo callar cuando se lo mencioné por primera vez hacía un mes. A partir de ahí, todo había ido progresando lentamente: la ira se cocinaba a fuego lento, la amargura me invadía y la traición crecía.

Realmente irónico. Solo hizo falta un tema importante y un mes para que se manifestaran nuestras diferencias.

Pero me negué a acobardarme o a aceptar la derrota. Había sido sincera con Adrian desde el primer día. Quería una familia. Si nunca había tenido intención de tener hijos, debería habérmelo dicho antes de unir mi vida con él.

Desvió la mirada hacia mí y luego la devolvió a la carretera. Esperé una explicación. Otra discusión. Cualquier cosa.

En lugar de eso, solo obtuve un silencio que se sentía pesado y espeso, sofocándonos a ambos.

—Solo quiero una familia —gruñí, con el corazón agitándose con las alas rotas—. Una vida tranquila. No necesito cosas lujosas. —Se burló, lanzándome una mirada incrédula—. Hablo en serio —protesté.

—¿Renunciarías a tu guardarropa? ¿Tus joyas? ¿Tus Gucci, Chanel, Dior, Hermès? —preguntó con una risita.

Está bien, me gustaban las cosas bonitas. No podía evitarlo. Me hacían sentir bien cuando estaba deprimida. Cuando estaba triste o disgustada, mis hermanos me llevaban de compras. Lo odiaban, pero era la única forma que conocían para consolarme. Sasha me abrazaba, intentaba hablar conmigo y me llevaba a rastras a la tienda más lujosa de los alrededores. Vasili se limitaba a refunfuñar sobre las hormonas y luego me arrastraba a la tienda. Encontraba un rincón donde estar de mal humor mientras trabajaba y ordenaba a las empleadas de la tienda que cumplieran todos mis caprichos. Mi padre casi nunca estaba por allí.

¿Cómo querían que resultara? Mis hermanos crearon un monstruo. Un monstruo con estilo.

—Lo dejaría todo —declaré. No había duda en mi voz. No vacilé. Solo quería que tuviéramos una familia. Un hijo. Tal vez dos. Un niño y una niña.

—No. —Una palabra, pero tenía tanto poder para herir. El dolor me atravesó. Mas fue reemplazado por la ira. No tenía derecho a quitarme eso sin una explicación.

—¿Por qué no? —solté, pero cuando la última sílaba salía de mis labios, Adrian pisó el acelerador y mi cuerpo voló hacia el asiento. Lo fulminé con la mirada y lo encontré mirando por el retrovisor lateral.

—¿Qué diablos estás haciendo? —siseé.

No me contestó.

La preocupación frunció sus cejas. La vena de su cuello palpitaba. Abrí la boca para decir algo, pero fue como si hubieran presionado un interruptor.

Mi cabeza golpeó la ventanilla del pasajero. Una y otra vez.

Adrian dijo algo. Sus labios se movieron. Dijo algo más. No pude oírlo. Traté de concentrarme en las palabras.

—Tatiana, lo siento mucho. No debí haberte utilizado.

Golpe.

El mundo giraba. Caímos, el coche rodó con un fuerte golpe. Hasta que el silencio se apoderó de nosotros. Hasta que el mundo se puso al revés.

Me moví, tratando de llegar a Adrian. No estaba en el asiento del conductor.

Mis ojos se desviaron hacia la ventana.

Lo rodeaban hombres trajeados y todos lo estudiaban con desdén. Una mirada de asco en sus rostros.

—Te presento a Marchetti, stronzo. —Tenía que ser un guardaespaldas.

El corazón se me subió a la garganta. Algo en el nombre, Marchetti, sonaba siniestro. Peligroso. Había escuchado el nombre en alguna parte, pero no estaba segura de dónde.

Lo analicé, incapaz de apartar la mirada de él. Era guapo. Mayor. Un poco mayor que el otro diablo de voz grave. Marchetti tenía el cabello grueso y oscuro y unos ojos penetrantes. De los que te destrozaban el alma. Con solo chasquear los dedos. El silencio se prolongó, listo para romperse como una frágil liga.

Fue Marchetti quien lo rompió.

—Adrian Morozov, por fin nos conocemos. —Su voz era suave. Sus palabras rodaban por su lengua con un ligero acento italiano—. ¿Sabes por qué estamos aquí?

Mi marido asintió una vez. Sin palabras.

—Entonces entiendes que no hay forma de escapar de esto con vida —pronunció, suavemente. Sin embargo, no había nada de suave en sus palabras ni en la mirada que le dirigió.

—¿Dónde está? —Marchetti exigió saber.

La mirada de Adrian parpadeó en mi dirección mientras yo observaba todo el intercambio con los ojos muy abiertos. No tenía ni idea de lo que estaban hablando.

Adrian. Moví la boca, pero no salió nada. Mi garganta estaba demasiado seca.

Desvió la mirada.

—Ya no está aquí.

Entonces, como si Marchetti me hubiera leído el pensamiento, chasqueó los dedos y uno de sus hombres golpeó la barbilla de Adrian. Su cabeza se echó hacia atrás por la fuerza del impacto. Sentí sangre en la boca y me di cuenta de que me había mordido la lengua. Mi marido recibió otro puñetazo, mas no se defendió. No era justo, cinco contra uno. Pero ¿por qué no se defendía?

El hombre del costoso traje italiano mantuvo sus manos limpias, metidas en sus pantalones, mientras observaba desapasionadamente cómo uno de sus hombres golpeaba a Adrian.

Mis dedos encontraron por fin el botón y lo pulsaron. El cinturón de seguridad se soltó, golpeando la puerta con un fuerte estruendo. Sonó como un gong y, al instante, todo el mundo se quedó quieto.

Una rápida ráfaga de disparos resonó en el aire. Parecía que hubieran durado horas, cuando en realidad solo habían sido unos segundos.

Instintivamente me agaché, aunque ya estaba apretujada, y me tapé los oídos con ambas manos para bloquear los fuertes ruidos. Me recordaba al crescendo de una mala pieza de ópera. El tono era cada vez más alto y áspero, perforándome el cerebro.

Entonces se detuvo. Un silencio ensordecedor. Debí haberme sentido aliviada, pero me pareció aún más ominoso que el sonido de los disparos.

El corazón se me estrujó en la garganta, el pulso me ahogaba lentamente.

Más palabras en un idioma extranjero. Las voces eran agudas, enfadadas y no se contenían. Ruso.

Uno de ellos era ruso. Más palabras. Era difícil escucharlas por encima del zumbido de mis oídos, pero las reconocí. Estaba segura de que era italiano. Ruso e italiano.

—Ella debe morir. ¡Sin cabos sueltos! —exigió uno de ellos en español, e instintivamente me encogí más dentro del coche, aunque ardía, cada vez más cerca de convertirse en una explosión.

—No. —Una voz fría. Un tono duro, pero no era de Adrian. ¿Acaso seguía vivo?—. Ella no sabe nada.

—¿Estás seguro? —La profunda voz masculina llenó el aire. Un par de zapatos costosos de cuero italiano llenaron mi visión—. ¿Estás dispuesto a arriesgar tu vida por ella?

Tenía que estar en estado de shock. Porque reconocí la marca de los zapatos. Eran Santoni. Mi marido y yo estábamos a punto de morir y toda mi atención estaba puesta en el calzado, mirando un par de zapatos italianos de cinco mil dólares.

—La mujer no sabe nada. —Esa voz me resultó vagamente familiar. No pude ubicarla—. Asumiré toda la responsabilidad por ella.

—Si descubro que tuvo algo que ver con los juegos de su marido, iré por ella. —Un ligero acento italiano. Voz profunda. Otro par de zapatos costosos entró en mi visión. Prada.

—Ella no sabe nada. Si sabe algo, me haré cargo. —Otro par de zapatos caros. Eran Art. 504 . Aún más costosos. Pantalones de traje oscuro. Un largo perfecto. Material elegante.

Sacudí la cabeza. Reacciona, Tatiana.

El humo me llenó los pulmones. La bilis me subió a la garganta e inhalé profundamente para evitar las arcadas. Uno de los hombres se fue, un par de costosos zapatos en cuero italiano. Quedaba un par. Mi corazón se aceleró. La vista se me nubló. Me zumbaban los oídos. Me ardían los pulmones.

—D'accordo. —Definitivamente era italiano. ¿Qué diablos significaba eso?—. No hagas que me arrepienta.

Tum tun. Tu tum. Tu tum.

Me pareció escuchar la voz de Adrian, pero el zumbido en mis oídos era demasiado fuerte, ahogando todas las palabras.

Las siguientes palabras que oí fueron:

—Acaba con él.

Bang.

La última bala. Se sentía como una bala final antes de que fuera mi turno.

Un cuerpo cayó al suelo con un fuerte golpe. Los ojos muertos de Adrian se encontraron con los míos. El terror seguía grabado en su rostro. La última expresión antes de morir. Me miraba fijamente. Su ropa estaba cubierta de sangre. Un agujero de bala en el pecho estaba manchado de pólvora y la sangre salía de él como jugo de tomate.

Solté un grito ahogado y mi corazón dejó de latir.

—¡A-A-Adrian! —exclamé con voz entrecortada. No se movió. Tenía la mirada perdida, fija en algo que yo no podía alcanzar. Con cada latido, mi vida se desvanecía lentamente, siguiéndolo.

Hasta que algo dentro de mí se rompió.

—¡Nooooo! —grité y el mundo tal y como lo conocía dejó de existir.

Un hombre, una cara conocida, me sacó del coche. No paraba de decirme algo, pero mis oídos zumbaban demasiado como para escuchar una sola palabra que saliera de su boca.

Nuestras miradas se cruzaron y me aferré a su fuerza mientras me sacaba del vehículo.

Mis rodillas flaquearon, fallándome. Me atrapó antes de que cayeran a la grava. Enterré la cara en su cálido pecho. El aroma familiar de cítricos y sándalo me alivió. Luego me recordó a mi marido. Volví a observar a Adrian. No podía apartar la mirada. De sus ojos muertos, fijos en algún lugar que no podía seguir.

—¡Nooooo! —bramé, empujando al hombre lejos de mí y cayendo de rodillas.

La adrenalina corrió por mis venas, dándome la fuerza suficiente para arrastrarme hacia él.

—¡Adrian, por favor! —grité, presionando mis labios sobre los suyos y saboreando la sangre—. Por favor, por favor, por favor.

Las lágrimas mojaban mi cara, con el sabor agridulce del adiós.

Le agarré la cabeza con las manos.

—¡Despierta! —supliqué—. Despierta. —Sacudí su cuerpo, pero todo era peso muerto. Se negaba a moverse. Por mi mente pasaron imágenes de nuestra vida juntos. Lo que tuvimos. Lo que podríamos haber tenido—. No, no, no —murmuré.

Ese no podía ser el final.

RCP. Tenía que hacer reanimación cardiopulmonar.

Me incliné hacia él y empecé a presionarle el pecho. Me dolía mucho el hombro, pero ignoré el dolor punzante. Apreté los dientes y cada movimiento me producía un dolor constante en los omóplatos.

—¡Respira! —grité. Uno. Dos. Tres. Le rogué a Dios que lo estuviera haciendo bien. Acerqué mi boca a la suya, saboreando el cobre, y luego soplé aire en sus pulmones. Uno. Dos. Tres. Otra vez mis labios sobre los suyos.

—¡Por favor, ayúdenme! —vociferé, mirando frenéticamente a los hombres que me lo arrebataron—. Por favor. Solo un respiro y entonces podré salvarlo.

Un sollozo me ahogó mientras presionaba la palma de la mano sobre la herida de Adrian, intentando impedir que se desangrara. Era inútil, mas no podía rendirme. Sacudí la cabeza con furia. Su piel estaba fría.

—Adrian, por favor, despierta. Por favor, despierta —musité una y otra vez, presionando mi frente contra la suya.

La sangre delineaba sus labios, su mirada se perdía en un espacio que yo nunca alcanzaría. Me abandonó.

Se me escapó un grito ahogado y se me paró el corazón.

—P-P-Por favor. Vuelve conmi-igo —resoplé con voz sofocada, antes de alzar los ojos hacia los hombres que me lo quitaron. La furia se desató en mí y se extendió por mis venas como un reguero de pólvora. Fue helada, luego ardió. Liberó algo que no sabía que tenía dentro. Locura. Odio.

Solté un alarido. Luego otro y otro. Grité hasta que se me irritó la garganta. Mis manos me agarraron del cabello, tirando de él. Mi corazón sangraba y se mezclaba con la rabia, arrastrándome hasta sumergirme por completo en ella.

Me puse de pie a tropezones. La mano de Illias me agarró el codo para estabilizarme, pero me aparté de él de un tirón. Luego, le golpeé el pecho con mis puños. Una y otra vez.

—¡Tú lo mataste! —exclamé, con lágrimas ardientes cayendo por mi cara—. ¡Tú lo hiciste!

Sus ojos brillaban con fuego, pero no coincidían con los míos. Sus manos me agarraron de los antebrazos y me sacudieron. No con fuerza, sin embargo, mi cabeza se movía de un lado a otro, como una muñeca de trapo.

Sacudiendo la cabeza, agarré su traje.

—Te voy a matar por esto. —Mi mirada los recorrió a todos ellos—. Los voy a matar a todos por esto.

El dolor me arañaba el pecho. No sabía si era real o estaba soñando. No podía respirar. Me estaba asfixiando. Así que volví a gritar, con la esperanza de que se aliviara esta angustia dentro de mi pecho.

—Estoy aquí, *moya luna*. —Fue una voz grave con un ligero acento ruso y un tenor ronco la que me sacó de la pesadilla. Era la misma voz. Era el mismo olor, pero ahora no podía pensar en eso.

A medida que el dolor disminuía, el aroma a sándalo y cítricos me devolvía el sueño.

CAPÍTULO DIECIOCHO

KONSTANTIN



Un peso me oprimió el pecho cuando el primer rayo del amanecer parpadeó a través del paisaje sereno. Anoche cayó más nieve, por lo que parecía tranquilo. Sin embargo, no había paz. Ni en mi cuerpo ni, al parecer, en los sueños de mi esposa.

Tatiana se había estado retorciendo en sueños, atormentada por pesadillas, mientras a mí me agobiaba algo totalmente distinto.

La foto que Tatiana dijo haber encontrado.

¿Por qué Adrian se aferraría a una foto en la que aparecía mi madre con su padre en lugar de sus padres? Sin embargo, la idea de que Adrian pudiera ser mi hermano era incomprensible. ¿Cuántas veces había oído a mi padre presumir de tener una novia virgen? Y Adrian era mayor, así que eso significaría que mi madre habría dado a luz antes de casarse con mi padre.

Y luego estaba todo el asunto de la *Yakuza*.

Agarré mi teléfono y le envié un mensaje al *Príncipe Amargado*. No me extrañaba que estuviera amargado, cada vez que la vida le sonreía, lo jodían.

Escribí un mensaje rápido para reunirme con él. La respuesta fue instantánea, excepto que exigió una reunión en su territorio. Qué idiota tan inteligente.

Accedí rápidamente y luego me dirigí hacia la cama donde dormía mi mujer. Murmuraba algo ininteligible en sueños, con las cejas fruncidas y la respiración agitada. Le alisé suavemente las cejas y su respiración se calmó. Incluso se apretó contra mi mano, como si mi tacto la reconfortara.

Preferiría quedarme allí y follármela día y noche, pero a menos que tomara cartas en el asunto, estaríamos mirando por encima del hombro el resto de nuestras vidas. La seguridad de Tatiana y de nuestros hijos estarían constantemente en peligro.

Así que había que manejar a la *Yakuza* y encontrar ese maldito chip, y luego destruirlo.

Por el bienestar de toda la *Omertà*.

Dos días después, estaba en Filipinas.

Un peso me oprimía el pecho y sabía que tenía que ver con Tatiana. Mierda, odiaba dejarla,

aunque traerla podía ser arriesgado. Sobre todo, porque la *Yakuza* controlaba gran parte de ese territorio.

Estaba haciendo esto para salvarla a ella y a nuestros hijos.

Fuimos directamente del aeropuerto a casa de Amon. Podía ser una trampa, pero me inclinaba a pensar que tendría algo que ganar con nuestro encuentro tanto como yo. Boris y otros dos guardias estaban conmigo. Había dejado a Nikita con las mujeres.

Boris y Nikita eran los que llevaban más tiempo conmigo, así que confiaba más en ellos que en los demás.

—Asegúrate de que Nikita esté preparado para cumplir lo acordado si algo sale mal —le indiqué a Boris—. Pase lo que pase, ella debe ser entregada a sus hermanos si las cosas no salen bien. Ellos la mantendrán protegida.

—Tenías que casarte con una princesa de la mafia —comentó Boris con sorna—. Su pasado con Adrian la convirtió en un lastre desde el principio.

—Él la estaba usando para llegar a mí. Créeme, nada más era la hermana de Vasili hasta que se dio cuenta de que me importaba. Fue la única razón por la que la usó. Para vengarse de mí.

Soltó un suspiro profundo. Cuando todo esto terminara, tendría que darle unas largas vacaciones.

—¿Y ahora qué?

—Ahora negociaremos con el *Príncipe Amargado* y lo ayudaremos a convertirse en rey. Es mejor si estamos de su lado y lo respaldamos a llegar allí. Él está en ese camino de todos modos.

—¿Cómo diablos sabes eso?

Una pequeña sonrisa rozó mis labios.

—Porque he visto a Amon y a Reina Romero juntos. Y créeme, sé que él nunca la dejará ir. Empezará una guerra con su hermano con tal de mantener a esa mujer lejos de otros hombres.

El conductor se detuvo frente a una gran propiedad. Estábamos en una de las islas del sur de Filipinas, Jolo. Mierda, odiaba las islas, pero allí estaba, encontrándome con Amon en una.

Mis ojos recorrieron el horizonte. Las cristalinas aguas azules brillaban bajo el sol, recordándome los ojos de mi esposa. Bueno, si moría ese día, al menos sería con una buena vista, demonios. Aunque no tenía intención de abandonar la tierra en ese instante.

El gran portón de la entrada se abrió y el conductor arrancó de nuevo el auto, pasando junto a las estatuas de los dioses sintoístas: Amaterasu, Susanoo y Tsukuyomi. El resto del camino de entrada tenía árboles de flores de cerezo a ambos lados que nos daban la bienvenida hasta la gran mansión al borde de la tierra.

Amon estaba de pie, con aspecto adusto y alto, como uno de los samuráis, listo para vengarse. Tampoco le faltaban guardias.

Jodidamente *encantador*.

En ese momento preferiría tres metros de nieve a flores de cerezo y samuráis. Cuando el coche se detuvo por completo, Boris y yo salimos de él.

—Amon —lo saludé.

—Konstantin.

Tenía la mandíbula apretada. Sus ojos eran más oscuros que la medianoche. ¡Diablos! Estaba más que molesto. Estaba furioso.

Cuando nos adelantamos, los ojos de Amon parpadearon.

—Solo tú.

Boris se puso inmediatamente a mi lado.

—Yo también voy.

—No.

Siempre supe que Amon sería un contrincante a tener en cuenta. La gente no lo sabía, pero en los dos últimos años, su riqueza, sus puertos y su imperio se habían vuelto enormes y significativos. Su patrimonio neto estaba a la altura de la de Marchetti y mía.

No es que a su hermano le importara. Dante siempre obtenía lo que quería. Amon luchaba por todo lo que conseguía. Se lo ganaba y eso lo hacía aún más peligroso.

Boris metió la mano en su funda para sacar su arma, pero lo detuve.

—Quédate aquí.

Amon dio media vuelta y se dirigió al interior, sin esperarme. Resoplé. Era raro que siguiera a cualquier cabrón y allí estaba yo, dependiendo de un príncipe más de una década más joven que yo.

Tal vez me estaba haciendo demasiado viejo para esa mierda. Amon tenía muchos años menos que yo. Sin embargo, era más ambicioso. Era eso lo que hacía a un hombre más letal. Realmente esperaba que no hiciera alguna mierda porque odiaría matarlo.

—Si te quisiera muerto, te habría arrebatado el arma —comentó Amon, como si leyera mis pensamientos—. Y no estarías detrás de mí.

—Es bueno saberlo —repliqué secamente—. Aunque no tengo por costumbre dispararle a la gente por la espalda.

Aun así, no me arrepentí de un solo momento que me llevó hasta lo que conseguí. Hasta ese momento. Porque tenía a mi mujer. Y nuestros bebés crecían en su vientre. Cavaría mi propia tumba, una y otra vez, si eso significaba su seguridad. Lo haría todo de nuevo si eso significaba tenerla a ella.

Lo único que lamentaba era no haberla tenido conmigo antes.

Me siguieron tres de los guardias de Amon. Llegamos al lado opuesto de la casa y nos sentamos en la terraza. El océano rodeaba la vivienda por tres lados, asegurándose de que nunca olvidaras que estabas en una isla.

—Aquí tienes un paraíso —dije.

—Sin embargo, lo odias —respondió con ironía.

Me encogí de hombros.

—¿Qué puedo decir? Prefiero la nieve y las temperaturas siberianas. —Sobre todo cuando estaba mi mujer.

Los dos nos sentamos. La cara de Amon no delataba ninguno de sus sentimientos ni pensamientos. Podía contemplar el asesinato en masa de todos en la *Omertà* y no habría señales en su rostro.

—No puedo ayudarte con la *Yakuza* —soltó, rompiendo el silencio. Miré su mano sobre el reposabrazos y noté que los nudillos se le ponían blancos.

—Quizá podamos ayudarnos mutuamente.

Su mirada penetrante se volvió hacia mí y sus labios se curvaron en una fría sonrisa.

—¿Por qué crees que necesito ayuda?

Podía saborear la furia en mi lengua. Estaba que echaba humo, a pesar de su fría apariencia. Reconocí las señales. Pasé por eso mismo cuando me enteré de la identidad de Tatiana, solo para encontrarla casada con Adrian. Excepto que su mujer no estaba casada con su hermano. Todavía.

—¿Qué tal si nos dejamos de tonterías? —espeté. Amon me observó en silencio, con el rostro convertido en una fría máscara.

—Te escucho —expresó, mirándome con irritación.

—Tengo en mis manos el acuerdo que Leone y Romero redactaron para unir a sus familias.

—Si antes pensaba que su rostro era una máscara fría, no tenía nada que ver con la expresión con la que me miraba en ese momento—. Encontré una cláusula y tengo un plan B que asegurará que Reina nunca se case con tu hermano.

Soltó un respiro irónico.

—¿En serio? Y déjame adivinar, en medio de todo esto, harás que me maten. Si no lo hace Marchetti, entonces lo hará mi primo.

Lo miré fijamente a los ojos.

—Mataré a tu primo. Tomarás el mando de la *Yakuza*. Ya estás casi allí, de todos modos. Probablemente lo aceleraría unos meses. —Su expresión permaneció impasible. Apostaría a que nada de eso significaba nada para él sin la hija menor de Romero—. Romero se está muriendo. Haré que su muerte sea más llevadera y rápida. Ocuparás su lugar en la mesa.

Era así de fácil. Mata a tu enemigo. Mata a tu socio. Salva a la mujer que amas.

—Si Marchetti se entera de esto, estarás muerto antes de volver a Rusia.

Dejé escapar un suspiro divertido. Ambos sabíamos muy bien que esa conversación nunca llegaría a oídos de Marchetti.

—Nunca se va a enterar porque, gracias a mí, Reina Romero se casará contigo, no con tu hermano. —Saqué un sobre y lo deslicé por la mesa—. Y esta es la razón que hará que Marchetti cambie de opinión.

Lo vi abrir el sobre.

Su máscara se resquebrajó. Sus ojos se encendieron. Y temí que el *Príncipe Amargado* se hubiera convertido en un *Rey Furioso*.

CAPÍTULO DIECINUEVE

TATIANA



Hacía días que no veía a mi esposo. Había pasado casi una semana desde que recordé aquella noche.

Los recuerdos llenaron cada segundo del día desde que me desperté aquella mañana. Konstantin debería habérmelo dicho. Le di todas las oportunidades para confesar y no lo hizo.

Me sentí engañada. Traicionada. Amargada.

Mi estado de ánimo reflejaba la tormenta invernal que azotaba el exterior. Había estado nevando desde la mañana en que me desperté e Illias se había ido. Como si supiera que me quedaría atrapada con los recuerdos y sin salida de ese lugar.

Hacía frío en el castillo. El viento azotaba las ventanas, un recordatorio constante de que salir con ese clima era una mala idea. No tenía otro sitio adónde ir más que a casa.

El maldito chip seguía siendo un misterio. También lo era la siguiente pista.

—Odias quedarte encerrada, ¿verdad? —La voz de Isla me sobresaltó.

Habíamos llegado a conocernos bien durante la última semana. No había nadie más para hacernos compañía que los guardias, y ellos tenían la orden clara de mantener su distancia con nosotras.

—Odio pasar frío y estar atrapada adentro —comenté secamente.

Gracias a Dios que ella estaba allí. Si no, me habría vuelto loca con esa soledad. Habíamos visto todas las temporadas de *Game of Thrones*, *The Originals*, *Emily in Paris*.. No había visto tanta televisión en todos mis años de vida juntos.

Sin embargo, lo que más me molestó fue no tener mi teléfono. Era una mujer adulta, pero ya se las vería conmigo cuando regresara. La. Peor. Luna de Miel. De. La. Vida.

El teléfono de Isla volvió a sonar y me irrité aún más. Ella y sus amigas eran como un grupo chateando 24 horas al día, 7 días a la semana. ¿Quién quería escribir tanto?

—Si tanto hablan, ¿por qué no se van a vivir juntas? —refunfuñé, ligeramente amargada.

Isla me miró con simpatía. Intentó forzar la caja fuerte de Illias por mí. Sin éxito. No era exactamente el tipo de chica que tenía habilidades criminales. Aun así, me caía bien.

—Compartimos un dormitorio —explicó—. Probablemente hablamos demasiado por teléfono.

Puse los ojos en blanco.

—No me hagas caso. Solamente estoy de mal humor y extraño a mi familia.

Me miró con comprensión.

—Podrías llamarles desde mi teléfono —sugirió por enésima vez esa semana.

Sacudí la cabeza. No quería que mis hermanos nos rastrearan y desenmascararan accidentalmente a Isla.

—No me sé su número de memoria —murmuré como excusa. Era mentira. Me sabía todos los malditos números de teléfono de mis hermanos.

Su móvil volvió a sonar y ella lo miró.

—¡Dios mío!

Su exclamación despertó mi curiosidad.

—¿Qué?

—¿Recuerdas el desfile de modas del que te hablé? —Asentí con la cabeza. Habló tan bien de los diseños de su amiga que encargué a ciegas dos docenas de conjuntos suyos. Isla juró que su amiga era increíble y que sus diseños superarían a los de Chanel algún día. Fue un comentario algo exagerado, pero no pude evitar contagiarme con su entusiasmo. Por muy subjetivo que fuera —. Reina tiene el video. Ahora puedo enseñarte sus diseños y puedes ver que no gastaste tu dinero en vano.

Me reí entre dientes. El entusiasmo de mi cuñada ya valía lo que había pagado por ver.

—De acuerdo, enséñamelo —acepté, sonriendo. Se acercó y puso la pantalla de su teléfono entre nosotras. Nuestras cabezas se inclinaron, pulsó la opción de reproducir y empezó el desfile. La primera modelo recorrió la mitad de la pasarela y supe que Isla no mentía. Los diseños de su amiga causarían furor.

—Dile que quiero invertir en su empresa —agregué.

Los ojos de Isla se abrieron de par en par.

—¿Hablas en serio?

Confirmé, con los ojos fijos en su pantalla.

—Absolutamente. Son impresionantes.

La sonrisa de Isla no tenía precio.

—Dios mío, espera a que se lo diga. Se va a morir.

—No la dejes morir —bromeé—. Primero quiero recuperar mi dinero.

Las dos soltamos una risita. A Isla se le iluminó la cara y sus ojos verdes se volvieron aún más claros. Su mirada reflejaba su estado de ánimo. Volvimos a prestar atención al vídeo y luego vimos el resto del desfile. Su amiga tenía incluso una línea para niños.

—¿Así que formabas parte de la banda? —pregunté con curiosidad.

Ella negó con la cabeza.

—No, todas íbamos a la misma escuela y teníamos alguna relación con la música. —Las analicé en la pantalla. Se les daba bien. Isla, con el violín, me puso los vellos de punta. Verla tocarlo, con los ojos medio cerrados como si se olvidara de todos y de todo lo que había en la habitación y el violín fuera su amante.

—Esta es Athena. —Isla señaló a la chica sentada en la pantalla—. Su madre es una famosa cantante de ópera. Insiste en que ella también sea cantante, sin embargo, no le entusiasma. Prefiere escribir. Esta es Raven. Toca la guitarra, pero algún día será una pintora famosa.

Sonreí.

—Asegúrate de que yo también consiga uno de sus cuadros antes de que se vuelvan famosos. —Otro chillido de emoción—. Eres como mi comerciante o algo así —reflexioné.

Se rio entre dientes.

—Le pediré que me envíe fotos de sus cuadros y podrás elegir.

Me doy golpecitos en la barbilla, pensativa.

—Quizá podamos ayudarla a darse a conocer. New Orleans tiene unos locales maravillosos donde se venden cuadros. Conozco a algunas personas y podemos ver si podrían recibir sus obras allí.

Los ojos de Isla se iluminaron como esmeraldas.

—Eso sería grandioso. Dios mío, vas a usar tus contactos, ¿verdad?

—*De acuerdo*, me estás haciendo parecer una proxeneta.

—Una proxeneta necesita un teléfono —señaló—. Vamos a tener que hacer algo al respecto. —Una sonrisa traviesa curvó sus labios—. Phoenix y Reina podrían ayudarnos. Son las mentes criminales de nuestro grupo.

Negué con la cabeza.

—Bueno, entonces me alegro de que seamos amigas y me juntes con tu banda criminal. —Las dos soltamos una risita—. Está bien, volvamos a ese fabuloso desfile de modas al que me invitarás la próxima vez. ¿Quién lo organizó?

Volvió a centrar su atención en la pantalla.

—Enrico Marchetti. —La cara de Isla se puso roja, sus pecas estaban más pronunciadas que nunca y me quedé observándola con asombro. ¿Conocía a Enrico Marchetti?

—¿Lo conoces?

—*Mmmm*. —Tragó saliva, manteniendo los ojos en la pantalla—. La verdad es que no. —*Oh*, había algo que no me estaba diciendo. Algo grande. Enorme... si es que su rubor indicaba algo.

Sin embargo, no la presionaría. Ya me lo diría cuando estuviera preparada. Volví mi atención al pequeño grupo de amigas que tenía. Parecían muy unidas. Se notaba. Con solo mirarse sabían lo que pensaba cada una de ellas.

—¿Las conoces desde hace mucho? —pregunté.

—Preparatoria y universidad —contestó.

—¿Cómo se hicieron amigas? —No pude evitar la curiosidad.

—Por un asesinato. —La palabra pareció escapársele sin pensar. Se puso rígida de inmediato y yo contuve la respiración. El asesinato en sí no me sorprendió. Quería decir; hola, mira a mis hermanos. Sus ojos se encontraron con los míos. Una sonrisa traviesa jugó en sus labios, pero no coincidía con la expresión de pánico en sus ojos—. Solo bromeaba.

No creí que lo hiciera, pero decidí no insistir. Su espalda estaba tan tensa que podría romperse por la mitad.

—¿Sabes dónde vive Marchetti? —cuestioné, despreocupadamente, manteniendo la postura relajada y los ojos fijos en el teléfono.

—En París, supongo —murmuró.

—Por alguna razón creí que en Italia —comenté—. Tiene muchas marcas de lujo en ese país. Isla frunció el ceño.

—*Mmmm*, podría ser. Reina mencionó que es dueño de media Italia, sin embargo, supuse que exageraba.

—¿Hay alguna posibilidad de que puedas averiguar su dirección? —Si Illias se negaba a compartir detalles, entonces Marchetti me daría respuestas.

Isla se encogió de hombros.

—Puede ser. No es que haya estado en su casa.

Contuve un resoplido. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que ella hubiera estado en su casa hasta que hizo ese comentario. En ese momento, ya estaba segurísima de que había estado en casa de Marchetti.

—*Dah* —respondí, guardándome las preguntas para otro día—. ¿Ahora dime quiénes son el resto de las chicas? ¿Y de dónde conoces a Enrico Marchetti? —Sus mejillas volvieron a enrojecer. Interesante—. Es uno de los hombres más deseados del mundo —comenté. Si Isla sabía algo de él, necesitaba que me lo contara. Ese tipo era el responsable de la muerte de Adrian, y utilizaría toda la información que pudiera conseguir sobre él.

Soltó una risita nerviosa.

—¡Exacto! Como *hola papi sexy*, ¿dónde has estado toda mi vida?

Un latido incómodo y estallé en una carcajada. Me reí tanto que los ojos me escocían de lágrimas. Illias no tenía ni puta idea de quién era su hermana. Apostaba a que debajo de esa cara inocente y esa brillante mirada esmeralda, era una auténtica loca.

Sí, definitivamente me agradaba.

—Me alegro de que seas mi cuñada —señalé—. Tú y yo le daremos una lección a Illias. —Lo decía muy en serio.

Negó con la cabeza, sonriendo.

—Debo mantener en secreto cuando busco problemas. Y tengo la sensación de que tú incendias todo a tu paso.

—Qué descripción más adecuada de mí y de mi familia —bromeé. Isla era perspicaz, más de lo que su hermano le atribuía—. Apostaría a que Enrico Marchetti no es tan correcto a como se ve.

Pasó un latido.

—Sigamos. Deja que te presente quién es quién para que las reconozcas cuando nos veamos con mis amigas —formuló. No se me escapó el cambio de tema, pero de momento no insistiría con lo de Marchetti. Ciertas preguntas había que hacerlas con delicadeza.

—Está bien, cuéntamelo todo sobre tus amigas —acepté, y luego añadí en voz baja—: Y sobre Marchetti. —Era el momento de buscar información.

Dejó escapar un suspiro como si supiera que no iba a dejarlo pasar.

—De acuerdo, esta es Reina. —Empezó a explicar, señalando a la guapa rubia de cabello rizado alborotado. Su hermana está en el piano —continuó Isla. De vez en cuando la vista se veía obstruida por alguna modelo que llevaba los diseños de Reina. Mis ojos siguieron su dedo. La chica de cabello rizado castaño oscuro tocaba el piano, con una sonrisa serena en la cara y un rostro casi idéntico al de su hermana—. Phoenix es increíble tocando el piano. Reina también es increíble, aunque le gusta más la moda.

—Creía que habías dicho que la hermana de Reina es sorda —expresé con curiosidad.

Todas parecían de la edad de Isla. Unos veintitrés o algo así. Excepto Reina. Parecía más joven.

—Lo es. —Quitó la mirada de la pantalla, sus esmeraldas verdes lucían pensativas—. Phoenix fue rechazada cuando solicitó inicialmente el ingreso en el programa de música de nuestra universidad. Así que Reina solicitó entrar con la condición de que aceptaran a su hermana mayor. Creo que siempre supo que Phoenix la necesitaría, y por eso se esforzó tanto en el instituto. Terminó la preparatoria dos años antes. Ella tiene veintiuno, Phoenix tiene veintitrés. —Eso confirmó la edad—. En fin, Reina hizo doble carrera, diseño de modas para ella, y música por su hermana.

Alcé las cejas.

—Es impresionante.

—Phoenix también es impresionante —replicó—. Es solo que nadie le daba la oportunidad de prosperar porque es sorda. Así que Reina se encargó de todo.

—Creo que quiero ser como Reina cuando crezca —musité, sintiéndome de repente insuficiente.

Isla se rio entre dientes.

—Sí, yo también.

Mis ojos volvieron a la pantalla y me quedé boquiabierta. El video cambió del desfile de modas a la fiesta posterior. Y decir que Isla y sus amigas bailaban como *strippers* sería quedarse corto. Sonaba *Bubble Butt* de Bruno Mars y las chicas se nalgeaban el trasero y bailaban como si su único propósito en la vida fuera seducir a los hombres.

Misión cumplida, porque todos ellos tenían los ojos puestos en ellas. Mis cejas se fruncieron. ¡Diablos! ¿Era Aiden Callahan? Sus ojos se entrecerraron con claro disgusto en ellos. La cuestión era a quién iba dirigido.

Con Marchetti, en cambio, no tuve que adivinar.

Isla bailaba seductoramente y sus ojos se desviaban hacia Enrico Marchetti. Él se mostraba estoico, no obstante, lo delataban la forma en que su vista ardía hacia Isla y las miradas asesinas que le enviaba a los demás hombres del club.

A mi cuñada le pasaban más cosas de las que contaba. Parecía cargar con sus propios secretos. Aunque de una cosa sí estaba segura, mi marido podría estar ocultándome información, pero yo la conseguiría por mi cuenta.

Isla sería mi pase para acercarme a Enrico Marchetti.

—*Ne, ne, ne.*

El chef movió la cabeza en señal de desaprobación mientras Isla y yo picábamos romero y ajo. Había algo en cortar verduras y en el movimiento repetitivo que resultaba relajante. Bueno, lo sería si el chef no dijera “*ne, ne, ne*” cada tres minutos.

Los dos compartimos una mirada y pusimos los ojos en blanco.

—Pavlev, hoy queremos comida italiana, no rusa.

La mirada llena de blasfemia que nos dirigió fue cómica. Las dos nos contuvimos, intentando no reírnos a carcajadas. El cocinero agitó las manos y se marchó enfadado.

Me acerqué a una bandeja de verduras, tomé un pepino y me lo llevé a la boca.

—No sé por qué se enfada cada vez que le sugiero comida italiana —dijo Isla mientras masticaba mis verduras—. Tiene la personalidad de un italiano.

Me reí entre dientes.

—¿Conoces a algún italiano con una personalidad tan extravagante?

Ambas estallamos en carcajadas.

—Conozco algunos bien *guapotes* —comentó, renunciando a picar el ajo.

—¿Como Enrico Marchetti? —bromeé. Sus mejillas se sonrojaron. Me mataba no saberlo. Además, quería ver si había alguna forma de ponerme en contacto con él. Si había algo entre ella y Marchetti, de lo que estaba segura, ella podría ayudarme a hablar con él—. ¿O hay un italiano más caliente que ese *papacito*?

Soltó una risita suave.

—Es un *papi sexy*, ¿verdad? Y ni siquiera sé si tiene hijos.

—Ese no es el tipo de papi del que estoy hablando.

A Isla le brillaban los ojos y las risas inundaron la cocina. Se acercó al pequeño equipo de música y empezó a cambiar de estación. Se decidió por uno de música clásica. No era mi primera

opción, pero no me quejé. Por el momento.

—¿Quieres vino? —Le ofrecí.

—Oh, sí. Por favor. —Le serví un vaso y me dispuse a hacer lo mismo conmigo. Pero me quedé quieta, con la botella en el aire—. Mierda —murmuré.

—¿Estás bien?

—Sí. —Era un hábito servirme una copa, pero había renunciado a él. Por mis bebés. Por mi bienestar—. La pregunta es si tú estás bien.

Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Me encogí de hombros.

—Bueno, te pones tan roja cada vez que saco el tema de Enrico Marchetti que me preocupa que tus mejillas queden manchadas para siempre.

—Mi maldito cutis apesta —se quejó.

—Creo que es precioso. —Puso los ojos en blanco y bebió un sorbo de vino. Ambas renunciábamos a la comida italiana, pero no a los hombres italianos—. Ahora, sobre Marchetti...

Alargó la mano hacia el otro lado de la mesa y tomó un trozo de brócoli. Cuando levanté la ceja, se limitó a comentar:

—Va bien con el vino.

—Si tú lo dices.

—Tengo razón —murmuró—. Y no tengo nada que decir de Enrico Marchetti. —La estudié, negándome a creerlo. Estaba segura de que había mucho que contar. Suspiró—. Bien, solamente fue una noche.

Una noche. Con el *papi ardiente*. Jesucristo. Illias explotaría. Cualquiera que fuera la asociación de negocios que los dos tenían en marcha, se haría humo.

—¿Lo sabe tu hermano? —curioseé mientras un plan empezaba a formarse en mi mente. Nikita estaba sobre mí como una mosca sobre la mierda mientras Illias no estaba. Sin embargo, cuando rondaba, normalmente se mantenía alejado. Podría ser mi oportunidad de salir de aquí y buscar respuestas.

Marchetti las tendría, ya que estaba claro que quería a Adrian muerto.

Isla soltó una risita.

—Dios, no. Mi hermano aún cree que tengo doce años. —Bueno, eso me sonaba familiar. Me volví salvaje en la universidad, y arrastraba a Isabella y a mí a problemas. Mi primer bocado de libertad y volé como un pájaro. Sin remordimientos.

—¿No crees que tu hermano lo aprobaría? Al fin y al cabo, Marchetti e Illias son amigos —afirmé, secamente.

«Y cómplices», añadí en silencio. Necesitaba saber exactamente cuál había sido el crimen de Adrian.

Sus ojos parpadearon hacia mí, observándome con extrañeza.

—No se conocen.

Tomó un trozo de zanahoria y lo mordió. El sonido de su crujido llenó la cocina. La tensión parecía crecer con cada masticada, alcanzando altos niveles. Había algo raro y Marchetti era la conexión. Al menos eso parecía.

—¿Qué te hace pensar que no se conocen? —No podía obligarme a mentirle. Era obvio en el funeral de Maxim que se conocían. Y luego estaba la llamada telefónica. Y mi memoria. Marchetti y Konstantin no eran simples conocidos.

¡Un maldito año! Me llevó todo un maldito año entenderlo y recordar aquella noche. El

terapeuta sabía de lo que hablaba, después de todo. Mis recuerdos del accidente volvieron cuando estaba preparada para manejarlos. Sin embargo, no podía quitarme el ligero sabor a traición al sentir que Illias me había dejado en la oscuridad.

Mierda, debería habérmelo dicho.

—¿Qué te hace pensar que sí? —reviró, estudiándome con curiosidad. Tendría que tener cuidado con ella. Era demasiado observadora.

Me encogí de hombros.

—Una mala suposición, supongo —expliqué vagamente y volví a llenar su vaso.

En el otro extremo de la cocina, Nikita nos observaba. No podía oír nuestra conversación. Nunca me gustaron los guardaespaldas que acechaban como sombras oscuras a mi alrededor. Bueno, Nikita parecía estar decidido a convertirse exactamente en eso. Me volvía jodidamente loca.

—¡Oye, Nikita! —grité a través de la cocina—. ¿Quieres un trago?

Su expresión permaneció impasible, pero algo parpadeó en su mirada. Molestia tal vez. Probablemente estaba enojado por tener que quedarse atrás y vigilar a las mujeres. Isla dijo que normalmente viajaba a todas partes con Illias, pero esta vez su hermano insistió en que se quedara con nosotras.

No confiaba en nadie más para mantenernos a salvo.

—No te burles de él —susurró Isla, dando un trago a su bebida—. Se va a molestar.

Solté una risita.

—Creo que podría ser demasiado tarde para eso.

—No creo que le agrade vigilarnos —cotilleó.

Me encogí de hombros.

—Bueno, es libre de irse cuando quiera —comenté mientras rellenaba el vaso de Isla.

—Me vas a emborrachar —protestó, su habla ya era ligeramente más lenta. Iba por buen camino—. Y después te aprovecharás de mí.

Era graciosa. ¿Cómo tenía Isla un hermano tan serio? Probablemente igual que yo. Vasili era mandón, serio y nada divertido. Sasha era especial. Un poco loco. Y luego estaba yo. Un ángel perfecto.

—Tienes que beber por las dos. —Dejé la botella y me froté la barriga—. Y te prometo que mis manos nunca te tocarán —bromeé.

Agitó la mano y guiñó un ojo.

—Puedes mirar, pero no tocar. —Se puso las manos en las mejillas y los ojos se le nublaron—. No puedo pensar en eso ahora. —Mi cuñada era divertida cuando estaba borrachita—. O tendría que devorarme a un hombre y eso sería inapropiado.

Y aparentemente también se ponía cachonda.

—Totalmente inapropiado. —Asentí, y luego bajé los ojos—. Mira lo que pasa cuando haces cosas inapropiadas.

Ella soltó una risita.

—¿Quedas embarazada? —Afirmé con la cabeza—. Dos bebés, ¿eh?

Sonreí.

—Dos bebés. Todavía no me lo creo. He querido tener hijos durante tanto tiempo y ahora, finalmente está sucediendo.

—Apuesto a que nunca pensaste que sería con mi hermano cuando lo conociste hace tantos años —señaló.

Resoplé sarcásticamente. Había muchas cosas que nunca pensé que ocurrirían con Illias

Konstantin.

—La vida obra de maneras misteriosas. —Me incliné conspiradoramente sobre la mesa—. Y tengo la sensación de que funcionará así contigo y Marchetti.

—Tatiana —me reprendió, pero su risita lo estropeó.

Gemí.

—Muero de curiosidad —admití—. Su imperio de marcas de lujo me interesa mucho. —También su conexión con el mundo criminal y la muerte de Adrian aún más, pero aquello me lo reservé para mí misma.

El chef volvió por la puerta de la cocina, murmurando y mirando nuestra comida a medio preparar.

—No sabemos cocinar —mentí—. Ven y prepáranos pasta italiana. *Gelato*. ¿Pene italiano? Cualquier cosa italiana, la tomaremos.

Se giró como una *prima donna* y volvió a salir de la habitación con una sarta de maldiciones rusas a sus espaldas.

—Solamente tiene que maldecir en italiano, y no habrá nada que me convenza de que en el fondo no es un italiano.

Isla soltó una risita.

—Eres incorregible. A Illias no le agradan los que tienen opinión propia. Debe de amarte mucho.

Su comentario me paralizó momentáneamente. El corazón me dio un vuelco antinatural, seguido de una oleada de calor que me recorrió el pecho. Era diferente a todo lo que había sentido antes.

¿Me ama?

Me invadió una risa sarcástica mezclada con una pizca de amargura. Me estaba adelantando a los acontecimientos. Amaba a Adrian, pero él nunca me había dicho esas dos palabritas. Yo se las había dicho de sobra por los dos. Sin embargo, de alguna manera alimentaba el resentimiento y la amargura.

El amor y el matrimonio eran cosa de dos. Al menos eso creía. Parecía ser el caso de Vasili e Isabella. No era como si hubiera modelado mi matrimonio según lo poco que había oído de la relación de mis propios padres.

Así que allí estaba yo. Casada de nuevo y sin idea de lo que debía y no debía tolerar de mi pareja.

Me quité de la cabeza la ridícula idea del amor y me levanté. Las patas de mi silla se arrastraron contra el suelo de baldosas, rompiendo el sonido de la música con un fuerte chirrido.

—Escuchemos algo mejor —propuse. Cambié de estaciones y mi movimiento se detuvo—. De ninguna manera —murmuré en voz baja.

La misma canción de Bruno Mars.

—Me encanta esa canción —expresó Isla, poniéndose de pie de un salto.

Meneaba el trasero como Beyonce o quizás incluso Shakira, y yo sacudía mi cabeza divertida. Apostaría todo mi dinero a que Isla y sus amigas eran salvajes, no obstante, mantenían sus expresiones inocentes y dulces delante de sus familias.

—¿Quieres que te dé golpecitos en el trasero como lo hacían tus amigas en el video? —pregunté en voz alta cuando se agachó, haciendo *twerking*.

Durante las cuatro horas siguientes, vi un lado completamente distinto de Isla.

CAPÍTULO VEINTE

KONSTANTIN



Casi una semana desde que había tocado a mi mujer. Que la había cogido. Escuchado sus gemidos. Y, mierda, ni loco pasaría otro día sin su compañía.

Cada noche sin ella era una agonía. Cada día parecía un año sin ella. La *Omertà* podía irse al puto infierno. Tenían mi juramento, pero no mi verga ni mucho menos mi corazón.

Sin embargo, allí estaba yo, reunido con el maldito italiano en Mongolia. En el *Brussels Belgian Beer Cafe* en Ulaanbaatar. Hay que ser italiano para encontrar un bar como este en Mongolia. Me negué a reunirme con él en Italia. No estaba en mi camino a Rusia. Así que iba a ser en ese país o nada.

—¿Ansioso por volver a casa con tu esposa? —reflexionó Marchetti.

No me molesté en contestarle. El me citó a esa reunión. Y acepté. Así que será mejor que empiece de una vez antes de que me vaya.

Marchetti estaba tumbado en el sofá frente a mí, con la mirada fría. Hablamos de seguridad y de negocios, pero había algo más en su mente. Y no tenía nada que ver con los negocios ni con mi mujer.

—Romero quiere una boda rápida —comentó con displicencia.

Me encogí de hombros. Sabía que no estaba de acuerdo con ese planteamiento.

—No necesito una invitación a la boda —comenté secamente. No era que la boda fuera a celebrarse. Amon iba por su Reina, lo quisiera ella o no—. Desafortunadamente, mi esposa y yo debemos declinar, ya que estamos ocupados.

A juzgar por la expresión de Marchetti, no le hacía ninguna gracia. Le gustaba que los miembros de *Omertà* mostraran su apoyo en acontecimientos como ese. Eliminábamos amenazas juntos. Nos enriquecíamos juntos. Nos casábamos juntos.

Amon nunca estuvo destinado a sentarse a la mesa. Los antecedentes de su padre le dieron un pie en la puerta. Los antecedentes de su madre le dejaron un pie fuera. Lo contrario era cierto cuando se trataba de la *Yakuza*, pero nuestro imperio se extendería por todo el mundo si Amon Leone se hiciera cargo.

—Pasaste por encima de mí para ir con Amón —declaró Marchetti con calma—. Me aseguraré de cobrártelo. Tal vez con tu esposa. ¿O tal vez con tu hermana?

Algo oscuro e indeseado serpenteó por mi pecho.

—¿Cómo carajo sabes lo de mi hermana? —gruñí.

La risita de Marchetti llenó el espacio.

—Tengo mis maneras, Konstantin. No eres mi único experto en informática. —Que ni se le ocurra a Giovanni a cruzarse en mi camino. Podría estrangularlo. Tuvo que ser él. Era el único técnico del grupo. Puto cerebritito.

Averiguar sobre mi encuentro con Amon probablemente no fue demasiado difícil. Aunque parecía increíble que Giovanni fuera capaz de desenterrar eso. Cuando borré inicialmente todas las conexiones Konstantin con Isla, hice que Maxim intentara rastrearla hasta nosotros. No fue capaz. ¿Cómo mierda pudo Agosti?

Era inútil reflexionar sobre ello. Enrico sabía de ella. Tatiana e Isla eran mis mayores fortalezas y debilidades. Él lo sabía. Yo lo sabía. Para mi fortuna, también conocía su debilidad. Una en particular y no dudaría en usarla si intentaba herir a mi familia.

—¿Sabías que la conocí? —preguntó, divertido.

Apreté la mandíbula.

—No, eso es una puta novedad para mí. ¿Y cómo diablos la conociste?

—Ella y sus amigas celebraron un desfile de modas en uno de mis locales —explicó, con tono aburrido. Dios, a veces me sacaba de quicio.

—Mi familia está fuera de los límites. —El ardor de mi pecho se encendió y se extendió como un infierno. Marchetti me observaba con un brillo divertido en sus ojos castaño oscuro. Parecía un modelo italiano, y las mujeres parecían caer rendidas ante él—. Míralas y te arrepentirás de haber oído el apellido Konstantin.

—Oh, ambos sabemos que no arrastrarías a tu hermana a una guerra sucia conmigo —aseguró secamente.

Se me heló la sangre en las venas. Era la segunda vez que mencionaba a mi hermana. La que se suponía que no debía conocer. A menos que...

—¿Te llegó otro video? —indagué mientras la inquietud vibraba bajo mi piel.

—Sí —confirmó, mientras la sangre tamborileaba en mis oídos. Había mantenido a Isla fuera del radar de todo el mundo. Ni siquiera llevaba el mismo apellido. Me aseguré de ocultar toda conexión entre nosotros para que nadie la encontrara jamás.

«*Sin embargo, allí estábamos*», mi mente se burló.

Una parte de mí quería estrangular a Marchetti. Eliminar al hombre que sabía de la existencia de mi hermana.

—¿Quién más sabe de ella?

—Solo yo —aseguró suavemente, con desinterés en la voz, pero se esforzaba demasiado por mantenerlo—. Ya que te gusta joder mis planes, pensé en cobrártelo y joder los tuyos. Era tu hermana o tu mujer, sin embargo, no estaba preparado para que este planeta ardiera.

Sonrió, pero carecía de cualquier atisbo de humor. Se me revolvieron las entrañas y mi rabia se convirtió en furia al imaginar que pensaba hacerle algo a mi mujer.

—No vuelvas a mencionar a mi mujer, ni siquiera a insinuarla —espeté, con la voz mortalmente calmada a pesar del infierno que me invadía—. E Isla está fuera de los límites o termino con la *Omertà*. —Parecía animado por mi respuesta. Ambos sabíamos que la única salida de la *Omertà* era la muerte, pero me aseguraría de llevarlo conmigo.

—Es una joven encantadora —comentó despreocupadamente y una fría ráfaga de furia se encendió en mi pecho. Podría haberle arrancado la vida a Marchetti sin saltarme ni un solo latido.

Ese *cabrón*. Mi vista se tiñó de rojo. La rabia se me enroscó en el pecho. Quería embadurnar las paredes y el suelo con su sangre.

—Créeme cuando te digo que no te gustará mi salida de la organización si tan siquiera miras

a mi hermana —amenacé—. Porque me aseguraré de arrastrarte conmigo a las profundidades del infierno, donde ni mi mujer ni mi hermana serán de tu incumbencia.

En su boca se dibujó una sonrisa de complicidad. Una expresión de suficiencia pasó por sus ojos, como si estuviera satisfecho de que yo acabara de confirmarle algo.

—Estoy deseando que llegue ese día, Konstantin.

Entré en mi casa y me encontré con paredes que retumbaban y cristales que vibraban por la música a todo volumen que sonaba en todo el primer piso. Era tan jodidamente fuerte que me sorprendió que no se produjera una avalancha desde las colinas cercanas. Demonios, incluso desde una montaña.

La música sonaba a todo volumen con alguna canción vieja que incluso yo reconocía. No podía creer que mi hermana escuchara *Brother Louie* de los 80. ¿O eran los 70? Joder, qué me importaba.

La conocida canción retumbaba en el aire y casi esperaba una bola de discoteca en algún lugar. *Brother Louie* parecía ser el tema. Si viera a alguien con esos malditos zapatos de doble plataforma, empezaría a disparar.

Doblé la esquina y encontré a mis guardias llenando el pasillo.

—¿Qué mierda está pasando aquí? —refunfuñé. Todos se agolparon frente a las puertas dobles de mi sala. Dos de mis hombres tenían las orejas pegadas a las puertas, escuchando. Debía de estar contratando a idiotas, porque no había ninguna posibilidad de que oyeran algo por encima del volumen de la música.

—¿Por qué no están allí vigilándolas? —exigí saber, mis ojos en Nikita—. En vez de eso están aquí afuera tirándose de las pelotas.

Nikita se adelantó, con una expresión implacable en el rostro.

—Ese ángel rubio tuyo le disparó a uno de los hombres.

Un gruñido vibró en mi pecho. No debería sentir la necesidad de dispararle a alguien en mi casa. Si alguien había intentado hacerle daño, yo mismo les dispararía a todos esos hijos de puta.

El rojo salpicó mi visión.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le hizo? —Mi voz era como un látigo de aire frío.

Nikita negó con la cabeza.

—¿Por qué no preguntas por qué le disparó?

Tatiana era salvaje e impulsiva, no obstante, era mi mujer y no permitiría que ningún hombre la cuestionara ni a ella ni a sus actos. Esa era solo mi prerrogativa.

—Ten cuidado, Nikita —advertí en voz baja—. Es mi esposa.

Sus labios se afinaron con disgusto.

—Su esposa nos ordenó permanecer afuera. Ella y tu hermana tienen clases particulares de baile y la señora Konstantin amenazó con que su próxima bala atravesaría el corazón de alguien.

De acuerdo, Tatiana podía ser salvaje. Lo sabía, pero a la mierda. Prefería su lado salvaje al triste. Aunque me preocupaba la influencia que tendría en mi hermanita. Isla era tímida y cohibida con los extraños.

—¿Por qué no quitaste la música cortando la electricidad de la habitación? —preguntó Boris, apareciendo detrás de mí.

—Me parece un enfoque mejor —acepté.

A Nikita se le desencajó la mandíbula y su expresión se ensombreció.

—La caja de fusibles está en la habitación —comentó—. Adentro. —Inclinó la barbilla hacia las puertas cerradas—. Dijiste que, si alguien le ponía un dedo encima, le cortarías las manos. Ella se aprovechó de ello.

No sabía si estar orgulloso o enfadado. Definitivamente, la primera opción. Reina hasta la médula.

Dejándolos a todos atrás, empujé las puertas y las atravesé. Las puertas rebotaron contra la pared, con las bisagras protestando por la violencia. Por supuesto, no se oyó ni un solo ruido, ya que la música que sonaba por los altavoces ahogaba cualquier otro sonido.

Por eso, ni mi hermana ni Tatiana me vieron entrar, pero yo sí me fijé en ellas. Bailaban como si fueran *strippers* profesionales e Isla estaba más borracha que un marinero ruso. Se me desencajó la mandíbula. Mi hermana nunca bebía alcohol, ni siquiera en Navidad.

Y apenas una semana con Tatiana y mi hermana ya estaba hecha polvo.

Tatiana llevaba unos *leggings* negros que se ceñían a sus curvas y un *jersey* azul claro de gran tamaño que le llegaba a la mitad de los muslos. Mi hermana llevaba una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos que apenas le cubrían el trasero. ¡En pleno puto invierno!

Bien, mi momento de orgullo podría haber disminuido ante aquella escena. Con la ira a punto de estallar, me acerqué a la toma de corriente y desenchufé el cable de la pared.

La música se detuvo en mitad de una estrofa. Ambas tenían las manos apoyadas en la columna de soporte y el culo parado. Parecía que estaban compitiendo por la medalla de oro en *pole dance*. Si eso fuera una categoría en las Olimpiadas, las dos la ganarían.

—¿Qué...? —La voz indignada de Tatiana llenó el silencio.

Dos pares de ojos se encontraron con mi mirada. Unos borrachos y otros sorprendidos. Sin embargo, no duró mucho, pues su expresión se volvió rápidamente de suficiencia. Se hizo un silencio ensordecedor mientras mi mujer y yo nos mirábamos fijamente. Ella ganó.

—¿Qué demonios están haciendo? —gruñí.

Sonrió, con una expresión de pedantería, pero no perdió la calma. De hecho, parecía muy contenta con mi reacción.

—Mi querido esposo, ¡por fin has vuelto con tu mujer! Te he echado tanto de menos. Cocinaba y limpiaba, llenaba mis días de costura y punto, pero nada me satisfacía del todo. Rezaba y contaba los días para que mi amado volviera a casa conmigo. —Sus ojos brillaron con la ira que escondía bajo su pálida mirada azul—. Con la esposa que dejó embarazada.

Jesucristo.

Estaba encabronada. Y yo estaba duro como una roca.

CAPÍTULO VEINTIUNO

TATIANA



Los ojos de Illias estaban hirviendo de lujuria.

Eran más oscuros que la medianoche y, a pesar que estaba molesta, mi cuerpo hormonal respondió. Sí, era inmaduro echarles la culpa a mis hormonas, pero daba igual.

—Isla, vete a tu habitación —gruñó.

Observé a mi marido con la frustración burbujeando en mi pecho.

—No le hables así.

—No pasa nada —me aseguró Isla. Parecía mortificada por haber sido sorprendida por su hermano sacudiendo el trasero.

—¡No!, no está bien —reviré—. Noticia de última hora. Eres una mujer adulta. Él no puede decirte lo que tienes que hacer. Especialmente, cuando es él quien tiene tantos malditos secretos.

Isla miró a su hermano y luego a mí. No sabía de qué estaba hablando, pero era lo bastante lista como para no preguntar. Podía ser que siempre la hubieran mantenido protegida, sin embargo, tenía buenos instintos y un excelente sentido de la autopreservación.

—Ve a tu habitación, *Sestra* —ordenó Illias. Era la viva imagen de la falta de remordimientos. Sorprendente. El tipo estaba acostumbrado a conseguir lo que quería—. Tú y yo tendremos una charla mañana sobre tu desfile de modas en el local de Enrico Marchetti.

Ambas nos quedamos inmóviles, conmocionadas. Compartimos una mirada y le hice un gesto apenas perceptible con la cabeza. No tenía sentido negarlo. Cualquier cosa que haya averiguado, él estaba seguro de lo que se había enterado. Con suerte, era información puramente platónica. Resultó que Isla estaba en el local alojado en el edificio de Marchetti. Esa era una historia a la que me ceñiría. De cualquier manera, significaba que tendría que acelerar mi plan.

Esta noche secuestraría a mi dulce cuñada. Sería más sutil que mi propio secuestro, pero sería uno, al fin y al cabo.

—¡Ahora, Isla! —bramó y ella se sobresaltó, lo que ocasionó una mirada fulminante de mi parte—. A tu habitación.

Me miró preocupada y le sonreí para tranquilizarla.

—No te preocupes, tengo tres hermanos más grandes y aterradores que él —le aseguré—. Illias es como un enorme gatito.

Un quejido llenó el espacio.

—No me lames gatito, esposa.

Me encogí de hombros.

—Si te queda el zapato.

Isla intercalaba su atención entre nosotros dos, no estaba convencida de que pudiera manejar a su hermano. Era un hombre fuerte, *pero* no conocía a mis hermanos; si lo hiciera, tendría más fe en mí. Podría derrotarlos fácilmente. Aunque tuviera que jugar sucio.

—No pasa nada —repetí—. Iré a verte más tarde. Toma dos Advil antes de irte a la cama.

Con una inclinación de cabeza, se balanceó sobre sus pies mientras salía de la habitación y se dirigía al piso de arriba. En cuanto la puerta se cerró tras ella, Illias se me echó encima con una larga zancada.

Mi espalda chocó contra la pared. Su cuerpo se apretó contra el mío. Sus manos me agarraron los muslos y me obligó a abrirlos.

—Te equivocas al compararme con tus hermanos —refunfuñó, tan peligrosamente suave—. Porque, Tatiana, ángel mío, tus hermanos nunca harían esto.

En un movimiento rápido, sus dedos se deslizaron dentro de mis pantalones y bajo mis bragas. Me introdujo un dedo y un gemido se escapó de mis labios. Dios, qué bien me sentía con su cuerpo contra el mío. Tener su grueso dedo dentro de mí.

—Ah, *moya luna* —dijo—. Tu coño me extrañaba.

—No te engañes —me burlé. Metió un dedo en mi entrada, seguido de otro—. Te fuiste sin decir una maldita palabra —siseé, con el tono entrecortado mientras él entraba y salía de mi sexo ávido—. Estoy enfadada contigo.

Se rio, su boca rozó mis mejillas. Mi mandíbula. Mis labios.

—Puedes estar enfadada conmigo mientras te como el coño.

Se me entreabrió la boca, aunque no me atreví a negárselo. ¿Me hacía lucir débil? Tal vez, pero, mierda, si yo también lo deseaba, por qué no aprovecharlo. Deslizó los nudillos de sus dedos dentro de mí y mis ojos se entornaron de deseo.

Mis caderas se arquearon ante su contacto.

—¿Dónde estabas? —pregunté, curiosa por si me daba una respuesta.

—Me reuní con Marchetti —respondió, su boca volvió a rozar mi mandíbula—. Te manda saludos.

La sorpresa me inundó al ver que respondía con sinceridad.

—¿Para qué? —indagué, esperanzada. Quizá podríamos trabajar juntos. Tal vez Konstantin me iba a contar todo el trasfondo que nos llevó a aquella noche del accidente. Yo le ayudaría con ese chip y él me ayudaría a entender qué hizo exactamente Adrian.

—Un trato de marca de moda. —Bueno, tal vez no. La decepción me inundó. Obviamente, no me diría nada. Bien. Funcionaba en ambos sentidos. Si él se negaba a compartir información, yo haría lo mismo. Su pulgar encontró mi clítoris y mi cabeza cayó hacia atrás. Soltábamos jadeos y gemidos.

—Puedo oler tu excitación. —Mi clítoris palpitaba. Se me nubló la vista. Mis oídos zumbaban—. Estoy hambriento y voy a darte un festín con este coño toda la noche.

—Tal vez este coño no te quiere —repliqué con indiferencia—. Tal vez tiene ganas de probar a otro hombre.

Mi voz entrecortada podría haber arruinado mi intención, pero el resultado fue perfecto. De repente, Illias me agarró por un puñado de cabello. Su mirada se clavó en la mía llena de confusión. Sus ojos ardían, revelando corrientes bajo su oscuridad que me arrastrarían al olvido.

—Nunca bromeas sobre tocar a otros hombres. —El veneno de su voz me aceleró el corazón. Sacó el dedo y volvió a meter dos—. Asesinaré a cualquiera solamente por mirarte.

—E-so podría ser un p-problema. —Jadeé, mientras mi sexo se frotaba contra su mano. La

sangre me retumbaba en los oídos. La lujuria ahogó todos los demás sonidos, dejándome a solas con él—. Porque si mato a todas las mujeres que te miran, solo quedaremos nosotros dos en este mundo.

—Me parece bien.

Su mirada ardía. Obsesión. Posesión. Locura. Esas eran las tres palabras que usaría para describir a mi esposo. Y todas estaban dirigidas a mí.

Sus manos me abandonaron. Dio un pequeño paso atrás. Dios, a nadie le quedaba tan bien un traje como a Illias. Los hombros anchos que ocultaban sus trajes a medida. La piel bronceada que yo sabía que escondía. Un hombre salvaje y despiadado empaquetado en un traje sofisticado.

Lo quería desnudo. Quería sentir su piel caliente contra la mía.

—Quítate la ropa. —Algo en su tono autoritario me hizo estremecer. Obedecí rápidamente. Demasiado ansiosa, porque una semana sin tenerlo dentro de mí había sido agonizante. Con la ropa tirada en el suelo, me quedé desnuda delante de él.

Sus dedos recorrieron mi bajo vientre, su tacto suave y reverente.

—¿Cómo te has sentido?

La reverencia en su voz me produjo fiebre. Que me diera dinero, ropa de marca, diamantes... todo eso era genial, pero aquello... la reverencia en su voz por nuestros bebés fue lo que me hizo caer de rodillas.

—Echaban de menos a su *Papa* —murmuré. Dio un paso adelante, cerrando el espacio entre nosotros.

La oscuridad de sus ojos destelló con la luz. El tiempo se detuvo. Nuestras respiraciones se entremezclaron. Entonces su boca se estrelló contra la mía. Me levantó sin esfuerzo y mis piernas rodearon su cintura. Me abrazó con fuerza mientras cruzaba la habitación.

Lo dejaría pasar esta noche. Iría en busca de respuestas, pero él vendría por mí. Sin duda, sabía que me encontraría. Lo único que no sabía era cómo terminaríamos al final de todo.

Se sentó en el sofá, con mis rodillas a horcajadas sobre él. Su pesada mirada acarició cada centímetro de mi cuerpo. Mi boca. Mis pechos. Mi vientre. Mis curvas. Sus manos seguían el camino de su mirada, un tacto áspero y posesivo que dejaba marcas tras de sí. Como si quisiera que todo el mundo supiera que era suya. Su boca se aferró a mi pecho y una descarga de lujuria recorrió mi torrente sanguíneo. Sus caricias eran ásperas y urgentes, como las mías. Alimentó mi fuego. Yo encendí el suyo.

Mis manos se enterraron en su cabello mientras me chupaba los pezones, cada roce de sus dientes contra la piel sensible me producía temblores.

Su mano me dio una palmada en el trasero.

—Levántate y siéntate en mi cara.

Apenas me dio la orden, me jaló hacia arriba. Chillé suavemente, pero enseguida se convirtió en un gemido cuando me tiró hacia su cara. Su barba era áspera contra mi piel sensible. Gemí. Él gimió. Apoyé mis muslos en el respaldo del sofá y mis manos se aferraron a su cabeza mientras su cara se hundía en mi coño.

Chupó y lamió. Mis caderas se movían y se molían contra su boca. Mis gemidos llenaban el espacio. En el fondo de mi mente, me preocupaba asfixiarlo, pero en cuanto intenté apartarme, su mano se posó en mi trasero.

Nalgada.

Grité, agarrándole un puñado de cabello.

—Regresa a mi cara —gruñó—. Quiero asfixiarme con tu coño.

Sus dedos se clavaron en mis caderas y me golpeó contra su cara. El gemido que soltó vibró

hasta mi interior. Movi6 la lengua en 6rculos, lamiendo mi n6ctar. Luego, me mordió el cl6toris sensible e hinchado, y luego introdujo su lengua en mi entrada. Mis caderas se agitaron. Jadeé. El orgasmo me atravesó y me dejó sin aliento.

No tenía ni una maldita idea de cuándo se había desabrochado los pantalones, no obstante, estaba sacándose la camisa de vestir de los pantalones y tiré de su pene, con movimientos ansiosos y frenéticos. Estaba caliente y pesado en mi mano, y tan duro. Entonces, sin previo aviso, me agarró por las caderas y me penetró de golpe.

—¡Ahhhhh... Dios... mío...! —Me ahagué sin aliento con el placer ardiendo por mis venas.

—Tu esposo —murmuró contra mi boca—. Dios no. Lo mataré a él también.

Mis tontos latidos tropezaron consigo mismos. Mi respiración se agitó. Mis senos rozaban el material de su traje.

—Lo que tú quieras. —Exhalé, mientras mis dedos arrancaban frenéticamente la chaqueta de su traje y luego se encargaban de su camisa. En cuanto mis palmas tocaron su ardiente piel, suspiré. Tocar a Illias era un pecado en sí mismo. Su cálida piel olía a hogar. A *mi* hogar. Lo lamí, saboreando cítricos y sándalo.

Mi cielo personal. Mi propio infierno personal. Mi purgatorio.

—Recuerda esas palabras. —Se inclinó hacia delante y me tomó el labio inferior entre los dientes—. Porque te voy a coger toda la noche —susurró contra mi boca. Estaba tan dentro de mí, de mi cuerpo, de mi alma y de mi cerebro, que debería estar aterrorizada. Sin embargo, lo único que sentía era excitación.

Nuestras bocas se amoldaron. Deslicé la lengua en su interior y un gemido procedente de lo más profundo de su pecho vibró contra mi propio corazón. Me apretó las caderas con las manos y empezó a guiarlas contra su longitud.

Rompió el beso el tiempo suficiente para decir:

—Móntame, nena.

Lo hice. Su beso se volvió duro, su lengua imitó el balanceo de mis caderas. Mi sangre retumbaba en mis oídos, corriendo por mis venas. El combustible y la llama se encendieron, consumiéndome. Igual que este hombre. Mi marido.

Moví las caderas, al principio despacio y con pereza, pero él no quiso. Así que tomó las riendas. Sus dedos se clavaron en mi piel y me levantó ligeramente, hasta que su dura longitud casi se deslizó fuera de mí. Solo para empujarme con más fuerza hacia abajo, golpeando mi coño contra su pelvis. Mi cl6toris chocaba contra él. Eché la cabeza hacia atrás. Su respiración agitada y mis gemidos llenaron el silencio.

La sensación de tenerlo tan dentro de mí me llevó al límite. Sus gruñidos y gemidos se hicieron eco de los míos. Repitió el movimiento y un escalofrío me recorrió. Sus ásperas manos me sujetaban con fuerza. Sentía el roce de su cuerpo contra cada centímetro de mí. Mis pechos contra su duro torso. Los latidos de nuestros corazones retumbando al unísono.

Sus dientes me mordisquearon la mandíbula y luego me besó con fuerza. Sin delicadeza.

Me movió de arriba a abajo, tocando un punto muy dentro de mí. La presión aumentaba. Se tragó mis gemidos. Me estremecí contra él con cada roce de mi cl6toris contra su pelvis. Me mecía, controlando la velocidad.

El placer, que iba en aumento, estalló en mí. Mis paredes se apretaron, estrangulando su miembro. Mi respiración se agitó.

—¡Mierda! —Dejó escapar un profundo gemido masculino, enterrando su cara en mi cuello. Inhaló profundamente y me mordió, marcándome. Mi propio placer me recorrió el cuerpo y se disipó lentamente cuando se estremeció entre mis brazos, siguiéndome hasta el límite.

Pegó su frente a la mía. Nuestras respiraciones eran agitadas y erráticas. Mi mirada se ahogó en la suya.

—¿Estás bien? —musitó suavemente. Mis dedos se enredaron en su cabello y mis sentidos estaban sobrecogidos por él. Su cuerpo duro se amoldaba al mío o el mío se amoldaba al suyo.

—Sí.

Sus ojos se centraron en mí. Una llama fundida que enviaba lava a través de mi ser.

—Bien, porque acabamos de empezar. —Me besó la punta de la nariz—. Te he extrañado.

Tum tun. Tu tum. Tu tum. Podía sentir su corazón como si fuera el mío.

Las emociones danzaron a través de mí. Y me di cuenta de algo sorprendente.

Me había enamorado de mi esposo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

KONSTANTIN



—Me voy a la cama. —Bostezó Tatiana.

—No, no lo harás —solté—. Eres mía toda la noche. Hay que compensar esas siete noches.

El pasillo de nuestro dormitorio estaba vacío y oscuro. Todos se dispersaron en cuanto supieron que estaba en casa. Volvieron a sus posiciones. No deberían haber estado revoloteando alrededor de mi esposa y mi hermana de todos modos.

Me observó por encima del hombro.

—Tú te fuiste por siete noches, yo no. Me quedé satisfecha, así que ahora me voy a dormir. —Meneó las caderas al caminar, dándome a propósito una vista perfecta de su trasero. No era su forma habitual de andar. Pequeña tentadora—. Puedes masturbarte en la ducha hasta que te sacies. No olvides el lubricante.

En cuanto se cerró la puerta de la habitación, le di una nalgada. Su cabello se agitó en el aire y se volvió para mirarme.

—¿Qué mierda? —espetó, dándose la vuelta y poniendo la mano detrás de ella.

—Te lo dije; haremos esto toda la noche —gruñí.

Entrecerró los ojos.

—Bueno, usa palabras, Illias. No tus manos en mi trasero.

Sonreí.

—Te gustó cuando cabalgaste mi polla abajo. —Sus mejillas se sonrojaron y mi verga respondió al instante. Me encantaría ver su culo enrojecer también—. Ahora, quítate la ropa e inclínate sobre la mesa.

Sus ojos siguieron los míos hasta el escritorio donde solía trabajar, y luego volvieron a mirarme.

Tragó saliva.

—¿No necesitas descansar o algo? A tu edad, debe...

Sus palabras vacilaron ante mi expresión adusta. No me gustaba que me recordaran nuestra diferencia de edad. Las parejas normales deseaban que sus cónyuges continuaran su vida con felicidad. ¡A la mierda eso! Yo quería a Tatiana en la vida y en la muerte. Siempre los dos. Juntos.

—Ropa. Fuera. Ya.

Puso los ojos en blanco, pero obedeció. Probablemente más por su bien que por el mío. Dejó

la ropa tirada en el suelo y se quedó desnuda delante de mí. Me excitó muchísimo. Ya estaba medio empalmado subiendo las escaleras, viéndola contonear sus caderas.

Pero viéndola así, no había vuelta atrás. Nada de dormir esa noche.

—Inclínate sobre ese escritorio.

—Esto es ridículo —protestó mientras se daba la vuelta y levantaba el trasero al inclinarse sobre la mesa.

—Las manos sobre la cabeza.

Sacudió la cabeza.

—Apuesto a que *ni tú ni tus amigos* quieren escuchar esas palabras.

Haciendo caso omiso de su ironía, me incliné y le separé los brazos, luego doblé sus dedos sobre el borde de la mesa.

—Agárrate a esto, *moya luna*, y no te muevas.

Mi mano recorrió su grácil espalda, bajó hasta la curva de su culo y volví a darle otra nalgada. Sus caderas se agitaron y sus dedos se curvaron.

—Abre más las piernas.

Para mi sorpresa, obedeció sin chistar. Aunque fue peor para mí, porque en cuanto lo hizo, vi que estaba mojada. Sus jugos brillaban, rogándome que la lamiera. Mi polla se puso dolorosamente dura, tentándome a meterme dentro de ella.

Ella era mi hogar. No solo su cuerpo. Su corazón. Su alma. Su ingenio.

Todo en ella me gritaba *hogar*.

Mi mano volvió a caer sobre su trasero y un gemido de placer llenó la habitación. Su coño se hinchó ante mis ojos. Metí la mano entre sus piernas y las separé aún más. El aroma de su excitación y a rosas se coló en mis pulmones. Giró la cabeza y me miró con lujuria en sus ojos.

—¡Quiero tu polla! —demandó.

Me quité los zapatos de una patada y empecé a desvestirme. Mi chaqueta. La corbata. La camisa. Los pantalones. Calcetines.

Mi miembro la añoraba. Siempre la había deseado, pero era mejor hacerla sufrir. Rodeé mi erección con la mano, acariciándola desde la punta hasta la base. Con la otra, deslicé la mano por la parte baja de su espalda y luego por su trasero redondo.

—Creía que querías que me masturbara —le recordé, deslizando los dedos entre sus piernas y sobre su coño resbaladizo.

—Ya no. —Se retractó con voz ronca—. Ahora quiero que me folles.

Nalgada.

—¿Cómo se piden las cosas? —pregunté, pasando la punta de mi dedo por su culo—. ¿Cuáles son las palabras mágicas?

—¡Vete a la mierda! —Empujé mi dedo suavemente a través de su apretado ano y jadeó.

—Inténtalo de nuevo —pedí con voz rasposa, mientras retiraba el dedo.

—¿P-por favor?

Esa mujer estaba acostumbrada a salirse con la suya. Que Dios me ayudara, le daría cualquier cosa que me pidiera. Me tenía comiendo de su mano y probablemente lo sabía.

—¡Eso es! —La felicité. Deslicé mis dedos sobre su coño resbaladizo de nuevo y llevé sus jugos de nuevo a su culo, empujando mi dedo dentro. Estiré su ano, dentro y fuera. Dentro y fuera—. Voy a reclamar este culo virgen.

—Sí —gimoteó—. Necesito más.

Introduje dos dedos en su apretado agujero, estirándolo. Su trasero se frotó contra mí, sus gemidos eran cada vez más fuertes.

—¿Quieres mi polla?

—Sí —gimió, con la voz entrecortada.

—¿Dónde? —inquirí. Cuando me miró confusa, le pregunté—: ¿En el culo o en el coño?

Sus ojos se abrieron de par en par y sus labios se entreabrieron. Maldita sea. Quería su boca, su culo, su coño. *Todo*.

—Culo.

Un gruñido de satisfacción vibró en mi pecho. Llevé mi verga, chorreante de semen, hasta su culo y lo unté en su agujero. Sus caderas empujaron contra ella, los músculos de su ano apretándose con avidez. Jadeó, moviéndolo contra mi polla erecta.

—Recuerda respirar —le recordé. Ella asintió y me miró por encima del hombro mientras yo empujaba mi miembro más allá de su anillo muscular. Se arqueó y coloqué mi mano en la parte baja de su espalda, acariciándola. Seguí metiéndola y sacándola lenta y superficialmente.

Sus jadeos y suspiros coincidían con mi respiración agitada. Mis caderas se movían, empujando contra su trasero, más profundamente dentro de ella. Metí una mano entre sus muslos y le acaricié el clítoris. Unté sus jugos, frotándolo más fuerte y más rápido. Sentía cómo se tensaba, cómo su culo apretaba mi erección.

Entonces ella se arqueó aún más, empujando mi longitud hasta el fondo y con eso fue suficiente. Su cuerpo se trabó y se corrió con un grito, su néctar chorreando por mi mano. La penetré con más fuerza con la boca pegada a su nuca.

Mordí su suave piel mientras me derramaba dentro de su culo.

Su cabeza volvió a apoyarse en la mía y, por un momento, el mundo fue como debía ser.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

TATIANA



Me desperté con un cuerpo cálido y pesado a mi espalda y unos brazos fuertes que me envolvían.

Mi cuerpo estaba adolorido. Mi alma y mi corazón también. Fiel a sus palabras, Illias me folló toda la noche hasta que quedé tan exhausta que tuve que rogarle que parara. Me giré para mirarlo mientras dormía. Incluso así, se veía poderoso.

Tenía las cejas fruncidas. Su expresión era inquieta. Tenía los labios apretados.

Tal vez podía sentir lo que estaba a punto de hacer o tal vez incluso en sueños pensaba en los secretos que desentrañaría.

Con cuidado de no despertarlo, me levanté de la cama y me dirigí al vestidor. Había guardado ropa para ponérmela. Mi bolsa ya estaba preparada y guardada en el vehículo que me pensaba llevar. Empaqué ropa suficiente para Isla y para mí, además de dinero. Mientras Konstantin mantenía mi teléfono y mis efectos personales bajo llave, me dio libertad para usar su American Express negra y dinero en efectivo.

Lo aproveché al máximo.

Las tenues luces que Illias había instalado en su vestidor me resultaron útiles para vestirme. Me puse un sujetador y unas bragas, luego unos pantalones negros de yoga Lou & Grey, la comodidad ante todo, y un *jersey* blanco holgado. Caminé por el armario para tomar un par de UGGs cuando una elegante caja negra llamó mi atención.

Incapaz de resistirme a la curiosidad, la abrí con cuidado. «*Tal vez Illias me trajo algún regalo elegante de sus viajes*», pensé al abrirla.

Un trozo de papel salió revoloteando y bailó por el aire hasta aterrizar en el suelo. Me agaché lentamente y lo recogí. Era una nota. Con mi letra.

—¿Qué...? —susurré en voz baja.

*Arruinaste mi oportunidad de coger.
Ahora te toca a ti satisfacer esos impulsos.
Nos vemos en la pérgola.*

Todos estos años guardó la nota. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando me asaltaron

los recuerdos de aquella noche.

El olor. La consumación. Las palabras.

Nunca debí confundir a Adrian con Illias.

Tantos años desperdiciados. Tantas vidas perdidas.

Adrian nunca me quiso. Era doloroso darse cuenta, pero era la verdad. La pregunta seguía siendo por qué se casó conmigo. Las pistas que dejó eran confusas, solo me hacían andar en círculos.

Tal vez el chip que todos querían contenía las respuestas, pero dudaba que alguna vez las compartieran conmigo. No me quedaba otra opción.

Se las sacaría a esos hombres.

—Despierta.

Isla le dio un manotazo al aire y casi me da un puñetazo en la cara. Esa chica debía mantenerse alejada del alcohol.

—Despierta —siseé. Cuando su mano se alzó en el aire, la agarré y le di una suave bofetada en la mejilla.

—¿Qué...? —Se levantó de un salto y me golpeó en la frente. Vi estrellas.

Los gemidos de ambas vibraron entre nosotras.

—Ouch.

Me froté la frente mientras parpadeaba con fuerza, ahuyentando las estrellas.

—¿Qué pasa? —murmuró, con un aliento tan fuerte a alcohol que estaba segura de que me emborracharía con solo olerlo. Debería haberle cortado el rollo cuando cambió el vino por el licor.

Le pasé sus propias UGGs.

—Póntelas. Tenemos que irnos.

Parpadeó. Luego, volvió a parpadear. Entonces, tiré de ella.

—Date prisa. Está a punto de irse todo a la mierda.

—¿Dónde está Illias? —indagó, con los ojos recorriendo la habitación como si esperara que apareciera de la nada.

—Está manejando la situación —susurré. La culpa me invadió. No me gustaba mentirle, pero teníamos que salir de allí. Marchetti mató a mi difunto esposo, así que me daría respuestas. Y más le valía que fueran buenas o lo mataría.

Todavía confusa, se puso sus UGGs y yo recogí su móvil de la mesita y me lo metí en el bolsillo. Menos mal que Lou & Grey tenía pantalones de yoga con bolsillos.

Tomando su mano entre las mías, tiré de ella y salimos del dormitorio. El corazón me retumbaba mientras nos escabullíamos por los pasillos. Durante esas seis semanas, conocía cada cámara y cada punto ciego.

Mis hermanos no criaron a ninguna tonta.

Esquina izquierda. Luego, la esquina derecha. Puerta secreta de la servidumbre. Gracias a Dios por eso.

Diez minutos y estábamos en el garaje. Me dirigí al Land Rover que había designado para esa pequeña excursión. Abrí la puerta del acompañante, empujé suavemente a Isla hacia el asiento y le abroché el cinturón.

—Quédate aquí.

Me detuvo antes de que pudiera cerrar la puerta.

—¿Qué está pasando?

Hice un gesto con la cabeza.

—Solamente son medidas de seguridad —aseguré—. Ahora vuelvo. Cierra los ojos. —Como estaba claro que no lo haría, le di el teléfono—. Ve cómo estará el clima.

Fue lo primero que me llegó a la mente, pero necesitaba sus ojos en cualquier cosa menos en mí. Si veía lo que iba a hacer a continuación, podría sospechar. Hizo lo que le pedí, así que cerré la puerta rápidamente.

Me dirigí al coche más cercano. Otro todoterreno. Abrí el capó, corté los cables de la batería y lo cerré. Pasé al siguiente. Y al siguiente. Y al siguiente. Una vez que los quince todoterrenos eran inservibles, observé todos los vehículos deportivos. Era imposible que pudieran circular por las carreteras invernales de Rusia, aunque Illias estuviera tan loco como para conducirlos con este clima.

—No, no está tan loco —murmuré en voz baja.

Así que volví corriendo al único todoterreno que quedaba y me puse al volante.

Marchetti, allá vamos.

Nos alejamos del castillo en silencio.

Mis ojos se desviaron hacia el espejo retrovisor, aquel sitio se hacía cada vez más pequeño. En mi mente se reproducían imágenes de llamas ardientes. Podía ser que no hubiera incendiado el castillo de Konstantin, pero posiblemente sí estuviera destruyendo lo que nos unía.

La tensión en mis hombros se amplificó. El pequeño susurro de mi mente me decía que lo que estaba haciendo no era correcto, pero no me detuvo. Mi plan estaba en marcha. Conseguiría las respuestas o nunca encontraría la paz.

Lo hacía por mí.

El primer destello del alba asomó por el horizonte. Llevaba horas conduciendo y ningún coche, helicóptero o avión merodeaba por los alrededores. Hablando de aviones... Miré a mi lado y descubrí que Isla se había quedado dormida, con sus suaves ronquidos llenando el espacio cerrado. Era preciosa y muy confiada.

Se me oprimió el pecho al pensar que le pudiera pasar algo, pero aún peor era la sensación de haber traicionado su confianza. Esperaba que me perdonara.

Alcancé su teléfono, lo sostuve frente a ella para el reconocimiento facial.

—Y estamos dentro —murmuré, volviendo a centrar mi atención en la carretera. Mis ojos se desviaron hacia su agenda telefónica y busqué el listado de pilotos. Me dijo que tenía al piloto de Konstantin en la agenda como "Piloto" porque nunca sabía quién atendía esa línea. Al parecer, Illias tenía tres en espera.

Me desplacé hasta la letra "P" y lo encontré.

—Voilà.

Pulsé el botón de llamada y esperé. *Pip. Pip.* Contestó al tercer timbrado.

—¿Diga?

—Hola —saludé, manteniendo mi voz suave para reflejar la de Isla—. Soy Isla. ¿Puedes recogerme en Sudáfrica? Estoy en Johannesburgo.

—Pensé que te había dejado en Rusia.

Gemí en silencio. Su trabajo era decir “sí, señora” y poner el avión en marcha. No

cuestionarme a mí o a ella. Bueno, daba lo mismo.

—Me aburrí y hacía frío, así que, mis amigas y yo nos fuimos a Johannesburgo.

—¿Lo sabe tu hermano?

—*Mmmm*. —Esperaba una simple aceptación del encargo, no todas esas preguntas—. Sí, pero quiere que vuelva a casa. Ya sabes, con la Navidad acercándose y todo eso.

Miré hacia Isla y parecía seguir dormida. Tenía la cabeza apoyada en la ventana, respiraba lenta y pausadamente, y el cabello pelirrojo le cubría la mitad de su rostro.

—Tienes suerte, ya que estaba a punto de volar de vuelta a Estados Unidos.

—Gracias.

Terminé la llamada y solté un suspiro.

—¿Qué haces, Tatiana? —Me sobresalté al oír su voz, mi mano se sacudió en el volante. El auto se desvió hacia el carril contrario y rápidamente tomé el control, volviendo a mi lado del camino. Gracias a Dios no había más rusos locos en la carretera. De lo contrario, estaríamos fritas.

—¡Cielos!, me asustaste. —Respiré, con el corazón golpeándome el pecho.

No pareció inmutarse.

—Y tú me secuestraste. —Mierda, era más lista de lo que creía—. ¿No es así?

Apreté con fuerza el volante. No quería disgustarla. No quería perder la relación que habíamos construido durante la última semana. Acabábamos de conocernos.

Manteniendo los ojos en la carretera, respondí:

—Algo así. En realidad, necesito tu ayuda.

Dejó escapar un suspiro sarcástico.

—Podrías habérmelo pedido, sabes.

—Podría haberlo hecho —confirmé—. Aunque no podía arriesgarme a que dijeras que no o que tu hermano se enterara de mi plan.

Se acomodó en el asiento y me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Lo vas a dejar?

Tragué saliva. ¿Lo estaba haciendo? No, no lo hacía. Aunque no estaba segura de si me querría cuando todo estuviera dicho y hecho.

Estaba claro que Illias caía en los mismos hábitos que mis hermanos. Protegerme a toda costa y ocultarme la verdad. Por la forma en que mantenía a salvo a su hermana no cambiaría ese aspecto, de la misma manera en que mis hermanos no cambiarían su postura en cuanto a mi seguridad. Estaba arraigado en ellos.

—No, pero necesito averiguar algo y tu hermano no me va a ayudar —expliqué.

Levantó una ceja, estudiándome. Luego soltó un suspiro.

—Cuéntame el plan, entonces —aceptó de mala gana—. Obviamente, estoy sedienta de castigo porque Illias nos encontrará y luego nos encerrará.

Sonreí.

—Tendrá que atraparnos primero.

Y los coches deportivos y las carreteras invernales rusas no iban de la mano.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

KONSTANTIN



Estaba parado con las piernas ligeramente separadas y los puños a la espalda. Necesitaba toda mi fuerza de voluntad para no explotar en ese instante. Y no matar a cada uno de los hombres que trabajan para mí. Holgazanes, incompetentes hijos de puta. Ella me dejó. Se fue.

Agarré mi teléfono y busqué la aplicación que la rastreaba. Seguía en movimiento. Por la velocidad a la que iba, tenía que estar en un avión. No en mi avión. No podía imaginarla en un avión comercial, así que llamé a Vasili.

—Tienes valor para llamarme. —El saludo de Vasili fue tan jodidamente cálido que se sintió peor que los inviernos rusos—. ¿Dónde está mi maldita hermana, y por qué no contesta al teléfono?

Joder.

Eso significa que no la ayudaron. En realidad, hubiera preferido esa opción. Que Tatiana haya ideado un plan por sí misma podría no haber sido un buen augurio para nuestro futuro juntos. ¡Jesucristo! Destruyó toda mi flota de vehículos, dejando solo los deportivos inútiles.

Mi teléfono sonó, señalando un mensaje de texto.

Torre de control: El avión no está disponible. El registro muestra que va a Sudáfrica.

¿Qué mierda... Sudáfrica?

—Está bien —refunfuñé dispuesto a colgar cuando la risa de Vasili retumbó a través de los auriculares—. ¿Qué diablos es tan gracioso?

—Se te escapó, ¿verdad?

—¿Lo sabías?

—No, pero acabas de confirmarlo. Lo hizo mucho durante sus años universitarios. —El cabrón podría haberme avisado—. Te daré un consejo, Konstantin. Solamente por el bien de mi futura sobrina o sobrino. —Por lo menos, sabía que mis cuñados protegerían a los hijos de Tatiana y míos como si fueran suyos. Tampoco era necesario. Yo estaba allí y quemaría el planeta hasta los cimientos por mi familia, pero había algo reconfortante en saber que, si algo sucedía, ellos estarían ahí para nuestros hijos. Así como lo estuvieron para su hermana—. Cuanto más intentes encerrarla, más huirá. Déjala ser libre, y nunca dejará su jaula.

—Podías habérmelo dicho antes —siseé.

Se rio entre dientes. No veía nada divertido en esa situación. Mi mujer estaba ahí afuera, vulnerable y desprotegida para ser atacada con nuestros bebés en su vientre.

—Te dije que Tatiana nunca iba a permitir ser dominada —replicó secamente—. Puede que te haya engañado y te haya seguido la corriente, pero todo el tiempo ha estado maquinando cómo librarse.

Perfecto. Simplemente *perfecto*.

—Fue un placer charlar contigo. —*Mentira*—. Lamentablemente, tengo que encontrar a mi mujer y asegurarme de que está a salvo.

—Yo revisaría las armas de tus hombres. Apostaría dinero a que robó una y no te preocupes, ella sabe disparar y defenderse. Puedes agradecerle a Sasha por eso. Y sus rutinas de escape también.

Voy a matar a Sasha Nikolaev.

—Eso no me hace sentir mejor —comenté secamente.

—A mí tampoco. Si sé algo de ella, te llamaré, pero dudo que vuelva a New Orleans.

Me quedé quieto. Pensé que sería lo primero que haría.

—¿Por qué no?

—Porque está decidida a averiguar quién mató a Adrian.

Finalizó la llamada.

CAPÍTULO VEINTICINCO

TATIANA



París.

La Ciudad del Amor. La Ciudad de la Luz.

Las luces de Navidad brillaban. La Torre Eiffel se iluminaba como un reino mágico, arrastrándote a su encanto con el ambiente del amor y las fiestas. El clima era frío y fresco, pero la ciudad no descansaba. Estaba a todo lo que daba: música en las calles, cafés concurridos, preciosas luces y adornos a donde quiera que miraras.

Y podíamos verlo todo desde nuestra habitación de hotel en el Triangle d'Or. El Hotel Marignan Champs-Élysées era romántico. Tan romántico que me arrepentí de no haber traído a mi marido.

Suspiré.

Veinticuatro horas. Había hecho un buen trabajo destruyendo sus posibilidades de seguirnos, porque aún no habíamos visto a un solo hombre ruso. Aunque el teléfono de Isla había estallado con mensajes y llamadas de su hermano exigiéndole que le respondiera.

No lo hizo.

—Vamos a divertirnos —insistí.

No sabía lo que nos depararía el día siguiente, pero no dejaría que la velada se desperdiciara. Teníamos al menos varias horas para matar.

—¡Sí! Estoy lista.

Cinco minutos rebuscando entre la ropa y las dos nos decidimos por un vestido. Aunque nos congelaríamos el trasero, sin embargo, no se podía estar en París y no vestirse acorde. Yo opté por un vestido azul oscuro hasta la rodilla que se acampanaba de cintura para abajo y un par de tacones *Louboutin Pigalle nude*.

Me di la vuelta.

—¿Cómo me veo?

—Preciosa. —Al otro lado de la cama, Isla daba vueltas. Su vestido *nude* era más sutil que mi vestido azul, pero acentuaba su belleza natural—. ¿Y yo?

Sus *Louboutin Dolly Pumps* rosas le dieron a Isla un extra de cinco centímetros y hacían juego con su cinturón ancho alrededor de su esbelta cintura. La combinación de accesorios y colores era perfecta. Era sofisticado, pero no la hacía parecer demasiado joven.

—Deberías usar esto mañana —comenté—. A Marchetti se le caerá la baba.

Sonrió, con las mejillas sonrojadas.

—Tengo algo mejor para mañana. Lo compré antes en el vestíbulo.

Sacudí la cabeza.

—Sin tarjetas de crédito, ¿verdad?

—Todo en efectivo, *baby*.

—Qué buena cómplice —elogié.

Hizo una ligera reverencia.

—Mi objetivo es complacer.

Diez minutos después, recorriamos las calles de París. Había estado en la ciudad hacía mucho tiempo con Vasili, cuando apenas tenía diez años. Sin embargo, en ese momento era una experiencia muy diferente.

Tomadas de la mano, empezamos a caminar por la acera. El silencio nos seguía, aunque era uno cómodo. Aspiré profundamente, el hielo invadiendo mis pulmones. Comparado con Rusia, no hacía tanto frío. Aunque, comparado con New Orleans estaba helado. Me abrigué bien y miré a Isla para asegurarme de que no tenía frío. Las dos llevábamos abrigos negros similares y boinas negras a juego.

Cuando se la di, protestó, pero insistí. Le dije:

—Cuando se está en Francia, se lleva un sombrero francés.

—Los sombreros fueron una buena decisión. —Sonrió, lo arregló para que quedara inclinado a la moda y seguimos por la acera.

No tardamos mucho en llegar al humilde y calmado río Sena. El río fluía por Troyes y atravesaba el corazón de la ciudad. Mi paso se detuvo y observé cómo las luces se reflejaban en la superficie del río. La belleza me golpeó y un recuerdo que había olvidado se apoderó de mí.

—Adrian, ¿por qué no podemos parar en París de camino a casa?

—Tengo trabajo.

Dejé escapar un suspiro frustrado.

—Te tomaste un tiempo libre para venir a Rusia. Podemos tomarnos dos días más y parar en París.

Adrian me había llevado a un estacionamiento en Rusia antes de terminar en la habitación del hotel. Nuestra luna de miel fue francamente una mierda y no era en absoluto lo que yo esperaba. Ni siquiera una cena en un restaurante. En vez de eso, pidió servicio a la habitación. El día anterior y ese día.

—No. Cuando esté muerto, ve a París.

Parpadeé confundida, luego repetí lentamente.

—Cuando estés muerto...

Su mirada se encontró con la mía. Sin emociones. Fría. Plana.

—Ve a París. —Terminó la frase.

Apretando los puños, comenté:

—Entonces vayamos a pasear por las calles de Moscú.

Decir que estaba molesta era quedarse corto. Me merecía algo mejor que aquello. Si le decía a Vasili que mi luna de miel había sido una mierda, él se encargaría, pero no quería recurrir a eso. No quería escuchar el “Te dije que no salieras con él” de mi hermano mayor.

Adrian volvió los ojos a la pantalla y yo di un pisotón, con la furia amenazando con desbordarse.

—¡Adrian!

Las calles y las vistas de Moscú eran mejores que mirar esas cuatro paredes. Si me hubiera

devorado y nos la hubiéramos pasado entre las sábanas, podría convencerme de quedarme, pero ni siquiera me había tocado.

—Puedes ir —replicó, sin apartar los ojos de la pantalla—. Te esperaré aquí.

La ira hervía en lo más profundo de mi ser, aunque me negaba a empezar una discusión en mi luna de miel. Por muy mierda que fuera. Así que tomé un abrigo y me fui sin mirar atrás.

Y allí estaba yo. En París. Demasiados años después. Una vida demasiado corta.

—¿Estás bien? —El aliento de Isla empañó el aire, y sus ojos me miraban llenos de preocupación. Asentí, volviendo mi atención hacia el Sena. Me quedé observando el río, y oyendo los sonidos de la música suave y romántica que viajaba en la brisa.

—Es irónico, ¿sabes? —Empecé suavemente, algo me dolía en el fondo de mi alma. De algún modo, mis dos matrimonios habían empezado de la misma manera. Fuga. Huida a Rusia —. Adrian, mi primer marido, también me llevó a Rusia de luna de miel. —Frunció el ceño, mirándome confusa. Sacudí la cabeza y suspiré—. Es una larga historia —añadí.

Permaneció en silencio, esperando a que continuara, aunque no sabía adónde me llevaría esa historia. ¿Otra decepción? ¿Otra pista?

—Me alegro de haber podido venir aquí contigo —expresé cariñosamente.

—Yo también. —Me apretó la mano—. ¿T-te trató bien?

La amargura podía ser como el veneno, deslizándose por tus venas hasta que olvidabas todo menos lo malo. Era tan fácil perderse en los errores. En los suyos. En los míos. En los nuestros. Ni siquiera importaba. Recordé al chico que me daba helado a escondidas cuando Vasili decía que no. El chico que golpeó a los que me molestaban en la escuela secundaria cuando Sasha estaba en el servicio.

En las últimas semanas o tal vez incluso meses, me había dado cuenta de que *había sido* bueno conmigo. Hasta que nos casamos.

En ese entonces, en lugar de unirnos más, nuestro matrimonio nos había destrozado. Y, con cada descubrimiento, las semillas de la duda crecían y la sospecha empezaba a formarse. Mi difunto esposo no era quien yo pensaba que era.

—Sí —contesté finalmente, porque cualquier otra cosa era demasiado complicada. Adrian se había ido y en ese momento, nada más quería saber la verdad. Que descansara en paz. Y que yo viviera en paz. Nos la habíamos ganado. Me volví hacia ella y sonreí—. Estamos en la ciudad más romántica del mundo. Disfrutémosla esta noche.

Y así lo hicimos. Paseamos por sus calles centenarias. Su impresionante arquitectura brillaba con una luz completamente diferente.

Estuvimos en un crucero nocturno por el Sena. Disfrutamos de nuestras bebidas en un bar de la azotea. Pasamos por una piscina Art Déco. Luego, comimos en Montmartre.

Incluso fuimos de compras. Entramos y salimos de las tiendas. Las vendedoras francesas estaban más que ansiosas por vendernos de todo. Nos llamaban rusas ricas. No me molesté en corregirlas hasta que salimos de la tienda con bolsas de vestidos y zapatos.

—Por cierto, somos estadounidenses —les aclaró Isla, robándome las palabras de la boca.

Las dos soltamos una risita mientras la puerta se cerraba tras nosotras con un timbre. Enlazó su mano con la mía y bajamos pavoneándonos por la acera. Sus pasos se detuvieron y mis ojos se fijaron en la tienda de lencería.

Mis ojos se desviaron hacia ella y luego de nuevo a la tienda.

—¿Por qué estamos paradas aquí?

—Tal vez...

Negué con la cabeza, sin dejarla terminar.

—No, no. Si tu hermano se entera de que te llevé a una tienda de lencería y compraste algo para seducir a Marchetti, me matará.

Puso los ojos en blanco.

—Lo dudo. Según los mensajes que recibí de mi hermano, iría por mi cabeza si te pasa algo.

Un latido me saltó en el pecho. Un calor brotó en mi corazón. En mi interior florecieron tantos sentimientos. Illias se preocupaba tanto por mí como para amenazar a su hermana. A su hermanita. La presión en mi pecho creció, y no podía esperar a verlo de nuevo.

Justo cuando iba a abrir la boca, una sensación de ser observada me recorrió la espalda. Giré la cabeza y una sombra oscura se dio la media vuelta. Hombros anchos y familiares. Cintura estrecha. Trasero musculoso.

—¿Ese es Nikita? —pregunté, entrecerrando los ojos sobre el hombre que se alejaba de nosotros.

—Si fuera Nikita, nos patearía el trasero —comentó Isla. Tenía razón y ciertamente no se alejaría de nosotras.

Mi pulso se aceleró. Me latía en la garganta. Zumbaba en mis oídos.

Dejé en el olvido la tienda de lencería, corrí tras la figura familiar.

Eché un vistazo por encima del hombro, dejándome ver su perfil. Un temblor recorrió mi cuerpo. La ansiedad se me agolpó en el pecho y comenzó a expandirse en mi interior como la escarcha en invierno. Incrementó tanto que me costó respirar.

Sacudí la cabeza. *No, no, no.* No podía ser él. Cálmate. Respira, Tatiana.

Inhalé profundamente y exhalé lentamente. Luego lo repetí, y en todo momento mis pasos no vacilaron.

—Tatiana —llamó Isla—. Espera.

No me detuve, mis pasos se aceleraron y mis tacones *Louboutin* chasquearon contra el pavimento.

El desconocido dobló la esquina y desapareció de mi vista.

Empecé a correr, escuchando los tacones de Isla detrás de mí. *Clac. Clac. Clac.* El sonido de nuestros tacones golpeando la acera se mezcló mientras perseguía al fantasma que me había estado observando. Llegué a la calle, doblé la esquina y me detuve bruscamente.

—Dios mío, ¿qué sucede? —Isla respiraba entrecortadamente mientras se inclinaba y apoyaba las manos en las rodillas—. Estos tacones son una mierda para correr.

Levantó la cabeza, aún medio agachada, con los ojos fijos en el oscuro callejón y luego en mí.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, aún respirando con dificultad.

Con los ojos fijos en el callejón, empecé a hacerme preguntas. El hombre seguía caminando, aunque no corría.

—¿Nikita? —Lo llamé. Ni siquiera caminó lento. Nada. No hizo caso a mi llamado. El tipo ni siquiera se giró para ver quién lo llamaba.

Estaba a punto de volver a gritar cuando un autobús me cortó la visión del hombre sombra. *Zoom.* Apenas pestañeeé, el autobús había desaparecido y el hombre también.

No había nadie. No había nada allí. Desapareció, así sin más.

—Volvamos al hotel —gruñí, mirando la calle vacía.

—¿Por qué?

Tragué saliva, con el miedo creciendo en la boca del estómago.

«*Porque podría estar perdiendo la cabeza*».

CAPÍTULO VEINTISÉIS

KONSTANTIN



Volví a mirar el monitor que mostraba la ruta de Tatiana.

¡Dos días! Dos malditos días que parecían dos malditos años.

Intenté sacar mi Bugatti para llegar a la ciudad. ¡Jodido pedazo de chatarra! El maldito cacharro apenas corrió medio kilómetro antes de deslizarse fuera de control. Se estrelló contra la fuente y lo dejé allí con el capó abierto y todo el lado del conductor destrozado.

Y la cereza del pastel: se desató una tormenta de nieve. No había forma de salir. Mi helicóptero no pudo atravesarla. Además, Tatiana se aseguró de que mi avión estuviera en Sudáfrica. En el puto fin del mundo.

Lo peor, mis malditos vehículos eran inservibles.

Mierda, mierda, mierda.

Seguí mirando la pantalla, mientras el puntito azul seguía paseándose. Logré obtener su ubicación y la de Isla gracias al hotel. Pude haberle pedido un favor a Marchetti, pero no me fiaba de él. No cuando se trataba de Tatiana y de mi hermana menor.

También estaba descartado llamar a los locos Nikolaev. Sasha iniciaría una guerra en el bajo mundo.

¡Joder!

Por si fuera poco, todos los hombres en los que más confiaba estaban atrapados en esta puta casa conmigo. Me había estado partiendo la cabeza intentando averiguar qué pretendía Tatiana. ¿Quizás recordó el accidente y secuestró a Isla para vengarse de mí? O quizás Tatiana le contó lo que le había hecho a la madre de mi hermana y las había perdido a las dos.

Una mierda en todos los sentidos.

Le envié mensajes a Isla. No respondió, aunque los leyó. Rastree las llamadas y los mensajes que pudiera haber enviado. No se contactó con nadie. Ni siquiera con sus mejores amigas.

Al menos, hasta que se puso en contacto con Marchetti.

Sin embargo, ¿quién lo llamó?, ¿Tatiana o Isla? ¿Y por qué ese hijo de puta no me avisó enseguida?

Me dieron ganas de quemar su imperio hasta las cenizas. A la mierda, ni siquiera me importaba si me hundía con él.

Pero Tatiana e Isla... no podía arriesgarme a que cayeran también.

Intervine las cámaras de vigilancia de la ciudad. Observé a Tatiana y a mi hermana actuar como turistas en París, ambas despreocupadas, como si estuvieran de vacaciones.

Golpeé la mesa con el puño.

Una niebla roja cubrió mi visión. Quería protegerla. Esconderla de la mierda de Adrian. Pero, en lugar de confiar en mí, Tatiana fue directo a la cueva del lobo dada su ciega devoción por ese cabrón. Adrian.

Si pudiera matarlo de nuevo, lo haría. Sin dudar.

Debí haberlo hecho en cuanto me quitó a Tatiana.

Me cegó la sobreestimulación de mi mente. Me dificultaba pensar. Sabía que estaba perdiendo el control. Mi obsesión con Tatiana me nublabla. Desde que evalué cada palabra y mirada que me dirigió a partir de que volví, estaba jodidamente seguro de que recordaba el accidente.

Abandoné la mesa con la vigilancia instalada y me acerqué a la ventana, soltando un fuerte suspiro mientras contemplaba el vasto paisaje blanco.

—Al menos están a salvo —comentó Boris, tratando de ser útil. No lo *era*.

Me golpeé el muslo con el dedo. Su observación no ayudó. La necesidad de proteger y castigar latía por mis venas. Cuando le pusiera las manos encima a mi mujer, le daría unos azotes y luego me la follaría tan fuerte que no podría andar en unos putos meses.

—Llama a Yan, el guardaespaldas de Tatiana —ordené—. Que vuelen a París esta noche y las vigilen. Uno o los dos, me importa una mierda, pero que alguien no las pierda de vista.

Boris frunció las cejas.

—En realidad es una buena idea.

Debería haberlo pensado en cuanto me di cuenta de que estábamos atrapados en Rusia.

—Recuérdame que nunca vuelva a Rusia en invierno —comenté secamente.

—Tu mujer se alegrará —reflexionó.

Suponiendo que aún tendría esposa cuando todo esto terminara.

CAPÍTULO VEINTISIETE

TATIANA



No teníamos mucho tiempo antes de que Illias nos alcanzara. Lo inteligente habría sido encontrarnos con Marchetti al llegar, pero necesitábamos unas horas de diversión y dormir un poco. Además, no íbamos a encontrarnos con él llevando pantalones de yoga.

Yo era vanidosa. Isla también. Nos importaba un pepino.

Sin embargo, ese día estábamos preparadas.

Llevaba un vestido color *champagne* que me llegaba hasta los muslos y tenía la espalda cruzada. Se adaptaba perfectamente a mis curvas, aunque me apretaba un poco por delante. Los bebés crecían deprisa y sin parar. Me miré los pies. Combiné el vestido con unos tacones *Louboutin*, pensando que sería una de las últimas veces que me pondría unos en mucho tiempo. Opté por no maquillarme y me recogí el cabello en una coleta alta.

Estaba preparada para recibir respuestas. Me armé de valor y me preparé para lo peor. Fuera lo que fuera: chantaje, traición, vida secreta... Ya no lo sabía.

La magnífica vista de la Torre Eiffel se extendía frente a mí. La ciudad brillaba con la misma intensidad bajo los rayos del sol que bajo las luces y la luna de la noche anterior.

La imagen del hombre en la sombra parpadeó en mi mente. Pensé en él la noche anterior mientras intentaba conciliar el sueño. Quizá la luna me jugó una mala pasada o tal vez me perseguían mis estúpidos recuerdos.

Mi mente repasó cada segundo de ese breve encuentro. ¿Era Nikita? El hombre me resultaba conocido, aunque parecía tener una marca en la mejilla cuando se puso de perfil. ¿Tal vez una marca de nacimiento? O quizás le estaba dando demasiadas vueltas. El perfil podría haber sido engañoso. El hombre no actuó como si me conociera.

Cuando me dormí, estaba segura de que era mi imaginación la que me jugaba malas pasadas. Los recuerdos del pasado. Luego, el miedo a que Illias nos persiguiera. Todo se me estaba viniendo encima. La muerte de Adrian, conocer a Illias. Nuestro pasado que parecía remontarse más atrás de lo que pensé en un principio.

Sí, tenía que ser eso.

Y, aun así, se me apretó el pecho. Se me hizo un nudo en la garganta. Las olas se desplazaron a velocidad a través de mí, borrando los progresos que había hecho durante el último año.

Exhalé lentamente, con la esperanza de calmar mi acelerado corazón. No podía pensar en ello. No podía retroceder. Me devolvería al punto de partida.

Mi mano se posó sobre mi vientre ligeramente redondeado. Estaba haciendo todo eso para poder seguir adelante. Por mí, por mis hijos y por su padre.

Observé por encima del hombro a Isla, que seguía con la cabeza hundida en la almohada. Mis labios se curvaron en una suave sonrisa. Era increíble. Repasé el plan con ella y, para mi asombro, incluso le dio un pequeño giro propio.

La llevaría con Marchetti con una pistola apuntándole. Me gustó el plan. Sin embargo, no me gustaba la idea de apuntarle con un arma. Busqué mi bolso y la saqué, luego comprobé el cargador.

Vacío. ¡Bien!

No quería accidentes, especialmente disparos imprevistos. No cuando se trataba de ella. Era inocente en toda esta mierda.

—¿Estás tramando cómo dominar el mundo? —murmuró Isla desde la cama.

Puse los ojos en blanco, pero no pude dejar de sonreír cariñosamente.

—No mientras estés en la cama.

—Tienes que relajarte.

Me reí entre dientes. Me encantaba su actitud. Me encantaba su personalidad. Me moría de ganas de presentársela a Isabella y Aurora. Incluso a mis hermanos. La adoptarían como a su propia hermana.

—Estoy relajada —repliqué. *De acuerdo*, era una mentirilla—. ¿Te confirmó Marchetti? —Sonrió y mi atención se disparó—. ¿Qué?

—Nada.

Mis hombros se tensaron.

—Entonces, ¿por qué esa sonrisita sabionda? —Di dos pasos y apoyé las palmas de las manos en la cama, inclinándome sobre ella—. Será mejor que me lo digas o te mataré a cosquillas.

Puso los ojos en blanco y luego suspiró soñadoramente.

—Sí, confirmó.

Entrecerré los ojos.

—Me estás ocultando algo más.

—¿Qué? —rebatí a la defensiva—. No es que tú me lo cuentes todo.

—Por tu propio bien.

Dio un resoplido.

—Eso lo decido yo.

Mujer testaruda. Era otra cosa que teníamos en común. Excepto que Isla lo ocultaba excepcionalmente bien.

—¿Hablaste con él? —curioseé con suspicacia. Nos acostamos a la misma hora y, cuando me dormí, pensé que ella también estaba dormida. La miré y su rubor la delató—. ¿Cuándo? —pregunté.

—Dios, si fueras mi hermana, sería monja —murmuró—. No es un buen augurio si tienes una hija.

Era mi turno de sonreír soñadoramente. Gemelas. No me importaría tener dos hijas. O uno de cada sexo. En realidad, no importaba, siempre que los dos estuvieran sanos. Entonces recordé mi interrogante. La pequeña descarada casi me distrae.

—¿Cuándo hablaste con él? —repetí.

—Anoche —respondió, y sus mejillas adquirieron un tono rosado aún más oscuro.

Entonces me di cuenta.

—¡Dios mío! —exclamé—. Dios mío. ¿Has... has tenido sexo telefónico con él?

—Su respuesta fue clara en la forma en que su rubor se extendió por su cuello y desapareció bajo su pijama—. ¿Mientras yo estaba dormida? ¿En la cama a tu lado?

—Bueno, tenía que aliviar sus preocupaciones —se excusó—. Le dejé una nota diciendo que no quería volver a verlo. Y ahora, estoy pidiendo que nos veamos. Así que...

—Así que jugaste con él —concluí, impresionada—. ¿Segura que no somos parientes?

Dejó escapar una risita.

—Ahora sí.

El calor se derramó en mi pecho. Por ella. Por mi nueva familia, que se había ampliado recientemente y la incluía. Esperaba que también incluyera a Illias. Dependería de él, pero ya me había esperado durante tanto tiempo. Desde aquella noche en la pérgola. Tenía la esperanza de que eso significara que lo nuestro era para toda la vida.

Hice un gesto con la mano, ocultando cómo el corazón se me había llenado de emoción.

—Ve a prepararte. Ponte *sexy* pero no vulgar. Inocente y atractiva. —Me recompensó con una mirada—. Así cuando te apunte con la pistola, Marchetti soltará todos los secretos en su intento de salvarte.

Me dirigió una mirada dudosa.

—Podría sospechar.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—No es un hombre tonto.

—Bueno, *dah* —repliqué irónicamente—. El hombre se escondía detrás de su marca de lujo y de alguna manera tenía tiempo para dirigir gran parte del bajo mundo. Sí, yo diría que no es tonto. Sin embargo, es ciego cuando se trata de ti —declaré.

Se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Qué te hace decir eso?

Me encogí de hombros.

—Vi cómo te miraba en el video del desfile de modas.

—Maldita sea, das miedo —refunfuñó, saltando de la cama—. Si tan solo te hubiéramos conocido...

Se interrumpió y apartó los ojos de mí. Su tez palideció y su labio inferior tembló durante una fracción de segundos antes de recobrar la compostura. Guardaba secretos. Y no creía que fuera nada trivial, pero no confiaba en mí lo suficiente como para compartirlos conmigo.

Caminó hacia el baño, y cuando tomó la puerta dije:

—¿Isla?

Sus ojos se desviaron hacia mí.

—Mmmm.

La observé, con cada fibra de mí en alerta máxima. No sabía qué había hecho... de hecho, dijo "hubiéramos", así que apostarí a que tenía algo que ver con ella y sus amigas, sin embargo; sabía que no importaba lo que fuera, la respaldaría. Mataría a cualquiera que intentara hacerle daño.

Ella era de la familia. Y un Nikolaev nunca le daba la espalda a la familia.

—Si alguna vez tienes problemas o necesitas algo —pronuncié en voz baja, sosteniendo su mirada esmeralda. Una vena protectora se encendió en mi interior—. Y me refiero en serio a *cualquier cosa*, siempre estoy aquí. Pase lo que pase.

Desapareció en el cuarto de baño, cerrando la puerta tras de sí, pero alcancé a notar que le

temblaban las manos.

—¿Tatiana? —Su voz apagada llegó a través de la puerta cerrada.

—¿Sí?

—Gracias.

Las comisuras de mis labios se inclinaron hacia arriba.

—Quemaré el mundo por ti, *Sestra*.

—Lo mismo digo.

Estábamos en esto de por vida.

—¿Esta es su casa? —inquirí. Isla asintió—. ¡Cielos!

La enorme casa de la ciudad de París con una valla que la rodeaba tenía que valer una fortuna. Era como un minicastillo en el corazón de la ciudad.

—¿A quién pertenecía? —curioseé en voz baja—. ¿María Antonieta?

La historia no era mi fuerte, aun así, era imposible que ese lugar no hubiera pertenecido a la realeza durante los últimos diez siglos.

—Ni la más mínima idea —contestó Isla, con tono tenso. Las dos nos quedamos a la vuelta de la esquina, ocultándonos hasta que estuvimos listas para nuestra obra de tres actos. Era mejor pensar en ello como un drama teatral.

Primer acto: El descubrimiento del conflicto. Segundo acto: El obstáculo o la complicación. Podría prescindir de este. Tercer acto: La resolución.

De hecho, preferiría que fuera una obra de un solo acto. *Acabar de una vez para que todos pudiéramos seguir adelante.*

Necesitaba liberar la tensión de mi cuerpo. Sacudiendo las manos y aflojando las piernas, parecía que me estaba preparando para correr una maratón. O estar en una pelea. ¡Demonios!, estaba nerviosa. No sabía por qué. Algo me rondaba por la cabeza, pero no podía precisarlo.

—¿Nerviosa? —La voz de Isla sonaba un poco entrecortada. Si tuviera que adivinar, sus nervios eran por una razón totalmente distinta a la mía. Llevaba unos *jeans* ajustados y un *jersey* verde recortado que dejaba al descubierto parte de su vientre. Lo combinó con unos tacones y estaba guapísima.

—Sí. —Inhalé profundamente. Solté. Inspiré profundamente. Exhalé—. Listo, vamos.

Ella asintió y yo metí la mano en el bolso para coger el arma vacía. Dios, esperaba que esto no resultara mal. Necesitaba que Isla saliera ilesa. Si ella tenía sexo en el proceso, sería un bono por el esfuerzo.

Sus palabras, no las mías.

¿Y quién era yo para discutir? Si Marchetti era bueno para el sexo, que aprovechara.

—Está bien, voy a ponerla contra la parte baja de tu espalda —murmuré por lo bajo—. Con suerte, sus guardias no notarán nada hasta que estemos adentro.

—No tiene guardias —informó en voz baja.

Me puse tensa y me invadió la confusión. Todo el mundo tenía guardias en el bajo mundo. Era inaudito estar completamente desprotegido.

—¿Estás segura?

Asintió.

—Sí, estuve aquí antes. No había guardias.

Qué extraño.

—De acuerdo, entonces. Esto debería ser pan comido.

Doblamos la esquina tras la que estábamos escondidas, cruzamos la calle vacía y nos dirigimos hacia el portón. Con toda seguridad, no había guardias esperándonos. Todavía no podía quitarme la sensación de que estábamos caminando directamente a una trampa. Empujamos la puerta de hierro con un suave crujido e Isla avanzó conmigo a su espalda.

Odiaba la idea de tenerla adelante. La convertía en un blanco más fácil, pero ella insistió. En sus palabras: “Si soy tu rehén, no puedo estar detrás de ti”, así que finalmente nos pusimos en esa posición.

Estábamos en la puerta principal de caoba y ella la empujó con ambas manos.

—¿No llamamos a la puerta ni tocamos el timbre? —cuestioné en voz baja.

Apenas movió los labios.

—Me dijo que entrara. Confía en mí.

Confiaba en ella, sin embargo, no en Marchetti.

Entramos en un vestíbulo magníficamente diseñado. El candelabro de cristal brillaba. Los suelos de mármol tenían dibujos de ángeles. En las paredes *beige* había valiosas obras de arte de siglos de antigüedad.

¡Dios mío!

Con solo llegar al vestíbulo ya podías robarle a ese hombre y ni siquiera tenía guardias. Había algo seriamente mal con Marchetti. No me cabía duda.

Se dirigió a la escalera y me puse rígida.

—Por favor, dime que no te dio instrucciones de ir a su dormitorio.

Dejó escapar un suave gemido y observé fascinada cómo se le ponía roja la nuca. Dios mío, no quería saber qué tipo de relación tenían ella y Marchetti. Podría matarlo yo misma. Si bien estaba buenísimo y exudaba vibras de *papi ardiente*, Isla era demasiado joven para él.

¡Maldita sea! Debería haber cargado balas en mi pistola para él.

¡Mierda!, ¡mierda!, ¡mierda!

Subimos las escaleras, con los tacones chocando suavemente contra el suelo de mármol blanco. Nuestra respiración se mezclaba con el eco de nuestros tacones, proyectándose por toda la casa.

Las dos estábamos nerviosas. El sudor me corría por la espalda y me temblaba la mano con la que sujetaba la pistola apretada contra la espalda de mi cuñada. Intenté aplicar la técnica de respiración que Sasha me enseñó para mantener la calma. Inhalar. Exhalar. Inhalar. Exhalar.

Era una jodida tontería.

Solo alimentaba mi adrenalina. Me zumbaban los oídos. Mi estrés se disparó. Esto no podía ser bueno para mis bebés.

—Solo un poco más, bebés —murmuré suavemente—. Entonces todo habrá terminado.

—¿Estás hablando con los gemelos? —preguntó Isla con incredulidad.

—Sí.

—¿Ahora? —reprendió en voz baja—. ¿No podías haberlo hecho antes de salir del hotel?

—No estaba tan nerviosa en ese momento. —Respiré hondo. Respiraciones profundas—. Quiero que sepan que están a salvo.

—Enrico no les hará daño —aseguró en voz baja, justo cuando llegamos a lo alto del primer piso—. O a ti. Si lo intenta, lo mataré.

Puse los ojos en blanco.

—Isla, me estás asustando.

Me lanzó una mirada sombría.

—No soy tan inocente —explicó.

Lo sabía. Se notaba en los momentos en que ella no mantenía la guardia arriba. Aunque, no creía que le gustara lo que la atormentaba. Ese secreto que pesaba en su corazón.

—Ninguno de nosotros lo es —aseveré suavemente—. Todos cometemos errores y la jodemos, pero seguimos adelante, sacamos lo mejor de ello y hacemos las paces con nuestros errores. Es la razón por la que hago esto.

Me miró pensativa y ambas vacilamos. Quería decirle mucho más, pero no era el momento. Necesitaba asegurarle que, lo que fuera que la estaba atormentando, yo podía ayudarla. Su hermano podría ayudarla. Sería de la familia, pasara lo que pasara.

Sin embargo, nunca tuve la oportunidad.

—Debo decir que no las esperaba a las dos aquí. —Una voz grave nos sobresaltó y nos hizo pegar un salto. Mi corazón se aceleró y traté de controlar mi respiración.

Enderecé los hombros y calmé la respiración, clavé el cañón del arma en la espalda de Isla. No con fuerza, pero lo suficiente para que lo sintiera presionado en la espalda. En el acto, se tambaleó hacia delante, como si la hubiera empujado con todas mis fuerzas.

—¡Ay! —gimoteó y tuve que morderme el interior de la mejilla.

Los ojos de Marchetti se oscurecieron hasta convertirse en tormentas de medianoche y un escalofrío me recorrió el cuello. Mi corazón vaciló cuando dio un paso amenazador hacia delante. Apenas parpadeé y ya me apuntaba con su pistola.

De repente, entendí por qué Marchetti no necesitaba guardias. Mataría fácilmente a cualquiera que lo amenazara. Y apostaría mi vida a que lo haría sin pensárselo dos veces.

Tragué saliva. Quizá deberíamos haber pensado un poco más el plan.

—Yo no lo haría —advertí con frialdad. Menos mal que mi voz no reflejaba la confusión que sentía—. No a menos que quieras ver las entrañas de Isla esparcidas por todo tu mármol blanco.

Sasha habría estado tan jodidamente orgulloso.

Su movimiento se detuvo, algo cruzó su rostro. Fue apenas un parpadeo, pero lo vi. Ese tipo estaba a los pies de Isla. Bien, había posibilidades de salir vivas de esta.

—¿Qué quieres, Tatiana? —Su voz era como un látigo frío contra mi piel.

Lo observé, manteniendo los hombros rectos. No le tenía miedo. Si me lo susurraba a mí misma en silencio, daría esa impresión.

—Te advertí que vendría por ti cuando mataste a mi marido —expliqué con desgane—. Aquí estoy.

Marchetti no parecía perturbado. Sonrió, frío y cruel.

—Pero tu marido está vivo. De hecho, acaba de aterrizar en París. Supongo que se dirige hacia acá.

Debería haber sabido que una tormenta no mantendría alejado a Illias. La furiosa tormenta de nieve asoló Rusia desde que habíamos abandonado el castillo. Honestamente, me sorprendió que no hubiera aparecido antes.

—Supongo que eso significa que nos queda poco tiempo para acabar con esto —continué, empujando la pistola contra la espalda de Isla—. Ni siquiera intentes moverte —demandé, fulminándola con la mirada.

Sus ojos verdes destellaron con humor, aunque rápidamente lo controló. Diablos, se estaba divirtiendo demasiado con la escena.

—Ahora, Marchetti, a menos que quieras ver tu sangre o la de Isla en estos pisos, vas a darme algunas respuestas. —Empecé, ocultando toda mi ansiedad tras mi bravuconería. *Finge hasta que te lo creas*. Era lo que Sasha siempre me decía. Bueno, en realidad decía 'Finge hasta

que yo venga a salvarte', pero no creía que mi hermano pudiera salvarme de esa.

—¿Eres una asesina a sangre fría? —inquirió Marchetti.

Me encogí de hombros.

—¿No lo son todos los Nikolaev? —respondí con otra pregunta—. Algo así como tú y los hombres con los que trabajas, ¿eh?

Guardó su pistola. Me habría ofendido si mi pistola hubiera estado cargada, pero en lugar de eso, me sentí aliviada. No podía dispararle con un arma vacía. Se metió las manos en los bolsillos y se apoyó en la pared, con aspecto de hombre de negocios aburrido.

—¿Hombres? —preguntó—. ¿Qué hombres?

Entorné los ojos hacia él. Ellos siempre se creían mucho más listos que las mujeres, pero yo no tenía tiempo para esa mierda. No con Illias en camino.

—¡Me importan una mierda tus hombres! —espeté, fulminándolo con la mirada—. Quiero saber qué pasó.

—Pasaron muchas cosas —replicó secamente—. Vas a tener que ser un poco más específica.

Entrecerré los ojos, molesta.

—¿Por qué lo mataste?

Se me apretó el corazón y se me quebró un poco la voz. Todavía me dolía pensar en ello. Conocía a Adrian desde que tenía cinco años. Quizá no éramos los amantes adecuados, no obstante, antes éramos amigos. Lo fuimos durante más de dos décadas.

La compasión pasó por la expresión de Isla. Era precisamente eso lo que la hacía inocente en todo esto. Tenía un buen corazón. Se preocupaba por los demás. Luchaba por ellos. Los defendía. Los ayudaba.

—¿Qué hizo para ponerlo en tu lista negra? —cuestioné.

Me estudió, esa expresión oscura me recordaba a Illias. Me imaginaba a estos dos hombres como enemigos acérrimos o amigos a regañadientes. Me preguntaba qué sería de ellos luego de ese día, porque la forma en que Marchetti observaba a Isla me decía que el hombre se quedaría con ella.

No estaba del todo segura de cómo sentirme al respecto. Suponía que, si ella era feliz, yo también. Sin embargo, no podía quitarme el miedo de que su oscuridad se la tragara entera.

—¿Segura que quieres saberlo? —contradijo Marchetti, sacándome de mi preocupación por el bienestar de Isla.

—Por eso estoy aquí —reviré.

—Bien. —Extendió la mano—. Por favor, entra.

—No voy a entrar a tu dormitorio —me burlé—. No estoy aquí para cumplir tus fantasías. Estoy aquí por respuestas.

Resopló.

—Empiezo a ver por qué Konstantin está tan obsesionado contigo.

Decidí ignorar su comentario. Solamente intentaba distraerme. Los ojos de Marchetti se dirigieron hacia Isla, con algo oscuro y vehemente parpadeando en ellos. Su expresión cambió a un leve desinterés cuando volvió a mirarme.

—Última oportunidad, Tatiana —pronunció, con la voz helada—. Ciertas cosas es mejor dejarlas en el pasado.

Le lancé una mirada sombría.

—Nada más dímelo para que podamos seguir nuestro camino.

Incluso cuando dije "nuestro" supe que dejaría ese lugar sola.

—Bien, como quieras —agregó en un tono que me decía que sabía que saldría ganando de

esa conversación.

Mi corazón tronó mientras contenía la respiración esperando la respuesta. Ordenó la ejecución de Adrian. Illias quería a Adrian muerto, pero me defendió. Necesitaba saber por qué. ¿Qué había hecho Adrian que era tan malo?

Aunque en el fondo me temía que ya lo sabía.

Solo necesitaba que alguien lo dijera en voz alta.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

KONSTANTIN



La ira me quemaba en la boca del estómago.

Me senté en el borde del asiento mientras el automóvil luchaba contra el tráfico para llevarnos a la ciudad. Mi pantalla mostraba a Tatiana en casa de Marchetti.

Me pasé las manos por el cabello. Tatiana no tenía ni idea de lo loco que podía llegar a ponerme. Cuando se trataba de ella, todas mis reglas se iban a la mierda. Mi control era inexistente. La *Omertà* también lo sería si Marchetti me jodía y le tocaba un solo cabello de la cabeza.

—¿Se está moviendo? —preguntó Boris. No respondí, solo miré la pantalla de mi teléfono en la que ese puntito azul parpadeando representaba a mi mujer—. Es una mujer inteligente. Probablemente se acordó de aquella noche y fue directamente a ver a Marchetti para exigirle respuestas.

Le lancé una mirada sombría y volví a centrar mi atención en la pantalla. Como si temiera que aquel puntito azul que me unía a ella desapareciera. Si Marchetti decidía llevársela, lo haría.

Y enviaría toda la mierda sobre él a la Interpol, CIA, FBI, DEA. A todas las agencias que quisieran impedir que existiera el bajo mundo.

Al parecer, Boris no podía permanecer callado hoy.

—Nikita está en la ciudad. Déjalo que se la lleve hasta que te calmes.

Mi mirada entrecerrada encontró la suya.

—¿Por qué está en la ciudad? —cuestioné—. Dijo que se quedaba.

Boris se encogió de hombros.

—Dijo que tenía familia en la ciudad y tomó un vuelo comercial. —Hizo una mueca—. No entiendo por qué no aprovechó venir con nosotros, pero...

Algo no encajaba. Nikita no tenía familia. Fue la razón por la que mi padre lo reclutó. Fue la razón por la que lo mantuve.

Me golpeé el muslo con los dedos, cada vez más deprisa y me quedé paralizado cuando un pensamiento se conectó en mi cabeza. Cuando me giré para mirar a Boris, la idea estaba tan clara en mi mente que no podía creer que no se me hubiera ocurrido antes.

—Saca un respaldo del servidor del castillo. —Cuando me lanzó una mirada interrogante, continué—: Sí, solo cubre un ángulo de la casa. —Fue la razón por la que lo dejamos. Había demasiados puntos ciegos y el *software* era anticuado, pero tenía una cosa que el actualizado no tenía.

Cobertura de la antigua puerta trasera.

—Si quisiera colar a alguien en nuestra casa, utilizaría esa vieja puerta —afirmó, leyéndome el pensamiento.

Boris ya estaba recuperando imágenes del servidor que contenía las copias de seguridad.

—Lo han borrado —murmuró, mirándome a los ojos. Era una confirmación de que había sido un trabajo desde adentro. No mucha gente conocía ese servidor.

—Accede a las cámaras de la ciudad desde ese lado y revisa las calles.

Tardó dos minutos. La ropa familiar. La complexión conocida. Los dos hombres de la *Yakuza* se unieron a él, dándose la mano.

—¿Nikita? —La voz de Boris contenía una nota de sorpresa. Llevaba mucho tiempo a su lado. Nunca había desconfiado de él—. ¿Nos traicionó?

—Sí. —Mi voz era fría—. La pregunta es por qué.

Boris frunció las cejas.

—Tal vez su familia...

—Rastrea su árbol genealógico —ordené, golpeándome el muslo con los dedos—. ¿Tienes su muestra de sangre? —Asintió. Todos mis hombres estaban obligados a proporcionarla. Nunca investigué el árbol de Boris y Nikita, porque eran los que llevaban más tiempo conmigo. Solo tomamos la muestra y la guardamos. Apoyé la punta del índice en el muslo, recordando las palabras de Tatiana. Esa fotografía—. Que nuestro hombre la compare con la muestra de sangre de Adrian.

Envío la solicitud. El teléfono sonó, indicando que estaban trabajando en él. Pasaron cinco minutos en un silencio tenso cuando el móvil volvió a sonar.

—Quiere que lo llames. —Leyó en voz alta su mensaje.

Agarré el teléfono. El anciano contestó después de dos timbres.

—¿*Da*?

Fui directo al grano.

—Necesito respuestas.

—En eso te pareces mucho a tu padre —replicó—. Vas directo al grano.

No tenía tiempo que perder.

—¡Ahora! —exigí, entre dientes—. ¿Qué es lo que sabes?

—No te agradará —expresó. Esa nunca era una buena manera de empezar una conversación. Apreté los dientes, conteniendo la furia—. Nikita y Adrian están emparentados. Hice pruebas de ADN autosómico. Son primos hermanos biológicos, comparten aproximadamente un 12,5% de ADN. Por parte de su madre. —*Hijo de puta*. Cuando lo tuviera frente a mí, estrangularía al traidor con mis propias manos.

—Y eso no es todo —continuó, con voz casi temerosa. Seguro que el viejo se alegraba de estar a miles de kilómetros.

—¿Qué? —cuestioné.

Reinó el silencio.

—Compartes ADN con Adrian Morozov. —La imagen de la que me había hablado Tatiana centelleó en mi mente, pero antes de que pudiera formarme una idea, sus siguientes palabras confirmaron las sospechas de Tatiana—. Compartes el 25% de tu ADN con él, lo que los convierte en medios hermanos.

Terminé la llamada, observando fijamente mi teléfono. Con la sangre fría, a punto de estallar en un ataque de furia.

—¡Consígueme el archivo completo del árbol genealógico de Nikita y Adrian! —grité

exigiendo. Boris asintió y se puso manos a la obra.

Apreté el puño, deseando haber mantenido vivo a Adrian para sacarle las respuestas a golpes. Solo quedaba otra persona viva que podía contarme la historia completa. Aunque tuviera que torturarlo para conseguirla.

Era hora de descubrir la verdad.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

TATIANA



Me gustaría pensar que no era una cobarde.

Aunque en ese mismo momento, una parte de mí luchaba. Saber o no saber la verdad. Una parte de mí quería permanecer en la ignorancia. Los susurros de mi cabeza me advertían de que no habría vuelta atrás. Sin embargo, mi hermano mayor me enseñó a no echarme para atrás. Decía que cerrar los ojos a la verdad acababa perjudicándonos más que ayudándonos. Después de todo, fue lo que le hizo perder cinco años con Isabella. Confió ciegamente en nuestra madre y le jugó en contra.

Fue una traición más que se sumó a la naturaleza desconfiada de los Nikolaev.

Se me puso la piel de gallina. En mi mente parpadeaban imágenes de aquel accidente.

Mátalo.

Una pequeña palabra que cambió el curso de mi vida.

O posiblemente mi vida había tomado un rumbo diferente en el momento en que me enrollé con Adrian, creyendo que era el hombre de la pégola.

Las sombras en los pómulos afilados de Marchetti le daban un toque oscuro y letal. Casi me recordaba a un dios enfadado.

Sin embargo, había venido por respuestas. La verdad dolería tanto como las mentiras, pero me curaría. Sabía que lo haría.

—Dime por qué tuvo que morir —gruñí, con el corazón retumbándome en el pecho. Me temblaban las manos. Me di cuenta de que era *miedo*. Tenía miedo. En ese momento tenía más que perder que nunca.

—Su objetivo era nuestra organización —explicó.

—¿Qué organización?

Sus ojos se desviaron hacia Isla, que permanecía inmóvil, con la mirada clavada en él. Había un destello de miedo en ellos y, de repente, me preocupé por si había cometido un error. ¿La había metido en algo de lo que no podría salir?

—Espinass de *Omertà*. —*Demasiado tarde*. Supe que era demasiado tarde en el momento en que esas tres palabras salieron de los labios de Marchetti—. Y sin saberlo te arrastró con él.

Un grito ahogado. No era mío, sino de Isla, llenó la habitación y su tez palideció, haciendo que sus ojos parecieran más oscuros de lo que nunca los había visto.

—¿Por qué? —pregunté, mientras algo feo asomaba la cabeza desde lo más profundo de mi alma. Recuerdos jugaron en mi mente. La primera vez que conocí a Adrian. *Hola, Mocosa*.

Jugando al escondite. *¿Por qué lloras, Mocosa?* La forma en que se ocupó de los *bullies* que me molestaban en la escuela. *No llores, Mocosa. Los chicos no merecen tus lágrimas.*

¿Eso se aplicaba a esa situación? Quizás Adrian sabía desde el principio que acabaríamos así y se aseguró de que recordara esas palabras. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Me escocían, necesitaban caer. Me mordí el labio inferior, ahogando un sollozo.

Nunca les muestres lo que sientes. Esas fueron las palabras de Sasha. No de Adrian.

—Te usó para vengarse de los Konstantin por matar a sus padres. —Otro grito ahogado. ¿De quién era? Todo estaba distorsionado. Mis oídos zumbaban. La voz de Marchetti sonaba lejana —. Los culpó a ellos y a la organización por haber perdido a sus padres. El padre de Adrian era jardinero de mi viejo. Durante su viaje a New Orleans, lo llevó con él para que estudiara botánica. Allí, conoció a la madre de Adrian.

Tragué saliva.

—La madre de Illias. —Mi voz apenas superaba un susurro, aunque las palabras recorrieron la habitación como un eco en la iglesia.

Frunció el ceño.

—¿La madre de Illias?

Hice un gesto con la mano.

—No importa.

Me estudió con curiosidad, poco dispuesto a dejarlo pasar.

—¿Crees que la madre de Illias es la misma?

Apreté los labios en una línea. No tenía pruebas que respaldaran esa teoría. La foto que había dejado no era una prueba.

—Termina tu historia. —¿Era esa mi voz?

Para mi sorpresa, Marchetti asintió.

—En fin, el jardinero tuvo un hijo y dejó de trabajar para mi padre. Años más tarde, intentó huir con la madre de Illias. Ella intentó abandonar al viejo *Pakhan*, llevarse a los gemelos y esconderse con el padre de Adrian. No funcionó. Los atraparon y los ejecutaron en el acto.

En el estacionamiento. Me ahogué en un sollozo, no obstante, estaba decidida a no derrumbarme en ese instante. No era momento. No delante de él. Apreté los labios para evitar que me temblaran o soltara un sonido del que me arrepintiera. No debía mostrar ninguna debilidad.

—¿Así que Adrian los convirtió a todos en objetivo como venganza por la muerte de su padre? —Isla inquirió por mí. Su voz sonaba frágil. Sus ojos brillaban como esmeraldas al sol. Excepto que eran lágrimas sin derramar. Marchetti asintió—. ¿Cómo?

Necesitaba saber a qué me había arrastrado. Necesitaba saber cómo me utilizaba. Necesitaba saber lo poco que significaba para él.

—Buscó información que podría destruirnos. —Los videos de mis hermanos pasaron por mi mente. Así como los vídeos de muchos otros hombres que Adrian guardaba en su *laptop*.

Sacudí la cabeza.

—Revisé los videos de esa *laptop*. —Lágrimas amargas se escaparon y rodaron por mis mejillas. Podía saborearlas en mis labios. En mi lengua—. Tenía cosas de mis hermanos. De otros hombres, pero nada sobre ti. O los Konstantin. Ni de la *Yakuza*.

Me pareció ver un destello de pesar en su expresión antes de que desapareciera.

—Está en el chip.

El maldito chip. Siempre ese maldito chip.

—¿Dónde está? —pregunté, saboreando esas estúpidas lágrimas en mi lengua.

Dejó escapar un soplo sardónico, su frígida fachada aterrorizaba.

—Todos esperábamos que *tú* nos lo dijeras.

Así que no lo tenía. Illias tampoco. Yo tampoco. ¿Entonces quién lo tenía?

—La *Yakuza* —supuse—. Tal vez...

Me interrumpí cuando negó con la cabeza.

—Si lo tuvieran, vendrían a exigirnos todos nuestros territorios y no te perseguirían. Tampoco lo tienen.

Ya no había razón para seguir apuntando el arma a la espalda de Isla, así que bajé el brazo, dejándolo caer por mi cuerpo.

Suspiré, bajé los hombros y me encontré con su mirada.

—¿Qué hay en ese chip?

Sacudió la cabeza.

—¿De verdad crees que te daría información que podría destruir a mi familia?

Destruir a su familia. Destruir a la familia Konstantin. Adrian sí que había estado ocupado.

—¿Qué hay ahí que pueda destruir a Illias? —indagó Isla y mis ojos se abrieron de par en par. Negué con la cabeza. *No, no, no*, pero antes de que pudiera decir una palabra o suplicarle a Marchetti que no contestara, la verdad ya había salido a la luz.

—Entre otras cosas, sale el video de Illias matando a tu madre.

Cayó un silencio ensordecedor. Tronó mi corazón. Me dolió el alma.

Traición. Mía. De Illias. Nuestra.

—Lo sabías. —No era una pregunta, sino una afirmación clara. Mi traición la hirió profundamente. Se me hizo un nudo en la garganta. Agarré la empuñadura de la pistola, con mi corazón retorciéndose de arrepentimiento. Debería habérselo dicho, pero no era mi historia.

En ese momento supe que siempre elegiría a Illias. Tanto si tenía razón como si no, siempre estaría de su lado. Aunque me iba a escuchar cuando estuviéramos a solas.

—Isla... —Se me quebró la voz.

—¿Cómo pudiste no decírmelo? —Carraspeó, con una clara acusación en la voz—. Pensé que éramos... *Amigas. Hermanas. Familia.*

—Lo somos —aseguré, ahogándome con las emociones. Ella me apoyó, me dejó secuestrarla. Incluso me ayudó a llegar a Marchetti.

Y la traicioné.

Enderecé los hombros, le sostuve la mirada. La conocía desde hacía poco tiempo, pero la quería y me preocupaba por ella. No podía dejar que creyera que lo había hecho a propósito. Para hacerle daño.

—No puedo contarte tu historia. Eso debe hacerlo tu hermano, pero te daré la mía. —El nudo en la garganta creció hasta ahogarme y distorsionar cada una de mis palabras—. Hace unos meses encontré un video de mi propia madre cuando revisaba las cosas de mi marido. Sabía que se había suicidado. —Respiré hondo y luego exhalé lentamente—. Lo que no sabía era que iba a matarme a mí también para vengarse de mi padre por no quererla. Sasha, mi hermano loco, que solo tenía diez años, me apartó de ella y me salvó.

Los labios de Isla temblaban y hubiera dado cualquier cosa por alejar su dolor. A esas alturas, las lágrimas corrían libremente por mi cara. No podría detenerlas, ni aunque quisiera.

—Mis hermanos aún no saben que me enteré de la verdad. Y no quiero que lo sepan. Por fin son felices. Se lo han ganado, y lo último que deseo es darle más poder a mi madre. Después de todo lo que había hecho.

Por la expresión de la cara de Isla, no entendió mi mensaje. Sus siguientes palabras lo

confirmaron.

—Debería habérmelo dicho.

Lo peor era que ni siquiera podía discutir.

—Lo siento. —Era lo único que me quedaba—. Volvamos al hotel. Seguro que está allí esperándonos y haremos que lo explique.

Negó con la cabeza.

—No, voy a quedarme en casa de mi amiga.

—No lo creo. —La voz de Marchetti hizo que ambas fijáramos nuestra atención en él. Apuntaba a Isla con una pistola. Los ojos de las dos se abrieron de par en par.

—¿Qué estás haciendo?! —grité—. Baja esa pistola antes de que te dispare.

Pero entonces me acordé. Mi arma no estaba cargada. ¡Mierda!

Me dedicó una fría sonrisa.

—Antes de que te muevas, estaría muerta.

¡Jesucristo! ¿Lo había malinterpretado? Mis ojos se desviaron hacia Isla, luego de nuevo a Marchetti, solo para terminar en Isla.

—E-estoy bien —balbuceó.

—No, no lo estás —respondí—. El *papi psicópata* te está apuntando con un arma. —Lo observé con los ojos entrecerrados, lanzándole miradas mortales.

—Que graciosa —comentó Marchetti sin inmutarse.

Isla agitó la mano, quitándole importancia.

—Ya estoy acostumbrada. —Parpadeé. ¿Qué diablos estaba pasando aquí?—. Tatiana, ve a buscar a mi hermano. ¿Está bien?

Mis ojos se desviaron hacia Marchetti, aunque era imposible leerlo. Su expresión era de granito. Sin embargo, no parecía estar bromeando.

—Si le haces un solo rasguño, lo que Adrian quería hacerte palidecerá ante lo que yo te haré a ti —siseé mi advertencia.

—¿En serio? —preguntó, divertido—. Teniendo en cuenta que te casaste con Illias, también formas parte de nuestra organización. Y eso significa que estás obligada a proteger los intereses de la *Omertà*. Cuando se casó contigo, le dio a entender a todo el mundo que estás fuera de los límites y bajo nuestra protección.

¿Eh? Escuchaba solo mierda saliendo de su boca. Estaba jodidamente claro que aquello no era lo mío, aunque ni loca dejaría que se diera cuenta.

—Ya ves, no lo mencionó —dije, manteniendo mi voz aburrida—. Y no soy mucho de uno para todos y todos para uno, ya sabes. Esa mierda nunca ha sido mi estilo, así que no voy a empezar ahora. Además, si *esto* significa estar bajo la protección de tu organización, por favor, ahórratela.

Suspiró con socarronería. Lo estaba alterando.

—Ve con tu esposo, Tatiana —ordenó—. Yo me ocuparé de Isla.

Mierda, eso no sonaba muy bien. Enrico Marchetti había perdido su estatus de *papi sexy*. Había sido degradado a... solo *papi*. Mierda, no sabía qué pensar.

Mi mirada encontró la de Isla. Extrañamente, no parecía asustada.

—Todavía estoy enfadada contigo —murmuró—. Pero estaré bien. Ve a buscar a Illias. —No me parecía inteligente dejarla allí. Excepto, que no sabía qué otras opciones tenía.

—¡Tatiana! Vete. Ahora.

No tenía ni idea de que Isla pudiera ser tan mandona.

CAPÍTULO TREINTA

TATIANA



Me paré frente a la casa de Marchetti, dudando en irme. Mi corazón latía con fuerza ante todas las imágenes temerarias que se reproducían en mi mente. Sasha atravesaría la puerta de ese cabrón y empezaría a disparar. Sonaba como un buen plan. Para mi desgracia, dejé todas las balas en la habitación del hotel, preocupada por si le disparaba accidentalmente a Isla.

Esto era una mierda.

Y ni siquiera tenía teléfono. Estaba en el bolsillo de los *jeans* de Isla. ¡Maldita sea! Tal vez acabaría con Marchetti yo misma. Hijo de puta *sexy*.

Una mano me agarró el brazo por detrás e instintivamente intenté tirar de él. Un objeto afilado se clavó en mis costillas.

—No grites o te corto por la mitad. —Un marcado acento ruso. Definitivamente no era Illias. Demonios, acababa de apuntar con una pistola a la espalda de Isla y ahora qué... ¿Me tocaba a mí?

Tragué saliva.

—Mi esposo es el *Pakhan* y no se tomará bien que me amenaces.

—Me importa un carajo.

Era un mal día. París. La ciudad de las catástrofes.

Definitivamente me arrepentí de haber dejado vacío el cartucho de mi pistola. Estúpida, estúpida decisión. Si lo hubiera cargado, podría haber matado a Marchetti y a ese maldito idiota que tenía detrás.

Así como me veían, estaba indefensa.

Un coche negro, un Crown Victoria antiguo, se detuvo delante de mí y Nikita saltó del vehículo. Mis ojos se abrieron de par en par. Mi cerebro debía de ser lento, porque exclamé aliviada.

—Nikita, este tipo...

No llegué a terminar la frase porque el tipo de detrás me empujó hacia delante.

—Entra —siseó Nikita, con la mirada oscura. Luego sacó su pistola. Dios santo.

—¿Qué estás haciendo? Illias irá tras tu cabeza.

Nikita esbozó una sonrisa cruel y retorcida.

—No te preocupes, él será el siguiente.

Antes de que pudiera decir algo más, el tipo que estaba detrás de mí me empujó hacia

delante, clavándome el objeto afilado en la espalda.

—Entra al coche.

Era lo peor que podía hacer. Una vez en el auto, mis posibilidades de escapar eran nulas. Me subió la adrenalina y le di un codazo al tipo que tenía detrás con todas mis fuerzas. Le di una patada y luego grité, llamando a todo el mundo.

Soltó una sarta de maldiciones, pero su agarre no disminuyó. El maletero se abrió de golpe. Me levantó por los aires y yo presioné mis piernas contra el armazón del vehículo.

—¡Ayuda! —grité y lo hice tan fuerte como mis pulmones me lo permitieron.

Mi fuerza no se comparaba con la de mi captor. Medio me cargó, medio me arrastró hacia delante y me metió en el maletero.

—Causa más problemas y te dispararé.

Me di la vuelta, pero antes de que pudiera ver a quién le pertenecía la voz, cerró el maletero y quedé a oscuras. Escuché voces apagadas, luego portazos, chirridos de neumáticos y nos pusimos en marcha.

Estaba encerrada dentro del maletero. Como un maldito paquete. O un animal. En lugar de dejar que el pánico se apoderara de mí, permití que la ira lo hiciera. Estaba harta de esa mierda y de que esos rusos imbéciles siempre me secuestraran.

Pateé el maletero, poniendo toda mi fuerza en ello. No hice más que romper un tacón de mis zapatos *Louboutin*. Eso sí que me cabreó. No podía tener un respiro. Primero Adrian. Luego el maldito chip. La *Yakuza*. Ser secuestrada y luego contraer matrimonio en pleno vuelo. Literalmente.

Dios mío.

Una chica no podía aguantar más.

Se me hinchó el pecho al inhalar profundamente. Me escocían los ojos. Me llevé las manos al bajo vientre y murmuré suavemente:

—No pasa nada. *Papa* va a salvarnos.

«*Eso esperaba*». Luego me corregí inmediatamente: «*Él nos salvará. Si no lo hace, el tío Sasha lo hará*».

Tenía que creerlo. En el fondo de mi mente sabía que perdería la cabeza si empezaba a pensar otra cosa. Tendría que estar preparada, si se presentaba una oportunidad para escapar, la aprovecharía.

Pero no con esos malditos zapatos. Suspirando, me los quité.

Estaba tan preparada como nunca lo estaría. Así que esperé y esperé.

De repente, el automóvil se detuvo y me tensé. El maletero se abrió y una luz brillante inundó mis ojos. Pensando en mis pies, o en mi espalda en ese caso, pateé al tipo, apuntando a sus pelotas. Se encorvó y yo salí del maletero.

Antes de que pudiera dar un paso, una mano me rodeó el tobillo. Me temblaron las piernas y casi me caigo.

—¡Suéltame! —siseé.

—Para o te dejo inconsciente, Tatiana. —Me quedé helada al escuchar esa voz. *Conocía* esa voz.

Me crujió el pecho. El dolor me quemaba el corazón y el alma.

No, no podía ser. Mi mente me estaba jugando una mala pasada.

Lentamente, como en un sueño, me di la vuelta y me encontré cara a cara con mi difunto marido.

—Hola, esposa. ¿Me extrañaste?

Abrí la boca, pero no salieron palabras. Luego la cerré y volví a intentarlo. No encontraba mi voz. No encontraba las palabras.

La ira y la tristeza se apoderaron de mí y se clavaron en mi pecho con garras que dejarían marcas permanentes.

—Supongo que no te alegras de verme, *Mocosa*.

—Adrian. —Mi voz salió carente de toda emoción.

Igual que los ojos que me miraban.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

KONSTANTIN



Supe que algo iba mal en cuanto me estacioné adelante de la casa de Marchetti en París y me encontré con él y sus hombres en la acera. Algo extraño, dado que prefería no tener a sus hombres cerca.

Salté del coche, dejando la puerta abierta detrás de mí.

—Konstantin —saludó con voz fría.

—¿Dónde está? —gruñí, mis ojos se desviaron hacia la casa, luego de vuelta a él—. ¿Dónde están mi esposa y mi hermana?

Hizo una mueca, me conocía lo suficiente como para comprender que, si un solo cabello de mi mujer estaba fuera de lugar, iría a la guerra con él. Me importaba una mierda que fuera una muestra abierta de debilidad o que fuera en contra de las reglas de la *Omertà*.

—Secuestraron a Tatiana —informó—. La oí gritar mientras la metían en el maletero. Cuando mis hombres y yo llegamos, el vehículo se había alejado.

Se me oprimió el pecho y se me apretaron las entrañas al pensar que mi mujer estaba en peligro. Imaginé el terror en sus ojos e instantáneamente una niebla roja cubrió mi cerebro y mi visión.

La ira, violenta y consumidora, se apoderó de mí y perdí el control. Con un rugido, estampé mi cuerpo contra el de Marchetti, agarrándole del cuello.

—¡*Porca puttana!* —No perdió el tiempo y me puso una *glock* en la sien—. Maldito ruso loco.

—¡Vas a ver el maldito loco que soy! —exclamé, con mi arma apuntando a su cabeza y empujándolo un metro hacia atrás—. Quizás así te importen mis advertencias.

—Será mejor que tengas cuidado, Konstantin —espetó—. Cálmate antes de que cruces la línea.

—¡No me digas que me calme! —bramé, sacudiéndolo con fuerza mientras la sangre me zumbaba en los oídos—. Y me importa una mierda cruzarla. —No tenía ni idea de cómo me quitó de encima, me volví loco, empeñado en matar a todo el que se cruzara en mi camino—. ¡Está embarazada! —grité—. Todo lo que tenías que hacer era mantenerla contigo hasta que yo llegara.

Me metí las manos en el cabello y tiré con fuerza de los mechones. No sobreviviría a esta puta vida sin ella. Sin nuestros bebés. Perderla me destruiría. Me rompería para siempre.

—Hice que un hombre los siguiera. —La voz de Marchetti llegó a través de la neblina en mi

cerebro.

—La tenemos en el radar —razonó Boris—. Podemos encontrarla.

Destrozaría a Nikita. Lo despellejaría vivo. Luego, le rompería cada maldito hueso de su cuerpo.

¡Mierda!

—Hay algo más —añadió Marchetti, con voz fría. Imperturbable mientras yo me desmoronaba—. O Adrian tiene un gemelo o no está muerto.

Me detuve y me encontré con su mirada.

—¿Adrian? ¿Estás seguro?

—Apostaría mi vida por ello —replicó irónicamente—. Lo cual tiene sentido ahora. Los videos nunca dejaron de llegar. Tatiana no los enviaba.

La niebla de mi cerebro empezó a despejarse lentamente. Adrian estaba vivo. Tenía a mi esposa.

Me arreglé las mangas del traje y acomodé las mancuernillas. Me temblaban las manos, por el amor de Dios. Había matado a hombres. Maté a la madre de Isla. Nunca me temblaban las manos, pero lo hacían con solo la idea de que Tatiana saliera herida.

—Nikita es un traidor —le comuniqué, con la voz ronca—. Y es primo de Adrian.

—Mierda —murmuró Marchetti—. ¿Cuánto tiempo llevan planeando esto?

Aparentemente mucho tiempo. Años. Posiblemente décadas. Por el amor de Dios, Nikita había estado trabajando para mí desde siempre.

—¿Dónde está Isla? —indagué, tratando de recomponerme.

—Está encerrada en una habitación segura adentro.

Asentí con la cabeza. No debería estar en casa de Marchetti, pero en ese momento no estaba bien para verla. Solo podía pensar en mi esposa en las garras de Adrian.

«*O tal vez ella lo prefiera así*», susurró mi mente.

Si lo hiciera, no estaría en un maletero. Dios, tenía que controlarme.

—¿Dónde la muestra el rastreador? —le espeté a Boris.

Giró la pantalla hacia mí.

—Ese es el aeropuerto privado —pronuncié, reconociendo la zona—. Dile al piloto que tenga el avión lleno de combustible y listo. Los seguiremos.

Mi teléfono zumbó. Llamada desconocida. Sonó. Una vez. Dos veces. Tres veces.

Marchetti me miró.

—¿Vas a contestar?

Pulsé el botón de respuesta al cuarto timbrado.

—Hola, hermano. —El tono gruñón de Adrian llegó a través de la línea—. ¿Me extrañaste?

—Adrian —farfullé—. ¿Dónde está mi esposa?

Se rio.

—Está sentada aquí a mi lado. —Dejó escapar un pesado suspiro—. Tampoco parece que me haya echado de menos. Me siento tan traicionado.

—Lo juro por Dios... —siseé—. Si le llegas a hacer daño...

—No estás en posición de amenazarme —reviró—. Va a tener el mismo final que mis padres. Ojo por ojo, hermano.

Se me heló el corazón. Sus padres. Recordaba aquella noche como si hubiera ocurrido el día anterior. Su padre. Mi madre. Resultó que era *nuestra madre*.

La mirada de compasión que me dirigió Marchetti me sacó de quicio. Sabía que mis posibilidades de recuperarla eran escasas. Después de todo, perdió a su esposa y a su madre a

manos de un secuestrador. Sabía de primera mano cómo acaban esas cosas. Lo culpaba tanto como a Adrian. Quería darle un puñetazo, una paliza por no mantener a Tatiana adentro.

—¡Ella no tiene nada que ver con eso! —bramé, entre dientes—. Déjala ir. Yo me entrego.

—No lo creo —respondió—. Esto me gusta más. ¿Quieres ver un video de ella? —Su voz burlona empañó mi visión con una niebla roja. El móvil que tenía en la mano protestó con un crujido ante mi firme agarre. Entonces emitió un pitido, señal de un mensaje entrante.

Lo abrí y me quedé helado. Me quedé jodidamente helado al ver a mi mujer atada a una silla, con el rostro cubierto de lágrimas y los ojos llenos de terror. Tenía una *glock* apuntándole a la sien y el miedo que reflejaban sus ojos azules me hizo sentir un dolor desgarrador en el alma.

Un dolor, como nunca antes, estalló en mi pecho. No se comparaba con lo que sentí cuando supe que se había fugado para casarse. O cuando la vi completamente feliz y enamorada de Adrian. Ese sentimiento desgarró mi alma con una acuchillada sin piedad y la hizo sangrar.

Por fin la había tenido a mi lado. Después de años de esperarla. Y en ese instante, podría perderla y solo de pensarlo se me oprimía el pecho como jamás lo había sentido. Así debía sentirse un ataque al corazón.

—Siembras lo que cosechas, hermanito. —Se regodeó, satisfecho de sí mismo.

El la usó. La usó todos esos malditos años solo para vengarse de mí. Las palabras de mi padre volvieron atormentándome. Adrian debió haber muerto esa noche. ¡Maldito sea!

—Lo juro por Dios, Adrian. —Empecé, mi voz fría y calmada, a pesar del volcán a punto de estallar dentro de mí—. Si le haces daño, iré tras de ti. Quemaré a todos los parientes que puedas tener. Empezando por tu tía de New Orleans. De hecho, ya tengo hombres sobre ella. Un rasguño a Tatiana, y la madre de Nikita está muerta.

No creía que fuera a encontrar a todos sus parientes. Mis contactos fueron muy minuciosos a la hora de rastrear árboles genealógicos y buscar información. El mundo era mucho más pequeño de lo que pensé en un principio. Encontré a los últimos miembros de su familia y ahora los borraría a todos de este puto planeta para mantener a mi mujer y a mi familia. A salvo.

Pip. Colgó. ¡Cabrón!

Respiraba tan agitadamente que el pulso me rugía en los oídos. Cada latido gritaba «*no puedo perderla*» en mi cerebro una y otra vez. Siete malditos años. Esperé siete años. Era nuestro momento. Siempre me había pertenecido.

—Sé adónde van. —Me dirigí hacia el coche, con las puertas aún abiertas de par en par—. Boris, sigue rastreándolos, pero creo que la dirección general es Rusia. El mismo estacionamiento.

Reaccionó inmediatamente y ya estaba dando órdenes al conductor y escribiendo un mensaje al piloto.

—Llévate a algunos de mis hombres. —Ofreció Marchetti.

Tenía el no en la punta de la lengua, pero no sabía qué había planeado Adrian. Más hombres podrían ser útiles. Si Nikita me había apuñalado por la espalda, podría tener otros hombres que trabajaran en mi contra.

Boris y yo compartimos una mirada.

—De acuerdo. —Acepté.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

TATIANA



El Adrian que había conocido mientras crecía ya no existía. Estaba verdaderamente muerto. En su lugar estaba ese hombre dañado, amargado y lleno de odio.

Estábamos en un avión. Un puto avión de carga, y juraría por Dios que escuchaba ladrar a un perro en el lado opuesto. La cubierta inferior del avión estaba iluminada, dejándonos en penumbra.

No pude evitar que mis ojos parpadearan en dirección a Adrian, temiendo que mi cerebro y mis ojos me estuvieran jugando una mala pasada. Lo miré a la cara y luego observé la pistola con la que me apuntaba. Su rostro me resultaba familiar, salvo por esa expresión que nunca había visto en él. Noté cicatrices en parte de su mejilla, aunque mantenía ese lado de su cara oculto de mí.

Tragué saliva, ese dolor en el pecho que sentía desde su muerte parecía regresar lentamente.

—¿Cómo estás vivo? ¡Yo te vi! Estabas muerto. Intenté reanimarte. —A mi cerebro le costaba darle sentido a esto.

Por un momento pensé que no me contestaría. No me veía, como si tuviera la cabeza en otra parte.

—Nikita sabía que seguía vivo, aunque tú fuiste demasiado estúpida para no darte cuenta. En realidad, me hiciste un favor con toda tu teatralidad aquella noche. Lograste convencerlos de que habían tenido éxito. También los distrajiste lo suficiente como para darle a Nikita la oportunidad de sacarme del camino cuando el auto estaba a punto de explotar, pero no me apartó lo suficiente —dijo con amargura.

¿Quién era ese hombre? ¿Alguna vez lo conocí de verdad? ¿Lo hicieron mis hermanos? No entendía por qué nos odiaba, a mí, tanto como para dejarme creer que estaba muerto. Que lo llorara. Que me utilizara.

—Te amaba —murmuré suavemente y en ese momento supe que esas palabras eran ciertas. Lo *amaba*. Tal vez la ilusión de él, pero lo hice. Sin embargo, todo era en tiempo pasado. Lo amaba, mas no en ese momento. Obviamente, él nunca me amó, porque nadie en su sano juicio le haría algo así a alguien por quien tenía sentimientos.

Hubo emoción en su expresión, pero la disimuló rápidamente. No podía conciliar a este hombre con el Adrian sonriente y bromista que había conocido toda mi vida. Eran como dos hombres diferentes con la misma cara.

—¿Qué pasó, Adrian? —Carraspeé con un nudo en la garganta—. ¿Cómo pudiste odiarnos

tanto?

—¿Qué quieres decir? —Se rio—. Eras una forma de llegar a él, eso es todo.

—¿De verdad? Es tan reconfortante saberlo —dije, manteniendo la emoción fuera de mi voz—. Si yo era tu forma de llegar a Illias, ¿por qué atacar a mis hermanos? —Se sorprendió, pero no contestó—. Vi esos videos. —Siguió con la mirada perdida, ignorándome. Dos décadas de amistad. Dos décadas de amor. Todo tirado a la basura—. ¿No crees que merezco saberlo? —Sus labios se afinaron y creí que estaba llegando a él—. Mis hermanos son tus amigos.

—Fueron —espetó.

—Son —lo corregí.

Se dio la vuelta y cruzó los brazos sobre el pecho, mirándome fijamente.

—Eran, Tatiana. Eran mis amigos mientras me alineaba con sus objetivos. En cuanto fui tras mi propia justicia, me dieron la espalda.

Suspiré. No sabía si era verdad, mas sonaba como mis hermanos.

—Siempre eligen a su hermanita —se burló.

Sacudí la cabeza.

—Debes odiarme mucho para utilizarme así —susurré.

Algo se rompió en su mirada y mi pecho se apretó. No podía odiarlo. Incluso sabiendo todo lo que había pasado, no podía odiarlo, no obstante, tampoco podía amarlo.

—No te odiaba —reconoció finalmente—. No hasta aquella noche en la pérgola.

—Esa noche —murmuré.

—¿De todos los hombres de este planeta, elegiste a Illias Konstantin! —bramó.

—¿Yo no lo elegí esa noche! —exclamé—. Esa nota era para ti. Pensé que eras tú esa noche. Lo sabes. —Su mandíbula se tensó, pero se rehusó a admitirlo o desmentirlo, aun así, ambos sabíamos que no había forma de negarlo. Incluso le dije que creía que había sido él en *La Cueva del Pecado* hacía tantos años—. Sabías que no eras tú y, sin embargo, continuaste con la farsa, dejándome en ridículo.

—Lo utilicé a mi favor —continuó como si no hubiera oído nada de lo que le había dicho—. Era una oportunidad que no podía desaprovechar. Así que empecé mi plan.

Sacudí la cabeza con decepción.

—¿Qué plan? —pregunté cansada. Más me valía saberlo todo antes de mi muerte prematura.

Adrian se reclinó en la silla y estiró las piernas. El movimiento era tan simple, pero era su firma que había visto durante años.

—Me aseguré de que Illias no pudiera conocer tu identidad —respondió—. Borré todas las grabaciones de las cámaras de vigilancia de aquella noche en toda la zona de Washington para que no pudiera encontrarte. Te garanticé unos cuantos años de libertad. —Me quedé mirándolo atónita—. De nada —replicó, y temí que realmente creyera que me había hecho un favor—. Me dio tiempo para organizarlo todo.

La ira hervía en mis venas y el calor recorría cada uno de mis poros. Me burlé. Adrian había perdido la maldita cabeza.

—¿Me garantizaste unos años? —repetí incrédula—. Solo tengo veintisiete y estás planeando matarme. —Permaneció en silencio, con expresión sombría—. ¿Cómo va a traer eso de vuelta a tus padres? —Intenté razonar con él.

—No lo hará, pero hará de su vida un infierno —siseó, mirándome fijamente.

Me escocían los ojos. La ira y el dolor se mezclaban en mi pecho. ¿Cómo habíamos llegado hasta allí?

—¿Cómo sobreviviste? —gruñí—. Te vi... —Me humedecí con la lengua los labios resecos.

Hacía horas que no bebía ni comía nada, y empezaba a pasarme factura—. Creí que habías muerto.

Tomó su teléfono y empezó a darle golpecitos. Pensé que no contestaría, pero al cabo de unos minutos empezó a hablar.

—Tengo medio cuerpo quemado. —Mis ojos se dirigieron a su mejilla llena de cicatrices. Me dolía el corazón por él. Estaba tan amargado y envuelto en su sed de venganza que *echó por la borda lo nuestro*. La oportunidad de ser felices—. ¿Sabes cómo se siente el fuego contra tu piel?

Sacudí la cabeza, tragándome el nudo que tenía en la garganta. El terror de aquella noche se apoderó de mi mente. El dolor. Mis intentos desesperados por reanimarlo. Pasé meses buscando algo que me hiciera seguir adelante.

Y todo ese tiempo, se había escondido. De mí. De los enemigos que creó.

—Me dejaste a la deriva y vulnerable —acusé, manteniendo la voz uniforme. No me serviría de nada pasar al modo de ataque—. La *Yakuza* estaba particularmente ansiosa por llegar a mí.

Se rio entre dientes.

—Sí, siempre han estado ansiosos por acabar con la *Omertà*. El único problema es que continuarían la tradición, sin embargo, solo velando por sus intereses. En vez de eliminar a todas esas malditas familias.

—¿Por qué los odias tanto?

Me fulminó con la mirada.

—Primero, ese viejo cabrón de Konstantin se llevó a mi madre para quedársela. Luego, mató a mi padre y a mi madre. Delante de mí. Destruyó mi vida. Asesinó a sangre fría a mi familia. ¿Qué debía hacer? ¿Hacer como si nada?

—Pero el viejo está muerto —señalé.

Se rio entre dientes.

—Pero no su legado. No descansaré hasta que estén todos muertos.

Tanto odio. Tantas mentiras. Tanto daño.

¿Y por qué? Por algo que ninguno de los dos podía controlar. Ambos eran niños. Ambos sufrieron. Ambos perdieron a su madre. Crecer bajo el techo del padre del Illias no fue fácil. Por el amor de Dios, Illias mató a su propio padre.

—Estás llevando esto demasiado lejos, Adrian.

Se puso en pie de un salto y en el siguiente suspiro estaba frente a mí. Nunca había visto tanta rabia y odio en su cara. Ese hermoso rostro por el que me desmayaba cada vez que me salvaba en el instituto. Cada vez que me llamaba *Mocosa*, por mucho que me opusiera.

—¡Demasiado lejos! —gritó, su aliento caliente en mi cara—. Vi cómo asesinaban a mis padres delante de mí. Lo perdí todo. TODO. Mis padres adoptivos abusaron de mí, me golpearon y me mataron de hambre, pero tú no lo entenderías, ¿verdad? Princesita mimada, protegida por sus hermanos mayores.

Mi corazón retumbaba acelerado por el miedo, agrietando mi caja torácica con cada latido. El hombre que tenía adelante no era quien yo pensaba. No podía serlo. Entonces, percibí su olor.

Parpadeé y me quedé mirándolo con los ojos muy abiertos. Incluso me incliné e inhalé profundamente. No olía como yo lo recordaba. No había ni rastro del aroma a cítricos y sándalo. No había ni rastro de mi antiguo Adrian.

—Podríamos haber sido felices, Adrian —susurré, con el corazón latiendo fuertísimo—. Podríamos haberlo tenido todo. En lugar de eso, elegiste la venganza. La venganza por encima de nosotros.

Algo se rompió en sus ojos. Tal vez mis palabras le hicieron daño. Tal vez aún había una oportunidad de salvarlo. No para mí. Era demasiado tarde para eso. No había más nosotros, aunque sí para él.

Era algo que el mundo no entendía de nosotros, los Nikolaev. Nos creían desquiciados, un poco locos, incluso crueles, pero teníamos un corazón blando. Nos preocupábamos demasiado.

—Adrian, por favor...

No llegué a terminar mi declaración. Me empujó con fuerza y caí de espaldas contra el asiento sucio.

—¡Es demasiado tarde! —espetó, y luego se levantó como si no soportara estar cerca de mí.

El dolor se apoderó de mí. No del tipo físico, sino del que no se puede curar. Era crudo y real. Me temblaba el labio inferior. Temblores sacudieron mi alma.

—Te lo advertí —refunfuñó, bajando la voz.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué me advertiste? Me dejaste a oscuras, dando tumbos tras unas pistas que no tenían ningún maldito sentido —acusé.

—*Memento Mori* —pronunció en latín.

—Recuerda que debes morir. —Traduje, con mi corazón partiéndose de nuevo. Esta vez no por él, sino por mí. Por la traición. Por nuestra tragedia.

—Es demasiado tarde, Tatiana —repitió en voz baja.

Sacudí la cabeza. No podía ser demasiado tarde. Tenía un futuro, hijos en los que pensar, sin embargo, no quería contarle lo de mi embarazo. No sabía si eso lo enojaría aún más o lo haría perdonarme.

—No, nunca es demasiado tarde —formulé.

—Mi cuerpo está arruinado, *Mocosa* —murmuró, dejándome entrever al antiguo Adrian. Malinterpretó mi comentario pensando que quería otra oportunidad con él. No la quería, pero no lo corregí. Se levantó y empezó a quitarse la ropa. La chaqueta se deslizó por sus hombros anchos.

Me tensé. ¿Qué estaba haciendo? No me acostaría con él. Ese barco ya había zarpado.

Se levantó la camiseta por encima de la cabeza y mi grito ahogado llenó el avión de carga de mierda. El cuerpo de Adrian tenía cicatrices. La piel de su espalda era papel de lija rojo crudo. Era la única forma en que podía describirlo. Tenía una fea mancha en el hombro, donde la bala debió de atravesarle.

—Adrian —gimoteé. Todavía tenía las manos atadas, así que no podía hacer nada. No podía abrazarlo ni consolarlo, aunque estaba segura de que lo necesitaba—. ¿T-te duele?

Volvió a ponerse la camiseta.

—No, perdí la mayor parte de la sensibilidad en mi espalda. En realidad, fue una bendición.

Tragué saliva. ¿Qué podía decir para mejorar la situación?

—Quizá podríamos llevarte a ver a un médico —propuse—. Isabella conoce algunos excelentes. Estoy segura de que ella...

—Atravesé todos los límites —me cortó—. Tus hermanos ya no forman parte de mi círculo. Me matarán en cuanto puedan. No hay vuelta atrás. No de esto.

—No, no —musité, sacudiendo la cabeza. No me importaban sus cicatrices, su pasado—. Podemos arreglarlo. Solamente habla con Illias.

Fue un error decirlo. Una forma equivocada de apelar a él, porque su expresión se ensombreció y pude ver cómo cerraba sus muros.

—Siempre tan rápida para perdonar —refunfuñó, casi como si lo odiara. Quería que lo

odiara. Así, le sería más fácil seguir con su plan. Fuera cual fuese. Aunque tenía claro de que acabaría conmigo muerta—. ¿Sabes que jodí contigo todo el tiempo que estuviste en el *penthouse*? Konstantin cree que te protegió, pero *accedí* al sistema de vigilancia, puse audios para asustarte. Incluso evité a sus hombres. Illias no es tan bueno como cree.

Me quedé quieta, mirándolo con los ojos muy abiertos. ¿Había odio en sus ojos?

—Y entonces te lanzaste a los brazos de Konstantin —añadió en tono disgustado—. Como una polilla al fuego. Y ahora... ahora eres uno de ellos.

Uno de ellos.

—¿Porque me casé con él? —cuestioné—. ¿Y qué esperabas que hiciera? Me dejaste pensando que estabas muerto. ¡Me dejaste! Illias es diez veces más hombre que tú.

Si me hubiera contado a qué se enfrentaba, qué le había pasado, lo habría ayudado a superarlo todo. Si tan solo hubiera dejado el pasado atrás y me hubiera dejado entrar, pero no lo hizo. Todo el tiempo, nunca fui parte de él.

Acumuló rabia y odio, dejando que ese último lo infectara hasta que me puso en el mismo grupo que sus enemigos. Los que *él mismo* creó.

—¡Tú elegiste esto! —grité furiosamente sacando lo mejor de mí—. Elegiste tu odio sobre nosotros. Por encima de mí.

Se burló.

—Nunca me amaste. Pensaste que era otra persona y perseguiste una ilusión.

—Tal vez —siseé—. Pero ni siquiera fue correspondido. No me amabas. Me utilizaste. Me hiciste creer que estaba loca. Loca de remate. ¿Y por qué? —Se quedó quieto, sus ojos fríos y crueles—. ¡Respóndeme, demonios! ¿Por qué? —grité, clavándome las uñas en las palmas de las manos. El agudo dolor que me producía me paralizaba. Tenía que mantener la calma, sacárselo todo—. ¿Tanto me odiabas que tuviste que hacerme creer que estaba loca? Moviendo cosas. Poniendo esas voces por la noche. Asustándome hasta volverme desquiciada.

Una sombra pasó por sus ojos y desapareció en el siguiente suspiro. Entonces sus labios se curvaron en una sonrisa cruel. Una que nunca había visto en su rostro.

—Necesitaba que te fueras de allí, pero te tardaste. Ponía sonidos por la noche para asustarte y convencerte de que te fueras.

Me temblaba la cabeza al recordar aquellos primeros meses. El dolor insoportable. El miedo. La tristeza. Cuestioné mi cordura. Y él estaba jodiéndome. Literalmente, torturándome.

—¿Cómo pudiste? —Carraspeé con una voz que no reconocí—. ¿Por qué fuiste tan cruel?

Dejó escapar un suspiro sardónico, lleno de amargura.

—Porque tus hermanos ataron todos mis bienes, intentando transferírtelos todos a ti. Me dejaron sin nada. Tuve que esconderme en casa de mi tía.

—¿Tía? —repetí, en mi cabeza—. Pensé que eras huérfano.

—Tú la conociste —comentó secamente—. ¿Recuerdas a la superintendente de los Cementerios Municipales de New Orleans? —Casi se me salen los ojos de las órbitas—. Jane Ford. Es la hermana de mi madre. Tardé muchos años en encontrarla.

Entonces me di cuenta.

—¡El mensaje de la dedicatoria! Nunca fui yo. Yo no hice esa dedicatoria para tu placa. —No necesitaba confirmarlo. Sabía que no había sido yo. No estaba loca. Ese hijo de puta trató de hacerme creer que estaba perdiendo la cabeza—. Fue una movida cruel, Adrian. ¡De verdad! Incluso para un villano.

Se encogió de hombros.

—No podía escribirlo yo. Así que tuve que asignártelo a ti. Mi tía me ayudó. Tiene bastante

sentido del humor.

Entrecerré los ojos. No había humor en nada de esto.

—¿Y Nikita? —exigí saber—. ¿Cómo conseguiste que traicionara a Illias?

—Es mi primo. Nadie lo sabe. Ha sido perfecto. Ha estado de mi lado todo el tiempo —refunfuñó—. Esperando nuestro momento hasta que pudiéramos acabar con todos.

Y decían que no había ser más peligroso que un animal herido. Dios mío. Adrian y Nikita estaban a otro nivel.

—No lo vas a conseguir —reviré con convicción. No sabía de si lo decía en serio o no, pero lo fingí a la perfección.

Se acercó a mí, con ese paso seguro que solía admirar. Su mano se acercó a mi cuello, agarrándome ligeramente. El miedo me recorrió como adrenalina. Nunca le había temido a Adrian, no obstante, resultaba que nunca lo había conocido realmente.

Contuve la respiración, perdiéndome en aquella familiar mirada verde.

—Gracias por tenerlo siempre contigo, *Mocosa*.

La confusión se apoderó de mí y, antes de que pudiera preguntarle qué significaba aquello, agarró el collar y tiró de él de un jalón. La llave tintineó contra el suelo y Adrian se arrodilló para recogerla, sin dejar de agarrar el dije de esmeralda.

—¿Qué estás haciendo?

—El chip —explicó en voz lenta, haciendo girar el collar alrededor de su dedo índice. ¡Dios mío! Ese hijo de puta—. Lo tuviste todo el tiempo. —Luego, levantó la otra mano, sosteniendo la llave que yo había encontrado debajo de la baldosa de nuestro cuarto de baño—. E incluso guardaste la llave. Qué buena chica.

Sacudí la cabeza con incredulidad.

—Nunca me había dado cuenta de que fueras tan sádico, Adrian. —Levantó la ceja como sorprendido por aquel comentario—. Atormentándome durante todos esos meses. Haciéndome creer que estaba perdiendo la cabeza. Convirtiéndome en el blanco de todas las putas familias del bajo mundo. ¿Acaso eso no te hace igual que el padre de Illias?

Me abofeteó.

El dolor en la cara fue inmediato. Me sacudió la cabeza hacia un lado y me dejó sin aliento. Me ardía la mejilla y el sabor metálico de la sangre me llenaba la boca.

Era la primera vez que *alguien* me levantaba la mano.

Juré que sería la última.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

KONSTANTIN



La imagen de mi mujer se repetía en mi cerebro.
Atada. Asustada. ¿La torturó? ¿La tocó?

Una niebla roja cubrió mi visión y todo a mi alrededor se convirtió en sangre. Quemaría el puto mundo entero y desgarraría a Adrian miembro por miembro si hubiera una sola marca roja en su piel.

Mi control sacudía los barrotes de la jaula, a punto de romperse.

No podría soportar que le pasara algo a Tatiana.

Adrian la lastimó. Por mi culpa. Debería haberle contado todo. Debería haberle contado lo que había pasado aquella noche del accidente y lo que nos llevó hasta allí. En vez de eso, me lo guardé todo y la mandé a buscar respuestas.

Sabía que Tatiana no era de las que aceptaban verdades a medias. Joder, lo sabía y aun así me negué a decírselo por miedo a perderla.

De eso se trataba. Temía perderla.

En algún lugar profundo, sabía que mi propia madre me temía. Maxim me temía. No quería ver ese mismo miedo en sus ojos también. Así que lo escondí todo y en ese momento, estaba a nada de perderla.

Volví a meterme las manos en el cabello, tirando de él. Sentía que mi cordura pendía de un hilo y que se cortaría en cualquier momento. Tenía que recuperarla. La *necesitaba*.

Este mundo era más seguro con ella en él. Sin ella, haría arder el maldito planeta. Sin ella, ni yo ni el mundo sobreviviríamos. Perderla me destrozaría.

Tatiana era el aire que respiraba. Mi razón de existir.

—Tienes razón —confirmó Boris, interrumpiendo mis oscuros pensamientos—. Se dirigen a Rusia. En un avión de carga.

Con razón no pudimos rastrear ningún vuelo comercial o privado. Supusimos que viajaba de la forma normal.

—No podemos llegar tarde —gruñí. Boris asintió. Los hombres de Marchetti estaban en la parte delantera del avión, revisando sus armas.

No paraba de observar el teléfono. No sabía si llamar a sus hermanos era bueno o malo. ¿Llamar a sus hermanos era admitir la derrota o no? Entonces, antes de cambiar de opinión, llamé a Vasili.

Contestó al segundo timbrado.

—¿Has encontrado a mi hermana? —saludó con humor.

Si Adrian no estuviera involucrado, también lo habría sentido. Excepto que no lo hice. Tatiana recibiría el mismo trato que mi padre le dio a nuestra madre. Por el solo hecho de que la amaba. Esa era su único error.

—La encontré. —Mi voz era áspera. Apreté los dientes antes de añadir—: Adrian la tiene. Pasaron dos latidos.

—¿De qué carajo estás hablando? —espetó tan fuerte que la estática llegó a través de los auriculares—. ¿Qué demonios está pasando?

—En resumen, Adrian no está muerto después de todo y está utilizando a Tatiana para vengarse de mí —gruñí—. Es mi medio hermano y va a matarla a menos que llegue a ella a tiempo para detenerlo.

—¡Mierda! —La voz de Vasili mostraba rabia. Furia—. ¿Y por qué no estaba enterado de nada? —bramó—. ¿Cómo demonios ha pasado de estar muerto a estar vivo? Se ha llevado a mi hermanita. Se suponía que debías protegerla, no ponerla en más peligro.

—¿Quizá deberías haber investigado un poco más a tu amigo! —reviré. No necesitaba que me señalara lo obvio—. No deberías haber dejado que la tocara.

—¿Acaso no conoces a tu esposa? —devolvió, con rabia en la voz—. Decirle que se detenga es como echarle leña al fuego y arrojarla a él.

Sí, lo sabía. Fue lo que hice al ocultarle información. Excepto, que estaba tan jodidamente cabreado, que necesitaba una salida.

—¿Dónde está Adrian? —preguntó—. Voy para allá.

—Nunca llegarás a tiempo —aseguré, apoyando los codos en las rodillas y agarrándome el cabello—. Se dirigen a Rusia. A las afueras de Moscú.

Ya estaba lanzando órdenes. Iría a Moscú de cualquier manera.

—Voy a decirte esto, Konstantin —gruñó—. Si algo le pasa a mi hermanita, Adrian será la menor de tus preocupaciones.

Colgó. Apreté la mandíbula con tanta fuerza que mis muelas rechinaron. Antes de darme cuenta, el trago que estaba sobre la mesa a mi lado voló por la cabina y golpeó la ventanita redonda. El líquido se derramó sobre los asientos y el vaso que antes contenía mi bebida se hizo añicos.

—La recuperaremos —aseguró Boris en voz baja—. No estamos muy lejos. En todo caso, probablemente nos adelantaremos. Los aviones de carga pasan por pasos extra en la frontera.

Observé a Boris. La idea llegó rápidamente a mi cabeza y enseguida llamé a mi contacto en la frontera. Cinco minutos después, lo tenía todo preparado. Todos y cada uno de los aviones de carga de Rusia serían sometidos a una inspección y un escrutinio adicionales.

—Bien pensado —lo elogí. Al menos alguien era capaz de pensar con claridad, ya que obviamente estaba fuera de mí.

—¿Illias? —agregó—. Puede que ella quiera irse después de... —Hizo una pausa cuando le lancé una mirada oscura y asesina. Aparentemente no fue lo suficientemente aterradora, porque continuó hablando—... Después de que se entere de la conexión y toda esa mierda.

Dejé escapar un suspiro sardónico.

—Creo que lo sabe. —Sus cejas se fruncieron—. Mencionó una foto que encontró de Adrian y sus padres. Ella lo sospechaba, pero a mí me parecía demasiado descabellado.

—Nada con tu padre era demasiado descabellado.

Tenía tanta razón.

Sin embargo, no importaba. Yo no era mi padre. Nunca dejaría ir a Tatiana. Ella era mía y yo

era suyo. Ella estaba en ese lío por culpa de mi padre. Por Adrian. La sacaría y me quedaría con ella para siempre.

Era mi mujer. En la prosperidad y en la adversidad. En la salud y en la enfermedad.

Fui sincero en cada voto que dijimos cuando puse ese anillo en su dedo. Era algo más que obsesión o atracción física. Después de toda la mierda con mi madre, la amargura de mi padre lo cambió. Me enseñó que las mujeres eran inútiles y solo servían para dos cosas. Follar y tener crías.

Mi madre me enseñó que Maxim y yo éramos indignos de su amor. No estaba dispuesta a dejar ir a su amante para quedarse con mi padre. Estaba dispuesta a arriesgar nuestras vidas. En el fondo, debía saber que la atraparían. Nada se le escapaba a mi padre. Y aun así no le importó.

Sin embargo, cuando conocí a Tatiana, las cosas en mi pecho cambiaron. No me di cuenta. No al principio. Pasé años obsesionado con aquel ángel rubio hasta que entró a mi restaurante de Los Angeles solo para enterarme semanas después de que ya se había fugado para casarse.

Ella era mi nirvana. Mi oportunidad de redención. Mi oportunidad de ser feliz.

Tatiana había logrado llegar a esas partes de mí que estaban muertas desde el momento en que fui testigo de cómo le disparaban a mi madre. Las partes de mí que había olvidado. Era algo más que una necesidad física. Se trataba de la conexión que sentía con ella. Cada vez que se derrumbaba debajo de mí, sentía que su alma se fundía con la mía. Sentía que esa conexión crecía con cada palabra y cada mirada. No había forma de saciar esa sed por ella.

No podría vivir sin ella. La sola idea de perderla me producía un dolor agudo que me hacía insoportable respirar.

Así que perseguiría a Adrian hasta ese maldito estacionamiento donde todo comenzó.

Le daría lo que quería. Si lo que quería era mi muerte, la tendría; no obstante, él también moriría. Era lo único que protegería a Tatiana y a nuestros bebés.

La voz de mi padre resonaba en mi cerebro como un disco rayado.

Los niños crecen y se convierten en hombres. Regresan a buscarte y, de repente, el cazador se convierte en la presa.

No más segundas oportunidades.

Tuve que aprenderlo a las malas.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

TATIANA



—Adrian, por favor.
Tenía los pies helados. Los pies descalzos y los inviernos rusos no encajaban bien. Me dolían, el frío me calaba hasta los huesos y me producía escalofríos. El abrigo que llevaba no me mantenía caliente.

Estaba vestida para la Riviera Francesa, no para la puta Rusia.

—Adrian. —Traté de alejarme mientras Nikita me arrastraba más lejos del auto.

—¿Dónde está la maldita *Yakuza*? —siseó Nikita, ignorándome. El pánico se apoderó de mí y miré a mi alrededor. Adrian tecleaba furiosamente en su teléfono y fruncía el ceño cada vez que me miraba.

—¿Están trabajando con la *Yakuza*? —los acusé, mirándolos a los dos—. Han estado intentando matarme.

—Van a comprar el chip —replicó Nikita.

—En realidad, están fuera —comentó Adrian—. Intentaron pasar por encima de mí e ir directamente por Tatiana. Tengo otro comprador.

Nikita se dio la vuelta y aflojó un poco su agarre.

—¿Quién? No me dijiste nada. —Adrian mantuvo los ojos en su teléfono, ignorándolo—. ¡Demonios, Adrian! ¿Quién?

Adrian se mantuvo inexpresivo.

—Sofia Volkov.

Me tensé. Había escuchado a mi hermano y a Illias hablar de Sofia Volkov. La lunática. Jesucristo. ¿Por qué este mundo era tan jodidamente pequeño?

—Bueno, ¿dónde mierda está? —Nikita gruñó.

Con cada respuesta de Adrian, el control de Nikita disminuía. Sin perder ni un minuto, le di un codazo con todas mis fuerzas, y luego me eché a correr, ignorando que se me congelaban los pies. Adrian me gritó que me detuviera, pero lo ignoré. Seguí adelante, poniendo todo mi empeño en ello.

Era estúpido, lo sabía. No había nada en kilómetros a la redonda, pero tenía que intentarlo. Tenía que escapar.

De repente, sentí cómo me levantaban.

—¡Suéltame! —grité, tratando de liberarme y pateando con mis pies descalzos.

—Basta. —La voz de Adrian me sofocaba, su agarre era firme sobre mí. Eché la cabeza hacia

atrás y le di un cabezazo. Mi vista se llenó de estrellas. El dolor se disparó a través de mi cerebro, aunque lo ignoré—. Detente, o te pego un tiro ahora mismo —siseó, con tono furioso.

Inhalé profundamente y luego exhalé, intentando calmar mi corazón acelerado y la adrenalina que me zumbaba en los oídos.

—¿Ya te calmaste? —inquirió entre dientes. No estaba nada calmada, pero asentí con la cabeza. Me dejó en el suelo y me giré para verlo frotándose la nariz—. Carajo, Tatiana. Creo que me rompiste la nariz.

Entrecerré los ojos.

—Y tú me rompiste el maldito corazón. Dudo que estemos remotamente cerca de estar a mano.

Puso los ojos en blanco.

—Deja de ser tan dramática.

Dado que mi ritmo cardíaco disminuía, el frío se apoderó de mí. ¡Maldita sea! Tal vez debería haber trotado un poco más.

—Adrian, no tengo zapatos. —Le lancé miradas suplicantes.

Nikita me dio un fuerte tirón del brazo y escuché un chasquido en él. Apreté los dientes para evitar que se me escapara un gemido.

—No los necesitarás —intervino Nikita con los dientes apretados—. Este camino te lleva a una tumba fría y oscura de todos modos.

—Imbéc...

—No lo hagas más difícil, Tatiana. —La voz de Adrian era engañosamente tranquila y suave, sin embargo, una vena se le marcaba en la sien. Estaba molesto, aunque estaba por verse si era conmigo, con Nikita o con la misteriosa Sofia Volkov.

—Bienvenida a tu tumba —anunció Nikita—. El mismo lugar donde los padres de Adrian fueron asesinados.

Mis ojos se desviaron hacia él. Evitó mirarme, sus ojos recorrían el paisaje blanco. Todo era del mismo color hasta donde alcanzaba la vista. Solo nos rodeaba la nieve, manchada únicamente por nuestros pies, pero era inconfundible dónde estábamos. El mismo viento, el mismo paisaje sin vida y los mismos fantasmas.

Se me erizó la piel.

Me mordí el labio mientras observaba con horror el mismo estacionamiento al que me sacó a bailar tantos años atrás. Para nuestra maldita luna de miel.

Eran otros tiempos. Un hombre diferente. Una vida diferente.

—Siento que no pudiera ser diferente —murmuró Adrian y parecía que lo decía en serio—. Lo digo en serio. Te amo.

La furia se disparó a través de mí, enardeciendo mis entrañas. Era mejor que el crudo miedo.

—Yo también lo digo en serio, Adrian. Este es el último límite. No debes cruzarlo —siseé.

—Lo haremos rápido —espetó Nikita, empujándome hasta ponerme de rodillas. La nieve fría me empapó el dobladillo del vestido hasta las rodillas. El frío en mis huesos me hizo estremecer—. No sentirás... mucho.

Intercalé la mirada entre Adrian y Nikita, y luego de nuevo a Adrian. *No, no, no.*

No podía morir así.

Quedaba tanto por hacer, decir, ver. Era demasiado joven. Mis bebés necesitaban ver la luz. A su *Mama* y su *Papa*. Tener una vida hermosa y feliz. Se lo merecían.

—O quizá deberíamos alargarlo. —Se rio Nikita.

—¡Cállate! —ordenó Adrian. Sus ojos se desviaron hacia mí y se ensombrecieron. Tal vez un

destello de arrepentimiento me devolvió la mirada. Así que intenté apelar a su sentido común. A lo que pudiera sentir por mí. Dijo que me amaba.

—Adrian, por favor, no lo hagas —supliqué, con los ojos ardiendo por las lágrimas y el frío. Me hormigueaba la nariz y me llevé las muñecas atadas al frente para frotármela. Aspiré por ella, una lágrima solitaria se escapó y rodó por mi mejilla helada. El frío me congelaba la piel hasta entumecerla—. Por favor. —Sollocé—. Te conozco de toda la vida.

—Te follaste a Konstantin —soltó, su voz era peor que un látigo contra la piel sensible—. Incluso usé ese maldito perfume del que tanto hablabas. Demasiado caro e intenso. —Lo observé fijamente, apretando los dientes. *Falso*. Todo con él era falso—. ¿Algunas últimas palabras?

—No vas a ganar —desafié, aunque en el fondo temblaba de miedo—. Illias te encontrará y acabará contigo. De una vez por todas.

Sin duda, sabía que mis palabras eran ciertas. Podía ser que no viviera lo suficiente para verlo, pero no saldría vivo de esta.

El frío cañón de su pistola me presionaba la sien.

—Al final de esto, alguien va a salir herido —afirmó, su voz azotando el aire—. Pero no seré yo.

Mi cuerpo temblaba y las lágrimas brotaban. Mi cabeza se llenó de emociones y recuerdos. Imágenes de Illias destellaron ante mis ojos. La noche en que me sacó del coche en llamas. Sus palabras ordenándome que siguiera viva. Nuestro fugaz momento en Los Angeles antes de darme cuenta de quién era para mí. *La pérgola*.

Apenas habíamos empezado. Quería decirle que lo amaba. *Necesitaba* decirle que yo era suya, al igual que él me dijo que era mío.

Tragué con fuerza y cerré los ojos. Las lágrimas se negaban a dejar de caer. Encontraron una salida, congelándose en mis pestañas. Algunas bajaron por mis mejillas hasta llegar a mi lengua. Me temblaron los labios al saborear la sal.

Mis oídos zumbaban, ahogando el aullido del viento. El entumecimiento se apoderó de mí. Mi piel estaba tan helada que ya no sentía el frío. Ni el dolor. Era demasiado tarde. Se me había acabado el tiempo.

«¿Les dije a mis hermanos que los amaba?»

Esperaba que lo supieran. Debería habérselos dicho más a menudo. Dios, mis pequeños sobrinos y sobrina. No se acordarían de mí. «*No los iba a ver crecer. Me iba a perder de todo*».

El nudo en mi garganta se hizo cada vez más grande. Algo me arañó el pecho y mi respiración se entrecortó, las gélidas temperaturas invadían mis pulmones.

Intenté recordar una oración. Solo una antes de mi último aliento. No pude recordar ni una sola.

«*Me iré al infierno*», pensé con horror. «*Mis bebés y yo nos iremos al infierno*».

El sonido de chirridos de neumáticos llegó a través de mis dispersos pensamientos.

¡*Bang!* ¡*Bang!*!

El terror absoluto me consumía. Ya no sentía el cañón contra mi sien. Mis uñas se clavaron dolorosamente en la palma de mis manos. La cabeza me daba vueltas como si estuviera en las nubes. ¿Estaba muerta? Un *ruido sordo*. Un polvo frío y suave me salpicó. Un líquido caliente saltó sobre mi cara.

Podía sentir su calor. Podía sentir el dolor. No podía estar muerta.

Abrí los ojos. Gritos. El fuerte latido de mis oídos me impedía distinguir las palabras. Más balas. Me quedé paralizada sobre las rodillas. La conmoción a mi alrededor era real, pero algo en mi interior enmudeció por un instante.

Entonces lo escuché.

—¡Tatiana! —La voz era conocida. Se me calentó el pecho. Con los ojos muy abiertos, vi a los hombres, mientras el rugido de mi corazón aumentaba su ritmo entrecortado.

—Si está herida, te mato, Konstantin. —Otra voz familiar.

Si bien un sollozo me subió por la garganta, lo contuve. Mi esposo estaba aquí. Me invadió el alivio, seguido de un gemido. Me puse en pie a tropezones, con mis extremidades agarrotadas por el frío y los pies helados, pero lo ignoré todo.

Corrí hacia él y choqué contra su cálido pecho que olía a cítricos y sándalo. *A casa. Corazón.* Todo estaba allí.

Illias me abrazó inmediatamente y mis piernas rodearon su cintura. Enterré mi cara en su pecho, jadeando y sollozando. Ese roce con la muerte había sido demasiado real. Demasiado cerca. La intensidad de mis gritos me hacía temblar los huesos.

Un toque cálido.

—Estoy aquí, *moya luna*. —Me calmó, con voz ronca. Luego lo repitió. Una y otra vez. Como si necesitara convencerse a sí mismo tanto como a mí—. Mírame.

Levanté la cabeza y mis ojos se encontraron con los suyos, que me consumían. Me apretó contra su pecho, manteniéndome entre sus brazos. Hundí la cara en su cuello, inhalando aquel aroma familiar.

—V-viniste p-por mí —tartamudeé.

—Siempre —murmuró—. Siempre vendré por ti —afirmó—. Siempre te salvaré.

Tal y como prometió.

Pedazos de mí se desmoronaron, solo para que él los volviera a unir.

—Estás a salvo —repitió—. Nunca más. Nunca volverá a hacernos daño.

Cayó de rodillas, como dominado por el alivio, mientras me abrazaba con fuerza como un dios de la venganza. Respiró hondo y luego exhaló lentamente.

—Joder, estás helada. —Su voz se quebró, sus manos recorrieron mi cuerpo, casi como si esperara que su tacto me calentara. Y así fue. Lo necesitaba.

—Viniste por mí —musité de nuevo, mientras me depositaba besos suaves pero urgentes sobre mi cara. Mi frente. Mi nariz llena de mocos. Mis mejillas. Mis orejas.

—Vamos a sacarte de aquí. —Instó en voz baja—. Te llevaremos a algún lugar cálido.

—¡Quítate de en medio, puta madre! —Llegó la voz de mi hermano. Sasha—. Tienes suerte de que no te haya disparado accidentalmente. Quita tus manos de mi hermana, maldito Konstantin.

—No tientes a tu suerte, Sasha. —Mi marido ni siquiera le dedicó una mirada—. O te apuñalaré por accidente.

Fue una discusión afectuosa. ¿Verdad? Podía escuchar el pulso palpitante en mis oídos. Se estaba calmando lentamente. Mi cuerpo temblaba. Inhalé profundamente mientras observaba la escena que tenía adelante.

Hombres vagando por este páramo nevado. Todoterrenos negros rodeándonos. Hombres armados por todas partes.

Los ojos de Illias se volvieron negros como el carbón y más fríos que las temperaturas de ese lugar, pero no estaban dirigidos a mí, sino a los dos hombres que había a mi espalda. Mi mirada siguió la suya para encontrar a Nikita muerto, con la sangre manchando lentamente la blanca nieve. Los ojos muertos miraban al olvido.

Y a Adrian. Vivo.

Sus ojos verdes se clavaron en mí y me quedé observándolo paralizada. Tenía un disparo en

la pierna y la herida manaba sangre. Me dolía el corazón por él. No porque lo amaba como esposo o amante. Me dolía el corazón por mi amigo. Por el chico que estuvo allí casi tanto tiempo como mis hermanos. Por el hombre que podría haber tenido mucho más, pero que prefirió el odio y la venganza a su futuro.

Sus ojos, esos verdes oscuros me miraban con tanto odio que me dolía respirar. No se movió. No intentó luchar contra ellos. Se limitó a mirarme como si fuera yo quien lo hubiera traicionado.

—Tatiana. —La súplica en su voz dolía. Apelaba a nuestra infancia y a los recuerdos que se volvieron amargos. Lamentablemente, él lo torcía todo.

Konstantin gruñó, pateó la pistola fuera de su alcance y me tomó en brazos. Mis pies colgaban y su pecho se apretaba contra el mío.

—No hables con ella. No la mires. A menos que quieras una muerte larga y dolorosa.

La risa amarga de Adrian llenó el aire.

—Tan típico de un Konstantin. Siempre toman lo que no les pertenece.

Illias se puso rígido.

—Eres un maldito descarado. —Se acercó un paso, elevándose por encima de Adrian—. Tu odio te ciega, imbécil. Nunca fue tuya.

—¡La conozco desde que era una niña! —reviró Adrian, poniéndose de rodillas—. Me conoce mejor que nadie. Tú nunca tendrás eso. Me casé con ella primero.

Los ojos de Illias se volvieron oscuros. Crueles. Apuntó con su arma a Adrian, y yo puse la palma de mi mano sobre el pecho de mi esposo. Su mirada se desvió hacia mi rostro. Este era el *Pakhan* que la gente temía. Inclemente. Despiadado. Letal.

Me recorrió un escalofrío, mas no tenía miedo. No, no era eso lo que me estremecía por dentro. Eran los latidos del corazón de mi marido tamborileando con fuerza bajo mi palma. Era su calor. Cómo me hacía sentir viva.

Y cada vez que no me creía estar respirando, paseaba mis manos por su pecho. Podía tocarlo. Hacía apenas unos minutos, me estaba despidiendo en mi mente.

—¿Quieres que le perdone la vida? —preguntó Illias.

Se me cortó la respiración y abrí mucho los ojos. Algo destelló en el rostro de mi marido, pero guardó la compostura. Mantuvo una máscara firme sobre su expresión. Me estaba dando a elegir.

Ni siquiera sabía cuánto significaba esa elección. Mi mirada encontró a Adrian. Estaba totalmente inmóvil, sus ojos ardían, pero no de amor. Ardían con la enloquecedora necesidad de venganza. El odio se lo había tragado entero. Me había utilizado.

Sin embargo, tenía el poder para salvarlo. De perdonarle la vida.

—¿Cuándo decidiste utilizarme? —le pregunté, sosteniéndole la mirada. Ese verde que solía fascinarme. Los mismos ojos verdes que esperaba que tuvieran nuestros hijos algún día. Cuando no contestó, lo hice por él—. ¿En D.C.?

La mandíbula de Adrian se tensó.

—Al principio, borré todo rastro tuyo de las cámaras de seguridad para que él... —Inclinó la barbilla hacia Illias, con puro odio en aquellos ojos esmeralda—. Para que no pudiera encontrarte. Siguió buscando, pero no encontró nada. —Por fin tenía sentido por qué se había negado a tocarme durante tanto tiempo. Pensé que era él en la pérgola. No lo era. Utilizó mi confusión a su beneficio—. Cuando te encontraste con él en el restaurante de Los Angeles, supe que tenía que moverme rápido. Vasili estaba ocupado con Isabella. Te dejó vulnerable.

—Porque confiaba en ti —siseé—. Yo confiaba en ti.

Me utilizó. Como si yo no fuera nada. Como si no me conociera de toda la vida.

Mientras observaba a mi no *tan* difunto marido, que había estado a segundos de apretar el gatillo y matarme por algo en lo que yo nunca había participado, supe mi respuesta. Adrian también la sabía. Puede que nos mintiera a todos; no obstante, me conocía lo suficiente como para reconocer mi decisión. Mi elección.

De rodillas, se encontró con mi mirada. La tristeza acechaba en sus verdes profundidades.

—Perdóname, *Mocosa*. Danos otra oportunidad y podré arreglarnos. —Negué. Debía de estar mal de la cabeza si creía que iba a olvidarme de la mierda que me había hecho—. ¡Por favor! —suplicó, con la esperanza iluminando sus ojos.

Me burlé.

—No me conoces en absoluto, ¿verdad? —Yo era una Nikolaev hasta lo más profundo de mi ser. No dábamos segundas oportunidades y siempre ajustábamos cuentas—. Los Nikolaev siempre ajustan cuentas —declaré en voz alta.

La afirmación reverberó en el silencio del estacionamiento, abriéndose paso entre los fantasmas de nuestro pasado.

—Te amo, Tatiana —susurró, intentando apelar a mi corazón. No podía. Ya no podía. Se me apretó el corazón, pero lo ignoré. Me estaba manipulando. Nunca me había dicho esas palabras y, sin embargo, las había pronunciado dos veces en un solo día—. Te he amado. Siempre, *Mocosa*. Mi amor y mi odio no conocen límites.

Era su último adiós. Su última advertencia.

—Lamento que me amaras. —Carraspeé mientras los latidos de mi corazón temblaban en mi pecho. El hombre al que amaba murió en el accidente automovilístico, quizás incluso antes. El hombre que amaba no infligía dolor. El Adrian al que amaba era producto de mi imaginación—. Fue tu error. No mío. —Cruzó la línea. Y ambos sabíamos que, si lo perdonaba, volvería—. Quiero a un hombre que arruine mi lápiz labial, no mi rímel. Y tú has hecho eso demasiadas veces incluso antes del accidente, Adrian.

Su mirada se enfocó detrás de mí y seguí sus ojos para encontrar a mi hermano mayor caminando hacia nosotros con Alexei. Mi familia. Estaban todos aquí. Por mí.

Vasili se abalanzó sobre Adrian y le dio un puñetazo en la cara. Su cabeza se movió bruscamente hacia un lado por el impacto, escupiendo sangre por toda la nieve. Mientras tanto, Alexei me secaba los pies y me ponía unas UGGs.

No sabía dónde mirar: si a Vasili pegándole a Adrian o a Alexei tocándome. Despreciaba tocar a la gente, hermanos o no, y lo evitaba a toda costa.

—¡Se suponía que tenías que cuidar de ella! —vociferó Vasili, quitando mi atención de Alexei—. Protegerla. —Luego, volvió a golpearlo—. Eras como un hermano para mí.

Adrian se rio sombríamente. Amargado.

—Como un hermano, pero *no* soy tu hermano. —Ya tenía la cara hecha un desastre, el labio partido. Escupió en el suelo a los pies de Vasili, la sangre cruda en la nieve blanca—. Es una gran diferencia, Vasili.

Me ardían los ojos. Se me hizo un nudo en la garganta. El crudo dolor de mi pecho se extendió. Aunque me utilizó y su odio superó todos los años de nuestra historia, fue víctima de las circunstancias. Fue el chico que perdió a sus padres por culpa de la pasión y el odio. Le arrebataron a sus padres solo porque se querían.

Sin embargo; Adrian se aferró a su propio dolor, olvidando que Illias también había perdido a su madre. Estaba tan consumido por su odio y su necesidad de venganza que olvidó que estaba hiriendo a inocentes en el camino hacia su cometido.

Vasili le dio la espalda a Adrian y se acercó a mí, dejándome un beso en la frente.

—*¿Ty v poryadke?* —preguntó en ruso. ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza.

—Siempre protegiendo a la princesa —se burló Adrian—. Dios no quiera que un rasguño marque esa cara tan bonita.

Sus palabras de odio se grabaron en mi alma. Mentiría si dijera que no me dolió. Una parte de mí aún recordaba a ese hombre que me protegía.

Las líneas del rostro de Illias se endurecieron. Toda la calidez desapareció de sus ojos y las ya frías temperaturas cayeron en picada hasta los tres dígitos negativos.

—Tienes toda la razón —le gruñó a Adrian—. Ni un solo rasguño a mi esposa y a la madre de mis hijos.

La sorpresa brilló en su expresión y sus ojos se desviaron hacia mi vientre, donde mi mano me cubría inconscientemente el bajo vientre. Su ojo izquierdo tembló y supe que se acordaba de todas nuestras discusiones cuando le suplicaba tener un bebé.

—Siempre consigues lo que quieres, ¿verdad, Tatiana? —Fue la última puñalada al corazón que le permitiría darme.

Giré la cabeza y me encontré con la mirada de Illias.

—Tiene el chip —avisé—. Estaba en el dije de mi collar. Está en su bolsillo derecho junto con la llave que necesitas para abrir el colgante. Iba a vendérselo a Sofia Volkov.

—¿Qué mierda? —Vasili e Illias maldijeron al mismo tiempo—. ¿A esa puta loca?

Asentí con la cabeza. Sasha dio dos pasos hacia Adrian y lo sacó del bolsillo. Luego le dio un puñetazo en la cara.

—Por apuntar con una pistola a la cabeza de mi hermana. —Luego, le dio una patada en el estómago, y el cuerpo de Adrian se dobló—. Es hora de que reces a todos los dioses conocidos. *Tictac. Tictac.* Hora de morir, hijo de puta.

Jesucristo.

Mis hermanos estaban un poco locos, pero yo también lo estaba, porque mis siguientes palabras hicieron que los ojos de todos se desviarán hacia mí, asombrados.

—No más reencarnaciones. —Me deslicé fuera de los brazos de Illias y mis pies hicieron crujir la nieve bajo ellos—. No quiero que venga por mi familia nunca más.

Las palabras me ardían en la garganta. El dolor palpitaba en mi pecho, pero no me rompería.

—Tus deseos son órdenes, esposa —concretó Illias.

Algo brilló bajo el sol radiante. Mis ojos se abrieron de par en par al ver el cuchillo en las manos de Adrian. Illias también se dio cuenta. Tiró de mí hacia atrás, pero fue demasiado tarde.

La hoja surcó el aire. Me cubrí el vientre bajo con las manos. Chillé mientras un dolor punzante me atravesaba.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Tres balas resonaron en el aire.

Al final de esto, alguien va a salir herido.

Las palabras de Adrian resonaron en mis oídos, burlándose de mí, mientras la oscuridad me hundía.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

KONSTANTIN



Había probado la muerte tres veces.

La primera vez fue cuando vi a mi madre asesinada delante de mis ojos. La segunda cuando vi a Tatiana en el vehículo volcado, ensangrentada y magullada, mientras el pedazo de mierda de su marido intentaba huir.

La tercera fue en ese instante. Y casi me hizo caer de rodillas.

El mundo giró en cámara lenta mientras aquel maldito cuchillo volaba por los aires. La empujé para apartarla, pero la gravedad actuó en mi contra. Vi con horror cómo la sangre se extendía por su vestido, como una pesadilla decidida a tragarme entero.

Las balas volaron. No las oí.

Un pánico sin precedentes me paralizó. Mis manos se aferraron a mi frágil esposa, apretándola contra mi pecho. El dolor me oprimía el corazón y me costaba respirar. No podía respirar sin ella.

Ella era mi aire. Ella era mi vida.

¡Mierda, no!

Así no acabaría nuestra historia. Apenas habíamos empezado.

Puse los dedos en su delgado cuello y esperé el pulso.

¡Allí! Estaba allí.

El cuchillo estaba clavado en su abdomen. Con el corazón atascado en la garganta, la abracé suavemente, con la boca rozando sus mejillas.

—No te atrevas a dejarme, ¡joder! —exigí. Sus delicados mechones de cabello brillaban como el oro sobre el fondo blanco. Necesitaba ayuda médica. ¡Ahora mismo!

—No podemos sacar el cuchillo. Puede que se desangre —advirtió Alexei, con voz monótona, pero percibí un ligero temblor en su mano mientras sus dedos rodeaban el mango del cuchillo.

Lo observé. Sasha y Vasili detrás de él, cayendo de rodillas. Boris disparó otra bala al cadáver de Adrian. Directo entre sus ojos. *Sin reencarnaciones.*

Excepto que nada de eso significaba una mierda sin ella.

—Lo mantendré firme mientras la llevas al SUV —informó Alexei. ¡Diablos!, me ardían los ojos. Me dolía la garganta. Mi pecho se contrajo con el tipo de miedo que no había sentido desde que vi a mi madre morir delante de mis ojos.

—Konstantin, ¿me oyes? —Alexei chasqueó.

Asentí con la cabeza.

La fría compostura de Alexei me dio fuerzas. Mantendría el pánico fuera de mi cabeza y el temor fuera de mi corazón. Había esperado demasiado para tenerla como para dejar que alguien, ni siquiera Dios, me la arrebatara. Era mía: mi futuro, mi corazón, mi vida.

Toqué con la mano alrededor de la herida del cuchillo, trazando ligeramente la carne mientras el líquido caliente empapaba mis dedos. El aroma a cobre y rosas impregnaba el aire.

¡Como aquella noche en este mismo lugar!

De ninguna manera. Ella no podía morir. *No moriría*. Nuestra historia aún no había terminado. Apenas había comenzado.

—¡Necesita un médico! —grité, manteniendo la mano en el cuchillo y poniéndome en pie. La llevé al coche, con la mano de Alexei sobre el cuchillo, y bramé—: Al hospital. ¡Ahora mismo!

Sus hermosos labios rojos palidecieron un tono. La vida la abandonaba.

No pasaría. No iba a pasar.

Ella era mía. La muerte no podía tenerla.

Hice una promesa. Siempre vendría por ella y la salvaría, y pensaba cumplirla. Tatiana era mía, maldición, y si tenía que desafiar a la mismísima muerte, lo haría.

Porque los dos teníamos un futuro por delante.

Bip. Bip. Bip.

De vuelta al hospital. Hacía un año, nuestra historia empezó de nuevo en ese establecimiento, pero ni muerto dejaría que acabara allí también.

Esa molesta máquina era lo que me hacía seguir adelante. Cada *pitido* significaba que estaba viva. Cada *pitido* la acercaba más a mí. Cada *pitido* durante los dos últimos días sostenía mi promesa de mantenerla con vida.

Era fuerte y testaruda. Feroz. Nunca dejaría que Adrian ganara. Saldría adelante. Tenía que hacerlo, por mí, por nuestro *final feliz*. Sasha no había parado de hablar en los últimos dos días, llenándome la cabeza con todas las mierdas que Tatiana le hacía hacer cuando eran niños. Jugar a los cuentos de hadas era una de ellas. Dijo que ella insistía en tener un *final feliz*.

Porque cualquier otra cosa era inaceptable, le diría a su hermano.

El médico volvió para comprobar los monitores y los signos vitales de Tatiana. Me dirigió una mirada vacilante. Me sugirió que me duchara o me cambiara. Me negué. El doctor Sergei del hospital de Moscú solía estar en la nómina de mi padre. Ahora, estaba en la mía. Sin embargo, después de la traición de Nikita, no confiaba en nadie. No con la vida de mi esposa. Así que me negué a dejar sola a Tatiana.

Vi al médico y a las enfermeras trabajar con eficacia mientras la suturaban. Ningún órgano interno resultó dañado. Y, por algún milagro, los bebés estaban a salvo. *Sanos y fuertes*, dijo el médico, pero yo no podía encontrar la paz, no mientras los ojos de su madre permanecieran cerrados.

—No puedo creer que vaya a tener gemelos —soltó Sasha, sentado en un rincón de la habitación del hospital mientras el doctor Sergei realizaba otra sonografía. Sasha intentó ocultarlo, pero estaba preocupado. Vasili y Alexei también.

—No es tan sorprendente —murmuró Isla—. Después de todo, mis hermanos eran gemelos.

A menos que lo hayas olvidado.

—No lo olvidamos —replicó Sasha—. Intentó matar a mi mujer.

—Necesitaba ayuda —devolvió—. No una bala en el cráneo. ¿Quién de ustedes lo hizo? ¿Quizás también te gustaría una bala en tu pequeño cerebro?

Sasha la fulminó con la mirada. Vasili negó con la cabeza, observando a su hermano menor. Alexei no hizo nada. Y yo estaba demasiado agotado para mandarlos a todos a la mierda.

Ni que decir que Isla había descubierto todos mis secretos. Me cayó como una bomba, pero tenía un corazón blando y por eso volvió en cuanto se enteró del estado de Tatiana.

Ella la perdonó. Pero no a mí.

—Los gemelos suelen ser por parte de madre —intervino el doctor Sergei, anotando su diagnóstico—. No obstante, como pueden ver es posible tener sorpresas.

—Tal vez consigamos vencer a esos Morrelli que se reproducen como conejos, después de todo —comentó Sasha, aunque nadie se rio. Incluido él mismo. A esas alturas, probablemente era un hábito soltar comentarios ridículos.

—¿No tienes una esposa con la que volver? —agregué. Tenía que irse o yo perdería la cabeza—. Ya sabes, a la que secuestraste.

Sasha me fulminó con la mirada.

—Ella está en el hotel. No me iré hasta que Tatiana despierte.

Hasta. No si.

Y así como así, Sasha me cayó un poco mejor. Nos estábamos moviendo en la dirección correcta, suponía. Después de todo, éramos cuñados.

De nuevo se hizo el silencio. Solo roto por el movimiento del doctor con el equipo.

Bip. Bip. Bip.

Empujó el equipo hacia la izquierda y el sonido se apagó. Todos giramos la cabeza en su dirección y se nos cortó la respiración.

—*Ups*, demasiado lejos —refunfuñó el doctor Sergei, arreglando rápidamente los cables. Siguió una ronda de respiraciones de alivio. Dios, se suponía que ese puto médico tenía que salvar vidas, no acabar con ellas provocándonos infartos.

—Cuando se corta un cuerpo en pedazos, ¿se puede identificar su ADN? —Isla rompió el silencio. Lo dijo como si preguntara si la aspirina era mejor que el ibuprofeno.

Los ojos de los Nikolaev y los míos se desviaron hacia mi hermana. Pensé que Alexei se había quedado boquiabierto antes de cerrar la boca. Probablemente la mía también.

—No sé si es una pregunta apropiada —respondió el doctor Sergei cuando los demás nos quedamos sin palabras—. Les daré un poco de privacidad. —Sus ojos se encontraron con los míos—. Nada de cambios. Los bebés están bien. Los signos vitales de la madre son buenos. Ahora solo esperamos a que su esposa se despierte.

El doctor Sergei salió de la habitación. Se hizo el silencio, mientras yo pasaba el pulgar por la suave piel de la muñeca de mi mujer. Ahora mismo no podía ocuparme de cadáveres descuartizados ni de las interrogantes de Isla. Le daría una lección sobre cómo matar a alguien, con suerte a Marchetti, y me desharía de un cadáver en otro momento.

En ese instante, no estaba de ánimo para nada más.

Quería hacer pagar al mundo entero por la mierda que había salido mal en aquel maldito estacionamiento. Después de asegurarme de que la inspección de la carga duraría más de lo previsto y de que tendrían que pasar un día más detenidos, coordiné el plan con Vasili.

Se suponía que iba a ser fácil. Matar a Adrian. Matar a Nikita. Salvar a Tatiana.

¡Maldita sea! Se suponía que nunca la lastimarían. Era mi trabajo protegerla.

Vasili rompió el silencio.

—No soy experto en ADN, pero descuartizar el cuerpo no eliminará su identidad. No a menos que lo hayas quemado hasta las cenizas.

Dios mío. ¿Estaba realmente ocurriendo esa conversación en la habitación de hospital de mi esposa?

Isla ladeó la cabeza estudiando a Vasili.

—Quemar el cuerpo, ¿eh? —¿Por qué demonios estaba haciendo esa pregunta? Vasili, Alexei y Sasha asintieron al unísono—. *Mmmm*, es bueno saberlo.

—Asegúrate de que no quede nada del cuerpo —aconsejó Sasha—. Quémalo y deshazte de las cenizas.

—¿Qué mierdas le están diciendo? —espeté—. Tiene veintitrés años. —Lo miré con los ojos entrecerrados, esperando poder matarlo con solo una mirada. Por supuesto, que después lo resucitaría—. No le digas a mi hermana tonterías como esa.

Sasha se encogió de hombros.

—Parece que necesita saberlo. Después de todo, es una Konstantin.

Isla dejó escapar un suspiro irónico.

—Matar está en nuestra sangre, ¿verdad, Hermano?

Vasili enarcó una ceja. El labio de Alexei se alzó. Y Sasha levantó las manos.

—Huelo cierta tensión.

¡Tú que crees, hijo de puta!

—¿Por qué no van todos a comer? —sugerí con cansancio. Necesitaba que todos se fueran o perdería la calma y diría algo de lo que sería imposible retractarse. Mi mujer necesitaba que mantuviera la calma. No que matara a sus hermanos.

—Nos llamarás si se despierta. ¿*Da*? —ordenó Alexei, más que preguntar. Asentí con la cabeza y los vi salir de la habitación del hospital.

Vasili fue el último en irse.

—Le echaré un ojo a tu hermana.

—Gracias.

La puerta se cerró con un suave chasquido y suspiré. Mis ojos encontraron a mi esposa, la elevación de su pecho apenas visible, pero allí estaba. El contacto de su mano con la mía me mantuvo cuerdo.

—Vuelve a mí, *moya luna* —murmuré, besando la suave piel de su muñeca, donde veía su pulso.

Habían pasado dos putos días enteros. *Bip*.

Dos días enteros desde que vi sus ojos azules. *Bip. Bip*.

Dos días enteros sosteniendo su mano entre las mías, susurrándole todas las cosas que debería haberle dicho hacía mucho tiempo. *Bip. Bip. Bip*.

Había tantas cosas que aún no le había dicho. Había tantas cosas sin decir y sin resolver.

—Te amo, *moya luna* —musité suavemente. Tenía que decírselo en ese momento. Tal vez me escucharía, dondequiera que estuviera, y volvería. Por mí—. Te he amado desde el primer momento en que te vi. Te daré la luna. Las estrellas. El maldito mundo. Todo lo que pidas, es tuyo. Soy tuyo. Siempre lo he sido.

Bip. Bip. Bip.

El recuerdo brilló en mi mente. Esa sonrisa traviesa en sus labios. La forma en que sus ojos brillaban con picardía, incluso cuando esos dos chicos fueron escoltados fuera de la casa, pero el trato quedó sellado en cuanto toqué su suave piel.

—Tu nota fue una tentación a la que no pude resistirme. —Fue un efecto dominó. Adrian me ocultó su identidad durante años. Un encuentro casual con el hermano de Tatiana la trajo a mi camino. Debería haberla llevado conmigo en ese mismo momento. Casarnos. En cambio, me centré en el lío de Maxim, y Adrian se casó con ella—. Tu gemido fue todo lo que necesité para caer. Soñé contigo. Te acechaba. Esperé nuestro momento, porque en el fondo sabía que eras *mía*. Siempre estuviste destinada a ser mía.

—Pasé mis labios por su piel, el aroma a rosas llenó mis fosas nasales—. No me dejes, joder. —Le puse la mano en el estómago—. No nos dejes —gruñí.

Solté un largo y grave suspiro. Años perdidos. ¿Qué no daría por recuperarlos? Cuando supe quién era Adrian, todo lo que hice fue para protegerla.

—Creía que eras feliz —murmuré—. No pasó un solo día en el que no te cruzaras por mi mente desde el momento en que te vi en aquella fiesta. Luego, cuando por fin supe tu identidad, Adrian te arrebató de mi lado. Parecías tan jodidamente feliz, tan malditamente enamorada que me convencí de que estabas mejor así.

Me dolía pensar en ello, por no hablar de decirlo. No sabía quién era Adrian en realidad. No reconocía al niño que se había convertido en hombre.

—Pero no te equivoques, Tatiana, habría acabado con él hace mucho tiempo si hubiera sabido quién era. Si hubiera sabido que sus intenciones no eran puras.

Le rocé la mejilla con los labios y susurré contra su oído.

—Te amo. Mataré a cualquiera que intente hacerte daño. Solamente vuelve a mí.

La puerta se abrió y entró Boris. Mi segundo al mando.

Mis ojos se desviaron hacia él con la pregunta no formulada. No podía abandonar a Tatiana, de lo contrario lo habría hecho yo mismo.

—Está en las mazmorras —informó en voz baja, con los ojos fijos en Tatiana—. ¿Cómo está? ¿Los bebés?

Confiaba en Boris. Había demostrado su lealtad. Una y otra vez. El hijo de puta de Nikita al menos no destruyó eso.

—Saldrá adelante —dije. *Tenía que hacerlo*—. Los bebés están sanos.

Asintió, luego se dio la vuelta, con la mano en la puerta.

—Mantendré viva a Jane Ford hasta que puedas ocuparte de ella.

Asentí con la cabeza. Ella era el último eslabón de la familia de mi madre. La última amenaza que había que eliminar. No más cabos sueltos.

Los niños crecen y se convierten en hombres. Regresan a buscarte y, de repente, el cazador se convierte en la presa.

No quedaban más niños para atormentarnos, pero había una tía, Jane Ford. La hermana de mi madre; la madre de Nikita.

Después, cuando todas las amenazas fueran eliminadas, Tatiana y yo escribiríamos nuestra historia. Nuestro futuro.

Un movimiento de la cama del hospital atrajo mi atención. Los dedos de Tatiana se agitaron en mi mano y sus párpados se abrieron.

—¿Tatiana? —Parpadeó, con la mirada desorientada. Me incliné hacia ella y le acaricié la barbilla y las mejillas. Sus cejas se fruncieron y nuestras miradas se encontraron—. Hola —susurré, con emoción en mi voz. Le acaricié la mejilla—. Nos has dado un buen susto. ¿Cómo te encuentras?

Me observó, parpadeando lentamente. Vi cómo la vida volvía lentamente a su mirada, como si intentara procesarlo todo. Los segundos se convirtieron en minutos. Mi ritmo cardíaco

disminuyó mientras esperaba oír su voz como si mi vida dependiera de ello.

—*Moya luna* —llamé, con una expresión de preocupación.

—Estoy bien —aseguró con voz ronca y un suspiro de alivio me llenó los pulmones. La opresión de mi pecho se alivió un poco—. Creía que estaba soñando, pero no era así.

Fruncí el ceño:

—¿Soñar qué?

—Toda la mierda con... —*Adrian*. El nombre no se pronunció. Mi humor se ennegreció, preocupado por sus sentimientos hacia mi medio hermano. Mierda, odiaba esas palabras. *Medio hermano*. Me la había robado, nos había quitado años de nuestras vidas y para qué. En busca de venganza por algo que no podría haber evitado, aunque hubiera querido.

No había nada que nadie pudiera decir o hacer para impedir que se vengara de nuestra madre y su amante. Nada menos que su propia muerte antes de matarlos.

—¿Está muerto? —Su voz era suave. Asentí y sus cejas se fruncieron por una fracción antes de que la determinación entrara en su expresión—. Bien.

Estudí su reacción, preocupado por si no lo dijera en serio o que se culpara a sí misma. Había una cosa en la que *Adrian* tenía razón. Ella lo había conocido durante la mayor parte de su vida. Lo había amado durante la mayor parte de su vida. No era algo que pudiera desaparecer de un día para otro.

Era la única razón por la que estaba dispuesto a perdonarle la vida a *Adrian*. Si me hubiera pedido que no lo matara, lo habría metido en una de las mazmorras y lo habría mantenido allí.

Afortunadamente, no me lo pidió. *Sin reencarnaciones*. Aquello reflejaba la fortaleza de mi esposa. Ella siempre saldría adelante y haría lo necesario. Por su familia. Por *nuestra* familia.

—Escuché lo que dijiste —murmuró—. Oí a mis hermanos. A *Isla*.

La tensión me recorrió los hombros. ¿Cuánto tiempo llevaba despierta exactamente?

—¿Estuviste despierta todo el tiempo? —pregunté.

—No del todo. —Su palma se posó en el bajo vientre y yo puse la mía sobre su mano. Siempre los mantendría a salvo—. Los bebés están a salvo —soltó, aliviada.

—Lo están —confirmé—. Sanos y fuertes.

Sonrió y su expresión se suavizó. Supe, en ese mismo instante, que sería la madre más increíble. Protectora y feroz. La reina derribaría el mundo para proteger a nuestro príncipe y a nuestra princesa.

Con mi mano sobre la suya, la apreté suavemente.

—Son luchadores como su *Mama*.

Una sonrisa se dibujó en su rostro. Sus ojos brillaron.

—¿De verdad? Iba a decir que como su *Papa*. Igual de testarudos.

Resoplé secamente.

—Mi terquedad ni siquiera se compara a la tuya.

Una sonrisa de oreja a oreja se estiró en sus labios.

—Recuérdalo la próxima vez que me ocultes cosas. —*Diablos*, la amaba demasiado. Me encantaba cada parte de ella: su testarudez, su locura, su descaro, su valentía.

—Anotado.

Resopló, poniendo los ojos en blanco.

—De alguna manera tengo la sensación de que siempre tratarás de ocultarme las cosas malas.

Me miró a través de sus gruesas y pálidas pestañas y no pude resistirme a inclinarme y presionar mis labios contra los suyos. Su boca se entreabrió ligeramente y gimió sobre la mía. Joder, me encantaba ese sonido. Me encantaba todo de ella.

Se apartó y puso fin al beso demasiado pronto, mientras un pequeño suspiro de satisfacción salía de sus labios. Menos mal que no había nadie en la habitación, porque tendría que matarlos por oír ese sonido. Era mío y solo mío.

—Entonces, me recuerdas que te lo cuente todo —continuó, manteniendo mi cara cerca de la suya.

—¿Socios entonces? —Ese brillo en sus ojos me fascinó. Era el mismo que tenía en la primera noche que la vi. Llenos de travesura y problemas—. Porque es la única forma de que esto funcione, Illias. No me ocultes nada. Puedes guardarles secretos a nuestros hijos, pero a mí no.

—Socios, *moya luna*.

Me miró fijamente, aparentemente sorprendida por la facilidad con la que acepté, pero no pudo ocultar su sonrisa

—¿Eso me convierte en *Pakhan*? —curioseó con descaro.

Me mordí el labio, tentado de tomarla incluso en su estado, aunque no lo hice. Su salud y nuestros bebés eran más importantes que mi verga dura.

—A quien le dan un dedo, se toma la mano completa —señalé, con un sonido de aversión, aun así, no pude evitar que se me dibujara una sonrisa en la cara.

Se quejó y me empujó, y me reí. Por primera vez en años, sentí el pecho más ligero. Me encantaba el lado juguetón de mi mujer. Nuestros comienzos fueron difíciles, pero saldríamos adelante y seríamos aún más fuertes.

Me tomó la cara con sus manos, sus ojos se volvieron del tono azul más oscuro que me arrastraría a sus profundidades y me ahogaría feliz en ellos.

—Te amo, Illias —murmuró en voz baja, con nuestras miradas fijas. Dos simples palabras y el mundo dejó de girar. Dos palabras que tenían el poder de cambiar nuestras vidas—. Adrian no era quien yo creía. Era producto de mi imaginación. No lo conocía, sin embargo, te conozco a *ti* y te amo.

Mierda, mi cabeza zumbaba por la adrenalina que me recorría.

Ella me ama.

Siete años atrás había perdido mi corazón. Me había sentido vacío sin él. Sin *ella*; no obstante, la vida la había vuelto a poner en mi camino. La vida *nos había dado* otra oportunidad, y ella había mantenido mi corazón a salvo.

—¡Dilo otra vez! —le exigí. Nunca me cansaría de oír esas palabras salir de sus labios. Durante el resto de mis días.

—Te amo, Illias Konstantin. —La certeza en su voz y en sus ojos me aceleró el corazón. Me rodeó el cuello con los brazos y me acercó—. ¿Te das cuenta de que probablemente nos volvamos locos el uno al otro? Posiblemente incluso nos matemos.

—Su sonrisa era débil, pero estaba ahí.

Si bien respiraba con dificultad y me ardían los pulmones, era un buen tipo de ardor. Un buen tipo de dolor.

—Nunca —la regañé suavemente—. Dejaré que me mates antes de ponerte un dedo encima. —Sus labios se tensaron más y no pude evitar acunar su cara—. Mi luna. Mi mundo entero. Todo gira en torno a ti.

—Mataré y quemaré el mundo por ti, Illias —prometió en voz baja—. Siento haber tardado tanto en darme cuenta.

—Es mi trabajo quemar este mundo por ti, *moya luna*. —Le aparté un mechón de la cara, su cabello era como un suave resplandor alrededor de mis dedos—. Mi trabajo es protegerte a ti y a

nuestra familia.

—Nuestro trabajo —corrigió, rozando la punta de su nariz con la mía—. Lo haremos juntos.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

TATIANA



—No veo la hora de llegar a casa —murmuré.

Illias me ayudaba a vestirme, luchando con mi bata de hospital.

—Lamento que aún no podamos volver a Estados Unidos —declaró, con un evidente pesar en la voz. Me agarré a sus hombros mientras me desvestía. No me molesté en decirle que había un botón en la espalda que había pasado por alto. Estaba claro que las batas de hospital e Illias no encajaban. Por mí, podría habérmela arrancado.

—No pasa nada. —Sus ojos se posaron en mi cara mientras arrojaba la bata sobre la cama del hospital.

—¿De verdad?

Asentí con la cabeza.

—Sí. No puedes arrastrar exactamente a tu tía... —*Prisionera*. Pero no quería llamarla así. Me enteré que mi marido hizo que Boris trajera a su tía a Rusia. Estaba tan segura del plan de Adrian que ni se molestó en esconderse... de vuelta a los Estados Unidos. Además, mientras estés conmigo, estoy en casa.

Satisfecho con mi respuesta, continuó con la tarea de prepararme. Isla había vuelto a Francia, Vasili estaba fuera de mi habitación del hospital y mis otros dos hermanos fueron a buscar el auto.

—Levanta el pie —pidió Illias. Lo hice y me puso un *legging* blanco en una pierna, luego repitió el movimiento con la otra. Se levantó hasta su altura máxima, subiéndome los pantalones y asegurándose de que la cintura no descansara sobre la herida de arma blanca. Aunque no me dolía, era sensible al tacto.

—De acuerdo, ¡manos arriba! —ordenó en voz baja.

Sonreí.

—Ahora sí que estamos en sintonía, *Pakhan*. ¿Vas a manosearme?

Sacudió la cabeza, con expresión divertida, mientras me ponía un suéter rosa largo por encima de los hombros. La prenda me llegaba hasta los muslos. Había intentado convencerlo de que estaba lo bastante bien para mantener relaciones sexuales tentándolo a que me llevara a la cama del hospital, pidiéndole que me ayudara a bañarme, exhibiéndome ante él. Lamentablemente, el tiro me salió por la culata: Illias tenía una fuerza de voluntad de acero.

Se recostaba a mi lado; me bañaba, me besaba, no obstante, se resistió a mis artimañas, negándose a dar un paso más. A pesar del hambre que ardía en su mirada. Para mi consternación.

Tuve que intensificar mi juego.

Luego, cogió mis UGGs rosas. Si tuviera que adivinar, Branka lo ayudó a elegir mi ropa. Por alguna razón, parecía obsesionada con verme vestida de rosa. Decía que le recordaba a cuando nos conocimos.

—¿Illias?

—*Mmm*.

—¿Qué traía puesto la primera vez que nos vimos? —pregunté.

—¿En la pérgola o en el restaurante?

—Ambos.

—En la pérgola llevabas un minivestido negro sin tirantes. En el restaurante, traías un vestido largo rosa de Valentino con una abertura que mostraba tu muslo cada vez que dabas un paso más cerca de mí.

—Wow, qué buena memoria —murmuré impresionada. Con los zapatos puestos, nos pusimos pecho con pecho—. Creo que llevabas traje.

Sus ojos encontraron los míos, brillantes como diamantes negros, mientras sus labios dibujaban una media sonrisa. Me acarició la cara con la palma de la mano y me pasó el pulgar por el labio.

—Sí, llevaba traje. Lo recuerdo todo de ti, *moya luna*. Cada palabra que pronunciabas, lo que vestías, con quién hablabas. —Se me hizo un nudo en la garganta ante la intensidad de su voz y su mirada—. Te amé desde el momento en que vi ese brillo en tus ojos y me obsesioné.

La felicidad y el amor irrumpieron en mi cuerpo, dejándome en carne viva. Me acercó más, rodeándome la cintura con los brazos, hasta que los latidos de su corazón retumbaron contra mi oído.

—Eso no suena muy sano —bromeé suavemente.

Una media sonrisa se dibujó en sus hermosos labios.

—No estoy de acuerdo. Eres lo mejor para mi salud. Lo mejor que me ha pasado.

Me puse de puntillas y rocé sus labios con los míos.

—Voy a cuidar de ti esta noche, esposo. No más mierda platónica.

Una risa grave retumbó en su pecho.

—Realmente sabes cómo poner al límite mis buenas intenciones.

Sonreí.

—Quiero sus malas intenciones esta noche, señor Konstantin. Démelo todo.

—¡Dios, mujer! —Su voz era ronca—. Es demasiado pronto. Tenemos que asegurarnos de que estás completamente curada.

Me burlé. *Demasiado pronto*. Perdió la cabeza. Llevaba tres semanas sin su miembro en mi coño. Lo necesitaba. Urgente. ¡Esta noche!

—Tatiana, ¿qué está pasando por esa cabecita traviesa? —se lamentó.

Puse los ojos en blanco.

—Si no me das tu polla, puedes ver cómo me vengo —repliqué secamente—. Me aseguraré de que tengas una visión completa de lo que podrías tener.

Dejó escapar un suspiro sarcástico.

—¿Solo me usas por mi polla?

Me encogí de hombros, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—¿Y por qué más? —Mantener la calma con Illias era demasiado difícil. Lo deseaba demasiado.

—Por mi riqueza. Mi buena apariencia. Por mi corazón.

Agité la mano con indiferencia.

—Tengo todo eso. *Necesito* tu polla.

No pude evitar que mis labios se curvaran en una sonrisa.

Negó con la cabeza, aunque no se me escapó la forma en que sus ojos brillaban con diversión.

—¿Qué voy a hacer contigo? —suspiró exageradamente.

—¿Follarme? —murmuré, sugestivamente.

Justo cuando estaba a punto de contestar, y probablemente de ceder, su teléfono vibró en su bolsillo. Lo tomó y, cuando vio el nombre de Sasha en la pantalla, frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

Rechazó la llamada, sacudiendo la cabeza.

—Tu hermano es un dolor en mi trasero.

Empezó a vibrar de nuevo y el cuerpo de Illias entró instantáneamente en modo de alerta.

—¿Sí?

Podía oír los disparos resonando en sus auriculares. La tensión se apoderó de la habitación y la temperatura se volvió gélida. Mis ojos se abrieron de par en par y me incliné hacia mi marido, tratando de oír lo que ocurría.

—La perra Volkov está aquí... —Eso fue todo lo que escuché.

—¿Por cuál salida? —gruñó Illias. Colgó un segundo después y se metió el teléfono en el bolsillo. Tomó dos auriculares, se puso uno en la oreja y llamó—. ¡Vasili!

Mi hermano estaba en la habitación en un abrir y cerrar de ojos. Él también debía de estar al corriente. Illias le dio el segundo auricular y, mientras mi hermano se lo ponía, mi esposo tomó su pistola y me levantó.

—No puedes correr —explicó—. Será más rápido de esta manera.

Asentí, con el corazón retumbando desbocado.

—¿Qué salidas son seguras? —inquirió Vasili.

—A y D —respondió Illias—. ¿Cuál quieres?

Vasili lo pensó un momento, luego agarró su teléfono y tecleó rápidamente en él.

—Toma la salida A. Las salidas C y D están conectadas. Tomaré esa.

—¿Quizás deberíamos tomar todos la salida A? —propuse.

Ambos negaron con la cabeza.

—No, yo los entretendré. —Mi hermano mayor agachó la cabeza y me dio un beso en la mejilla—. Nos vemos en casa de Konstantin.

Tragué saliva.

—¿Lo prometes?

—Sí. —Vasili siempre cumplía sus promesas.

Sacando su propia pistola, mi hermano salió de la habitación sin decir palabra.

—Sujétate de mí —ordenó Illias, ya sin su suavidad. Ya estaba en modo jefe. Modo asesino. Rodeé su cuello con mis brazos y me aferré a él—. Boris nos sacará de aquí. —Tocó el intercomunicador—. Y Vasili está conectado a la red. Lo sabré si le pasa algo. —Jadeé y él añadió rápidamente—: Pero no dejaremos que pase nada. A ninguno de tus hermanos. Saldremos de esta.

Asintió escuetamente con la cabeza y salió de la habitación por la escalera "A", donde nos esperaba Sasha. Me temblaban los dedos, pero confiaba en él. Confiaba en mis hermanos. Saldríamos de aquí.

—Alexei está abajo con el coche —informó Sasha—. Boris se está llevando a Vasili.

—¿Branka? —respiré.

—Ella ya nos está esperando en el lujoso palacio de Konstantin —aclaró—. Es la que está más segura en este momento.

Nos precipitamos escaleras abajo. De vez en cuando, uno de los enemigos obstruía nuestra vista. Llevaban máscaras. Sasha e Illias apuntaban y disparaban al mismo tiempo, cada vez metiendo dos balas a los enmascarados.

—Hay que acabar con esa maldita zorra de Sofia Volkov —murmuró Sasha cuando llegamos al aparcamiento—. Ahí está el coche.

Sasha señaló la Land Rover negra. Justo cuando nos acercábamos, unos hombres armados intentaron interceptarnos. Como si se tratara de una sola persona, Sasha e Illias los mataron a tiros. Al último le disparó Alexei, que iba al volante.

—Entren en el maldito vehículo —siseó Alexei.

—¿Qué crees que estamos haciendo? —Sasha gruñó—. ¿Parando por un helado?

Noté cómo Illias ponía los ojos en blanco, estuvo sin pronunciar palabra hasta que llegó al asiento trasero, mientras Sasha lo cubría. Luego, cuando la puerta se cerró tras él, se subió al asiento del copiloto y nos pusimos en marcha incluso antes de que mi hermano cerrara la puerta.

—¿Sabes algo de Vasili? —preguntó Illias.

—Están a salvo —respondió Alexei e inmediatamente me sentí aliviada.

Estaba en el regazo de Illias, mientras Alexei conducía como un loco por las calles de Moscú. Los neumáticos chirriaban cada vez que el coche giraba, las ruedas se despegaban del suelo. Temía que acabáramos en una zanja a un lado de la carretera. Boca abajo.

El recuerdo de la última persecución pasó por mi mente. Un temblor recorrió mi cuerpo y el miedo me rodeó la garganta.

—Supongo que aquí la policía no hace cumplir las leyes de tráfico —espeté rompiendo el tenso silencio. Me temblaba la voz y cada segundo que pasaba me tiritaba todo el cuerpo. Me zumbaban los oídos.

—¡Tatiana! —Mi esposo gritó mi nombre, pero su voz sonaba débil a través de la burbuja de pánico. Lentamente, el mundo empezó a desvanecerse, llevándome de vuelta a aquella noche. Las imágenes de los ojos muertos de Adrian fueron sustituidas por las de Illias y se me desgarró el corazón. Me dolía respirar. No sobreviviría a perderlo.

El zumbido en mis oídos aumentó.

—Mírame. —Era una clara exigencia. Unos dedos firmes tomaron mi barbilla y nuestras miradas se encontraron—. Respira. —Jadeé buscando aire, con los pulmones apretados. Mi marido me tomó de la mano y la apretó contra su pecho—. Concéntrate en los latidos de mi corazón. —*Tum tun. Tu tum. Tu tum*—. Eso es. Escúchalo. Está calmado. Estamos a salvo.

El zumbido de mis oídos fue desapareciendo poco a poco. El mundo volvió a enfocarse. Podía escuchar la voz de mi hermano.

—¿Qué le pasa? —Sasha gruñó.

—Así es, *moya luna* —elogió Illias, ignorando las miradas de Sasha—. Respira. Lo estás haciendo bien.

Tomé una bocanada de aire y luego exhalé lentamente. Otra vez. Y luego otra vez.

Tum tun. Tu tum. Tu tum.

Y todo el tiempo, los latidos del corazón de Illias tamborileaban firmes contra mi palma.

—¿Qué diablos le está pasando? —insistió en saber Sasha, con la preocupación grabada en la voz y en la cara, pero ahora no podía concentrarme en él. Necesitaba el latido constante de Illias y la seguridad en sus ojos.

—Ataque de pánico —explicó Alexei en voz baja—. Que nos estén persiguiendo probablemente no ayude.

—Pues, ¿qué esperas?, ¡sácanos de este puto lugar! —gritó Sasha.

Alexei hizo exactamente eso.

Y todo el tiempo, el corazón de mi marido latía constantemente bajo mi mano, tranquilizándome.

Mi villano se había convertido en mi rey. Mi héroe.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

KONSTANTIN



Feroz. Intrépida. Mi reina.

No sería fácil, pero nada que valiera la pena lo era. Sofia Volkov, nuestra enemiga, pagaría por aquello. Yo podía ser muchas cosas, pero perdonar no era mi fuerte.

Alexei perdió a los hombres que nos seguían, aun así, permanecemos en alerta máxima hasta llegar a casa. Vasili y Boris ya nos esperaban allí. Debían de haber llegado hacía poco. En cuanto nos detuvimos, Branka apareció también en la entrada.

Corrió a los brazos de Sasha.

—Dios, estaba tan preocupada.

—Ah, *Kotyonok*. ¿No habíamos hablado ya sobre no preocuparse por nada? —El hermano ligeramente psicópata se convirtió en un gatito bajo la mirada de su esposa. Ella debería llamarlo *Kotyonok*, no al revés. Sinceramente, sería divertido si no hubiéramos sido atacados mientras nos daban de alta en el hospital.

Dejándolos a todos atrás, subí las escaleras de dos en dos hasta llegar a nuestro dormitorio. El fuego estaba encendido, observé, satisfecho. El personal aprendió los gustos y aversiones de Tatiana en cuestión de un día. Aunque apenas se les veía, eran bastante eficientes.

Justo como me gustaba.

Coloqué con cuidado a mi esposa en la cama y luego la tapé. Sus temblores disminuyeron, no obstante, seguía pálida.

—¿Estás bien? —pregunté, agachándome a su lado y tomando su mano entre las mías.

Asintió.

—Sí. La persecución en coche... me asustó. Si te lastimaban, no podría... —Vi cómo tragaba saliva—. No estoy herida. No *estamos* heridos. —Dejó escapar un fuerte suspiro—. Es tan estúpido. De repente, estaba de vuelta en aquel accidente, y sentí como un *déjà vu*. —Sus ojos brillaron como las aguas del mar azul claro—. Sin ti me muero, Illias. Asegúrate de volver siempre a mí. ¿De acuerdo?

Gemí, sus palabras endurecieron mi verga. Ella era todo lo que siempre quise y más. No había nada que deseara más que deslizarme entre las sábanas y quedarme en la cama con ella.

—Te lo prometo —juré—. Siempre volveré a ti.

Sin embargo, había respuestas que necesitaba. Amenazas que tenía que eliminar. Empezando por mi tía. Necesitaba saber qué acuerdo tenía Adrian con Sofia Volkov. El chip fue destruido. No había posibilidades de recuperarlo.

¿Entonces, por qué nos atacó Sofia Volkov?

—¿Le pido a Branka que te venga a hacer compañía? —No me gustaba la idea de dejarla sola. No en ese momento.

No obstante, mi reina sonrió, iluminando todo con su fuerza.

—No, déjala estar con Sasha. Voy a echarme una siesta con nuestros bebés.

Otro beso en la frente.

—Volveré.

Ojo por ojo. Sangre por Sangre.

En cuanto entré a la mazmorra y vi a mi tía, Jane Ford, colgando del techo con las muñecas atadas, se me retorció el estómago.

No me gustaba ver a las mujeres sufriendo. De hecho, lo odiaba. Mi padre estaba loco por *Mama*, y hasta donde yo sabía, nunca lastimó a una mujer. Al menos, no, hasta la noche en que ella lo traicionó y él le metió una bala en la cabeza.

Fue su perdición y las cosas fueron cuesta abajo a partir de ahí.

Juré que nunca me convertiría en él. Sin embargo, con el paso de los años, me encontré en la misma jodida posición. Le disparé a la madre de Isla. Y, en ese momento, tendría la sangre de otra mujer en mis manos.

De mi tía.

Diablos, nunca había torturado a una mujer. Cada fibra en mí se rebeló ante la idea, pero si debía elegir entre esa mujer o *mi* familia, siempre sería mi familia. Jane Ford pudo haber sido parte de ella, sin embargo, eligió trabajar en mi contra.

Así que, si debía hacerlo, la torturaría para sacarle la información. Había una primera vez para todo, incluso para eso. Por muy despreciable que fuera.

Me dolían los nudillos de tanto apretarlos. Si bien rebanarle la garganta habría sido mejor, no me daría la información que necesitaba.

Sus ojos, verdes como los de mi madre, se encontraron con mi mirada. Al instante, algo parecido al asco parpadeó en ellos.

—Supongo que me reconoces —pronuncié.

—¡Te pareces al demonio que secuestró a mi hermana! —reviró.

Ignoré ese comentario. El pasado no me importaba. Ya no. Quería centrarme en el futuro. El futuro de mis hijos. El futuro de mi esposa.

Me acerqué lentamente a la mesa donde estaban todos los instrumentos de tortura y empecé a revisarlos. Por algo los teníamos a la vista. Era más un juego psicológico que otra cosa. Los prisioneros solían ver la colección de herramientas y soltaban la historia de su vida.

Tomé unos alicates.

—Estos los usamos para sacar uñas —expliqué, como si le hablara del clima.

Al mirarla, nuestros ojos se conectaron y su expresión se palideció, a juego con su cabello plateado.

—Y esta... —Agarré una sierra pequeña que, la verdad, no usábamos nunca, mierda—... la usamos para cortar dedos. Uno por uno.

Un gemido llenó la habitación y sonreí salvajemente.

—Mi querida tía Jane, hago que el diablo parezca un santo —comenté irónicamente—. Pero estoy seguro de que ya lo sabías.

Se mordió el labio para evitar que otro gemido recorriera el lugar. No pude evitar preguntarme si mi madre se parecería a ella si estuviera viva. A excepción del miedo y el calabozo, la mujer parecía gozar de buena salud.

Patético, lo poco que sabía de mi madre. Hizo falta que Adrian se metiera en mi vida y amenazara a mi mujer para que indagara sobre su historia. Esa mujer era el último eslabón de la familia de mi madre. Posiblemente el último vínculo con mi humanidad.

Sin embargo, mientras nos mirábamos, supe, solo supe, demonios, que preferiría morir antes que darme lo que quería. *Respuestas*. Aun así, le daría una oportunidad. Todo el mundo se quebraba con el tiempo.

—¿Qué quieres? —Su voz tembló como una hoja.

Mujer inteligente.

Tenía que llegar hasta Sofia Volkov y conocer su objetivo final. Estaba claro que quería poder y que era una amenaza. No hacías un trato para obtener un chip que contenía secretos contra la gente para poder destruirlo. Ibas por él porque necesitabas obtener algo.

—Quiero saber cómo Adrian pudo contactarse con Sofia Volkov.

Vi el momento exacto en que sus ojos parpadearon al reconocer ese nombre, pero aun así decidió enfrentarse a mí.

—No sé quién es. —Me miró sin pestañear.

Me puse delante de ella con la pequeña sierra aún en las manos. La golpeé pensativo contra la palma de la mano.

—Sabes, mi querida tía, no te creo —expresé. *Tap. Tap. Tap*. Sus ojos iban de arriba hacia abajo, siguiendo el movimiento de la sierra—. Creo que ayudaste a Adrian a idear el plan. Puede que él tuviera las ideas, pero tú tuviste que haberlo ayudado. A recuperarse. A fastidiar a mi esposa. A engañarnos.

Sacudió la cabeza frenéticamente.

—No, no, no.

Golpeé la mesa con el puño, haciendo sonar las herramientas.

—Deja de mentir, joder.

—Es la verdad.

—Es mentira. —Dejé la sierra y agarré la pistola—. Los dos sabemos que es mentira. Aunque por suerte para ti, hoy me siento generoso. —El sudor brillaba en su frente—. Te daré otra oportunidad de decir la verdad. Para ayudar a tu sobrino.

El odio parpadeó en sus ojos, verdes como los de una serpiente venenosa, y soltó una risita.

—¡Mataste a mi hijo y a mi verdadero sobrino! —exclamó—. Adrian era el hijo al que mi hermana amaba. —De acuerdo, ese golpe dio en el clavo, pero me negué a dejárselo ver—. ¿Por qué iba a ayudarte en algo?

Le ofrecí una de mis sonrisas más frías.

—Porque querrás que al menos una fracción del legado de tu familia continúe a través de mis hijos.

Sus ojos se abrieron de par en par. La respiración agitada y el silencio se mezclaron con la humedad del aire, hasta que apretó los labios en una línea.

—Espero que ella acabe con ellos —escupió, sus ojos disparándome veneno—. Y espero que acabe con tus hijos antes de que respiren por primera vez.

Tardé una fracción de segundo en apretar el gatillo. La bala impactó en su rodilla y su grito resonó por toda la mazmorra, recorriendo los pasillos del calabozo.

Dirigí una mirada a Boris.

—Ponle un vendaje en la rodilla. Lo suficiente para que no se desangre sobre mí. Recién estamos empezando.

Luego, la dejé que pensara en sus opciones mientras yo volvía con mi mujer.

Aunque primero hice una parada. Necesitaba un trago.

Subí las escaleras dos pisos más arriba y me dirigí a la biblioteca. Allí tenía un bar bien surtido para emergencias. Esa era una de ellas. Era obvio que mi recién descubierta tía sabía algo sobre el trato de Adrian con Sofia Volkov. La cuestión era hasta dónde tendría que llegar para averiguar de qué se trataba.

La biblioteca solía ser una de mis habitaciones favoritas cuando era niño. Irónicamente, iba a allí, porque mi madre solía pasar su tiempo en ese sitio. Decía que le encantaba la tranquilidad. El fuego de la chimenea proyectaba sombras sobre la habitación y no me molesté en encender las luces.

Fui directamente al minibar, saqué un vaso, puse tres cubitos de hielo gigantes y me serví un poco de coñac.

—¿Estás dispuesto a compartir algo de eso? —La voz de Vasili llegó desde la esquina de la habitación y mi mirada lo encontró. Así de jodido me tenía todo eso de la mujer en mi mazmorra. Podrían haberme pegado un tiro en la nuca y nunca lo habría visto venir.

Preparé otro vaso idéntico y me dirigí hacia el sofá, le entregué la bebida y luego me senté en el sillón de cuero frente a él.

Tomé un gran trago y dejé que el líquido color café se abriera paso por mi garganta y mi pecho.

—Así de mal, ¿eh? —Vasili preguntó.

Tomé un poco más y me lo tragué.

—Podría ser mejor.

Asintió en señal de comprensión.

—Supongo que no estaba dispuesta a compartir información.

—Afirmativo. —El hielo sonó en mi vaso.

—¿Quieres que me haga cargo? —Se ofreció.

Sacudí la cabeza.

—No, no necesitas lidiar con este drama familiar de mierda.

Vasili se rio.

—Créeme, hemos tenido muchas cagadas familiares. Empezando por mi propia madre.

Asentí con la cabeza en señal de comprensión. Todo el mundo sabía que la madre de Vasili era una zorra ligeramente psicópata y excesivamente celosa. Estaba dispuesta a sacrificar a un niño por su venganza.

—¿Sabías que Adrian estaba reuniendo pruebas contra ti también? —inquirí.

Vasili era demasiado listo para no darse cuenta de esas cosas.

Su mirada, del mismo tono que los ojos de Tatiana, se encontró con la mía.

—Lo sospechaba. Por eso empecé a investigar su empresa, aunque se me adelantó. Falsificó la firma de Tatiana, lo transfirió todo a su nombre y entonces ocurrió el accidente. Pensé que no importaba después de eso, pero aquí estamos.

—Aquí estamos —acepté.

—¿Destruiste el chip? —indagó.

Dejé escapar un suspiro irónico.

—Una cosa tan pequeña causando tantos estragos —comenté secamente.

—¿Viste lo que contenía? —preguntó.

¡Joder, sí! En manos de Sofia Volkov ese chip habría sido desastroso. Para muchas familias, incluyendo la mía, le habría dado a ella o a la *Yakuza* influencia sobre cada miembro del bajo mundo.

—Lo hice, pero no importa. Todo ha desaparecido. Nadie va a obtener nada de esa información.

—Supongo que Adrian llevaba mucho tiempo ocupado —agregó. Asentí con la cabeza—. ¿Te tiene preocupado que Sofia Volkov no se presentara a la reunión con Adrian?

—Sí —admití—. Me está volviendo paranoico.

—Lo mismo digo. —Vasili se pasó la mano por el cabello—. Tatiana dijo que ni siquiera Nikita sabía que Adrian había cambiado el trato de la *Yakuza* a Sofia Volkov.

—No me sorprende —repliqué—. No hay honor entre ladrones.

Reinó el silencio, ambos perdidos en nuestros pensamientos.

Mi mente estaba en mi esposa. Me tenía sufriendo, ya se me estaban poniendo las bolas azules, exigiendo su coño, aunque todavía se estaba curando y no podía ser así de bastardo. Así que, me masturbé mucho desde la puñalada, pensando en ella. Solo Dios sabía cuánta práctica había tenido en los últimos años. Excepto que no era lo mismo. Ella estaba tan jodidamente cerca de mí. El aroma de las rosas incluso permanecía allí y ella no había pisado esa habitación en semanas.

—¿Tienes un plan para Sofia Volkov? —preguntó Vasili, rompiendo el silencio.

—Encontrarla. Matarla. —Mi tono era ligeramente distante, reconociendo que no era un gran plan. La mujer se había convertido en una experta en esconderse. Tenía años de experiencia en ello—. Tal vez su sobrina o el marido de su sobrina podrían ponerle las manos encima a Sofía y hacer el trabajo por nosotros.

La expresión de la cara de Vasili me dijo que no creía que lo hicieran.

—¿Qué pasa con tu hermana? —Cambió de tema e inmediatamente me puse en alerta. Sería difícil cambiar esa reacción. Estaba tan acostumbrado a matar a cualquiera que se enterara de nuestra conexión. En ese momento, parecía ser de dominio público.

Isla volvió con sus amigas, todavía enojada conmigo. Aún quedaban palabras por decir, pero no sabía cómo sacarlas de mi boca. Quizás era mejor dejar que siguiera odiándome que aplastar su ideal del amor de su madre.

Maldición, no sabía qué hacer. Tatiana pensaba que debía contarle exactamente lo que había pasado. Sin embargo, no quería ver el dolor en la cara de mi hermana pequeña cuando supiera la verdad.

Dejé escapar un fuerte suspiro.

—Está enfadada. —Me conformé con una respuesta a medias.

—¿Así que se está preparando para asesinarte? ¿Cortarte en pedazos y quemarte para poder ocultar tu ADN? —preguntó, medio divertido.

—Tal vez —refunfuñé. Seguía sin saber de qué mierda era aquello. Isla era una de las almas más sensibles y gentiles que existían. Se percibía en su música. Se escuchaba en su risa. Las palabras asesinato y ella no deberían formar parte de la misma frase.

Aunque después de aquel comentario en el hospital, me lo cuestioné. Cuando le pregunté, se limitó a encogerse de hombros y a darme la espalda. Mi hermana pequeña me detestaba en ese momento.

—¿Dijo que se quedó con Marchetti cuando seguiste a Adrian desde París? —curioseó.

Asentí con la cabeza. Era otra cosa que me molestaba. En aquel momento, pensé que era la decisión más segura. En ese instante, no estaba tan conforme. Además, seguía recibiendo

respuestas vagas del cabrón. Jesucristo, tal vez pasaría página y mataría a todos para empezar de cero.

—Sí.

—No te gusta —declaró Vasili.

—¿Te gustaría dejar a tu hija con Marchetti? —respondí irónicamente.

—Considerando que su esposa y amantes aparecieron muertas, no.

Terminada la conversación, me levanté.

—Me voy a la cama.

Mi mano estaba en la puerta, cuando la voz de Vasili me detuvo.

—Konstantin.

Miré por encima del hombro.

—Sí.

—Mi oferta sigue en pie —añadió seriamente—. Podría ser más fácil si yo torturo a la mujer.

Sacudí la cabeza.

—Gracias por ofrecerte.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

TATIANA



Me acosté desnuda en la cama, esperando a mi marido. A pesar de que la marca de las puntadas en mi bajo vientre seguía roja, intenté acomodar mi cuerpo para que no fuera tan visible. Quería que Illias perdiera la cabeza y me follara, que no le recordara lo ocurrido.

Justo cuando estaba colocando una almohada a mi lado, y me ponía de lado, apoyando la pierna en ella como si fuera una seductora, se abrió la puerta. Me quedé quieta y levanté un poco la rodilla, dejándole ver mi trasero.

Me sentí un poco incómoda, pero en cuanto los ojos oscuros de Illias se posaron en mí, me deleité con su mirada oscura. Y mi centro también, porque sentí excitación entre las piernas. Dios, ayúdame. El hombre acababa de verme y yo ya estaba lista para el acto final.

Lentamente, como un depredador acechando a su presa, entró en la habitación, sin apartar sus ojos de mi desnudez. Se aflojó la corbata y la tiró descuidadamente sobre la alfombra. Le siguió la chaqueta.

Estaba a un paso de mí.

—Quítate los pantalones también —gruñí—. Dale a una chica algo que admirar. Estoy completamente desnuda.

—Quizá sea tímido —replicó.

Sonreí, moviéndome ligeramente hacia arriba y agarrando su cinturón.

—No lo seas. —Ronroneé, mirándolo a través de mis pestañas—. Estoy aquí para servirte a ti y cumplir todas tus fantasías.

Una risita oscura vibró en su pecho.

—Qué tentador, *moya luna*. —Me dio un beso en la frente—. Pero todavía te estás recuperando.

Un ruido frustrado salió de mi garganta.

—Illias... —gimoteé.

Sacudió la cabeza.

—Tu salud es más importante. Piensa en los bebés.

—Los bebés quieren que su *Mama* esté contenta —gemí—. Si su *Papa* no lo hace, supongo que tomaré cartas en el asunto. —Parpadeé inocentemente mientras deslizaba la mano entre mis muslos. Me ajusté ligeramente para asegurarme de que pudiera ver exactamente lo mojada que estaba para él—. Puedes mirar —señalé—. No me importa.

Mis rodillas se separaron y en cuanto mi dedo tocó mi clítoris, un gemido se escapó de mis labios y mis caderas se levantaron.

—Mierda. —No tenía ni idea de quién lo había dicho, si Illias o yo, aunque lo supe en cuanto perdió el control. Se sentó a horcajadas sobre mí, su boca se estrelló contra mis labios, besándome con rudeza.

—Te gusta atormentarme —gimió—. Te juro, Tatiana, que serás mi muerte.

Lamí sus labios, mis caderas se frotaron contra su miembro.

—Si tú mueres, yo muero. Así que será mejor que sigas vivo, esposo.

Las promesas de su mirada oscura me hacían temblar de necesidad. Todavía a horcajadas sobre mí, Illias buscó en la mesita de noche unas sedosas cuerdas negras.

—Más te vale no haberlas usado con nadie más —advertí, con los celos deslizándose a través de mí.

—Nadie más, fuera de mi familia, ha estado aquí —admitió, sin cesar sus movimientos—. No he pensado en nadie más desde que recibí aquella nota pidiéndome que te diera placer. Desde que te cogí en la pérgola. —Su nariz rozó la mía. Su boca acarició la mía, luego recorrió mi mandíbula y mi cuello—. Me has tenido desde el primer momento en que te vi, Tatiana. Te necesitaba como una rosa a sus espinas. He estado obsesionado contigo.

La felicidad me rebosaba en el pecho. Había algo tan seductor en saber que este hombre tan guapo y poderoso estaba obsesionado conmigo.

Incliné el cuello hacia un lado, dándole mejor acceso a él.

—Yo también estoy obsesionada contigo —confesé—. Te prometo que te lo compensaré todo. Por el resto de mi vida.

Me agarró las muñecas con una mano y me las puso por encima de la cabeza.

—No dejaré que lo olvides, esposa.

Utilizó una de las cuerdas negras y sedosas y me las enrolló alrededor de la muñeca, luego la ató al poste de la cama. Mi corazón temblaba de excitación y mis labios se entreabrieron mientras lo miraba con los ojos entornados. Al comienzo, todo fue lujuria para mí, pero terminó con amor. Lo amaba tanto que me asustaba.

—Illias —murmuré en voz baja.

Sus ojos se clavaron en mi cara.

—¿Sí, amor?

Sonreí suavemente.

—No quiero que pienses que te quiero menos, porque no estuve obsesionada contigo desde el principio. —Me alcé y le besé la boca—. Te amo tanto que a veces me cuesta respirar. —Me miró mientras sus ojos brillaban como una noche oscura con estrellas resplandeciendo en sus profundidades—. Me da miedo; sin embargo, quiero que sepas que siempre has sido tú. Estaba confundida, tal vez incluso fui infantil, pero tu olor, tu obsesión, tu amor... era lo que siempre quise. Han sido parte de mí, de mi corazón y de mi alma, desde el momento en que me tocaste.

Tum Tun. Tu tum. Tu tum.

—Mierda, Tatiana. Nací para ti.

—Y yo nací para ti —murmuré—. Ahora, por el amor de Dios, por favor, ¡fóllame!

—*Oh, moya luna.* —Empezó, con tono seductor, enganchando sus grandes manos bajo mis muslos y envolviéndolos alrededor de su cintura—. Dios no tiene nada que ver con que te folle.

Se colocó en mi caliente entrada y casi gemí de frustración cuando la punta de su dura longitud hizo presión contra mí.

—¡Más! —supliqué.

Hizo una pausa, con todo el cuerpo rígido mientras se contenía.

—En cuanto te duela, me lo dices.

—Sí, sí, sí. Hazlo, demonios —rogué—. Te necesito.

—Prométemelo —gimió, con una mueca marcando su expresión. Arqueeé las caderas—. Prométemelo, Tatiana —siseó cuando su miembro se deslizó aún más dentro de mí. Se le formó una gota de sudor en la frente, con los músculos tensos por el autocontrol.

—Te lo prometo. Ahora mismo, el que no me folles me duele muchísimo —me quejé—. Te deseo tanto.

Empujó lentamente. Cada vez más profundo. Mi cabeza se agitaba, me abrumaba la sensación de plenitud. Sus embestidas eran lentas y superficiales, su pelvis se frotaba contra mi clítoris. Era diferente, pero tan perfecto. Cada vez que estaba con Illias era perfecto.

—¿De quién es este coño? —susurró contra mi oído, manteniendo mis caderas inmóviles con sus dos manos sin dejar de empujar. Cada vez que tocaba ese punto dulce, un escalofrío me recorría—. ¿De quién es este coño? —exigió, entre dientes, repitiendo la pregunta que olvidé responder.

Cada célula de mi cuerpo temblaba por la necesidad de caer por el precipicio. Ya casi estaba, otro roce de mi clítoris y volaría. No pensé, solo respondí.

—Mío. —Exhalé.

Se calló y parpadeé confundida, buscando su mirada.

—Illias —gemí—. Por favor...

Me lamí los labios y su mirada se oscureció al seguir el movimiento.

—¿De quién es este coño? —gruñó, metiendo la mano entre nuestros cuerpos. Su dedo frotó mi clítoris, en círculos lentos y suaves—. Dime, esposa. ¿De quién?

—Tuyo —respondí mientras me inclinaba hacia arriba, necesitando sus labios—. Siempre tuyo.

—¿Segura?

—Sí, tuyo.

Un gemido salió de lo más profundo de su pecho y sus manos se tensaron en mis caderas.

—Bien. Ahora voy a cabalgar este coño mío. —Empujó. Más fuerte esa vez.

—Sí, sí, sí. —Mi voz era demasiado entusiasta. Se me pusieron los ojos en blanco.

—No muevas las caderas —demandó. Otra estocada. Podía sentirlo profundamente en mi vientre—. Dios, Tatiana. Puedo sentir cómo me aprietas, estrangulando mi polla.

Giré las caderas. No me detendría. Se negaba a cederme ni un centímetro. Busqué sus labios y lo besé. Urgente. Húmedo. Su lengua se introdujo en mi boca. Se apartó de mí, hasta que su punta estuvo en mi entrada, solo para embestirme profundamente una vez más. La sensación de él dentro de mí, su pelvis contra mi clítoris y su boca sobre mí era demasiado, después de no haberlo tenido durante semanas.

Se tragó mi siguiente gemido. Otra estocada. Sus manos me sujetaban con fuerza. Me besó la boca de forma salvaje y sin delicadeza. La presión dulce y caliente crecía y crecía.

—Te amo —gimió contra mi boca con otra embestida. Su cuerpo se tensó y luego se estremeció, justo cuando el placer estalló en mí, calando hasta mis huesos.

Me besó desde la boca, por toda la cara, hasta que hundió la cabeza en mi cabello, soltando un gemido masculino que me hizo vibrar.

Ambos respiramos con fuerza, abrazados. Su amor empapó mi piel hasta formar parte de mi ADN. Inspiré profundamente y murmuré palabras suaves contra mis labios.

—Tatiana Nikolaev, ¿me harías el honor de convertirme en mi esposa? —Su voz era ronca, su

corazón latía con fuerza en sincronía con el mío. Levantó la cabeza y nuestras miradas se encontraron.

Me quedé observándolo confusa mientras se acercaba a la mesita de noche y sacaba una cajita negra. Luego, se deslizó por la cama y se puso de rodillas.

—Por favor, sé mi esposa, porque quieras serlo —pidió, su voz oscura, llena de reverencia y amor—. Debería haberlo hecho bien la primera vez.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y una rodó por mi mejilla.

—Sí —musité, y luego carraspeé, con las emociones atascadas en la garganta—. Sí, sí, sí. Un millón de veces sí. —Se puso en pie de un salto, con su glorioso cuerpo desnudo a la vista, y me rodeó con sus brazos.

—Desátame para que pueda abrazarte, maldita sea —reclamé, parpadeando rápidamente para secar las lágrimas de felicidad. Me aferraba a él como si fuera mi segunda piel. En un movimiento rápido, mis manos estaban libres y las enrollé alrededor de su cuello—. Eres mío y yo soy tuya —susurré—. Para siempre.

Había encontrado mi "final feliz". Sería con él.

Mis hermanos podían ser tan autoritarios.

Habían pasado tres semanas desde que Adrian me apuntó con una pistola. Hacía tres días que me habían dado el alta, pero mis hermanos se negaban a marcharse. Teniendo en cuenta que sus esposas e hijos seguían en Estados Unidos, era francamente extraño. Demostraba lo mucho que les había afectado la traición de Adrian.

Vasili seguía murmurando que era culpa suya. Le aseguré que no lo era. A decir verdad, si no se iban todos pronto, acabaría siendo culpable de asesinarlos.

Suspiré, mirándolos a todos sentados alrededor de mi sala de estar de una manera semiamorosa, semiasesina.

El fuego de la chimenea seguía crepitando. Nada más faltaban tres semanas para Navidad. Alexei estaba apoyado en la pared, junto a los ventanales, con los brazos cruzados y la mirada perdida en el exterior. Sasha se sentó en una silla, mientras que Vasili y yo nos sentamos en el sofá.

Mis piernas estaban dobladas, mientras observaba a mi familia y pensaba en Illias.

Sabía que todo el mundo estaba ansioso por volver a casa y prepararse para los días festivos. Especialmente con todas mis sobrinas y sobrinos. Había estado pulsando el botón "Comprar ahora" de forma maratónica. No sabía si Amazon era una bendición o una maldición.

—No nos quedemos atascados en lo sucedido y vuelvan con sus esposas —sugerí esperanzada. Branka estaba allí con Sasha, pero Aurora e Isabella seguían en Estados Unidos. Era inaudito que mis hermanos estuvieran fuera tanto tiempo—. Necesito descansar y mucha comida para alimentar a mis propios bebés. Ustedes no me ayudan. Cada vez que me doy la vuelta, ya no tengo helado.

Vasili ahogó una sonrisa.

—Puede que sea cosa de Branka. Le encantan los helados. Imagínate.

La mirada de Sasha se volvió asesina ante la mención de mis bebés. Realmente no podía manejar la idea de que hubiera estado teniendo relaciones sexuales. De alguna manera, con Adrian nunca se le había pasado por la cabeza, no es que tuviera mucho sexo con él, pero ahora que tenía dos bollitos en el horno, por así decirlo, mis hermanos no podían hacerse los

desentendidos.

—Tu esposo tiene suerte de que me ordenaste no matarlo —refunfuñó Sasha—. Te embarazó. ¿Cómo se atreve a tocarte?

Puse los ojos en blanco.

—¿Cómo te atreves a tocar a tu mujer? —repliqué con ironía.

—Eso es diferente —murmuró en voz baja.

—Estoy segura de que Alessio no estaría de acuerdo —espeté, un poco malhumorada. Dios, realmente tenían que volver a casa—. Pero si te hace sentir mejor, siéntete libre de pensar que el espíritu santo me dejó estos dos angelitos en el vientre. Lo que te haga feliz.

—Déjala, Sasha. —Alexei vino al rescate—. Ella todavía se está recuperando.

Sacudí la cabeza.

—No lo estoy. Estoy bien. De verdad, pueden irse a casa. —Agarré mi teléfono—. ¿Ven este aparato? —Lo agité en el aire—. Significa que podemos hacer video llamadas y hablar todos los días. A través de este aparato mágico llamado *teléfono móvil*. —Acentué las dos últimas palabras como si intentara enseñarles un nuevo idioma. Fue un milagro el hecho de que consiguiera que no se me pusieran los ojos en blanco.

Sasha fingió sentirse herido. Incluso llegó a temblarle el labio, mas el brillo de sus ojos lo arruinó todo.

—No me siento bienvenido.

Mi cuñada entró en la habitación en ese momento y aproveché la oportunidad.

—Branka, ¿adivina qué? Sasha estaba diciendo que podría darte una sorpresa y llevarte a visitar a tu hermano. —Alessio, su hermano, vivía en Toronto. Se llevaban un poco mejor. *Creo*—. Ya que Canadá es prácticamente nuestro vecino.

Resopló, pero en cuanto nuestras miradas se cruzaron, captó el mensaje.

—Me parece una idea estupenda. —Aceptó—. Quiero ver a mi sobrino. He oído que Aurora ha estado intentando ganarse el título de *mejor tía*.

Alexei alzó la ceja.

—¿Intentarlo? Ya lo tiene. Le consiguió un dron al chico.

—¿Qué? —chilló Branka, intercalando la mirada entre su marido y Alexei—. ¿Por qué me entero hasta ahora? Maldita sea. ¿Qué es mejor que un dron?

Sonreí.

—Consíguele un helicóptero o un avión. Seguro ganas.

—¿Uno de verdad? —Jadeó.

—O uno de esos de control remoto —sugerí—. Con la cámara instalada en él. Son mejores que los drones.

—¡Ajá! —exclamó—. Sasha, empaca. Vamos a estar allí al mismo tiempo que el avión. Quiero ver su cara cuando lo reciba y luego haremos una video llamada con Aurora.

Su sonrisa y su expresión de suficiencia coincidían con las de mi hermano. No me extrañaba que los dos se llevaran bien.

—¿No deberíamos regalarle eso para Navidad? —preguntó Sasha, poniéndose de pie de mala gana.

Se rio entre dientes.

—¿Es broma? —Su mano se agitó hacia Alexei, luego de nuevo a Sasha—. Se lo diré a Aurora. Él es su marido y ella lo tiene babeando a sus pies.

Y así de fácil me deshice de Sasha.

La mirada de Vasili se suavizó en mí, y luego besó mis dos mejillas.

—¿Eres feliz, Tatiana?

—Lo soy —aseguré—. Delirantemente. Locamente feliz.

O lo sería cuando mis hermanos volvieran con sus familias y yo pasara un rato tranquila con mi esposo.

Mis labios se curvaron en una sonrisa pensando en mi marido. Habían pasado tres noches desde que me propuso matrimonio. El despiadado *Pakhan* parecía ser un romántico de corazón. Bueno, eso era algo exagerado, pero aprecié el gesto. Me dio a elegir. Quería que lo eligiera a él.

Y lo hice. Lo haría. Siempre.

Durante el resto de la noche, Illias no dejó de tocarme. Como si tuviera que convencerse de que estaba viva. Dormí acurrucada contra él, aferrándome a él. A lo nuestro. A nuestra felicidad, pero a la mañana siguiente, Illias me dio un beso en la mejilla y me dijo que tenía trabajo que hacer. Me ocultó el tipo de trabajo y no volví a verlo desde entonces.

Mis hermanos me mantuvieron ocupada durante los tres días siguientes a nuestro primer día de vuelta, no obstante, esa noche me libraría de ellos. Vasili insistió en asegurarse de que me fuera a dormir. Así que se sentó en el sofá de mi habitación, leyendo algo en su teléfono. Conociéndolo, probablemente un contrato para un negocio inmobiliario.

Me acosté en la cama, con las manos recogidas bajo la mejilla y los párpados pesados. Nunca fue muy hablador. Era la razón por la que me acostaba cuando era niña. Cuando Sasha me arropaba, él hablaba y luego yo hablaba, y sin darme cuenta ya era medianoche y Vasili perdía los estribos con nosotros. En cambio, cuando él me arropaba, era eficiente y silencioso.

—Sigues durmiendo en la misma postura —comentó Vasili, sin dejar de leer la pantalla de su teléfono. El hombre era eficiente. Tuvo suerte de que Isabella se enamorara de él, porque sinceramente no conocía a otra mujer que aguantara a un adicto al trabajo.

—Soy presa de la rutina —admití en voz baja—. ¿Dónde está Illias? —indagué.

Se encogió de hombros.

—En algún lugar de abajo.

—Gracias por nada —observé con ironía—. Este lugar es enorme. ¿Alguna posibilidad de que seas más detallado?

—No.

Dejé escapar un suspiro frustrado. Tan típico. Los hombres siempre se cuidaban la espalda, aunque ninguno era más listo que yo. Lo encontraría de una forma u otra.

Reinó el silencio, lleno de fantasmas y recuerdos del pasado. Para mí, la mayoría de los recuerdos de mi infancia eran felices. Gracias a mis hermanos, pero sabía que Sasha y Vasili no tuvieron tanta suerte. Finalmente, dejó el móvil a un lado, con la culpa cruzándole la cara.

—Diablos, Tatiana. —Empezó—. Te fallé. Dejé que Adrian, ese cabrón...

Me incorporé de golpe y el colchón se movió.

—No, Vasili. —Mi voz era firme. Directa—. No me fallaste. Nunca me has fallado. Gracias a ti y a Sasha, tuve una buena vida. Fui amada. —Mi voz se quebró con la última palabra—. Te exijo que nunca te disculpes.

Mi hermano mayor y feroz no debería disculparse con nadie. Se me hizo un nudo en la garganta y una lágrima rodó por mi mejilla. Mis malditas hormonas y emociones trabajaban horas extras. Me bajé de la cama y caminé por el suelo hasta el sofá donde él estaba sentado. Me tiré al suelo y me abracé a sus rodillas.

—Ya no quiero que seas mi padre y mi madre —gruñí, con voz ronca—. Solo mi hermano. Ya tienes a tus pequeños y suficientes cosas de las que preocuparte. Yo me preocuparé por ellos a tu lado, pero ya no te saldrán más canas por mi culpa.

Nuestras miradas se sostuvieron.

—Te quiero, hermano.

Dejó escapar un suspiro afectuoso.

—Dios, cómo has crecido. —Me rozó la mejilla cariñosamente—. Yo también te quiero. Y no puedo evitar preocuparme por ti. Siempre.

Sonreí.

—Bueno, ya no tienes que hacerlo.

Suspiró.

—Lo sé, *Sestra*. —Dos, no tres palabras favoritas en ruso. *Sestra y moya luna*.

—Prométeme que intentarás no preocuparte —insistí—. Isabella pedirá mi cabeza si mis acciones te provocaran un infarto. —La expresión de su cara era una que conocía bien. El hombre testarudo—. Deja que Illias se preocupe por mí —sugerí juguetonamente—. Déjame sacarle canas verdes a él.

Eso le arrancó una gran sonrisa a mi hermano.

—Eso me gusta. —Aceptó, riendo profundamente. Me encantaba escuchar reír a mi hermano mayor. Sasha y yo le dábamos muchos motivos para preocuparse, incluso antes de que supiera la verdad sobre nuestra madre. Su expresión se volvió seria—. Estás más segura con Konstantin que con Adrian. Así es más fácil no preocuparse tanto.

—Es hora de que Alexei y tú vuelvan con sus mujeres —hablé con seriedad—. Están empezando a fastidiarme. Sé que a ti también te están insistiendo.

Los golpes en la puerta nos interrumpieron.

—Adelante.

Mi corazón dio un vuelco, a pesar de que sabía que no sería Illias. No llamaría a la puerta de nuestra habitación. Alexei entró y sonreí.

—Justo mi otro hermano favorito que quería ver —exclamé en voz baja, y luego me puse de pie.

—Creía que Sasha era tu favorito —comentó rotundamente.

Sonreí con picardía.

—Los tres son mis hermanos favoritos. Algunos días más que otros.

Puso los ojos en blanco. Puso los ojos en blanco de *verdad*. No lo habría creído si no lo hubiera visto yo misma.

—Alexei, ¿acabas de poner los ojos en blanco? —bromeé. Se encogió de hombros, con el fantasma de una sonrisa en los labios. Me alegraba ver a mis hermanos felices. Contentos. Se lo merecían. Habían sufrido bastante en la vida y se habían ganado su felicidad. Sus familias—. Bien, ahora. Se lo acabo de decir a Vasili y te lo voy a decir a ti. Sus dos esposas me están volviendo loca. Mi celular suena todo el tiempo preguntándome qué están haciendo. Tienen que irse a casa.

Alexei se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta. Siempre le gustaba tener una estrategia de salida. Ya formaba parte de su ADN. Era lo que los años de estar enjaulado y de maltrato le hacían a un ser humano.

—Hay que encontrar a Sofia Volkov —respondió Alexei.

—*Moy brat*, eso podría llevar años —murmuré—. Los tuvo prisioneros a ti y a Aurora. Ella escapó. Atacó a su propia bisnieta y volvió a esconderse. Sé que Illias puede protegerme. Así como ustedes dos pueden proteger a *sus* familias.

Los dos compartieron una mirada y supe que veían que mi razonamiento tenía sentido. Así que esperé, conteniendo la respiración.

—Me verán en Navidad —musité suavemente—. Nada puede alejarme de mis sobrinos. Aunque Kostya es un poco criticón.

Alexei frunció el ceño y yo me encogí de hombros.

—Me dijo que apestaba la última vez que lo vi —añadí.

—Mmmm, todavía no puede hablar —comentó Vasili, viéndome con sospecha, no sabía si creerme o no.

Sonreí.

—Bueno, él habla conmigo.

—Imposible —protestó Alexei con naturalidad—. Hablaría primero con su padre.

—Vete a casa y averígualo —pronuncié, medio en broma y medio en serio.

—Ella está realmente ansiosa por deshacerse de nosotros. ¿Verdad, hermano? —preguntó Alexei con calma.

—Creo que tienes razón. —Concordó Vasili, dejando escapar un suspiro sardónico. Se levantó y se arregló su impecable traje, un movimiento que me recordó a mi marido—. ¿Nos vamos entonces? —le dijo a Alexei cuando se reunió con él junto a la puerta.

—Sí, sí, lo hará —respondí en su nombre.

Luego, sin previo aviso, corrí hacia los dos y los abracé. Alexei se puso un poco rígido, pero luego se relajó. No me lo tomé como algo personal. Era su instinto.

—De acuerdo, se acabaron los abrazos —anuncié tras un breve instante. No quería torturar a Alexei; solo necesitaba que supiera que era tan importante para mí como Vasili. Éramos familia —. Ahora, desaparezcan de mi vista. Duerman mucho y tomen su vuelo de regreso.

Mis dos hermanos desaparecieron por la puerta y mis ojos miraron el reloj. Exhalé un pequeño suspiro y conté hasta cien antes de salir. Abandoné mi habitación y miré hacia el final del pasillo antes de bajar las escaleras.

Mi pulso se agitaba a cada paso que daba. Extrañaba a Illias. Era tan jodidamente fácil acostumbrarse a él y a su presencia. Quizá tenía una personalidad adictiva y nunca me di cuenta hasta que aquel hombre irrumpió en mi vida. O tal vez se trataba de que él formaba parte de mí incluso antes de que yo supiera de su existencia.

La primera planta estaba vacía. El vestíbulo estaba tan silencioso que me pareció oír los pasos de viejos fantasmas vagando por los pasillos. Contuve la respiración, escuchando. Casi sonaba como el eco de unos gemidos. Fruncí el ceño o tal vez sonaban más como gritos.

Seguí el sonido. Cuanto más me acercaba, más fácil era distinguir los gritos de dolor. Llegaban desde abajo y me hacían estremecer. Bajé otro tramo de escaleras, este de piedra antigua que parecía formar parte del castillo cuando se construyó.

Me enterré las uñas en las palmas de las manos y se me oprimió el pecho. Me detuve un momento, preguntándome si era prudente saber lo que ocurría. Estaba claro que ni Illias ni mis hermanos querían que lo viera si todos fingían que no sucedía nada.

Empujé una pesada puerta de acero y me asomé a otra larga y oscura escalera. Dios mío, ¿hasta dónde llegaba ese castillo? Contuve la respiración mientras bajaba sigilosamente los escalones restantes.

Otro grito de dolor recorrió el pasillo. Estaba cerca. Ya casi había llegado. Una pesada puerta de madera con barrotes de hierro estaba a pocos pasos. Tragué saliva y di un paso más, asustada por lo que pudiera ver, pero sabía que no podía detenerme. No cuando estaba tan cerca.

Un paso más y me incliné hacia delante, enfrentándome cara a cara con la realidad de lo que mi esposo había estado haciendo durante los últimos días. Una mujer, empapada en sangre, colgaba del techo, sus gritos de dolor recorrían la habitación y atravesaban el pasillo.

Por lo que parecía, tenía los dedos rotos. Negros, morados y ensangrentados. Las uñas, si quedaba alguna, estaban cubiertas de sangre seca. Sus rodillas estaban fracturadas.

La bilis me subió por la garganta.

Alexei se apoyó en la pared oscura, con el rostro frío como una piedra, pero con gotas de sudor en la frente. Odiaba los sótanos. Odiaba los sitios cerrados; sin embargo, fue la visión de Illias lo que me conmocionó.

Sabía que era despiadado. Tenía claro que era necesario para sobrevivir en nuestro mundo; sin embargo, era diferente verlo así. Su camisa blanca estaba cubierta de sangre. Sus mangas enrolladas revelaban esas manos fuertes que me sostenían, que me amaban. Excepto que, en ese momento, estaban empapadas en sangre.

Y la cara de mi marido provocaba terror puro. No había piedad, ni misericordia. Absolutamente cero emociones. Solo una máscara de granito. A juzgar por su expresión, no sentía nada.

—Dame información sobre Sofia Volkov —gruñó, sujetándole las tenazas contra la muñeca.

—Podemos terminar con esto —dijo Alexei, con una voz tan fría que se me puso la piel de gallina—. Te aliaste con la persona equivocada. Esa mujer secuestra, tortura y trafica con niños. Dínoslo y todo esto se habrá acabado.

Se rio.

—Vete. Al. Infierno.

Los labios de Illias se curvaron. Cruel y frío.

—Señora, he estado allí. Y no me quisieron.

Apretó las tenazas, el sonido de los huesos crujiendo llenó el aire.

Mis ojos se abrieron de par en par. La cena que me había comido me subió por la garganta. Me encorvé justo a tiempo para vomitar sobre el suelo de piedra.

—¡Tatiana! —escuché la voz de Illias, sin embargo, estaba demasiado ocupada vaciando el contenido de mi estómago—. Carajo, Alexei, sácala de aquí.

Me enderecé, limpiándome la boca con el dorso de la mano. Alexei avanzó hacia mí, imponente y frío. La mirada ártica de sus ojos me heló hasta el alma.

—A-Alexei —balbuceé, sintiendo algo parecido al miedo en compañía de mi hermano. No de él. Sino del pasado que acechaba en sus ojos y que me daba una idea de la mierda que había tenido que soportar. Estaba todo allí, mirándome fijamente.

—Vete a la cama, Tatiana. —No me tocó; sin embargo, esa vez fue porque temía que rechazara su cercanía. No lo haría. No podría.

Tragué otro torrente de bilis que amenazaba con salir a flote, y mis ojos se desviaron hacia la mujer maltrecha que colgaba del techo. Sus ojos se cruzaron con los míos, verdes como los de Adrian, y el reconocimiento me inundó.

—¡Tú! —exclamé.

Sonrió, como una loca.

—Va a venir por todos ustedes —murmuró—. Por todos ustedes. No hay quien la pare. No veo la hora de verla quemar vivos a tus bebés.

—¡Que se calle! —bramó Alexei, sin apartar los ojos de mí—. Esta zorra no nos dirá nada esta noche.

Illias dio unos pasos vacilantes hacia mí, aún cubierto de sangre. El olor cobrizo flotaba como niebla en el aire, obstruyéndome la garganta sin que pudiera evitarlo. Sentí que venía otra ronda de vómitos y me encorvé.

Y todo el tiempo la mujer cacareaba y cacareaba. Como si hubiera perdido la cabeza.

Tal vez lo había hecho. Podía ser que yo también.
Porque no sentía remordimientos ni lástima por ella.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

TATIANA



Tllias se dejó caer en la silla con un suspiro de cansancio.

La sangre manchaba su ropa y sus manos. El agotamiento enmarcaba su rostro, pero también había dureza en él. Las sombras de su cara parecían más oscuras. Más delineadas, de algún modo.

Había pasado otro día desde que presencié la tortura. Todavía lo amaba. Todavía confiaba en él. Aunque mentiría si dijera que no estaba preocupada. Por nuestro futuro. Por nuestros bebés. Por nuestra familia.

—¿Estás bien? —pregunté suavemente.

—Está muerta —respondió rotundamente—. Ella no se rompería. —Asentí con la cabeza, comprensiva. Si la mujer se negaba a ceder después de días de tortura, nada lo haría—. Si Nikita estuviera vivo, podría haber obtenido respuestas, pero con él y Adrian muertos, perdió las ganas de vivir.

Dios, deseaba poder hacer algo por él. Cualquier cosa.

Me bajé de la cama y caminé descalza hacia él, sin más ropa que mi sedoso camisón rosa y con la panza apenas visible a cada paso. Tomé su mano entre las mías y, sin mediar palabra, tiré de él para que se pusiera en pie y se dirigiera al baño.

—Siéntate —le pedí suavemente, haciendo presión en sus hombros—. Déjame cuidarte.

Me miró cansado mientras yo llegaba al lavamanos y tomaba un paño. Lo puse bajo el grifo y empecé a limpiarle la cara, quitándole las manchas de sangre de su tía que aún tenía pegadas al rostro.

—No deberías hacer esto en tu estado —expresó con voz estrangulada—. Ayer te sentó mal. —Tragué saliva, recordando cómo me ardía la garganta por tanto vomitar la noche anterior—. Quedé hecho un desastre. Debería limpiarme yo mismo.

Sacudí la cabeza, ahuyentando el recuerdo de la noche anterior.

—Tienes suerte. No tengo nada que vomitar —bromeé, limpiándole la sangre de la frente. Cada vez que ponía el paño bajo el grifo, se manchaba de rojo, tiñendo de rosa el lavabo blanco—. Además, somos socios. ¿O ya lo olvidaste? —le recordé con una suave sonrisa, pasando a limpiarle suavemente los nudillos. Sus manos—. Hiciste eso por nosotros. Por ellos. —Me llevé la mano al vientre, sus ojos se oscurecieron—. Para mantenernos a todos protegidos. Así que lo menos que puedo hacer es ayudar a mi esposo a limpiarse.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—No deberías haberlo visto. No deberías haberme visto así.

Tiré el paño al lavamanos, cerré el grifo y le acaricié la cara. Dejé un beso en sus labios y mi pecho se agitó de esa forma tan familiar cuando me besaba. Profundo y crudo.

Cuando por fin se apartó, respirábamos con dificultad.

—Lo quiero todo de ti, Illias —afirmé, sin rodeos, con la palma de la mano izquierda contra su mejilla. Luego, pasé los dedos por su barba oscura—. Quiero tu oscuridad. Tu luz. Tus luchas. Tus éxitos. Todo ello. Tú me salvas; yo te salvo. Estamos juntos en esto.

Me tomó la mano libre y entrelazó nuestros dedos. Ambos observamos su piel bronceada contra la mía pálida. Su mano grande contra la mía pequeña. Sin embargo, encajábamos a la perfección.

—Juntos —repetió, con voz ronca.

Sonreí, le solté la mano de mala gana y abrí la ducha. El sonido del agua al correr llenó el cuarto de baño, el constante chorro vibraba en el aire.

Volví junto a mi marido y le puse las dos manos sobre los hombros, y me senté a horcajadas sobre él. No estaba mareada por la sangre ni por saber que acababa de matar a alguien. No era inocente. Probablemente lo fue hacía tiempo, pero en ese momento era una amenaza. Ella planeó mi muerte junto con Adrian y Nikita. Casi les costó la vida a nuestros bebés.

Sus pecados eran mis pecados. La sangre en sus manos era sangre en mis manos.

Le quité la chaqueta y la tiré al suelo. La camisa blanca, manchada con la sangre de su tía, le quedaba como una segunda piel. Nunca tendría suficiente de ese hombre. Su fuerza. Su masculinidad. Me encantaba cada centímetro de él.

Mis dedos desabrocharon los botones, uno a uno, hasta que pude tocar su piel. Deslicé la mano por su pecho y bajé por su estómago, su cálida piel abrasando mi palma. Empuñando el *top* rosa de mi camión, rasgó el material. El sonido de la tela rompiéndose llenó el cuarto de baño. Después, agarró la cinta de mi tanga y la rasgó de golpe, dejando tras de sí un agudo escozor.

Su mirada se entornó mientras sus ojos recorrían mi cuerpo. Mi respiración se entrecortó ante la reverencia de esa mirada oscura.

Me pasó la mano por el bultito.

—Nuestros bebés —dijo, con voz ronca.

Se me dibujó una sonrisa en los labios.

—Nuestros bebés —repetí, observándolo a los ojos—. Están a salvo gracias a ti.

Un gemido vibró en su pecho, me rodeó la nuca con la mano, me besó y me metió la lengua en la boca. Tomó mi labio inferior entre los dientes y lo chupó. Lo mordisqueó.

Esa lujuria tan conocida y brumosa se acumuló en mi estómago, pero era mucho más que eso. Era lascivia y amor, sin espinas. Ya no dolían ni pinchaban. Esas espinas antes dolorosas en esa etapa nos unían. Para siempre.

—Te amo —murmuré, con los labios a escasos centímetros de los suyos y sus ojos profundos y oscuros me mantuvieron cautiva.

Le quité la camisa de los hombros y la dejé caer silenciosamente sobre la baldosa. Recorrí con los dedos las duras crestas de sus músculos, rozando su piel con las uñas. Me desplazé hacia su erección y balanceé las caderas y me froté contra sus pantalones ante la necesidad de sentirlo, piel con piel. Gemidos y quejidos se me escapaban mientras me estrechaba contra él completamente desnuda.

Soltó un par de maldiciones en ruso, sus dedos se clavaron en mi cabello y me tiraron de la cabeza hacia atrás.

—Yo también te amo —admitió—. Tanto que me aterroriza —confesó, y la mirada de sus

ojos se hizo dueña de las palabras. La vulnerabilidad permanecía allí.

Se me escapó un suspiro tembloroso mientras mis manos buscaban su cinturón.

—Lo mismo digo —susurré.

Sus manos se deslizaron bajo mis nalgas mientras se levantaba. Mis piernas rodearon su cintura con fuerza. Sus pantalones cayeron por sus musculosas piernas con un *ruido sordo* y se los quitó de una patada.

Por un momento, nos quedamos mirándonos. Su boca estaba apenas a un palmo de la mía. Su aliento mentolado se mezclaba con cítricos y sándalo, nublando todos mis sentidos. La punta de su lengua recorrió la comisura de mis labios, haciendo un camino por sobre mi mejilla hasta mi oreja.

—¿Lista para que te folle, esposa? —me susurró al oído.

—Sí —suspiré. Había nacido preparada para él, pero se tragó esas palabras mientras su boca se aferraba a la mía. Su piel caliente me quemaba y mis pezones se endurecían bajo su contacto.

Un escalofrío me recorrió y el corazón me retumbó desbocado.

Nos metió en la ducha y el agua resbaló por nuestros cuerpos como la lluvia. Me apretó contra la pared, con las piernas aún alrededor de su cintura, y se llevó un pezón a la boca. Lamió y chupó, mientras sus manos acariciaban mi otro pecho. Luego, cambió y se llevó la boca al otro. Mis caderas se meneaban contra él y, con cada arqueado de mi espalda, la punta de su dura polla rozaba mi entrada caliente y golosa.

Mi coño se apretó, un pulso palpitante entre mis piernas.

—¡Por favor! —le supliqué, sintiendo su dura longitud contra mi entrada.

De un potente empujón, me penetró hasta el fondo, llenándome completamente. Gemí. Él jadeó. Su mano se deslizó entre nuestros cuerpos, recorriendo mi coño hasta encontrar mi clítoris. Hizo círculos sobre él una y otra vez. Se me pusieron los ojos en blanco. Arquee la espalda y mis pezones rozaron su pecho.

—*Demonios*. Me coges la verga tan bien, *moya luna* —alabó, con mis muslos temblando. Bajó la mirada, observando hacia abajo, donde estábamos conectados—. Me encanta ver mi polla desaparecer dentro de ti.

Me agarró con más fuerza y sus dedos se clavaron en mi trasero. Nuestros latidos retumbaban al unísono. Me tomó por las caderas, apretándolas con más fuerza contra él y haciéndome rebotar con cada golpe contra su cuerpo. Me llenaba a la perfección.

Balanceándome sobre su erección, me aferré a él como si fuera mi salvavidas. No, no como si fuera. *Era* mi salvavidas. Sus ojos recorrieron mis pechos, el agua que caía en cascada sobre mi vientre de embarazada y más abajo, donde él se deslizaba dentro y fuera de mí. Su mirada se encendió al ver cómo nuestros cuerpos se conectaban.

Mis gemidos aumentaban con cada embestida. Sus gruñidos se volvieron más graves, igualando la fuerza de su ingle golpeando contra mi carne. La fuerza salvaje de sus caderas al embestirme aumentaba mi placer.

—Mi sucia mujercita. —Su voz era como el terciopelo, sus implacables embestidas hacían que mi cuerpo se estremeciera—. Tu coño está estrangulando mi polla, ávido de más.

Mi espalda se arqueó contra la baldosa mientras me agitaba contra ella. Sentí un hormigueo. El mundo empezó a girar. Mis gemidos se hicieron más fuertes, mis jadeos más duros.

—*Oh... Dios... Sí, sí, sí.* —Mis paredes se cerraron alrededor de su miembro mientras su ritmo adquiría un nuevo nivel. Me folló como si fuera mi dueño. Quitó ese “como”. Era *mi* dueño. Mi cuerpo, mi corazón y mi alma. Al igual que él me pertenecía.

—Tan cerca —gemí. Cada embestida me estiraba más, acomodando su dura longitud.

—Diablos, eres tan perfecta. —Se esforzó, aumentando la velocidad. Los latidos de mi corazón rugieron en mis oídos cuando llegó a ese punto dulce. Su ritmo se volvió animal, salvaje, incontrolable, mientras embestía dentro de mí. Cada estocada me hacía temblar los dientes y las entrañas.

—Ahhh... Illias... ¡Ah, diablos! —grité cuando el placer detonó. Me corrí tan fuerte que vi oscuro. Mi marido me penetró con fuerza, una y otra vez, follándome durante todo el orgasmo, de forma que, justo cuando alcanzaba mi punto álgido, otro rodaba justo detrás. Me penetró con tanta fuerza que estaba segura de que me iba a desmoronar.

Nuestras miradas se encontraron. La suya brillaba como diamantes negros, la lujuria y el amor en ella reflejaban la mía.

llevó su boca contra mis labios, hundiendo su lengua en el interior. Se tragó mis gemidos y, con una última embestida castigadora, se vino dentro de mí.

Lo rodeé con las manos y hundí la cara en el cuello de mi marido. Con la respiración agitada y el corazón latiendo al unísono, permanecimos así mientras el agua bañaba nuestros cuerpos. Aquello era el paraíso. Era la felicidad. Aquello era...

—*Espinas de amor* —murmuró, respirando con dificultad. Me moví para buscar su mirada, con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Los dos encajamos perfectamente, como las rosas y las espinas —me explicó suavemente mientras me bajaba lentamente hasta ponerme de pie, y luego empezó a enjabonarme el cuerpo —. Tienen que ser las *espinas de amor*.

Sonreí suavemente.

—Me agrada como suena, esposo.

Los dos estábamos unidos por *espinas de amor*.

Diez minutos después, tras lavarnos mutuamente el cuerpo, el cabello, y enjuagarnos, salimos de la ducha.

Me secó con una toalla suave, pero rápidamente tomé el relevo.

Enrollando la toalla alrededor de mis pechos, sequé a mi marido con otra. La pasé por su espalda, por su cintura y ese culo perfecto hasta llegar a sus pantorrillas. Me puse de pie, pero antes de darle la vuelta, le di un beso en la parte superior de la espalda, en el tatuaje.

—No veas el mal. No escuches el mal. No hables el mal. —murmuré en voz baja. Empezaba a entender el significado del tatuaje de los tres monos sabios. No le gustaba hablar de los límites que cruzaba cuando se trataba de proteger.

—Lamentablemente, hacemos lo contrario —comentó, con la tensión vibrando en cada centímetro de su cuerpo.

Le di la vuelta y empecé a secarle la parte delantera, empezando por los bíceps.

—No, tú no. *Ellos sí* —gruñí suavemente, concentrándome en la tarea que tenía entre manos —. *Ella lo hizo*.

Ella, siendo su tía Jane.

Ya secos los dos, me deshice de la toalla, lo tomé de la mano y lo llevé a nuestro dormitorio. Nos metimos desnudos bajo las sábanas. Mi marido insistía en que durmiéramos así. Dijo que necesitaba mi piel y mi sexo fácilmente accesibles.

—¿Sabes?, cuando lleguen los bebés, no podremos dormir desnudos —comenté divertida.

Su mano ya recorría mi vientre, sus dedos trazaban la cicatriz dejada por Adrian. Con su piel contra la mía, nuestros cuerpos apretados y mi oreja sobre su corazón, nunca me había sentido tan cálida. A pesar de que estábamos en Rusia, en pleno invierno.

—Insistiré en desnudarte cada vez que podamos. —La diversión tiñó su voz, pero también lo hizo la preocupación.

Durante el último mes, habíamos caído en una rutina. Desayunábamos juntos, y luego solía tener trabajo que hacer. Si había algo en lo que pudiera ayudar, me dejaba. Si no, me dedicaba a ayudar a Isla y a sus amigas a salir de problemas.

Y no eran muy simples que digamos, pero tenía la intención de mantener mi palabra a mi cuñada. Siempre estaría ahí para ella. No importaba lo que necesitara. Solamente que no me di cuenta en ese momento de que mi promesa se aplicaría a su pequeño círculo de amigas también.

—Sigues preocupado —observé mientras sus dedos trazaban círculos sobre mi bajo vientre. Levanté la cabeza de su pecho para mirarlo a la cara, le tomé la mano y se la retuve—. Háblame, amor.

La comisura de sus labios se levantó y apretó la palma de su mano contra mi estómago.

—Es la segunda mujer que mato. —Las palabras tácitas “*pero no la última*” tejieron su oscura telaraña en el aire. Sofia Volkov sería la última. No habían podido encontrarla, aunque lo harían. No tenía ninguna duda al respecto—. Al menos con la primera fue rápido. Esta vez...

La angustia en su voz era inconfundible y deseé poder quitarle el dolor. Sabía que la tortura era necesaria para obtener cualquier información que nos permitiera tener ventaja sobre Sofia Volkov. Ella era la última amenaza para nuestra familia. Para cualquier familia del bajo mundo, en realidad.

Acaricié su cara y la acerqué a la mía.

—La madre de Isla estaba destrozada. No sabemos por lo que pasó, no obstante, estaba muerta mucho antes de que tu padre la trajera a casa. Probablemente acabaste con su sufrimiento y salvaste la vida de tu hermana.

Era difícil penetrar en la culpa. Las palabras no la borraban, aun así, quizá con el tiempo vería que fue lo mejor.

—Sofia Volkov es una amenaza. Apoya el tráfico de niños. La trata de personas. Se asoció con el hombre que hizo de la vida de mi hermano un infierno. Así que lo que sea que consiga, se lo ha buscado durante mucho tiempo—. Y tu tía... —Empecé, suspirando pesadamente—. Pues, ella tomó su decisión. Te quería muerto. *Nos quería muertos*. Incluso con Nikita y Adrian dos metros bajo tierra, habría seguido viniendo tras nosotros. Escuché lo que dijo. Estaba loca, Illias. Eres lo suficientemente inteligente para haberlo reconocido. Su odio la cegó y se lo pasó a su hijo y finalmente a Adrian.

Sus hombros se endurecieron ante la mención de Adrian. Si bien seguía siendo un tema delicado, me negaba a dejar que ese fantasma se interpusiera entre nosotros. Apreté los labios contra su pecho e inhalé su aroma hasta lo más profundo de mis pulmones. El corazón me dio un vuelco y también mi estómago. No importaba cuántas veces me tuviera, nunca me cansaría de él.

—Eres tú, Illias —musité contra su piel, lamiendo su pezón y mordiéndolo. Con fuerza. Justo como a él parecía gustarle morder el mío. Sonreí, notando la sacudida de su cuerpo, así que lo lamí, aliviando el escozor.

»Siempre has sido tú —afirmé—. La forma en que amaba a Adrian es completamente diferente de la forma en que te amo a ti. —Levanté la cabeza y nuestras miradas se encontraron—. Era algo entre un hermano y... —Fruncí las cejas, buscando la palabra adecuada—. Un hermano y un primer amor, pero tú, mi esposo, eres el hombre que me salvó la vida, me robó el

corazón y me dio un propósito. *Nos diste un futuro.*

Jadeé cuando Illias nos volteó con un movimiento rápido y dejó su cuerpo sobre el mío.

—¿Te robé el corazón? —gruñó.

Asentí con la cabeza.

—O eso o te lo di sin darme cuenta.

—¿Quieres que te lo devuelva?

Nuestras respiraciones llenaron el silencio. Nuestras miradas se entrelazaron y el tiempo se detuvo. Jamás me cansaría de este hombre. Su cuerpo se fundía sobre el mío. Su calor me calaba hasta los huesos. Rusia en invierno no estaba mal después de todo. Al menos no cuando estaba con mi marido. Él mantenía caliente mi cuerpo, mi corazón y mi alma.

—No. Mi corazón está más seguro contigo.

Sin previo aviso, empujó dentro de mí y mi cuerpo acogió su intrusión.

—Esa es la maldita respuesta correcta —gruñó, manteniendo el cuerpo inmóvil mientras su erección crecía y se endurecía dentro de mí. Cada célula de mi cuerpo se estremeció de expectación.

—Mi objetivo es complacer —susurré.

Se acurrucó contra mi cabello, aspirando mi aroma.

—Mierda, me encanta tu olor. Ya no puedo pensar en rosas sin empalmarme. Con solo olerlas ya estoy a punto de correrme.

Me reí entre dientes.

—Mañana llenaré la casa de rosas —bromeé.

La verdad era que, durante el último mes, me había traído flores todos los días. Rosas rojas. Y yo me deshacía en halagos siempre.

—Sin embargo, ninguna de las flores se compara contigo. —Con sus bíceps a cada lado, su frente se apoyó en la mía. Empujó dentro de mí, profunda y lentamente, con una intimidación que me hizo llorar—. Tu cuerpo es mi templo, *moya luna* —aseguró, con voz ronca, dejando ver su acento ruso en cada palabra—. Pero tú... *tú* eres mi hogar.

—Y tú, el mío —susurré, con las emociones a flor de piel en mi voz. Le puse la palma de la mano en la mejilla y él se inclinó hacia mí, haciendo que mi pecho se llenara de tanto amor que pensé que explotaría—. Mantén a salvo a nuestros bebés, Illias. Utiliza todos tus recursos. *Omertà*, *Capos de la Mafia*, Cassio y su grupo, la *Yakuza*. Úsalos a todos. No es solo nuestra batalla. Sofia Volkov es una amenaza para todos nosotros: para todos nuestros hijos y todas nuestras familias.

¿Era ridículo tener esa conversación mientras él estaba enterrado dentro de mí? Tal vez. No me importaba. Hablábamos de nuestra familia. Era nuestro futuro.

Sabía que necesitaba una liberación después de torturar y darle muerte a su tía. Y yo se la daría, de cualquier forma: con mi cuerpo, mi corazón, mi alma. Incluso con mis consejos, sin importar si los pedía o no. Noté cómo se sentía más relajado que cuando subió por primera vez. Sus músculos no estaban tan tensos y las líneas de su cara estaban más relajadas.

—¿No te importa la *Omertà*? —preguntó—. ¿Marchetti?

—¿El *papi sexy*? —musité, incapaz de ocultar mi sonrisa cuando sus ojos se volvieron tormentosos—. ¿Por qué iba a importarme el *papacito*?

Se retiró casi por completo solo para penetrarme de nuevo. Rudo. Duro. Salvaje. Jadeé, con la espalda arqueada sobre la cama y lista para otro *round* de placer. Necesitaba que se adueñara de mi cuerpo.

—El único *papi sexy* en el que puedes pensar soy yo —gruñó con una peligrosa nota en la

voz—. Yo soy tu papacito, tu dios, tu marido, tu compañero. Tu puto *todo*. —Su susurro caliente y oscuro me rozó el oído. Volvió a penetrarme, esta vez con más fuerza—. Soy el único hombre adecuado para ti. ¿Entendido?

—Sí, papi —respiré, intentando bromear, pero me salió todo mal. Necesitado. Ronco.

Dejó escapar un gemido animal y empezó a follarme con embestidas profundas y largas.

—Ahora, déjame mostrarte lo correcta que *eres* para mí, *moya luna*.

Y Dios mío. ¡Qué manera de demostrármelo!

CAPÍTULO CUARENTA

KONSTANTIN



—¿A quién se le ocurrió que una boda en Navidad era una buena idea? Por supuesto, ese era mi cuñado favorito. Sasha Nikolaev me volvía loco. Era demasiado viejo para aguantar su mierda. Joder, era demasiado viejo para toda esa mierda.

—Cállate, Sasha —reprendió Alexei, con voz ronca. Bien pudo haberle dicho a su hermano que bebiera agua—. Nadie se quejó cuando tuviste una boda de *Halloween*.

—¿No te molesta que se case con tu hermanita? —Sasha lanzó la pregunta a nadie en particular—. Primero la dejó embarazada, luego la secuestró y se casó con ella en pleno vuelo. —Sus ojos recorrieron la habitación hasta posarse en mí y me fulminaron con la mirada—. Literalmente en pleno vuelo. Se la llevó a Rusia y a mi hermanita no le gusta ese país en invierno. Y ahora, aquí estamos.

Masajeándome la sien, suspiré cansado. Nuestra boda en avión fue mucho mejor. Más fácil. Más tranquila.

Pero quería esa celebración por Tatiana. Por sus recuerdos. Para las historias que les contaríamos a nuestros hijos.

La iglesia de St. Patrick estaba llena hasta el tope. Familia. Amigos. Miembros de la *Omertà*. *Capos de la mafia*. *Reyes multimillonarios*. Liam Brennan con su familia. Cassio King y su grupo. Mi esposa tenía razón. Éramos más fuertes juntos que luchando esa batalla por nuestra cuenta.

Sofia Volkov era una enemiga para todos nosotros.

Había desaparecido. No teníamos idea de dónde estaba, pero sabíamos que estaba viva. La frustración me arañaba el pecho. Me molestaba de sobremanera no poder encontrarla. Nico Morrelli y yo creamos una aplicación de reconocimiento facial que habíamos conectado a todas las bases de datos conocidas. El hecho de que el programa no la hubiera localizado en ninguna parte del maldito mundo me ponía de nervios. La puta loca sí que sabía cómo esconderse. Llevaba tanto tiempo haciéndolo que probablemente formaba parte de su ADN. Al igual que Alexei siempre se colocaba estratégicamente junto a la salida más cercana, el instinto de Sofia Catalano Volkov era esconderse siempre.

Aunque me negué a dejar que eso arruinara mi día. El día de mi esposa.

Empezó a sonar el *Canon en re* y, sin previo aviso, Sasha y Alexei se colocaron detrás de mí. La primera dama de honor salió. Isla. Mi hermana menor. Evitó mirarme y apreté los dientes.

Resultó que mi dulce hermanita era tan testaruda como yo.

Isabella Nikolaev siguió a Isla y mis ojos se desviaron hacia el fondo de la iglesia, esperando ver a mi novia. Esperé, conteniendo la respiración, hasta que la vislumbré. Nuestras miradas se cruzaron y los labios de Tatiana se curvaron en una amplia sonrisa. La luz brillaba a través de las ventanas de la iglesia haciendo que su cabello resplandeciese como oro hilado. En aquel momento, parecía un ángel que iba a encontrarse con su diablo.

El vestido Valentino blanco se ceñía a sus curvas y se le veía la barriguita. Me encantó que no la ocultara. La llevaba con orgullo, como una insignia de honor. Y mataría a cualquiera que amenazara a nuestros bebés. Al igual que yo.

Mi pecho se calentó, viéndola dar cada paso más cerca de mí. De buena gana.

Sus pasos se sincronizaron con los de Vasili hasta que ambos llegaron hasta mí. Su hermano mayor me hizo un pequeño gesto con la cabeza y me entregó a su hermana.

—Cuídala.

Asentí, con la mirada fija en mi novia. El brillo de sus ojos. La forma en que me observaba como si yo fuera todo su mundo, igual que ella era el mío. Aunque toda la iglesia estallara en un tiroteo, no creía que fuera capaz de apartar la vista de ella.

Esta vez me dijo sus palabras con convicción y con amor. Esta vez me miró como yo me sentía por ella.

Esta vez, sabía que ella estaba tan enamorada como yo.

—Te amo, Tatiana Konstantin. —En su mirada azul pálido brillaba pura devoción. No necesitaba palabras para saber que me amaba—. Tú eres mi futuro. Mi amor. Mi vida.

—Y yo a ti, Illias Konstantin —murmuró en voz baja.

Para siempre.

EPÍLOGO - KONSTANTIN

DOCE MESES DESPUÉS



Nuestros mellizos nacieron el primer día de verano. Sanos y hermosos. Anushka y Astor. El embarazo fue fácil. Al menos Tatiana siguió afirmando que lo fue, a pesar de las muchas noches en las que nuestros bebés no la dejaban dormir mientras pataleaban en su vientre. Le masajeaba la espalda, las pantorrillas y hablaba con ellos. Esas noches eran largas, pero las superamos.

Juntos. Siempre socios.

Ver a mi intrépida reina, mi esposa, dar a luz a nuestros hijos fue el momento más hermoso de toda mi vida. Caí rendido. Cuando nuestros bultitos de alegría llegaron al mundo, gritando a todo pulmón, supe que quemaría el mundo por ellos. Por la expresión de la cara de mi mujer, el sentimiento era mutuo.

Los veía con tanto amor que me dejó sin aliento. La emoción me envolvió la garganta y los pulmones y, cuando Tatiana me miró con esa expresión aturdida, el amor y la devoción de sus ojos amenazaron con hacerme caer de rodillas.

—*Gracias.* —Gesticuló, con lágrimas en los ojos. Me estaba dando las gracias cuando ella había sido quien hizo todo el trabajo. Cuando fue ella quien me dio un regalo que yo nunca podría pagarle.

Para sorpresa de todos, Anushka tenía mi color de cabello y los ojos de su madre. Astor salió rubio como su madre, pero con mis ojos.

Observé a mis bebés y a mi mujer. Eran la perfección. Tenían el poder de desarmarme con una simple mirada o una simple sonrisa. En el momento en que mi esposa y yo acunamos a nuestros hijos, el mundo que nos rodeaba dejó de existir. Estábamos los cuatro solos, perdidos el uno en el otro.

Había dejado de respirar. Y cuando los ojos de mi mujer encontraron los míos, supe que ella sentía exactamente lo mismo.

—Lo hemos hecho bien. —Les sonrió Tatiana a nuestros bebés.

—Lo hicimos bien, *moya luna* —coincidí, observando a mi pequeña familia.

Mi final feliz.

Con el paso de las semanas y los meses, me di cuenta de lo equivocado que estaba en todo. La historia de la vida de mis padres me enseñó que el amor te clavaba espinas. Que el amor te hacía débil.

Estaban equivocados. Yo estaba equivocado.

Mi familia me hizo darme cuenta de aquello. Mi esposa. Mis hijos. Mi hermana. El amor era la fuerza.

El matrimonio con Tatiana estaba lleno de risas y amor. Lleno de amor. Todo eso nos unió. Nos costó muchos sacrificios y dolor, no obstante, lo superamos. Conseguimos nuestro cuento de hadas. Nuestro propio *final feliz*. Haría cualquier cosa por mi esposa.

Después de mucho debatir, establecimos nuestra vida en New Orleans con muchos viajes a California y Rusia. La verdad era que no había mucho que pudiera negarle a mi esposa y su familia era importante para ella.

Desde el nacimiento de los mellizos, caímos en una rutina. Nos levantábamos por la mañana, cada uno con un bebé. Siempre desayunábamos juntos. Luego *Mama* se encargaba de todo. Trabajaba un poco o quedaba con sus cuñadas mientras los mellizos dormían la siesta. Cenábamos, nos bañábamos y nos íbamos a dormir juntos.

En ese momento, mi mujer estaba acostando a Astor, mientras yo sostenía a Anushka. Compartían habitación, aunque me preguntaba si era prudente. Si uno se despertaba, el otro también.

Sin embargo, Tatiana afirmaba que les permitiría conectar entre hermanos. Todos los libros que había leído decían que era importante, como si no hubieran pasado nueve meses uno encima del otro mientras estaban en el vientre de su madre. ¿Quién sabía si era real o no? En momentos así, deseaba saber si Maxim y yo compartimos habitación cuando nacimos. Probablemente no, pero hubiera estado bien saberlo con seguridad.

—Vasili dijo que serían unos revoltosos —susurró, sonriendo—. Dijo que son tan ruidosos como yo.

Me reí entre dientes.

Mis cuñados decían que nuestros mellizos serían infernales. Temía que tuvieran razón. Incluso a la tierna edad de tres meses, tenían con frecuencia pequeñas rabietas.

Por supuesto, nuestros mellizos salieron a los Nikolaev. Que Dios me ayudara.

—Nada que no podamos manejar —añadí suavemente—. Mi compañera y yo. Juntos.

Los ojos de mi mujer brillaron como zafiros pálidos.

—Juntos. —Mi mujer se inclinó y entrelazó nuestros dedos—. Te amo, Illias Konstantin.

—Y yo te amo a ti, Tatiana Nikolaev Konstantin. En esta vida y en la próxima.

Ella y nuestros hijos lo eran todo para mí.

Mi sol, mi luna y mis estrellas.

EPÍLOGO - TATIANA

TRES AÑOS DESPUÉS



Jugué con el diablo y el resultado fue un cuento de hadas. No todo fueron rosas, también hubo espinas, pero me encantó cada momento que pasé con él y con nuestros hijos.

Sin saberlo, el diablo era exactamente lo que necesitaba en mi vida. Mi villano se convirtió en mi héroe. Mi esposo. Mi amante. Y lo más importante, mi amigo.

Fiel a su palabra, Illias y yo éramos compañeros. A veces aún le gustaba protegerme y ocultarme cosas estresantes, sin embargo, corté con esa mierda enseguida. Era exigente, yo también. Necesitaba mucho amor. Yo también.

Para mi sorpresa, mi hombre de la pérgola era un romántico empedernido. Había comprado la propiedad que nos unió y, de vez en cuando, cuando necesitábamos tiempo a solas, volábamos hasta allí y me demostraba lo bien que encajábamos. No es que lo dudara. Nunca más dudaría de mi marido. Él me poseía, pero yo también a él.

Así funcionaba el matrimonio.

Dejé la prueba de embarazo en la encimera y me lavé las manos. No pude evitar dirigir la mirada hacia la pantallita del palito. La semana anterior había cumplido treinta años. Illias me llevó a París, los dos solos. Había sido nuestro primer viaje a solas desde que tuvimos a los bebés.

Fue mágico. Todo con mi esposo parecía un sueño de cuento de hadas hecho realidad.

Reservó la Torre Eiffel, solo para nosotros dos. Cenamos, dimos un paseo y disfrutamos de las magníficas vistas mientras él susurraba que el mundo estaba a nuestros pies. Crecí sin ver el amor, al menos no el que se da entre un hombre y una mujer, pero de algún modo la idea de que existiera siempre perduró en mi corazón. No fue hasta que lo probé por mí misma que vi su poder.

—¿Qué se siente al tener París a sus pies, señora Konstantin? —preguntó mi marido con sus fuertes brazos rodeándome la cintura.

Giré la cara hacia un lado, para poder ahogarme en los ojos de mi demonio.

—Nada supera la sensación de tenerte, Illias. —Lo amaba tanto que a veces juraba sentir espinas pinchándome la piel—. Mientras estés conmigo, no me importaría que estuviéramos en medio de una selva, aunque París a mis pies también está bien.

Me recosté contra su cuerpo fuerte, dejando que su calor se filtrara por mi piel.

—Ahora, por favor, tócame —le supliqué medio en broma—. Nunca me han follado en lo alto de la Torre Eiffel. Muéstrame lo bien que se siente.

Lo hizo. El ruido de París no nos alcanzaba, pero mis latidos retumbaron igual cuando me tocó, adueñándose de mi corazón, mi alma y mi cuerpo. Grité su nombre, dejándome llevar por el viento mientras él susurraba lo mucho que me quería. Lo feliz que lo hacía. Y cómo haríamos más bebés.

Era de esperar que volviera a ocurrir cuando no nos cuidábamos y follábamos día y noche. Me sorprendió más que hubiera tardado tanto, si es que estaba embarazada de nuevo. Él no había ocultado que quería tener más hijos. Me parecía bien, porque yo quería una familia grande. Una familia feliz.

Dejando París en mis recuerdos y trayendo la realidad al cuarto de baño de nuestra mansión en New Orleans, volví a la razón original por la que estaba esperando en ese sitio mientras mis pequeños tiraban Legos por todo mi dormitorio.

La prueba de embarazo.

Dos líneas rosas me devolvieron la mirada y sonreí.

—Papi se va a poner contento —murmuré en voz baja.

Mis mellizos irrumpieron por la puerta, ignorando mi necesidad de intimidad, y Astor alcanzó la prueba de embarazo usada.

—No, no, no —lo regañé. Por suerte, fui lo bastante rápida y se la arrebaté de las manos, reprendiéndolo en voz baja.

—¿Qué eso? —inquirió, con esa mirada decidida que tanto me recordaba a su padre, observando fijamente el aparato desconocido—. Eso mío.

Puse los ojos en blanco.

—Astor, eso no es tuyo. Está en el baño de mami. Es de mami.

Me observó pensativo, analizando mis palabras.

—El baño de *Papa* también. Es de *Papa*.

Negué con la cabeza. Si le decía que era de papi, también lo usaría a su favor.

—Eres demasiado inteligente —murmuré. No parecía impresionado, su atención seguía puesta en la prueba de embarazo. No quería tirarlo. Primero le sacaría una foto y se la enviaría a Illias. Quizás así volviera antes a casa.

Él y mis hermanos tenían asuntos que atender en Los Angeles. Solo habían pasado dos días, pero odiaba dormir sin él a mi lado.

Anushka soltó una risita y me volví para encontrarme con el rostro de mi hija blanca como un fantasma. Se había aplicado un montón de corrector. Una risita salió de mi garganta.

—Anushka, se supone que debes usar solo un poquito, no todo el tubo en la cara.

Se le iluminó la sonrisa. Mis dos bebés podían ser mellizos, pero eran como el día y la noche. Incluso a su tierna edad de tres años, Astor podía ser abrumador. Una fuerza a tener en cuenta. Como su padre. Anushka, aunque definitivamente no era mansa, se movía de una manera ligeramente diferente. Para lograr su objetivo observaba hasta que estaba lista para saltar como una bola de demolición.

Ninguno de los dos auguraba nada bueno para nuestra paz en el futuro.

Sin embargo, no lo cambiaría por nada. Era nuestra familia. Nuestros hijos. Nuestra felicidad. Los abracé a los dos.

—*Mama* los quiere mucho —murmuré. Era algo que les decía a mis hijos todos los días. Mis hermanos también lo hacían. Si bien ellos no lo oyeron todos los días, se aseguraron de que yo no me sintiera desatendida como ellos. Marcó la diferencia en mi vida. Y marcaría una diferencia aún mayor en la vida de nuestros hijos.

—¿Nos tomamos una foto para enviársela a *Papa*? —les pregunté—. Nos extraña y lo hará

feliz. ¿Quizá se apure para volver a casa?

Astor y Anushka asintieron con entusiasmo y tomé la foto al instante. Nunca sabía cuándo los niños cambiaban de opinión. Los rizos oscuros de Anushka enmarcaban su rostro y aquellos ojos azules escondían su fuerza, mientras que los ojos oscuros de Astor ocultaban al diablillo travieso de su alma bajo ese cabello rubio claro que le hacía parecer un ángel.

Tecleando el número de mi marido, le envié la foto de sus hijos con un sencillo mensaje.

Yo: Te extrañamos.

La prueba de embarazo podía esperar. Por el momento.

Ping. La respuesta fue instantánea.

Mi hombre: Yo también extraño a mi príncipe y a mi princesa. Gracias por la foto. Ahora envíame una foto de mi mundo.

Sonreí, alzando la mirada hacia los mellizos.

—¿Qué tal una foto más para *Papa*? Quiere una con *Mama* en ella. —Ambos se abalanzaron sobre mí y tomé la prueba de embarazo. Si quería su mundo, era este: líneas rosas, sus hijos y yo —. Todos digan *selfie* —anuncié.

Mis niños murmuraron algo que no se parecía en nada a “*selfie*”, pero yo tomé la foto y luego la estudié. Tenía la misma cara, pero a la vez era tan diferente. Quizá todo estaba en mi cabeza, pero la felicidad me devolvía la mirada. Mis mejillas estaban sonrojadas. Me brillaban los ojos.

Estaba en paz.

Le envié la foto al amor de mi vida y me dirigí hacia el lavabo.

—Está bien, mi preciosa Anushka. Vamos a limpiarte la cara. *Mama* quiere besarte las mejillas, no al maquillaje.

Soltó una risita, mirando detrás de mí.

Un par de fuertes brazos me rodearon la cintura y chillé de sorpresa.

—Hola, *Mama*. —El aroma a cítricos y sándalo me envolvió y giré, encontrándome cara a cara con mi marido.

—¡Estás en casa! —exclamé, ensanchando los labios en una gran sonrisa.

Los ojos de Illias miraban con calidez a nuestra pequeña familia.

—Justo a tiempo también —murmuró, su cálida boca rozando mi piel. Los mellizos empujaron sus cuerpecitos entre nosotros, pero mi esposo no me soltó. En lugar de eso, levantó a Anushka mientras yo levantaba a Astor y los cuatro nos quedamos de pie en medio de nuestro cuarto de baño. Juntos.

Apreté su mano libre contra mi vientre, nuestros ojos se ahogaron el uno en el otro. Las estrellas brillaban en su mirada oscura como la noche, atrapándonos en nuestro propio universo.

—Soy un hombre tan afortunado. —Nuestras narices se rozaron—. El hombre más afortunado del mundo.

—Me has hecho la mujer más afortunada del mundo —devolví, con la voz ronca.

Ese hombre me había llevado en un viaje que no me habría perdido por nada del mundo. Era otro tipo de caos, el que nace del amor.

—Tú y yo —musité—. Juntos.

—Juntos. Para siempre.

FIN

Si quieres leer un avance de la serie *Espinas de Omertà*, Libro 3, *Espinas de Muerte*, asegúrate de seguir leyendo.

AVANCE DE ESPINAS DE MUERTE

Isla

Lo encontré mirándome antes de que empezara el espectáculo.

Ojos oscuros. Una pizca de plateado en su cabello negro azabache. Una fina capa de barba.

El aire quedó atrapado en mis pulmones al sentir sus ojos sobre mí como una brisa fresca contra mi piel acalorada. Normalmente, los hombres me miraban con un único propósito. Llevarme a la cama, pero ese tipo me observaba como si quisiera consumirme.

Y yo se lo permitiría.

Era mayor, pero definitivamente no viejo. Tal vez me doblaba la edad.

Inhalé profundamente, aunque no había oxígeno para deshacer el nudo en mi pecho. Sus ojos negros me atravesaban, recorriendo mi cuerpo y estudiando cada una de mis curvas. ¿Le gustaba lo que veía? La excitación se apoderó de mí y se me erizó la piel.

Debí mirar hacia otro lado. Debí darle la espalda, pero no lo hice.

En lugar de eso, con el corazón retumbando contra mis costillas, le lancé un beso y le guiñé un ojo juguetonamente.

—Isla, ¿estás lista?

La voz de Athena desvió mi atención del desconocido. Me giré y la encontré observándome fijamente, junto con Phoenix.

—¿Lista para qué? —pregunté, confundida.

—Quedamos en que tocarías antes de que empezara el desfile de modas de Reina —murmuró—. Lo juro, ¿en dónde tienen la cabeza todas ustedes? —No llegué a responder, porque continuó despotricando—: Sé que tengo buenas habilidades de organización, pero lo menos que podrían hacer es seguir las instrucciones.

Me mordí el interior de la mejilla. Athena era una controladora. Odiaba cualquier desorden. Y la impuntualidad la ponía al límite. Debía de ser parte de su trastorno, pero funcionaba bien para todas nosotras, porque el resto de nuestro grupo era un desastre.

—¿Dónde está tu violín? —cuestionó, chasqueando los dedos para llamar mi atención.

Bajé los ojos y me di cuenta de que no lo tenía en la mano. Entonces recordé. Nunca lo había agarrado. El apuesto desconocido captó mi atención y me había olvidado por completo de él.

—Déjame ir a buscarlo —solté, corriendo hacia donde había dejado mi violín.

Como atraída por una fuerza, mis ojos parpadearon hacia el lugar donde había estado el oscuro desconocido, aunque ya no estaba allí. Me invadió una decepción que no tenía sentido. Ni siquiera lo conocía. Por lo que sabía, podría ser un completo imbécil.

—Bien, estoy lista. ¿Cuál es la primera canción que vamos a tocar? —indagué, en lenguaje de señas al mismo tiempo para que Phoenix me entendiera también. Phoenix era sorda. Cuando me encontré con ella por primera vez en mi clase de música, me maravilló la idea de que alguien tocara el piano sin poder escuchar ni una sola nota. Sin embargo, me enseñó mucho.

Y su dedicación avergonzaba a la mía. Su hermana, Reina, y Phoenix estaban muy unidas. Con dos años de diferencia, Reina tomó clases extra en la escuela para graduarse junto a su hermana mayor. Cada vez que un profesor se quejaba sobre tener a alguien sordo en su clase de música, Reina intervenía como un pequeño petardo y discutía hasta que aceptaban a Phoenix, incluso a costa de sacrificar su propio tiempo.

Así fue como acabamos todas en la misma universidad. Reina quería que Phoenix consiguiera todo lo que ella deseara, es decir, la mejor universidad de música del mundo, pero ninguna de nosotras estaba dispuesta a dejar que Reina renunciara a su pasión. El diseño de modas. Así que todas nos decidimos por el sitio que tenía lo mejor de ambos mundos.

El Royal College of Arts and Music.

Al fin y al cabo, nos permitía permanecer a todas juntas.

—De acuerdo, ¡qué comience la fiesta! —exclamé con entusiasmo, sacando mi violín de su estuche—. Reina Romero, simple humana, hoy. Diosa de la moda, mañana.

Nos apresuramos alrededor del gran podio. Fue un ajeteo, todo el mundo estaba haciendo cambios de última hora para que todo saliera perfecto. El lugar era magnífico. No tenía ni idea de cómo Reina había tenido la suerte de que Enrico Marchetti nos dejara utilizarlo. Incluso invitó a algunos de sus contactos clave.

¡Caramba! Más presión.

Era importante que todo saliera bien. Para todas nosotras. A Reina se le abrían las puertas del mundo de la moda, a Phoenix y a mí el de los grandes músicos, y a Athena y a Raven la expondrían a artistas y compradores.

Encontré a Reina corriendo frenéticamente en la parte de atrás, preparando a todas las modelos. Zapatos para esa. Cinta para aquella. Arreglarle el maquillaje a otra.

Caramba. Yo los mataría a todos. Mucho más fácil.

—¿Dónde habías estado? —exclamó con su exagerada voz de "madre". Las chicas y yo nos miramos, poniendo los ojos en blanco—. Dejen de poner los ojos en blanco —refunfuñó—. A sus posiciones, ahora —ordenó con su voz más severa.

Las tres nos pusimos firmes, reprimiendo nuestras sonrisas.

—A la orden, capitán. —El saludo casi me hace perder el control y estallar en carcajadas.

Tres horas después, chocamos nuestras copas, el alcohol se agitó y las gotas se derramaron por la mesa.

—¡Por nosotras! —Brindamos al unísono—. Hoy París, mañana el mundo.

Volvimos a la pista de baile, moviendo las caderas y riendo. Por primera vez en más de dos años, me sentía más ligera. Y por cómo se veían mis amigas y la forma en que dejaban fluir sus cuerpos con la música, al parecer ellas se sentían igual. El asesinato que cometimos no pesaba tanto en mi alma esa noche.

Fue entonces cuando volví a verlo. A unos metros de mí. Dios mío, venía hacia mí. Olvidé a mis amigas, di un paso hacia él y el aroma a chocolate y pecado llegó a mi nariz.

Mierda, siempre me había gustado mucho el chocolate.

La comisura de sus labios se alzó.

—Ciao.

Ay, me mojé. Acento italiano. Suave y ronco. Dios, sí. Tómame. Ultrájame. Hazme lo que quieras.

—Hola —lo saludé, aparentando frialdad y sofisticación, al menos en mi mente. Mientras tanto, mi corazón rebotaba entre las paredes de mi pecho como si tomara esteroides. Dios mío, tanta calentura no podía ser saludable.

—¿Celebrando? —indagó, arqueando las cejas con leve interés—. Por lo que parece, el desfile ha ido bien.

—Sí —suspiré, preguntándome qué quería exactamente. De alguna manera, me di cuenta de que no era su tipo. Mis ojos parpadearon detrás de él hacia donde había dejado a su cita. Treinta y tantos. Cabello rubio. Piernas larguísimas, casi alcanzando el cielo, mientras que las mías se detenían demasiado cerca de la tierra. Dios, ¿cuánto medía? Un metro ochenta, mientras que yo apenas llegaba al metro setenta.

Sí, definitivamente había gato encerrado. ¿Por qué me hablaba ese tipo?

Acortó la distancia que nos separaba y me robó todo el oxígeno. Podía sentir el calor que irradiaba bajo ese sofisticado traje a la medida. Me recordaba un poco a mis hermanos. Oscuro, melancólico, intimidante.

Nada de eso me importaba demasiado. Por suerte para mis hermanos, los quería de todos modos. Sin embargo, ese tipo ejercía sobre mí una atracción magnética que no necesitaba. Solo una mirada suya podía dejarme sin aliento.

Estaba J.O.D.I.D.A.

De eso trataban todas las estúpidas películas de Disney. Hombres guapos que llegaban, te hacían cometer tonterías y luego te dejaban. Excepto que Disney decidió no contar esa última parte de la historia.

Como si hubiera leído mis pensamientos, sus hermosos labios, tan besables, se curvaron en una sonrisa y cada parte de mí se derretió a sus pies.

—¡Isla, nos vamos a otro bar! —gritó Athena—. ¿Vienes?

Agité la mano sin prestarle mucha atención, ahogándome en la oscura mirada de aquel desconocido.

—Sí, nos vemos allá.

No me molesté en mirarla. Temía que, si apartaba los ojos de este hombre, desaparecería y perdería mi oportunidad. Por alguna tonta razón, sentí que *debía* mantenerlo cerca de mí.

Para mantener su calor. Para mantener su oscuridad. Solo un poco más.

Me observó con el mismo interés y me pregunté qué veía. ¿Un poco de la oscuridad que se deslizaba por mi luz, apagándola lentamente? ¿O los pecados que había cometido? Un esbozo de sonrisa pasó por sus labios y sus hoyuelos convirtieron mi estómago en una sustancia caliente y viscosa. Dios, nunca me había interesado mucho la anatomía, pero había algo tan cautivador en su afilada mandíbula. Las curvas y los bordes de su rostro eran implacables. Entre los pómulos afilados y la barbilla cuadrada había una boca que debía de estar hecha para decir obscenidades en el lenguaje del romance. Incluso su nariz recta era atractiva.

Con calma, dejé que mi mirada recorriera su cuerpo alto y fuerte. No pude encontrar ni un solo defecto. Su traje azul marino le daba un aspecto severo. Ladeó la cabeza como esperando a que yo emitiera mi juicio.

Permanecí en silencio porque, en realidad, ¿qué podía decir? El hombre parecía un dios romano.

Desvié la mirada hacia sus dedos para comprobar si llevaba alguna alianza. No había ningún anillo. Me invadió un alivio silencioso. Nunca me involucraría con un hombre casado. Era un rotundo no.

Ladeó la cabeza.

—¿He pasado la prueba? —musitó, el acento por sí solo me hizo temblar. Qué patético que con solo eso me excitara.

—Aún no lo he decidido —bromeé, mintiendo entre dientes.

Alzó el brazo, dejando que la manga de su chaqueta se deslizara hacia arriba mientras echaba un vistazo a su Rolex *vintage*.

—Más vale que te des prisa, pequeña —advirtió, seguro de poder hacer realidad los sueños de cualquier mujer. Probablemente podía—. Cuanto antes empecemos, más rápido obtendremos placer los dos.

Oh. Santo. Dios.

Este hombre iba directo al grano y se tomaba en serio el placer. Así eran los hombres italianos. Dios, necesitaba coger. Mi primer novio fue un desastre. Juré que casi metió su pene en el agujero equivocado traumándome de por vida. Obviamente, desde entonces, no me aventuré a segunda o tercera base con ningún chico. Había estado ocupada con cosas y tratando de no cometer el mismo error otra vez.

En cualquier caso, apostarí mi violín, mi posesión más preciada, a que ese hombre sabía exactamente cómo dar y recibir placer.

Mis ojos se desviaron a su alrededor, hacia donde estaba la tremenda rubia sexy.

—¿No estás en una cita? —pregunté, entrecerrando los ojos—. No estoy para aguantar escenas de una mujer desechada gritándome. Y si sucede, que por favor no sea en italiano. No sabría ni cómo defenderme.

Me ofreció la mano. Su aplomo me desconcertó y fascinó al mismo tiempo.

—No vino conmigo y no se irá conmigo —afirmó.

¡A la mierda! Yo no era del tipo impulsivo, pero esa noche, las estrellas se estaban alineando. Nuestro encuentro estaba destinado a ser, estaba segura.

Así que tomé su mano, su calor se filtró instantáneamente en mí y se extendió hasta los dedos de mis pies. Se inclinó más cerca, invadiendo mi espacio personal, y rozó mi garganta con su pulgar. Un simple roce que, sin embargo, hizo que mi cuerpo se desbocara. Sentí escalofríos y se me erizó la piel.

Su sonrisa era depredadora, mi estómago se tensó y mis bragas se humedecían entre mis muslos. Se inclinó hacia delante, con los labios cerca de mi oreja, y susurró:

—Lo haré bueno para ti.

Sin la menor duda, sabía que lo haría.

Diez minutos después, entramos a una casa elegante. No, no una casa. Una mansión en el centro de París. Conociendo los bienes raíces de esta ciudad, no podía creer que alguien aparte del gobierno pudiera permitirse algo así en el corazón de la capital de Francia.

—¿A qué te dedicas exactamente? —curioseé mientras mis tacones repiqueteaban contra el mármol. Toda la casa estaba en penumbra y se oía una suave música italiana.

La luna brillaba en el cielo, probablemente siendo testigo de muchas aventuras de una noche y riéndose de la gente ridícula que buscaba placer. Bueno, que se burle. Yo me reiría por la mañana cuando saliera el sol.

Subimos las escaleras en silencio mientras mi corazón gritaba, casi saliéndose de mi pecho. Mi teléfono zumbó, o tal vez fue el suyo, aunque ninguno de los dos le hizo caso. Me temblaban

las rodillas bajo el coqueto vestido amarillo que Reina había diseñado para mí.

La noche anterior me lo entregó con las palabras: Creo que te traerá buena suerte.

Dios mío, de verdad lo iba a hacer. Realmente estaba teniendo una aventura de una noche. Tenía veintitrés años, y no había nada raro en que una persona de esa edad tuviera sexo de una noche al menos una vez en la vida.

Entramos en un dormitorio grande y poco iluminado, con detalles en blanco y negro por todas partes. La puerta se cerró con un suave chasquido y, antes de que me diera cuenta, el hombre se dirigió hacia mí con ojos fríos y distantes.

Me acorraló contra la pared, cada movimiento más ansioso que el anterior. Apoyé la espalda contra ella y un pensamiento se abrió paso entre mis deseos.

—Espera —suspiré nerviosa. Se detuvo al instante y eso me tranquilizó. No me obligaría a hacer nada que no quisiera. Mi pulso luchaba dentro de mi garganta, mientras me observaba con esa mirada oscura que me hacía sentir como si me estuviera ahogando en aguas profundas—. No... no sé cómo te llamas —murmuré.

Me miró con esos ojos.

—Enrico.

¿Acaso él era...?

No, no podía ser. Enrico era un nombre italiano muy común.

—¿Alguna otra pregunta antes de empezar? —añadió, con esa voz grave y acentuada.

Mis fosas nasales se dilataron. Probablemente me consideraba una chica que coqueteaba y tenía sexo con extraños todo el tiempo. No lo era, aunque no importaba. Probablemente nunca lo volvería a ver.

—No más preguntas —respondí—. Puedes proceder, Enrico.

En sus ojos destellaba una oscura diversión y algo en su boca, curvada en una media sonrisa, hizo que se me retorcieran las entrañas. Tal vez había esperado demasiado para volver a probar el sexo y por eso todo lo relacionado con aquel hombre me provocaba querer un orgasmo.

Me acarició a través del vestido y gemí, arqueando el cuerpo contra la pared. Su pulgar encontró mi clítoris y se abrió paso a través de la tela, presionando con fuerza y masajeándolo en círculos perezosos.

Un gemido subió por mi garganta y llenó el espacio entre nosotros.

—Carajo, estás ansiosa, *Dolcezza* —murmuró, sus labios rozando mi garganta.

—Me llamo Isla —contesté algo agitada—. No Dolce-lo-que-sea.

Una risita oscura vibró en su pecho.

—Significa dulzura en italiano.

—Ah. —Se apartó, estudiando mi cara mientras se quitaba la chaqueta.

A continuación, se sacó los zapatos y esperé ansiosa a que se quitara la camisa y los pantalones. No lo hizo. Todavía no y su siguiente movimiento me hizo olvidarme de todo.

Su cuerpo chocó contra el mío y su boca se fundió con la mía. Como era mucho más alto que yo sentí como si me tragara entera. La mirada se me desenfocó de tanto placer. Las estrellas estallaron detrás de mis párpados y lo rodeé por encima de los hombros, aferrándome al cuello de su camisa para acercarme más. Necesitaba más de él.

Me levantó en brazos y sus dedos se clavaron en mi trasero. Mis piernas rodearon su cintura y mis tacones cayeron con estrépito contra el suelo de madera. Me froté contra él, con la lujuria encendida en el bajo vientre, pero cuando se frotó contra mí, perdí todo el control. Gemí, hundiendo mis uñas en él, necesítándolo mucho más.

Su cuerpo era duro como el mármol y sus labios suaves como el terciopelo. Enrico deslizó su

lengua en mi boca y otro gemido burbujeó en mi garganta. Él se lo tragó, sus caderas empujaban contra mi sexo ardiente. Y por lo que pude percibir de su verga dura, *muy dura*, era que estaba muy bien dotado.

Cada movimiento de sus caderas contra mi centro me producía una oleada de placer. Nos besamos como dos humanos necesitados. Quizás él estaba tan hambriento de caricias como yo. O tal vez lo daba todo cuando follaba. En ese instante, no me importaba. Como una mujer codiciosa, lo tomé todo.

Me mordió el labio inferior con fuerza y lo chupó, disipando el dolor. Grité pidiendo más, apretando mi cuerpo descaradamente contra el suyo. Deslizó la mano entre nosotros y por debajo de mi vestido. Me apartó las bragas, me metió dos dedos y mi cabeza cayó contra la pared. Estaba tan mojada que un ruido obscenamente erótico llenó la habitación. Un sonido que provenía de mí.

Gruñó, murmurando algo en italiano. Estaba tan ida que no me importaba lo que dijera. Solo necesitaba que siguiera adelante. Un gemido involuntario escapó de mis labios cuando hundió sus dedos profundamente en mí. Cada vez que los introducía, los curvaba y golpeaba mi punto G.

Sacó los dedos y se me escapó un gemido. Abrí los párpados de golpe y lo vi mirándome fijamente. Parecía sereno, casi indiferente, pero había un brillo oscuro en sus ojos que hizo que mi alma se estremeciera con oscuras promesas.

Su otra mano subió hasta mis pechos, retorciéndome un pezón con rudeza, a través de la fina tela de mi vestido.

—Isla. —Saboreó mi nombre, subiendo los dedos y untándome el labio inferior con mi excitación—. ¿Es ruso?

—Sí —suspiré—. No. —No podía pensar con claridad. Mis hermanos siempre insistieron en mantener mi herencia rusa en secreto—. Crecí en California.

Volvió a meter sus dedos en mi coño mientras me saboreaba los labios.

—Sabes a *dolcezza*.

Rozó su boca por mis labios; luego, por la mandíbula y por el cuello. Ignorando mi inexperiencia, bajé la mano hasta su cremallera y apreté la palma contra su enorme erección. Dios mío.

No había forma de que encajara. Era como uno de esos penes de los *aliens* de mis novelas románticas favoritas.

Debió de notar mi pánico, porque con voz seductora me tranquilizó.

—Yo marco el ritmo, pero tú obtienes el placer primero.

Parecía un buen trato. Santo cielo, estaba perdida. Todavía estaba asombrada de su enorme polla alienígena.

Me metió dos dedos más, la mayor parte de su mano, y estaba tan llena que creí que iba a explotar. Se tragó otro gemido mientras nos comíamos la boca, sin parar de meterme los dedos y solo así el placer me atravesó como un rayo. Me corrí sobre sus dedos, con escalofríos recorriéndome la espalda y mi cuerpo convirtiéndose rápidamente en papilla.

Enrico me levantó, me agarró la barbilla entre los dedos y me miró fijamente.

—Apenas hemos empezado —rugió—. ¿Estás lista para la siguiente ronda?

Lo observé con los ojos entrecerrados.

—Siempre estoy lista —murmuré, con voz ronca.

—*Bene*. —Pareció complacido con mi respuesta, sus ojos se clavaron en mí—. Ahora, voy a probarte. Será mejor que sepas tan bien como te ves.

Antes de que pudiera procesar sus palabras, se puso de rodillas. Sin esfuerzo y ágil, como si estuviera en su mejor momento. Bueno, *dah*. El hombre estaba en la flor de la vida. Con un movimiento rápido, me levantó el vestido y me echó una pierna por encima de su hombro. Me arrancó las bragas ágilmente y me metió la lengua.

—*Oh*, demonios —suspiré, con los ojos entrecerrados. Lamió y chupó, y luego pasó la lengua por mi clítoris como si fuera una paleta—. ¡D-dios mío!

Una risita grave vibró en mi interior mientras mis caderas se arqueaban por voluntad propia contra su boca. Entonces empezó a follarme con la lengua. Pasé los dedos por su cabello y lo agarré como si la cordura de ambos dependiera de ello. Era mi primera experiencia con el sexo oral y juré por Dios que no sería la última.

De lo que me había estado perdiendo, maldición.

Mi cabeza parecía inestable contra la pared mientras la boca de Enrico me devoraba y cada ruido de su garganta me acercaba más y más a otro orgasmo. Apreté los muslos contra su cara, pegándome más contra él como una libertina. Los sonidos que emitía me hacían vibrar, llevándome a pensar que realmente disfrutaba comiéndome el coño.

Y solo ese pensamiento, me llevó al límite. Lo sentí desde los pies a la cabeza. Fue como una descarga eléctrica, enviando ondas a través de mi cuerpo y enviándome al cielo.

Este hombre era un orgasmo andante.

Cerró los labios sobre mi clítoris hinchado y lo chupó con fuerza.

—¡Enrico! —grité, todo mi cuerpo temblaba violentamente mientras oleadas de placer me atravesaban. Aquello tenía que ser el paraíso.

Mis pies tocaron la madera fría, un marcado contraste con mi piel acalorada. Con un seductor sonido de cremallera, mi vestido se aflojó y cayó por mis piernas y quedó alrededor de mis pies. Prescindí del sujetador, ya que el vestido lo llevaba incorporado, y en ese instante quedé desnuda delante de él, mientras él seguía vestido.

No duró mucho, mientras lo observaba bajo mis pestañas y con la respiración agitada, se levantó, se quitó los calcetines y luego los pantalones de vestir y la camisa. Dios, ¡había estado todo el tiempo sin ropa interior! Se me hizo agua la boca al verlo desnudo. La piel aceitunada cubría cada plano duro de sus músculos, haciéndome salivar. Quería lamer cada centímetro.

No tenía ni idea de dónde había sacado un condón, pero agradecí que al menos uno de los dos estuviera pensando. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Vi cómo rasgaba el envoltorio del condón con los dientes y lo deslizaba en su longitud, y el mero hecho de hacerlo me pareció un nuevo tipo de porno.

—¿Sabes?, si te grabas poniéndote un condón, apuesto a que ganarías millones en una página de *Only Fans* —comenté, con voz ronca y con los ojos clavados en su miembro—. O en TikTok —señale de mala gana.

Odié la idea de que alguien viera el cuerpo desnudo de este hombre. Quería reclamarlo como mío. Sacarle los ojos a cualquier perra que se atreviera a mirarlo.

«*Jesucristo, eso es un poco violento para una aventura de una noche*», musité en mi cabeza.

Su dedo recorrió mis pechos, retorciendo un pezón y luego el otro. Mi espalda se arqueó ante sus caricias. Me invadió su aroma almizclado y me di cuenta de que nunca podría comer chocolate sin pensar en este momento. ¡*En él!*

—Siéntate en la silla —ordenó. El sonido de su voz grave y ronca me hizo palpar el corazón.

Mis ojos recorrieron la habitación hasta que vi la silla a la que se refería. Estaba cerca de la ventana y mi corazón martilleó contra mi pecho. Abrí la boca para preguntarle si realmente me

quería allí, pero su intensa mirada me lo dijo todo.

Con los latidos de mi corazón acelerados, crucé la habitación y me senté en la silla, cuyo frío material era como el hielo contra mi piel abrasada por el calor. Sin apartar la vista de él, me eché hacia atrás, observándolo acercarse a mí como un depredador dispuesto a devorar a su presa.

—Abre las piernas.

Un poco de excitación se abrió paso por el interior de mis muslos. Por Dios. Aquel hombre ya me había hecho alcanzar el clímax dos veces y mi coño seguía ávido de más.

—No me hagas repetirlo, *Dolcezza*. —Ronroneó, en una oscura advertencia.

A la mierda. Si quería pruebas de mi excitación, las tendría. Abrí las piernas, apoyándome en el respaldo suave de la silla.

—¿Te vas a poner de rodillas para mí, Enrico? —desafié perezosamente, con la voz más ronca de lo que me hubiera gustado—. ¿Estás listo para la siguiente ronda?

Enrico me dio una sonrisa y pareció gustarle mi carácter. Encantador. Yo, Isla, había perdido oficialmente la cabeza.

A pesar de estar desnudo, parecía un rey mientras caminaba hacia mí y, para mi sorpresa, se puso de rodillas.

—Cualquier cosa por mi reina —aseguró, y luego enterró su cara en mi coño.

Me lo comió como si hubiera estado muerto de hambre y sabía que esta era su última comida.

Cuando finalmente caímos en la cama cinco horas más tarde, estaba completamente jodida. Mis labios estaban hinchados y marcas de barba cubrían cada centímetro de mi piel clara. Por no hablar de las marcas de mordiscos. Estaba segura de que la expresión de mi rostro atestiguaba que había estado en el paraíso sexual y había regresado hacía poco.

Me desperté con unos ojos oscuros mirándome fijamente, a cinco centímetros de mi cara. Grité. Ella no. Me aparté como si fuera una plaga y subí las sábanas hasta mi barbilla.

—¿Qué diablos? —siseé.

No contestó. De hecho, ni siquiera se inmutó. Miré a mi lado y vi que la cama estaba vacía. Dios, ¿dónde demonios estaba Enrico?

—¿Quién eres? —exigí, mirando a la mujer. Era guapa. Cabello oscuro. Ojos aún más oscuros. Menuda. Con una piel aceitunada que daba envidia. Era más fácil ocultar tus emociones con ese tipo de tez.

De nuevo, sin respuesta.

—¿Dónde está Enrico? —pregunté, cansada.

Se acercó a la mesita de noche y en mi mente pasaron los escenarios más retorcidos. Me mataría. Era una psicópata. Ya podía ver la primera página: Una examante celosa mata a una aventura de una noche.

«*Contrólate, Isla*», me reprendí mentalmente.

Me sobresalté, dando un respingo, cuando sacó una fotografía. Tan jodidamente raro.

Le dio la vuelta y se me paró el corazón.

Era la foto de la boda de Enrico. Y esta mujer... era *su* esposa.

Virgen. Santísima. ¿En. Qué. Me. Metí?

CONTINUARÁ

¿QUÉ SIGUE?

*Muchas gracias por leer **Espinas de amor**. Si te ha gustado, déjame un comentario. Tu apoyo significa mucho para mí.*

Si tienes ganas de más debates con otros lectores de la serie, puedes unirte al grupo de Facebook, el grupo de Eva's Soulmates (<https://bit.ly/3gHEe0e>).

El siguiente libro de la serie es el de Marchetti e Isla, Espinas de muerte (<https://amzn.to/3yaJ0h2>).

SOBRE LA AUTORA

¿Tienes curiosidad por conocer los otros libros de Eva? Puedes consultarlos aquí: Libros de Eva Winners <https://bit.ly/3SMMsrN>

Eva Winners escribe novelas románticas de todo tipo, desde enemigos a amantes hasta libros que te dejarán con el corazón en la mano. Sus héroes a veces son villanos porque también necesitan amor, ¿verdad? Sus historias están llenas de suspenso, misterio, una buena dosis de angustia, una pizca de violencia y oscuridad, y mucha pasión tórrida.

Cuando no está trabajando y escribiendo, pasa los días en Croacia o Maryland soñando despierta con la próxima historia.

Encuentra a Eva en:

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.

Grupo FB: <https://bit.ly/3gHEe0e>

Página FB: <https://bit.ly/30DzP8Q>

Insta: <http://Instagram.com/evawinners>

BookBub: <https://www.bookbub.com/authors/eva-winners>

Amazon: <http://amazon.com/author/evawinners>

Goodreads: <http://goodreads.com/evawinners>

Tiktok: <https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/>